

**Tesis para optar al Título de Magíster en Psicología Clínica**

## ***Duelo y Psicosis***

Conjeturas psicoanalíticas

Montevideo – Uruguay

Agosto de 2014

Tesista: Lic. Pablo Fidacaro – C.I.: 2.509.812-9

E-mail: pablofi@montevideo.com.uy

Directora de tesis: Dra. Nina Leite

Directora Académica: Prof. Agda. Mag. María Ana Folle

## Indice

<b>Lista de figuras</b> .....	4
<b>Agradecimientos</b> .....	5
<b>Resumen</b> .....	6
<b>Summary</b> .....	7
<b>1 Fundamentación y antecedentes</b> .....	8
1.1 Punto de partida.....	8
<b>2 Diseño Metodológico</b> .....	11
2.1 Fundamentación epistemológica.....	11
2.2 Del consentimiento a la ficción.....	14
2.3 El marco del caso / La marca del caso.....	16
<b>3 El duelo entre la psicopatología y psicoanálisis</b> .....	20
3.1 El caso D.....	20
3.2 “Duelo y melancolía”: un mal entendido.....	25
3.3 Patologías.... ¿del humor o del pensamiento?.....	33
3.4 El psicoanálisis. Objeto de un duelo.....	40
<b>4 Lecturas freudianas del duelo</b> .....	47
4.1 La imposible descarga de la energía psíquica.....	49
4.2 Metáforas de la hemorragia, la herida, y el agujero.....	51
4.3 Alucinaciones del objeto perdido.....	55
4.4 La sombra del objeto perdido. ....	66
4.5 El duelo normal.....	69
<b>5 Un giro teórico. De Freud a Lacan</b> .....	73
5.1 De la energía sustancia al cálculo abstracto.....	74
5.2 Del cuerpo biológico al corporal.....	85
5.3 Afectos al significante.....	88
5.4 La pérdida entre mito y topología.....	95
5.5 El objeto entre el borde y el agujero .....	101

<b>6 El duelo en Hamlet. Función y estructura</b> .....	106
6.1 Hamlet: una función de/l duelo.....	106
6.2 Hacia una lectura estructural del duelo.....	107
6.3 El duelo y el Otro.....	111
6.4 De la pérdida a la locura.....	114
6.5 Una inversión de la forclusión.....	117
6.6 De la sustitución a la creación del objeto.....	120
6.7 Del trabajo a la función del duelo.....	124
<b>7 Pérdida y creación en Schreber</b> .....	128
7.1 Las memorias de un enfermo nervioso.....	128
7.2 ¿Melancolía schrebereana? Una desconsideración freudiana.....	129
7.3 La hipótesis freudiana sobre el duelo en Schreber.....	137
7.4 La imposible procreación.....	141
7.5 El estatuto “aparente” de la pérdida.....	144
7.6 Creación de una nueva humanidad.....	147
<b>8 Duelo y psicosis</b> .....	149
8.1 Del fenómeno a la estructura.....	149
8.2 Esquema Z.....	153
8.3 Esquema R.....	156
8.4 Esquema I.....	166
8.5 Conjetura I: Hipérbole, asíntota, tendencia al infinito.....	168
8.6 Conjetura II: Pérdida de límite, fuga constante.....	170
8.7 Conjetura III: Ausencia de significación fálica.....	172
8.8 Conjetura IV: Del agujero abierto al abismo.....	173
8.9 Conjetura V: Del trabajo del duelo al trabajo del delirio.....	174
<b>9 Conclusiones</b> .....	177
<b>10 Referencias Bibliográficas</b> .....	189

## Lista de figuras

1. Grafo esquema sexual.....	53
2. Primer esbozo de las psiconeurosis de defensa.....	57
3. Curva simple de Jordan.....	83
4. Curva cerrada de Jordan compleja.....	84
5. Transformación topológica esfera/laminilla.....	98
6. Circuito de la pulsión I.....	102
7. Circuito de la pulsión II.....	103
8. Esquema Z.....	153
9. Esquema R.....	156
10. Diagrama de Venn.....	159
11. Ternario Imaginario-Esquema R.....	160
12. Campo de la realidad superpuesto a ternario imaginario.....	160
13. Esquema completado por el ternario simbólico.....	161
14. Torsión de una Banda de Moebius.....	162
15. Enmarcado del agujero / Extracción del objeto.....	164
16. Esquema I.....	166
17. Esquema de Hipérbola / Asíntota.....	168
18. Extremos abiertos del Esquema I.....	169
19. Distorsión centrípeta. Del Esquema R al I.....	170

## Agradecimientos

A la Dra. Nina Leite, quien con paciencia, simpleza y claridad me orientó en la experiencia de la tesis.

A la Prof. Mag. Mariana Folle por su respaldo a lo largo de todo el proceso.

A los Magíster: Alba Fernández, Sebastián Lema, Marcelo Real, Marilen Bettini compañeros entrañables de la maestría, lectores de tramos, a quienes debo algunas de las ideas de este trabajo

A los colegas y psiquiatras del hospital Vilardebó: Dra. Mónica Ayala, Lic. Graciela Caballero, Lic. G. Pezzani, Lic. Alfredo Perdomo, Lic. R. Penino, Lic. M. Couso, Dr. R. Castillo, Dr. M. Toledo, Dra. L. Falcón, Lic. E. Rattin, Lic. Mónica Rossi, Dr. Mauricio Toledo.

A aquellos pacientes del Hospital Vilardebó que me han enseñado que la locura puede ser una respuesta al duelo y al dolor.

A aquellos psicoanalistas con los que tuve la oportunidad de discutir algunas ideas de este proyecto: O. Carrasco, A. Eidelzstein, Ana Hounie, M. Jacob, G. Percovich, E. Rattin, F. Singer, J. M. Vappreau,

A Guillermo Milán, quien me confió su casa durante la estadía en Campinas, lugar del primer contacto con la Tutora de ésta Tesis.

Al plantel docente de la cursada académica

A Piero, pequeño que juega a las tesis. A Lucio, que ya viene...

A Gabriela.

## **Resumen**

Este estudio cualitativo se propone explorar la problemática del duelo en la estructura de la psicosis desde un enfoque psicoanalítico apoyado en la enseñanza de Jaques Lacan. A partir de constatar relaciones significativas entre la desestabilización en la psicosis en contextos de duelo, se procura poner en discusión una problemática desestimada desde diversos ámbitos de la salud mental.

A partir de un ideal o norma del duelo fundados en el artículo de S. Freud “Duelo y Melancolía”, se ha desarrollado en la tradición psicoanalítica una lectura del duelo en la psicosis, que lo sitúa como imposible, patológico o deficiente.

A partir del enunciado “del trabajo del duelo al trabajo del delirio” que siguiendo a Claude Dumézil llamaremos “marca del caso”, se creará una ficción clínica que ilustre el problema de la investigación.

Basándonos en el paradigma indiciario de Carlo Ginzburg, exploraremos el término “agujero” como indicio del problema teórico del duelo en los textos de Sigmund Freud y Jaques Lacan, para a partir de allí construir un conjunto de enunciados de carácter conjetural.

Los resultados señalan que si bien desde el punto de vista formal, la posibilidad del duelo en la psicosis se ve obstaculizada, en la perspectiva del trabajo con el delirio se puede conjeturar una modalidad de abordaje que lo haga posible.

**Palabras clave:** duelo – psicosis – psicoanálisis

## **Summary**

This qualitative study explores the problem of mourning in psychotic structure from a psychoanalytical viewpoint, especially from Jacques Lacan's teaching. After finding significant relationships between psychotic crisis and mourning, we will discuss this issue that mental health services and professionals usually disregard.

Following Sigmund Freud's article 'Mourning and Melancholia', there is a classical idealistic psychoanalytical interpretation which stands that among psychotic subjects mourning is pathological, inadequate and even impossible.

On the contrary, we have conceived the statement 'from work of mourning to work of delusion' as the starting point of this research. Using an expression taken from Claude Dumézil, we consider this statement as a 'feature of the case'. We are going to illustrate it by a clinical fiction

In order to formulate a series of conjectural statements, and based in Carlo Ginzburg's 'indiciary paradigm', we will look for the expression 'hole' as a clue of the theoretical issue of mourning in Freud and Lacan's texts.

The results point that there are certain obstacles that impede mourning in psychotic structure from a formal point of view. But if we consider the work of delusion, we conjecture that a new clinical approach can make it possible.

**Key words:** mourning – psychosis – psychoanalysis

## **1 Fundamentación y antecedentes**

### **1.1 Punto de Partida**

Esta investigación se organiza en torno a la **temática de las psicosis**, y pretende abordar un aspecto particular de su clínica: el duelo. En el contexto de los dispositivos de internación psiquiátrica y centros de salud mental se constatan con frecuencia presentaciones clínicas psicóticas en las que predominan elementos de agudeza, gravedad, dolor y riesgo de vida: primera crisis, episodio psicótico agudo, crisis de excitación psicomotriz, pasaje al acto, estupor melancólico, intento de suicidio. (Gamo, 2003).

Estudios actuales destacan al duelo como factor etiológico, desencadenante y/o desestabilizador en pacientes psicóticos. (Gamo et al, 2000; Gamo, 2003; Piper et al., 2001; Porcel et al, 2001). Múltiples investigaciones han abordado las relaciones del duelo y la psicosis produciendo entidades descriptivas del fenómeno psicopatológico: duelo patológico (Freud, 1989b); duelo maníaco o manía de duelo (Bonnafous-Sérieux, Ey, 1938); trastorno por duelo complicado (Prigerson, Vanderwerker, Maciejewski, 2007), etc. A su vez, estudios sobre suicidio en cuadros de psicosis destacan la presencia de signos de duelo en dichos pacientes (Wittmann, D. Smith, P. Rajarethinam, R. Folley et al, 2010; Wittmann, Keschavan, 2007; Hochman, 2005).

Existe consenso respecto a la escasa literatura e investigación relacionada al problema del duelo en la psicosis, estando vinculada para ciertos autores a diversos factores: a) la asociación establecida por la psicopatología entre la pérdida y el duelo, y los trastornos del humor tales como la melancolía o la manía-depresión (psiquiatría clásica) o trastornos del ánimo del tipo depresivo mayor o bipolar (DSMIV); (Ferreri, 1987); b) un supuesto de vulnerabilidad o fragilidad yoica y de la personalidad que impediría la elaboración afectiva y la integración de aspectos histórico-vivenciales en el sujeto psicótico (Jackson, 2001; Lucas, 2003).

En tal sentido, la casuística clínica que hemos acumulado en lo personal, en el ejercicio clínico en centros de internación especializados en salud mental, desde hace más de ocho años, y respaldada en estudios académicos, nos ha hecho interrogar acerca de la presencia de acontecimientos de pérdidas significativas actuales o pasadas, como factor desencadenante o desestabilizador de la estructura de la psicosis. (Gamo et al, 2000 ; Piper et al., 2001; Porcel et al, 2001).

Las tendencias actuales en la asistencia y el tratamiento de la salud mental en general, y la psicosis en particular, no son ajenas a las condiciones de nuestra época en la que se apunta al establecimiento del diagnóstico en base al reconocimiento de signos adecuados a patrones clínicos estadísticos (DSM-IV, CIE-10). Las tradiciones psicopatológicas relacionadas con la dinámica del psiquismo y la historia del sujeto se tornan accesorias, privilegiándose a la hora del diagnóstico y tratamiento el fenómeno de superficie (síntomatología positiva o negativa) y la respuesta terapéutica de tipo farmacológica y/o convulsionante. Las medidas terapéuticas de tipo psico – social y psicoterapéutica están escasamente integradas al plan de tratamiento.

Por diferentes factores, el fenómeno del duelo en la psicosis ha sido escasamente estudiado. No obstante, se observa en la clínica psiquiátrica, la internación y la rehabilitación, las consecuencias negativas que comporta la pérdida en el paciente psicótico, traducibles en síntomas negativos y productivos, dolor y ansiedad, pasajes al acto y suicidio (Wittmann et al, 2010). Desde un punto de vista etiopatológico, surge una contradicción que entendemos permite el pasaje del problema clínico al problema de investigación. Por una parte se verifica el impacto de la pérdida y el duelo en el desencadenamiento o desregulación de la estructura de la psicosis (Gamo, 2003), y por otro se propone desde los efectores de la salud mental en general, un plan terapéutico basado preponderantemente en el paradigma biologicista, modelo de intervención de la psiquiatría actual que, en lo específico de nuestro objeto de estudio, tiende a la psico - farmacologización de los procesos de duelo. (Tizón, 2007).

El hiato que se produce entre el duelo, la psicosis y su tratamiento, requiere a nuestro entender la realización de investigaciones que formulen y formalicen el problema, generen insumos teóricos y prácticas clínicas, y modifiquen a posteriori el estado actual del asunto. Reconociendo la complejidad del objeto de estudio, nos centramos en el presente proyecto en un **estudio de tipo exploratorio en contexto de descubrimiento**. (Hernandez Sampieri, 2006).

Si los estudios vinculados a la pérdida y el duelo en la psicosis son escasos en la literatura psicopatológica, la teoría psicoanalítica ha generado algunas respuestas al problema del duelo en la clínica, siendo escasos o parcializados los constructos teóricos desarrollados respecto a la especificidad de la psicosis. Entre los autores que destacan ubicamos a Freud (1989b), Abraham (1980), Klein (1989), Fenichel (1994); Bowlby (1980) y Tizón (2007). No obstante, se constata que los modelos teóricos desarrollados tienden a construirse por defecto o comparación respecto de los procesos normales basados en la

adaptación a la pérdida como resultado del proceso de elaboración: la sustitución del objeto perdido (Freud, 1989b), la reintegración del objeto perdido (Klein, 1989), la reorganización de la pérdida (Bowlby, 1980) o la recuperación del objeto perdido (Tizón, 2007) En este sentido, y en función de los modelos que operan como referencias, los procesos de la pérdida y el duelo en las psicosis son concebidos bajo el signo de lo deficiente, patológico, desviado o imposible. (Freud, 1989b; Klein, 1940; Bowlby, 1980; Tizón, 2007). En tal sentido, **la revisión del estatuto imposible del duelo en la psicosis es propuesta como un objetivo específico de la presente investigación.**

Ante lo arriba expuesto como antecedentes, consideramos que la pérdida del objeto en la psicosis requiere de la construcción de operaciones conceptuales inherentes al duelo, en compatibilidad con la lógica de su estructura (Lacan, 2011b; Lacan, 2008b). El modelo teórico que se construye por oposición o defecto a un modelo ideal que explica procesos psíquicos del orden de la neurosis, supone la imposibilidad del duelo como resultado. Este aspecto será revisado críticamente en el presente estudio, a partir de una perspectiva teórica que posibilite el cambio de perspectiva, desde una comprensión patológica y normativizada del fenómeno hacia una lógica estructural que la trascienda. En este sentido, **será objetivo específico de esta investigación, el trazado de un sistema de enunciados conjeturales que contribuyan a una lectura del problema más allá del déficit establecido**

De este modo se explicitan los objetivos específicos del presente estudio exploratorio que llevará a cabo un recorrido teórico de investigación, partiendo de una “marca del caso” que introduce el problema e interroga la teoría psicoanalítica desde la perspectiva de J. Lacan. La apuesta de la investigación se enmarca en **un objetivo general tendiente a aportar conocimiento sobre la clínica del duelo en la psicosis.**

## 2 Diseño Metodológico

### 2.1 Fundamentación epistemológica

La ciencia de la realidad no se conforma ya con el cómo fenomenológico: ella busca el porqué matemático. (Bachelard, 2000, p.8)

La presente investigación sobre duelo y psicosis se fundamenta en el discurso psicoanalítico. Tal decisión supone un problema inmediato a ser explicitado, puesto que a esta altura de los desarrollos producidos en el campo de dicho saber psicoanalítico, se torna imposible referir a una doctrina homogénea en la cual converjan una posición ética, una modalidad técnica, un saber referencial teórico y una perspectiva de la investigación. En este estudio, apelaremos a la posición psicoanalítica desarrollada por Jacques Lacan, estando la elección determinada en función de los escasos desarrollos teóricos producidos en su enseñanza respecto a este tema, tornándose un campo novedoso de investigación teórica. En el seminario “El deseo y su interpretación” (1958/1959) donde J. Lacan se abocó a la investigación del duelo, y sobre el cual nos detendremos en un capítulo de este estudio, los resultados obtenidos están articulados al campo de las neurosis. No hemos encontrado referencias precisas al duelo en la psicosis en la obra de J. Lacan en general, como tampoco referencias al duelo en un sentido patológico, imposible, deficitario.

Puesto que partimos del *a priori* de que tanto “duelo” y “psicosis” son conceptos que se relacionan al conjunto de los significantes de la teoría psicoanalítica, entendemos que una investigación que pretende articularlos implica situarlas en tal plano conceptual. Las acepciones o significaciones producidas en el seno de la “doxa”, “la opinión pública” “sentido común”, o incluso las desviaciones que se han producido en el seno de la teoría psicoanalítica y que tienden a concebirlas como “seres ontológicos”, “entes”, “fenómenos”, “seres naturales” son cuestionados desde ésta posición epistemológica. Nos parece importante esta aclaración al comienzo del estudio, puesto que suele ocurrir en la teoría psicoanalítica, que términos que son tomados de la lengua y el uso cotidiano, se vuelven conceptos en el seno de la teoría (padre, madre, duelo, goce, real, etc.) y la confusión en este sentido puede conllevar a una degradación de los términos, tanto como a la proliferación de los malentendidos inherentes a la comunicación.

En este sentido, establecer un estado de situación del concepto de duelo en el seno de la teoría psicoanalítica, conlleva reseñar *grosso modo*, una tendencia generalizada a

hacer del mismo un fenómeno, un estado o una reacción: ¡X tiene un duelo! Más aún, si el trabajo de duelo no opera a tiempo, el sujeto correría un riesgo: ¡tener un duelo patológico! En una suerte de “iatrogenia psicoanalítica” se ha hecho de los términos de la clínica bajo transferencia, un conjunto de entidades autónomas y una cosificación de los conceptos (Eidetzstein, 2008b, p.162).

Desde nuestro modo de abordar el problema, el duelo parte de enunciados abstractos previamente formulados, y no de la elaboración teórica que se realiza respecto a un dato observable. ¿Acaso es observable un duelo? Estamos aludiendo, en esta segunda forma de abordaje, a tradiciones epistemológicas empiristas y positivistas que elevan a un estatuto fundamental el lugar de la observación, y respecto al cual el propio S. Freud no se pudo desligar completamente:

Como ciencia especial, una rama de la psicología –psicología de lo profundo o psicología del inconsciente-, es por completo inepta para formar una cosmovisión propia; debe aceptar la de la ciencia. (Freud, 1998b, p. 146-147)

No obstante, la razón de este argumento no pasa por el análisis de una epistemología freudiana, sino por el simple hecho de quedar metodológicamente advertidos de los excesos a los que fue sometido el concepto de duelo por la influencia del paradigma científico positivista. A lo largo de este estudio, leeremos diversos indicios recogidos en la obra freudiana relacionada con el duelo, y en los que se constatan (a partir de la razón científica admitida por Freud), ciertos obstáculos epistemológicos que inciden en la concepción general del duelo.

En consonancia con los planteos lacanianos respecto a la ciencia moderna, el psicoanálisis admite a la misma, en su estatuto conjetural (Lacan, 2008c). En este sentido, se relaciona a los postulados mantenidos por múltiples epistemólogos que coinciden en el **carácter conjetural del conocimiento científico** (Popper, 1962; Bachelard 2000; Koyré 1940; Kuhn, 1961). En este sentido, veremos a lo largo de la investigación, alguna de las articulaciones y diálogos que Lacan mantiene con la ciencia moderna de su época, y que le permiten levantar algunos de los obstáculos epistemológicos, redefiniendo al concepto de duelo.

El tema elegido de investigación, por tratarse de un término culturalmente vinculado a una gama de afectos tales como la tristeza, la depresión o la melancolía, se hizo invisible en aquellas situaciones en las que las manifestaciones entraban en disonancia o

discordancia con lo esperable en el sintagma freudiano del “duelo normal” (Freud, S. 1989b). Ante la ausencia de declaración explícita de duelo, o la ausencia de estados anímicos que adopten sus formas o manifestaciones instituidas (pena, dolor moral, melancolía, depresión, suicidio), corroboramos que en el área de atención clínica, los profesionales abocados al abordaje, no dan lugar a la formulación de la hipótesis diagnóstica. En este sentido, al operar los afectos y los pensamientos de la psicosis en un modo discordante respecto a una referencia de normalidad, la apelación a la observación del fenómeno puede extraviarnos en el desconcierto, el desconocimiento o el engaño.

Ante tal situación, consideramos necesario llevar a cabo estudios que se desprendan del realismo ingenuo que reconoce la cuestión del duelo en el plano del fenómeno como objeto de estudio<sup>1</sup>. Ante tal obstáculo epistemológico que privilegia una semiología del duelo o la forma psicopatológica asociada, optamos por circunscribir la investigación a un paradigma epistemológico que prescindiera de la realidad observable e intuitiva como dimensión fundamental en el desarrollo de su investigación.

En la búsqueda de sinergia y operatividad, apelaremos al método hipotético – deductivo compartido por epistemólogos tales como Popper (1962), Bachelard (2000), Koyré (1940), Lakatos y T. Kuhn (1961). Desde esta perspectiva epistemológica, la exploración racional y el uso de lo abstracto dan lugar a una producción de conocimientos que en su naturaleza comportan un estatuto hipotético o conjetural. Nuestro abordaje intentará establecer ciertas ideas o conjeturas, de modo alguna conclusivas, a ser contrastadas en estudios posteriores (Popper, 1990).

En consecuencia, el supuesto “hipotético deductivo” que da sustento al diseño de nuestro método, apoyándonos en la construcción de conjeturas, se aparta considerablemente del método inductivo que fundamenta a la ciencia experimental, basado en el desarrollo de observaciones o contrastaciones de fenómenos exteriores y tangibles, para luego desde allí, establecer leyes de valor universal, tal cual lo sostiene el epistemólogo Mario Bunge (1992).

A partir de la propuesta de investigación sobre las psicosis llevada a cabo por Lacan, proponemos un estudio exploratorio que se sitúa a partir de una consideración formal

---

<sup>1</sup> En el desarrollo de esta postura epistemológica destacamos los aportes realizados en una clase de postgrado del Seminario “El psicoanálisis por venir” impartido por el Dr. Alfredo Eidelzstein el 17/4/2009. Facultad de Psicología. UBA. Inédito.

de la psicosis<sup>2</sup>. Tal decisión está fundada en la particularidad del problema de investigación, en tanto el abordaje del duelo en la psicosis por el sesgo del fenómeno hace obstáculo a su elucidación. Esta opción del investigador, se presenta entonces como una solución alternativa, a lo que de intuición se le oferta en el abordaje fáctico de una realidad sensible sobre el duelo.

Por otra parte, entendemos que tal perspectiva de la investigación entra en consonancia con un aspecto ético que desarrollaremos en el punto siguiente, y que requirió someter el diseño a una revisión metodológica. A la hora de abordar el problema clínico en la implementación de una serie de entrevistas psicoanalíticas a sujetos psicóticos en contexto de pérdida y duelo, surgieron serios inconvenientes en la obtención del Consentimiento Informado, razón por la cual debimos descartar tal opción metodológica. En la propuesta epistemológica que explicitamos en este subcapítulo, la posibilidad de detenernos en una exploración que se aboca a los enunciados teóricos o abstractos, no requiriendo del pasaje a un trabajo de campo o entrevistas con pacientes, permitió sortear el obstáculo que puso en el cajón aquel Proyecto de Tesis inicial.

## **2.2 Del consentimiento a la ficción.**

En relación a lo recientemente expuesto, una serie de repercusiones relacionadas a la obtención del Consentimiento Informado, exigieron la reformulación del diseño metodológico de la investigación que incluía como inicio del cronograma, la construcción de un caso clínico basado en un conjunto de entrevistas a pacientes internados en un hospital especializado, con diagnóstico de psicosis en contexto de pérdida o duelo.

En el intento de obtener un Consentimiento Informado, de acuerdo a los criterios éticos estipulados por las autoridades académicas y sanitarias, surgieron una serie de inconvenientes con el paciente a quien habíamos empezado a entrevistar. En este sentido, ideas de reivindicación, daño, perjuicio y querrela comenzaron a desarrollarse paulatinamente, advirtiendo el paciente que con la investigación acabada, conformaría una Junta Médica a los efectos de revisar su diagnóstico y rectificar sus capacidades psíquicas. Ante el efecto de persecución desencadenado, se decidió dejar sin efecto la investigación,

---

<sup>2</sup> En el seminario dedicado a la psicosis, J. Lacan propone el abordaje de la misma desde un sesgo en donde el fenómeno es relegado, siendo la perspectiva de la estructura la que guiará el proceso: "La confianza que tenemos en el análisis del fenómeno es totalmente diferente a la que le concede el punto de vista fenomenológico (...). Desde el punto de vista que nos guía, no tenemos esa confianza a priori en el fenómeno, por la sencilla razón de que nuestro camino es científico, y que el punto de partida de la ciencia moderna es no confiar en los fenómenos, y buscar algo más sólido que lo explique" (Lacan, 2011b, p. 65)

continuando con entrevistas clínicas. La decisión fue positiva respecto a la evolución del paciente, revistiendo consecuencias en relación a la investigación proyectada.

En el extendido y heterogéneo campo de las teorías lacanianas, se ha sostenido una clásica diferenciación entre las estructuras clínicas en torno al saber: pasión por la ignorancia (neurosis), pasión por el saber o certeza delirante (psicosis). Esta división no es sin consecuencias en el pretendido montaje de un dispositivo de investigación, que toca el saber del sujeto en cuestión. En el campo de las psicosis, la auto referencia y la certeza pueden operar en el sentido de la persecución, produciéndose una tensión respecto al documento de Consentimiento Informado exigido en la investigación con seres humanos.

Así, lo que pretendía ser un recurso que aportase cristalinidad, legalidad y garantía al sujeto en cuestión, devino en una razón para la suspicacia, cuanto no un documento con el cual querellar a un semejante, a un conjunto de médicos, a una institución gubernamental o una entidad universitaria. Sabemos que la apelación a la terceridad y la articulación con la referencia legal en el campo de la psicosis, es un avatar que requiere cierta prudencia técnica, a efectos de conservar la estabilidad del sujeto.

Por tal razón, y respecto al diseño metodológico inicial explicitado en el Proyecto de Investigación, y en el que nos proponíamos una serie de entrevistas psicoanalíticas mediando el consentimiento informado, debimos **reconsiderar el lugar del caso clínico en la investigación**, aspecto que deseamos subrayar puesto que del mismo, se desprende una metodología que intenta tomar en cuenta los inconvenientes acaecidos, al tiempo que conservar lo medular del tema a investigar.

En el recorrido personal de trabajo clínico con las psicosis, veníamos poniendo en práctica una idea de alcance particular respecto a su abordaje, que podría resumirse así: el sujeto de la psicosis lleva a cabo una elaboración delirante de la pérdida. Tal idea tomará la siguiente forma conjetural en la presente investigación: **“Del trabajo de duelo al trabajo del delirio”**. La hipótesis que intentaba ilustrar en un estudio de caso, para de ese modo contrastar el supuesto hipotético, se tornó metodológicamente inviable por los argumentos arriba esbozados. Podríamos haber recurrido a consentimientos informados firmados por pacientes con los que trabajamos anteriormente en tratamientos concluidos, pero estimamos que las posibles consecuencias que podría tener esto (descompensaciones) al convocar aspectos históricos de profunda resonancia afectiva, nos llevó a renunciar a dicha gestión.

Por tal razón, y poniendo a trabajar la creatividad metodológica, resolvimos en conjunto con la Tutora de Tesis, hacer jugar esa idea conjetural como una “marca del caso” (Dumézil, C. 1992) mediante la creación ficcionada de un relato cínico. De este modo, se produjo un viraje metodológico del caso clínico avalado por el consentimiento informado según las normas éticas, a la ficción de una “marca de caso” autorizado en una perspectiva epistemológica que prescinde del dato clínico objetivado en el soporte de su investigación.

En este sentido, el supuesto epistemológico en que se sostiene esta investigación, no requiere de insumos o datos recogidos en la experiencia clínica. Esto no quiere decir que la experiencia no tenga un valor en el seno de la investigación. Tal punto de partida de ésta investigación, supuso una serie de actividades relacionadas: búsqueda bibliográfica y su lectura indiciaria, el intercambio con profesionales de la salud mental, la discusión de casos de la tradición psicoanalítica e instancias de docencia universitaria a nivel hospitalario, no siendo necesario para el presente estudio, el desarrollo de entrevistas a pacientes como trabajo de campo.

### 1.3 El marco del caso, la marca del caso

“El caso no es ya el analizante, no es la cura, no es la observación, ni la anamnesis. Tampoco es el analista. Es todo esto, un poco a la vez. La marca forma lazo, o lo rompe [...] Así pues, la marca une, pero también horada, corta. Subraya. Tira, traza, escribe, tacha, barra. Mata también y separa.” (Dumézil, 1994, p. 26)

La “marca del caso” como una ficción, lejos de tratarse de una invención fantástica de un obrar literario, toma prestado su uso de la tradición del Derecho, allí donde cumple el papel de dar existencia a un ser abstracto o a una noción. En tal sentido, es un operador abstracto que produce existencia, que señala un lugar en un razonamiento sin por ello ocuparlo (Dumézil, 1989, p. 25). Poniendo a prueba la potencia creadora del significante, generador de existencias simbólicas a partir de la nada, **la “marca del caso” hizo posible la generación de una ficción clínica** que situó el punto de partida de la investigación, allí donde la construcción de un caso clínico fue metodológicamente imposible por razones externas al investigador. Esta ficción trata sobre una paciente “D” que presenta un cuadro de psicosis al ingreso a una internación en salud mental, exponiéndose en la ilustración del caso, la maniobra clínica relacionada a la “marca del caso”. Tiene en este sentido una función expositiva de la problemática, no teniendo relación con las metodologías basadas en el estudio de caso único, la construcción de caso clínico, etcétera.

En este sentido, y retomando una conversación con la tutora de esta investigación, repito las palabras dichas en lengua portuguesa: “*O caso causa*”. Expresión por demás significativa, que en el pasaje a la lengua española hace posible una doble lectura. En primer lugar “o caso” como causa de la investigación, en donde **la conjetura explicitada da lugar al interrogante respecto al estatuto teórico del duelo en la estructura de la psicosis**. En segundo término, por homofonía “ocaso” nos lleva al terreno de aquello que decae, declina o acaba. En este sentido, se trata de una enunciación que dice de la función de este caso en el conjunto de la investigación: luego de causar, cae.<sup>3</sup> Al no tratarse esta investigación de un estudio de caso, a partir de los reparos éticos que hicieron obstáculo a tal proyecto, el caso “D” testimonia aquello que causa al investigador, a la vez que busca situar al lector en el problema. El mismo será escasamente retomado a lo largo del estudio, debido a que en nuestra formulación metodológica, no hemos concebido necesario generar triangulación entre el caso, la teoría y la práctica. Si bien la marca del caso como ficción clínica cae, el rasgo o trazo que originó tal ilustración, ha causado e impulsado nuestra exploración a lo largo de todo el estudio, al modo de un enunciado conjetural que será puesto en articulación con enunciados que se produzcan en la exploración.

La introducción de dicha “marca de caso”, comportando según el francés múltiples traducciones<sup>4</sup>, puede remitir también al “trazo del caso”, y en este sentido adopta un relieve de escritura, de grafo, de línea que **delimita un saber no sabido**<sup>5</sup> en la teoría de la psicosis, puesto que en lo atinente a la articulación con el duelo, no hemos encontrado en la corriente psicoanalítica elegida, sistemas teóricos que puedan dan respuesta al problema teórico formulado. En este sentido, la “marca del caso”, en tanto trazo, marca o tacha, denuncia y delimita el campo del saber psicoanalítico, al tiempo que “pone en movimiento las condiciones necesarias para su andadura teórica” (Dumézil, 1994, p27).

Las preguntas dirigidas al sujeto de la psicosis, y dependiendo del dispositivo o artificio clínico en el que se lo aloja, tiene diversos efectos en el sujeto. En este sentido, los efectos de una entrevista anamnésica o recolectora de síntomas, difiere notoriamente de la entrevista que se implementa desde una posición psicoanalítica. La posibilidad de alojar el delirio en el dialogo analítico, situando cierto orden de preguntas relacionadas con la

---

<sup>3</sup> La etimología del término caso, tiene como referencia del latín al término “casus” que a su vez deriva de “caer” (*cadere*)

<sup>4</sup> En el original, el término empleado “*trait du cas*” puede se traducido, a posteriori de las fuertes resonancias del concepto de “trazo unario” en la teoría lacaniana, como un trazo en el sentido de una inscripción o escritura.

<sup>5</sup> Sostenemos la coexistencia de diversas modalidades de saber no sabido: el que refiere al inconsciente, el que se relaciona con aquello que aun no se sabe, y el que es imposible de ser sabido. En nuestro estudio, el agujero que constatamos en la teoría psicoanalítica lo articulamos a la segunda modalidad de saber no sabido

pérdida, puede propiciar efectos del orden de un trabajo de duelo. Esta maniobra del analista, simple en su implementación, pero cuestionada desde ciertas posturas teóricas que niegan la posibilidad del duelo en el sujeto de la psicosis en general, constituye una marca de la intervención psicoanalítica. En este sentido, **la “marca del caso” logra conservar lo novedoso de una práctica analítica y lo personal del analista en cuestión, sin poner en riesgo la dimensión del secreto implicado en su trabajo.** La referencia a J. Lacan es necesaria, ya que fue éste quien acuñó la expresión en una revista en la que refería al asunto de la publicación: “más seguridad para evocar lo personal en la práctica, y especialmente la marca del caso” (citado por Dumézil, 1994, p.26)

Desde una perspectiva metodológica que responde al **paradigma indiciario** (Ginzburg, 1989)<sup>6</sup>, articulamos tal enfoque, en el que la lógica del conocimiento del objeto perdido es posible a partir de las huellas dejadas en el camino.<sup>7</sup> La psicosis deja las huellas de lo insoportable de la pérdida y el duelo, en la arborescencia de sus formaciones del delirio, la alucinación, el neologismo o el pasaje al acto. La lectura indiciaria permite un abordaje de la problemática allí donde la agujereada articulación discursiva del sujeto, lo aleja del relato explícito del dolor y la pérdida.

Tal paradigma de investigación ilustrado en el caso D, es a su vez el que utilizaremos como **método de lectura** al realizar nuestra investigación exploratoria en el seno de la teoría psicoanalítica. Si el trazo del caso marca un saber no sabido en la teoría, denunciando un agujero en la misma, implementaremos una investigación teórica basada en la lectura de aquellos indicios o elementos discursivos en apariencia secundarios, que nos permitan acercarnos al problema de investigación, construyendo un conjunto de conjeturas en un contexto exploratorio.

Planteamos una exploración de los indicios del duelo en la obra freudiana, en recorridos excéntricos respecto al texto capital “Duelo y Melancolía” (1989b). Estos datos secundarios, serán los que finalmente ordenan la investigación en un modo novedoso, conduciendo la exploración hacia cierto sesgo teórico.

Entre la serie de los elementos recogidos en la búsqueda indiciaria, destacamos el significante “agujero”. El agujero es un significante desestimado o dicho al pasar en los

---

<sup>6</sup> Según Ginzburg, este antiguo paradigma de lo único -en tanto único e irrepetible son la huida y los rastros de cada presa- fue ya recuperado a fines del siglo XIX por tres disciplinas cuyo objeto de estudio, al igual que la historia, son los fenómenos individuales: me refiero a la historia del arte, a la criminología y al psicoanálisis.

<sup>7</sup> Recurriendo al saber milenario de los cazadores, que en la persecución de la presa, aprendieron a leer cuanto indicio era dejado por el animal: Ramas caídas, huellas en la tierra o una corteza desgarrada, etc.

primeros e intuitivos esquemas freudianos, y que recorre la lectura teórica hasta encontrar un uso topológico en la perspectiva de J. Lacan. A partir de ese elemento nimio, olvidado en la doctrina freudiana, o tapado por sombra que proyecta el texto capital del duelo, recuperamos un precioso elemento que desencadena una línea de investigación. A su vez, otros elementos fueron recogidos en la lectura indiciaria, articulables según nuestro enfoque, al significante del agujero: energía, herida abierta, hemorragia libidinal. Como se podrá leer, se trata de conceptos que tienen una significación que varía en el recorrido de las obras de Freud y Lacan, abocándonos a lo largo del trayecto exploratorio, a leer las transformaciones operadas y que inciden notoriamente en la concepción del duelo, y sus posibles articulaciones a la psicosis.

El recurso a la “marca del caso” y el método indiciario son en este sentido los componentes de una metodología mixta tendiente a la construcción de un sistema conjetural en contexto de descubrimiento. El primero, aporta una figuración del problema en la ficción clínica y una conjetura de intervención en relación a la problemática del duelo y la psicosis. El segundo, introduce un método de lectura con el cual producir ideas e hipótesis en la exploración de la teoría psicoanalítica.

### **3 El duelo entre la psicopatología y el psicoanálisis**

Releía para preparar esta reunión, un artículo ya antiguo de 1908, donde Abraham describe el comportamiento de un demente precoz, y su así llamada desafectividad, a partir de su relación con los objetos. Aquí lo tenemos habiendo amontonado durante meses, piedra sobre piedra, guijarros vulgares que tienen para él el valor de un importante bien. Ahora, fuerza de amontonar tantos sobre una tabla, ésta se quiebra, gran estrépito en la habitación, barren todo, y el personaje que parecía acordar tanta importancia a los guijarros, no presta la menor atención a lo que pasa, no hace oír la más mínima protesta ante la evacuación general de los objetos de sus deseos. Sencillamente, vuelve a empezar y a acumular otros. Este es el demente precoz. (Lacan, 2011b, p. 34)

#### **3.1 El caso “D”**

##### Introducción

A continuación desarrollaremos el caso D, el cual ficciona un conjunto de entrevistas entre el clínico y el paciente que ingresa a un dispositivo de internación en salud mental. En el despliegue de algunas sesiones, se ilustra la “marca del caso” que permite situar al lector en la problemática del duelo y la psicosis, al tiempo que se expone una perspectiva de la intervención.

##### El ingreso

La paciente a la que denominaremos “D” es internada en el hospital, luego de haber sido periciada en una sede judicial. La policía la había tomado por sorpresa en el momento en que entraba desacadada a una farmacia de barrio con un arma blanca en la mano. Al momento del ingreso a la emergencia, D realiza una presentación absolutamente hostil, siendo reticente ante las preguntas de rutina que le dirige el psiquiatra de guardia.

El discurso delirante, ante lo incisivo de las preguntas, finalmente se precipita. D refiere que la farmacéutica manipulaba los medicamentos. Y que ya estaba muriéndose, a causa de la adulteración de la aspirina, a la que le había agregado gotas de una sustancia mortífera llamada pirinea, que la llevaba a respirar ocho veces más de lo normal, al tiempo que su corazón latía en función de unos impulsos eléctricos dirigidos desde la farmacia. Por tal motivo, llegado el momento de la primera toma de los psicofármacos administrados

desde la enfermería, la paciente se oponía rotundamente, violentándose, agitándose. Tal imposición fue capturada por la trama delirante de su persecución: en el hospital estaban combinados con la farmacéutica, y hacían de su tratamiento un negocio multinacional, experimentando pócimas para luego extender los productos a centros clínicos que trataran a otras razas humanas.

El interrogatorio psiquiátrico la comprobaba cada vez más paranoide. La auto referencialidad de su discurso, y la convicción de sus ideas persecutorias, no eran más que la super estructura de una agitada actividad alucinatoria que se resistía a relatar, deducibles por cuanto eran acompañadas de descargas motrices en su rostro. A medida que el médico penetraba más en el discurso de la paciente, mayor era la articulación delirante al punto que estaba comprometida la presencia del profesional, blanco de reivindicaciones relacionadas con la química de los cuerpos. Ante la extracción de sangre realizada para llevar adelante controles de rutina, D sospechaba de haber sido contagiada con un virus preparado por la Facultad de Química. Exigía una fuente de internet para poder contactarse con la Organización Panamericana de la Salud, convencida que estaban estudiando su sangre porque era de un color negro que excitaba a los hematólogos. Los gestos de hetero agresividad no cesaban en esos primeros días de internación.

#### La primer entrevista

Luego de unos días, comenzaron las entrevistas psicoanalíticas. ¿Qué tiene de singular una pregunta dirigida a la psicosis desde una posición analítica? Me animaría a pensar que puede diferenciarse de otros discursos, en la medida que el analista supone que en la palabra del sujeto en cuestión, se aloja un decir aprovechable para la cura. En este sentido, al analista verse interesado por su palabra, entiendo que potencialmente pueden atenuarse los efectos persecutorios que el dispositivo le oferta.

Una apuesta a la pregunta por el perseguidor, logrando de esa forma poner a cierta distancia el objeto, sería el modo en que D comenzara a establecer transferencia, siendo las más de las veces articulada a la sospecha, la desconfianza y la agresividad. La farmacéutica era el polo al que por momentos atraía las significaciones de la persecución, percibiendo que ésta trabajaba incansablemente en las noches, poniendo con cuenta gotas, unas fracciones químicas en frasquitos de color negro. Etiquetas de remedios que simulaban una mejora en los procesos infecciosos, para luego matar a los consumidores en una forma silenciosa, sin dejar rastro alguno de la muerte. D daba señales de conocer como

nadie a esa farmacéutica, y eso motivaba la pregunta respecto a las razones de tanto conocimiento.

D en otra época había sido amiga de la farmacéutica, llegando a participar de un curso que la habilitaba a trabajar en la farmacia. La relación se deterioró cuando la muerte del hijo de D, asegurando que ésta mujer había estado implicada en su muerte. En la historia que nos llegó de Forense, se comunicaba que el joven había fallecido a causa de una enfermedad en la sangre de origen genético con años de evolución. No sólo la farmacéutica estaba involucrada. La cadena de farmacias más grande de la ciudad, había hecho el trabajo sucio y lo seguían haciendo al internarla contra su voluntad.

Cada vez que se levantaba, las motos delivery con las cruces amarillas en los cajones negros, zigzaguean la puerta de su casa. O peor aún, se detenían en la cuadra de su casa, espiando lo que D realizaba durante el día. Tocaban el portero eléctrico y se reían a carcajadas, diciéndole “soy yo mamá...llegué” o “dejaban jeringas con el semen de mi hijo que decían ¡matate!”. D hacía estos relatos acompañados de un semblante de odio. Se exaltaba en sus relatos, perdiendo por momentos esa delicada línea de lucidez que le permitía admitir que en el hospital, al menos el clínico que la interrogaba, no la quería matar.

#### El indicio

D se propone reticente al comienzo de la entrevista. Dice no querer hablar más, puesto que le han advertido que todo lo que diga será usado en su contra, reclamando el alta puesto que los que verdaderamente tenían que estar encerrados eran los ingenieros de la sangre.

Sin advertir la proporción de las ideas delirantes, el tenor de su agresividad, y el escaso margen de pregunta respecto a su propia historia, le pregunto por la relación con su hijo muerto, respecto al cuál había arrojado un indicio en el relato delirante de “la inyección con semen”. El escritorio del consultorio en ese momento cae sobre mi sector, en un gesto enfurecido: - ¡mi hijo está vivo! Lo hacen sufrir en un coma artificial, le extraen toda la información del ADN, venden el semen a las farmacias. Entrevistas luego, me enteraría que la mencionada farmacéutica casi asesinada, no había tenido hijos, y D sospechaba que en la envidia tendida durante décadas, había querido tener una criatura con éste.

La posición clínica se resumía en posibilitar la prosecución de la construcción delirante, que claramente refería a un tiempo paranoide, con líneas significantes que se

entramaban fugazmente, retornando a una situación de perplejidad, ante la cual la única salida era la injuria desproporcionada, la mirada encolerizada, el silencio reticente. Los tiempos para las preguntas no eran calculables. Debido a la agresividad de D, optaba por entrevistarla en los pasillos, evitando o acotando la tensión agresiva de la díada imaginaria, apelando a la distante presencia de terceros a efectos de matizar esa mirada paranoide. D aceptaba las instancias. A pesar de la discordancia del discurso, la incoherencia del sistema de sus ideas, la emergencia de fenómenos elementales, o la oscuridad de sus comportamientos, no dejaba de resonar una conjetura de trabajo: **D intentaba transitar la pérdida de su hijo en los desfiladeros de un delirio**, y la propuesta clínica se resumía en disponerme transferencialmente para que D pudiera desplegar una trama. Tal versión de trabajo, era técnicamente cuestionada por el equipo de atención, a razón de que en la psicosis el sujeto “no procesa esas cosas”. En función de la evolución clínica de “D”, lejos estaba de tratarse de una patología del humor o de los estados del ánimo, diagnóstico que hubiera podido acercar un crédito a la intervención. La entrevista con terceros, aportaría datos fundamentales respecto a una personalidad previa en la que suspicacia, psico rigidez, celos, síntomas obsesivos e ideales apasionados, dejaban el terreno preparado para pensar en un trastorno del pensamiento en el eje de la paranoia.

A pesar de tal terreno diagnóstico, insistía la conjetura del duelo por ese hijo al que no parecía penar. Relatado en un presente que alejaba toda posibilidad de muerte, los recuerdos del joven no eran acompañados por el más mínimo gesto de afecto. La psicopatología hubiera dicho que se trataba de una desapegada, de una aplanada afectiva, del afecto de una enferma crónica. Pero al tiempo que se trataba de una situación de indiferencia afectiva, la trama delirante no cesaba de rodearlo a éste hijo oscilante entre la vida y la muerte.

En las múltiples entrevistas rotaban los perseguidores, no anclando en ningún significativo que pudiera detener la proliferación de las significaciones delirantes, aunque cierto conjunto de términos se repetían, relacionados con la farmacia, el quimismo, el laboratorio, la sangre. Líneas de delirio que no podía dejar de pensarlas en los términos de esa constelación de significantes que cubrían a la muerte del hijo, a pesar de la discordancia o la forclusión que impedían ser articuladas en el discurso de la paciente.

Insistiendo en una conjetura respecto al duelo, acercaba preguntas que pudieran permitirle de uno u otro modo referir a la pérdida. En especial recuerdo aquella relativa a lo que tuvieron que pasar debido a la enfermedad del hijo, explayándose sobre los vericuetos médicos, máquinas de transfusión, estudios en el exterior, solicitud de donaciones y otros

artilugios con los que habían intentado darle vida. Quizás fue la única sesión que D se quebró respecto a esa postura insidiosa y caracterial con que se exponía en el hospital.

### Cierre

A medida que pasaban las semanas, D lograba cierta estabilidad a nivel de la sintomatología productiva. Seguramente los anti delirantes habían hecho su trabajo. De todos modos, un núcleo resistente permanecía incambiado: la farmacéutica había logrado manipular las células madre luego de su muerte, convirtiéndose en la dueña de su sangre, amo de su vida. Expuesta a los caprichos que a la perseguidora se le ocurriesen, estaba delirantemente convencida que eran pocos los días que le quedaban en este mundo. Pero a la paciente no le afectaba una posible muerte debido a lo congénito del mal.

La mayor preocupación de D se centraba en las acciones de la farmacéutica, quien habiendo manipulado durante años los medicamentos recetados para su enfermedad, conocía como nadie el cuerpo de su hijo. La certeza delirante la hacía razonar respecto a todo tipo de manipulaciones ejercidas, en especial la que desembocó en la procreación de un bebito autoengendrado gracias al manejo de la fertilización in vitro. Ese bebito recién nacido estaba según D oculto en alguna parte, coincidiendo la fecha del nacimiento con la de su propio hijo, días antes del ingreso a la internación.

La intervención tuvo su prosecución a lo largo de unas semanas más, donde la trama delirante en torno a la farmacéutica, el bebé concebido y la manipulación de la sangre lograban persistir a pesar de los químicos destinados al aplacamiento delirante. Me consta que en este período de entrevistas psicoanalíticas, la conjetura de trabajo incidió en la modulación delirante de la paciente, puesto que le acercamos aquello que rechazaba de plano y no podía articular al embate delirante: la pérdida del hijo. Para tal maniobra clínica, hubo que suspender una serie de prejuicios relativos a la imposibilidad del duelo en la psicosis, algo que pondremos a discutir teóricamente en la presente investigación. Al cerrar, recordar la “marca del caso” que opera en algunas situaciones de ingreso al hospital:

“del trabajo del duelo al trabajo del delirio”

### 3.2 Duelo y Melancolía: un mal entendido

Manía que tiene la gente (en el caso el gentil Severo) de definir espontáneamente el duelo a través de fenómenos: ¿No estás contento de tu vida? – Claro que sí, mi “vida” va bien, no tengo ninguna carencia fenomenal; pero sin ninguna perturbación exterior, sin “incidencias”, una carencia absoluta: precisamente no es el “duelo”, es una aflicción pura – sin *sustitutos*, sin simbolización.  
R. Barthes. Carta del 16/6/78

La melancolía es una de las especies del dolor que desde los griegos hasta nuestra época, ha sido objeto de innumerables interrogaciones y respuestas por parte de poetas, filósofos, científicos y médicos.<sup>8</sup> A lo largo del siglo XIX, y a posteriori de una renovación del discurso de la melancolía por obra del alienismo como momento fundacional de la psiquiatría moderna, la afección melancólica pasó a pertenecer al feudo de la psiquiatría.<sup>9</sup> Tal lógica corresponde con un desplazamiento o pasaje más amplio que se produjo en la historia, de la locura hacia la enfermedad mental (Foucault, 1990).

Desde los primeros “garabatos” freudianos que se registran en la forma de los Manuscritos o Cartas, el interés por la melancolía ha sido una constante. Freud teoriza respecto a esa melancolía que ha sido creada en los observatorios de la ciencia psicopatológica y en los hospitales de la práctica psiquiátrica, especializados en el estudio y tratamiento de las enfermedades mentales según el método clásico de las ciencias de la naturaleza, clínica de la mirada que erigía sus objetos en el cenit de un ideal positivista. La composición sindromática, la descripción obsesiva, la clasificación ordenada y la objetivación del individuo eran los marcos del cuadro mórbido.

En la lectura de sus comentarios sobre la psiquiatría, Freud deja entrever una relación marcada por la ambivalencia: en múltiples pasajes se constata una crítica explícita respecto a sus progresos, orientaciones, métodos, criterios etiológicos y tratamientos.<sup>10</sup> En

---

<sup>8</sup> Lejos de ingresar en una interminable descripción de las versiones producidas en la historia de la melancolía, en donde se observaba heterogeneidad en torno a supuestos etiopatológicos, definiciones y tratamientos, nos interesamos por la melancolía que deviene objeto de análisis en Freud, la melancolía que en su contexto histórico ya es una enfermedad mental.

<sup>9</sup> En É. Esquirol ubicamos uno de los primeros estandartes de un largo proceso de depuración o purga del término de la melancolía de la jerga médica, puesto que se trataba de una acepción vulgar, de poetas y moralistas. (E. Esquirol, 1976)

<sup>10</sup> “Dentro de la medicina, es cierto que la psiquiatría se ocupa de describir las perturbaciones del alma observadas y de reunir las en ciertos cuadros clínicos, pero por momentos los propios psiquiatras dudan de que sus clasificaciones meramente descriptivas merezcan el nombre de una ciencia. Los síntomas que componen esos cuadros clínicos no han sido individualizados en su origen, ni en su mecanismo, ni en su enlace recíproco; no les corresponden alteraciones registrables en el órgano anatómico del alma, o esas alteraciones son tales que a partir de ellas no podría explicárselos. Y esas perturbaciones del alma sólo son susceptibles de influencia

relación a las melancolías y las depresiones, y como efecto de una época en la que se expandían las variedades de la depresión y se solapaba la categoría de la melancolía en las faldas de la locura maníaco depresiva en un mismo eje de las patologías del humor, la multiplicidad de términos e imprecisiones relacionadas con tales nosologías y cuadros descriptivos no hacían más que justificar el mal estar de S. Freud. Cual una babel de cuadros del humor, pululan en los textos freudianos los términos: melancolía ansiosa, melancolía anoréxica, melancolía de angustia, melancolía – manía, depresión periódica, melancolía senil, melancolía mixta. El propio comentador de la obra, J. Strachey va a advertir al lector respecto a la confusión freudiana, ya que según éste, el vienés toma por melancolía casos que son depresiones leves. (Freud, 1979c)

En este sentido, una de las estrategias freudianas de discernimiento respecto a un saber psicopatológico que multiplicaba los términos de la enfermedad mental, coincidiendo con un empuje sin igual de los padecimientos del humor<sup>11</sup>, radicaba en ordenar el mapa nosológico a partir de los criterios etiológicos. En este contexto, el proyecto *Duelo y Melancolía* se lo puede concebir como la apuesta a inteligir el funcionamiento de la melancolía a partir de un orden etiológico psicógeno, dejando por fuera otros cuadros de distinta etiología:

La melancolía, cuya definición conceptual es fluctuante aun en la psiquiatría descriptiva, se presenta en múltiples formas clínicas cuya síntesis en una unidad no parece certificada; y de ellas, algunas sugieren afecciones más somáticas que psicógenas. (Freud, 1989b, p.241)

Lejos de situar esta investigación en torno a tal entidad del humor enfermo, nos ocupará alguna de las consecuencias que su desarrollo tuvo en la conceptualización del duelo. Entre el duelo y la melancolía, se lee en S. Freud, una suerte de circuito conceptual que alimenta las arterias de un cuerpo doctrinal, puesto que en el “duelo” se ubica una causa que opera como la coartada para descentrar la melancolía de las formas constitucionales o endógenas de la enfermedad. En este sentido, en la época en que S. Freud escribe el texto *Duelo y Melancolía*, muy recientemente E. Kraepelin había eliminado a la melancolía como una entidad autónoma, siendo integrada a una categoría mayor: la psicosis maníaco – depresiva. (Barcherie, 1993, p. 113)

---

terapéutica cuando se las puede individualizar como efectos colaterales de una afección orgánica por lo demás. “ (Freud, 1989j)

<sup>11</sup> En el punto siguiente se aborda este proceso de especialización y proliferación de la terminología relacionada al humor.

En este contexto, la melancolía por S. Freud considerada, queda etiológicamente articulada a cierto orden de afecto, deslindándose de los componentes endógenos considerados por E. Kraepelin. El duelo en el estatuto causal de la melancolía, operará como ese eslabón que reivindica al dolor y la pérdida en la constitución de la enfermedad.<sup>12</sup> La causa exógena elegida, y en este sentido también diferenciado de lo exógeno o adquirido para Kraepelin (intoxicación, infección, alcoholismo) responde a un orden subjetivo: la pérdida del objeto. Desmarcándose de esa hipoteca biologicista que alcanza el máximo umbral en nuestra actualidad, en la que aun no se han podido establecer las causas o mecanismos etiológicos de la gran mayoría de las enfermedades mentales, el objeto con el que S. Freud pondrá a cogitar la afección melancólica será algo tan intangible como la pérdida del objeto y su afecto: el duelo:

Nuestro material está restringido a un pequeño número de casos cuya naturaleza psicógena era indubitable. Por eso renunciamos de antemano a pretender validez universal para nuestras conclusiones y nos consolamos con esta reflexión: dados nuestros medios presentes de investigación difícilmente podríamos hallar algo que no fuera típico, si no para una clase íntegra de afecciones, al menos para un grupo más pequeño de ellas. (Freud, 1989b, p.241)

No obstante la genialidad de S. Freud en asignarle al afecto un estatuto causal, la articulación del duelo y la melancolía trajo aparejadas otras consecuencias que iremos desarrollando en esta parte de la tesis, y que se resumen en los términos de un “mal entendido”, puesto que el efecto del texto fue inverso al objetivo propuesto: el estudio se tornó una referencia en torno al duelo, mientras que la elaboración metapsicológica de la melancolía no tuvo continuación. (Allouch, J. 1996, p.65).

Freud había propuesto en su trabajo titulado *La transitoriedad* que el duelo en tanto enigma, y lejos de poder ser explicado, reconduce a otras oscuras cosas. (S. Freud, 1989k). Intuimos que la melancolía es una de esas regiones a las que S. Freud ha derivado el misterio del duelo, hermanados por una estética del dolor que pareciera confundirlos:

La melancolía se singulariza en lo anímico por una desazón profundamente dolida, una cancelación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de toda productividad y una rebaja en el sentimiento de sí que se exterioriza en autorreproches y autodenigraciones y se extrema hasta una delirante expectativa de castigo. Este cuadro se aproxima a nuestra comprensión si

---

<sup>12</sup> En punto siguiente se aborda este sesgo.

consideramos que el duelo muestra los mismos rasgos, excepto uno; falta en él la perturbación del sentimiento de sí. (Freud, 1989b, p. 242)

En este sentido, no es casual ni un acto a la deriva, que comencemos un estudio sobre el duelo en relación a la psicosis remitiéndonos a la melancolía, incluso cuando desde nuestro proyecto de investigación planeábamos arbitrariamente realizar un estudio que se apartara de las formas melancólicas de los duelos “anormales”, “patológicos”, o “aberrantes” que quiebran con la norma freudiana del duelo<sup>13</sup>. Este criterio de exclusión, se fundamenta en un presupuesto que da comienzo al estudio, relativo a un diagnóstico que recogemos de nuestra práctica clínica: se tiende a visibilizar y reconocer el duelo en la psicosis, cuando éste adopta las formas melancólicas, produciendo un cierto orden de duelo que opera respecto a la norma *Duelo y Melancolía*.

El duelo, el cual en una de sus raíces conduce al término del dolor (*dollus*) opera como un hilo de Ariadna, empujándonos una vez más a la melancolía, pero sin perder el norte de nuestra investigación, que nos hace en este caso ir hacia otras “oscuras cosas” de la teoría. En este sentido, y siguiendo la lógica epistemológica desarrollada en un punto específico de este estudio, nos apartamos de las “tinieblas” o los “misterios” del fenómeno, para ubicar la “oscuridad” en la teoría.<sup>14</sup>

El desarrollo de nuestro proyecto nos confrontó con la máxima freudiana de la polaridad que instituye respecto al duelo, y debimos necesariamente ir hacia las regiones de esa bilis negra imprecisa, recolectando ciertos indicios o restos que nos permitieron orientar el estudio. Más nos animamos a tentar en esta lección aprendida, un sintagma que ficcione un origen de la enfermedad mental, al menos a modo de introducción: **en el principio fue el dolor.**

Algunos argumentos respaldarán esta afirmación, admitiendo su carácter de verdad a medias. Un recorrido mínimo por los hitos de la psiquiatría del siglo XIX hacen posible situar o contextualizar el pasaje de la melancolía como propiedad de la psiquiatría a la comprensión psicoanalítica esbozada por un tal S. Freud en 1917, en el celebre texto *Duelo y Melancolía*, el cual retoma nuestro punto de partida, el dolor en la melancolía, el comienzo de la melancolía a partir del dolor de una pérdida sustraída de la conciencia, la enfermedad

---

<sup>13</sup> Estos adjetivos con que se describe el duelo por fuera de la normalidad freudiana tienen distintas procedencias: fuentes bibliográficas, intercambio con colegas, etc.

<sup>14</sup> En punto 1.1 se explicita la fundamentación epistemológica de nuestro proyecto, siendo a nuestro entender beneficioso a los efectos de avanzar en un problema que por similitudes fenomenológicas, hace de la melancolía un polo de atracción de las significaciones del duelo y el dolor.

como una respuesta a un dolor inexplicable para Freud y la cercanía semántica, estética y fenomenológica con el duelo.

Si nuestra apuesta es a indagar la problemática del duelo en la psicosis, y habiendo reconocido el lastre que el texto *Duelo y Melancolía* ejerce en nosotros para tal investigación, no podemos dejar de aludir a este acontecimiento que se produce en la historia del pensamiento de lo mental. Se trata a nuestro modo de ver las cosas, de un mal entendido que parte por intentar comprender la melancolía y finaliza con el germen del duelo patológico. En el mal entendido, la melancolía se revela finalmente desfalleciente, no pudiendo establecerse una doctrina coherente de su mecanismo. (Pellion, 2003) Por la otra parte, el duelo adoptará una forma melancoliforme, objeto conceptual que difiere del proyecto inicial: iluminar a la melancolía partiendo del afecto del duelo. Desde entonces en la lectura del texto freudiano da que hablar el duelo, instituyendo una lógica que insiste hasta la actualidad y que deseamos interrogar en este estudio.

Freud apunta a despejar un mecanismo, inteligir una económica, situar una tópica, elaborar una dinámica, hurgando en el dolor del melancólico a partir de una referencia o norma: el duelo normal. ¿Consumó tal proyecto? La exploración de la melancolía no parece haber sido del todo satisfactoria para el mismo Freud, quien al final del texto celebre *Duelo y melancolía* declara su inconformidad:

Por más que aceptemos esta concepción del trabajo melancólico, ella no nos proporciona la explicación que buscábamos. (S. Freud, 1989, p.254)

Freud llega algo tarde al estudio de la melancolía, puesto que luego de sellada la entidad Psicosis Maníaco Depresiva por Kraepelin, la musa oscura que desde los griegos daba que hablar, concibiéndosela desde una virtud a homenajear hasta un mal a aniquilar, poco a poco fue siendo absorbida por las depresiones. En el efecto de la re significación de la melancolía por obra de las nuevas nomenclaturas del “siglo DSM”, un destino trágico la re enviará a posteriori al museo.

Pero de ese proceso de extinción de la melancolía, que en nuestra época consagra tal expulsión en los manuales DSM, S. Freud logra desplazar el término de una enfermedad a la operación de un afecto: el duelo melancólico. La aflicción melancólica desfalleciente en la historia de la psiquiatría, engendra a la criatura del duelo patológico de una de sus costillas. El mal entendido *Duelo y Melancolía* refiere para nosotros a un antes y un después, a partir del cual lo que venía a ser accesorio o vehículo en el argumento teórico,

finalmente devino en un nuevo estatuto para el duelo: duelo patológico, duelo melancólico. Freud se servía del duelo para inteligir el mecanismo de la melancolía, pero del razonamiento devino una condensación inseparable que determinó al duelo y sus destinos. El producto de la operación fue el duelo patológico, y no la elucidación de la propia melancolía, introduciéndose una nueva norma para el duelo no – normal.

¿Cuál es la criatura nosológica con la cual el psicoanálisis comienza a labrar una teoría del duelo patológico? ¿Cuál es la manifestación doliente con la cual Freud imagina y escribe una teoría de la melancolía? Una intrínseca relación une a la melancolía con el duelo. En tendencia asintótica, ambos términos parecen unirse pero jamás se encuentran. Freud se encargará de establecer las analogías en el texto *Duelo y Melancolía*. Y en el juego de las comparaciones advendrán las diferencias que le permitirán establecer una original teoría del duelo escindido entre lo normal y lo patológico. ¿Por qué Freud los acerca? ¿Cuál es el estatuto de esta articulación? ¿Cuáles los efectos de este pacto en el cuerpo doctrinal psicoanalítico? Como del orden del malentendido, a partir de *Duelo y melancolía* se ha establecido en un amplio espectro del corpus psicoanalítico, un régimen del duelo que divide las aguas entre lo sano y lo enfermo, lo normal y lo patológico. ¿Era este el objetivo que empujaba a Freud a tal investigación?

Método ensayado en múltiples ocasiones por S. Freud, la de tomar una entidad como referencia, a efectos de aclarar otra de naturaleza incomprensible<sup>15</sup>. Influenciado por las ciencias médicas, concebir la enfermedad como un déficit o carencia respecto a la norma, le permitió al vienés comprender múltiples problemas: las perturbaciones anímicas a partir del sueño como paradigma normal, la melancolía a partir del duelo como afecto normal, etc. En este sentido, Freud retoma una tradición epistemológica médica del Siglo XIX, la cual concebía a los fenómenos patológicos en una relación de identidad con los fenómenos normales, salvo por determinadas variaciones cuantitativas.<sup>16</sup> En este punto, nuestra posición explicita cierta ambivalencia, puesto que leemos un S. Freud que apunta a lo cuantitativo a efectos de establecer diferencias o márgenes respecto a lo normal, y al mismo tiempo, hallamos un autor que decididamente establece márgenes o diferencias cualitativas que le dan identidad y autonomía a la entidad melancólica<sup>17</sup>.

---

<sup>15</sup> En “Duelo y Melancolía” S. Freud nos recuerda: “Tras servirnos del sueño como paradigma normal de las perturbaciones anímicas narcisistas, intentaremos ahora echar luz sobre la naturaleza de la melancolía comparándola con un afecto normal: el duelo”

<sup>16</sup> Sobre este punto recomendamos remitirse al texto “Lo normal y lo Patológico” de G. Canguilhem (1995)

<sup>17</sup> Nada más elocuente en este punto, la diferencia cualitativa que nota entre el duelo normal y la melancolía: “Este caso podría presentarse aun siendo notoria para el enfermo la pérdida ocasionadora de la melancolía: cuando él sabe a quién perdió, pero no lo que perdió en él. Esto nos llevaría a referir de algún modo la melancolía a una pérdida de objeto sustraída de la conciencia a diferencia del duelo, en el cual no hay nada inconciente en lo que atañe a la pérdida.”

No obstante lo anterior, desde el mal entendido *Duelo y melancolía* se produce un pensamiento dicotómico respecto al duelo en las más variadas escuelas post – freudianas, proliferando múltiples teorizaciones que responden a esa primer gran marca freudiana: habrán modos normales y enfermos de llevar a cabo el duelo.

Por consecuencia, las escuelas psicoanalíticas han establecido considerables aportes al problema, generando ciertas líneas de inteligibilidad en torno a la dinámica del fenómeno del duelo, pero enmarcando estas conquistas en el paradigma de la normalidad instituida. Entre los autores que destacan ubicamos a (Abraham 1980; Klein 1989; Fenichel 1994; Bowlby, 1980; Tizón 2007). En dichos modelos teóricos constatamos que los desarrollos tienden a construirse por defecto o comparación respecto de los procesos normales sostenidos en la adaptación a la pérdida como resultado del proceso de elaboración: la sustitución el objeto perdido (Freud, 1915), la reintegración del objeto perdido (Klein, 1940), la reorganización de la pérdida (Bowlby, 1980) o la recuperación del objeto perdido (Tizón, 2007). En este sentido, y en función de los modelos que operan como referencias, los procesos de la pérdida y el duelo en las psicosis son concebidos bajo el signo de lo deficiente, patológico, desviado o imposible. (Freud, 1989b) (Klein, 1989) (Bowlby, 1980; Tizón, 2007). No podemos sino concluir que en múltiples post – freudianos, el legado de una lectura de duelo, a la medida de la norma establecida que opera como referencia en los respectivos constructos teóricos, conlleva a una clasificación del duelo entre lo normal y lo patológico.

Habremos de hilar muy fino para intentar despegar estos términos, duelo y melancolía, normal y patológico. Soldados en la tradición analítica y deviniendo una pieza cultural por excelencia en la psiquiatría, la psicología y el psicoanálisis en un amplio consenso de escuelas e instituciones, no será a la fuerza que podamos descomponer esta relación. ¿Por qué intentar desarticular tal asociación del duelo y la melancolía? Que la melancolía comparta con el duelo ciertos aspectos en el sentido de los relatos clínicos, los comportamientos observables y las deducciones semiológicas, lejos permite suponer que se trata de una asociación inamovible. ¡Allí radica el mal entendido! Y este mal entendido, tiene consecuencias nefastas en la clínica de la psicosis, cuando determinados supuestos teóricos devienen obstáculos en la problematización y abordaje del duelo en situaciones que no se corresponden con la normalidad instituida.<sup>18</sup>

---

<sup>18</sup> La “ficción clínica” desarrollada en la primera parte de este estudio revela una modalidad o forma del duelo, manifestación o apariencia, que lejos se ubica de los patrones o parámetros relacionados a la descripción freudiana de *Duelo y melancolía* (1989b)

Siguiendo una tradición psicopatológica que se abocaba a la observación morfológica, a la descripción formal de las perturbaciones, el abordaje del duelo en la psicosis corre ciertos riesgos, los mismos a los que se vio enfrentado el propio pensamiento psicopatológico. En la palabra de un especialista tal como Barcherie:

Estos son por otra parte, los problemas que volvieron sospechosa a la clínica – durante un lapso de medio siglo, y probablemente a justo título, de participar en la alienación de aquellos cuyas perturbaciones pretendía describir exhaustivamente, analizar objetivamente, y clasificar racionalmente. (Barcherie, P. 1986, p. 7)

Tal advertencia no es excluyente al campo del psicoanálisis, el cual intentando desmarcarse desde S. Freud de semejante contexto de generación de conocimiento, puede verse enfrentado a iguales obstáculos. La clínica psicoanalítica, al menos como la concebimos, no se restringe a una clínica de los fenómenos, menos aun cuando se trata del desarrollo teórico de la disciplina. Nuestro problema de investigación de tesis es en este sentido, un problema teórico que surge en la clínica hospitalaria de los fenómenos, pero que la trasciende. Y en este punto es que podemos problematizar una teoría del duelo que se desarticule a una institucionalizada relación con la melancolía. Consideramos que este cuestionamiento ilumina nuevos campos de interrogación: ¿Cómo pensar el duelo en la psicosis en modo independiente a la vertiente freudiana de *Duelo y melancolía*? ¿Tiene que asociarse necesariamente la psicosis a los semblantes o una estética del duelo para que sea visibilizado como tal? ¿Puede el duelo en la psicosis manifestarse de un modo diverso a la tendencia melancólica? Preguntas de una enorme simplicidad como las que exponemos en este punto, no hacen más que interrogar a una clínica que atada a los fenómenos y al peso de una historia psicopatológica, difícilmente pueda salir del estancamiento al que la arroja tal asociación. ¿Por qué S. Freud no escribió *Duelo y Paranoia*?

El mal entendido de *Duelo y Melancolía* hizo emerger una “criatura nosológica” llamada duelo patológico o duelo melancólico, a pesar de la voluntad de S. Freud, el cual si se lee exhaustivamente, nos muestra que una sola vez a lo largo de su obra utiliza tal expresión.<sup>19</sup> Y esa criatura nosológica llamada duelo patológico, se la ha transportado al campo de las estructuras psicopatológicas, haciendo reflejo en cierto modo de los postulados freudianos que condensaban al afecto y la nosografía: duelo melancólico.

Los desvíos del psicoanálisis, y las influencias de la psiquiatría en el “metièr” del duelo, quisieron que la melancolía quedase ubicada en los confines de los trastornos del

---

<sup>19</sup> La única cita que alude dice: “Por un lado, como el duelo, es reacción frente a la pérdida real del objeto de amor, pero además depende de una condición que falta al duelo normal o lo convierte, toda vez que se presenta, en un duelo patológico.” (Freud, 1989b)

humor sobre el cual profundizaremos en el siguiente capítulo, para ser finalmente absorbida por la entidad kraepeliana mixta. El duelo y la melancolía hermanados por Freud en una conjunción que según sus palabras “parece justificada por el cuadro total de estos dos estados” (Freud, 1989b, p. 241) conlleva a una aparente e incuestionable correspondencia que hunde a nuestro modo de ver las cosas, en una notable expresión romántica del padecimiento y el dolor.

Pareciera forjarse una modalidad de duelo en donde la exaltación del dolor, los rasgos de desazón e inhibición, la falta de interés por el mundo, la pérdida de la capacidad de amar y la ideación de culpa dibujan los contornos fundamentales del cuadro<sup>20</sup>. En ese sentido, y por defecto de una fuerte preganancia imaginaria, aquellas manifestaciones sufrientes o locuras que no se acerquen a esa normalidad establecida (normalidad que va desde el duelo normal hasta la propia melancolía) quedan interrogadas como expresiones o modalidades de duelo, deviniendo en hipótesis improbables. No obstante lo anterior, creemos que es en la misma obra freudiana, pero en **itinerarios excéntricos a la razón melancólica**, en donde encontramos pistas para la elucidación de modalidades de duelo que subvierten la normalidad de *Duelo y Melancolía*.

#### 2.4 Patologías.... ¿del humor o del pensamiento?

Debemos concluir a partir de estos principios que la alienación es ante todo una lesión de la sensibilidad; no es en esencia, un trastorno de la razón, de las ideas, del espíritu...la alienación es un dolor [...] (Guislain, 1998)

La apuesta freudiana por una melancolía que se desmarcase de los postulados hegemónicos de la psicopatología de la época, el estatuto asignado al dolor y la pérdida en el advenimiento de ésta, nos ha hecho remontarnos en una lectura sesgada e interesada por el estatuto del dolor en sus relaciones con la locura. En esa búsqueda bibliográfica, nos encontramos con algunos hitos fundamentales en la constitución del saber psicopatológico, produciendo ciertas líneas de inteligibilidad respecto a los intereses de nuestro estudio. El primero refiere al dolor en su estatuto de causa de la locura, respecto de la cual derivarán un sinnúmero de expresiones nosológicas en el pensamiento psicopatológico que adviene desde el comienzo mismo del alienismo. En este sentido, la melancolía opera como el tronco

---

<sup>20</sup> Aludimos a la descripción sintomática desarrollada por S. Freud en “Duelo y Melancolía”(1989b)

común del que se irán desprendiendo paulatinamente las diversas patologías. En segundo término, y articulado a lo anterior, se desarrollará un proceso de escisión entre aquellas patologías vinculantes con el humor y el afecto por un lado (depresiones, hipomanía, psicosis maníaco depresivas, trastorno bipolar, etc.), y aquellas otras que se relacionan a una esfera del pensamiento (esquizofrenias y delirios crónicos). En este sentido, entendemos que tal tensión entre las patologías del humor y las patologías del pensamiento, hacen que el duelo sea claramente ubicable en las primeras, y difícilmente articulables en las segundas. Entonces, tal separación nosológica opera a nuestro modo de leer el problema, como un obstáculo a la comprensión del duelo en aquellas psicosis que su presentación clínica se distancia de los semblantes del humor triste o exaltado, contemplado en el conjunto semiológico de las patologías del humor.

El comienzo de la psiquiatría con P. Pinel, introdujo una excepción al pensamiento de la locura que lo antecede, puesto que los esfuerzos se concentraron en la diferenciación entre lo que debía ser tratado en un hospital general y lo que correspondía ser objeto de tratamiento moral en un establecimiento adecuado para tal fin: el asilo. En relación a nuestro asunto de investigación, tanto la melancolía como la manía, expresiones de una misma alienación o enfermedad mental, eran diferenciadas por Pinel de aquellas enfermedades o afecciones simpáticas o sintomáticas del cerebro, tales como la frenitis o inflamación de la masa gris, manifestada bajo la forma de una producción delirante y febril. (Stagnaro, J. 2006). En este sentido, el término melancolía, supone en Pinel un giro sustancial en relación al tratamiento, puesto que desde entonces, y a razón de que la misma es ocasionada por una causa de estatuto moral, exige la suspensión de las purgas y sangrías de la bilis negra, técnica utilizado durante milenios, basada en la teoría de los humores y el desequilibrio de los mismos como fundamento etiológico de los griegos. (Garrabé, J. 2006). Descartada una hipótesis milenaria se abría entonces la brecha para pensar la causa de la locura, y por obra de la suspicacia y el intuitivismo de P. Pinel, poner bajo sospecha al menos el inquebrantable discurso de las causas biológicas o anatómicas del cuerpo humano como motor de la enfermedad mental. La causa moral es introducida en el contexto del alienismo, el cual sostenía a la enfermedad como un monismo, a partir del cual el psicoanalista comenzaría poco a poco a explorar sus vetas, distinguiendo mediante ideas claras y distintas, que no hay la tal unidad de la sin razón.

E. Esquirol en este punto da un paso más, al proponer una distinción de la melancolía entre 1) una monomanía compuesta por la tristeza, el abatimiento y el disgusto de vivir que se acompañan con un delirio sobre un único tema, conservando intacta la razón; y 2) una melancolía sin delirio o pasión triste y depresiva titulada lipemanía. La ausencia de

delirio lleva a reducir la parte concedida al entendimiento en la alienación, y permite aislar el sufrimiento en el fenómeno floreciente de la alienación. (Ehrenberg, 1998). La distinción entre formas patológicas sin delirio y con delirio (parcial o general) es del orden de un hallazgo que marca un camino de elucidación psicopatológica en el futuro. En tal época titulada por Lanteri Laura como el paradigma de la alienación mental, la distinción entre las afecciones del pensamiento o el humor no estaba aún establecida. (Lanteri Laura, 2000)

La tristeza puede alterar la razón, he ahí un germen de las modernas teorías del humor que ya prescinde de las sustancias viscosas de los griegos, jerarquizándose el aspecto afectivo como base del trastorno por sobre lo intelectual. En este sentido, el alienista francés establece a las penas de la vida, las causas morales y los afectos, como un factor patógeno en la constitución de la enfermedad (Stagnaro, 2006, p.76) Los alienistas preparan así el terreno sobre el cual se edificará una teorización psicopatológica sobre el humor o el afecto vs el intelecto o el pensamiento. Según G. Swain, la melancolía fue concebida como una enfermedad que hizo “del sufrimiento del espíritu el principio mismo y el elemento de trastorno de los alienados” (citado por Alvarez, J. Eiras, J. 2006)

Es precisamente J. Guislain, fundador de la psiquiatría belga e influencia directa en el pensamiento psiquiátrico alemán del siglo XIX que llegó hasta el mismo S. Freud, quien profundizó en esta dirección. Tal autor concebirá a la enfermedad mental o frenopatía como una reacción psicológica a un estado de dolor moral o frenalgia. Concebida como una enfermedad única e inicial, dolor moral o psíquico, a partir de la cual luego surgen los múltiples trastornos mentales como una reacción secundaria, el autor postula:

Decir que la alienación mental es un trastorno del juicio, de la razón, sería una proposición errónea, eso sería tomar un síntoma secundario por el fenómeno fundamental. En su origen, la alienación es un estado de mal estar, de ansiedad, de sufrimiento; un dolor pero un dolor moral, intelectual o cerebral, como se quiera entender” (citado J. M. Alvarez y J. R. Eiras, 2006, p144)

En contemporaneidad con los planteos del francés Esquirol, para quien la lipemania estaba en relación con las penas de la vida o los afectos, el concepto de frenopatía de J. Guislain viene a afirmar el estatuto moral de la locura que había sido planteado en modo intuitivo por Pinel. Defendiendo la tesis que reduce toda la patología mental a una sola enfermedad, Guislain privilegia las alteraciones del humor y de los sentidos como matrices originarias de la locura, concibiendo a la enfermedad en los términos de una lesión de la sensibilidad, y no en un trastorno de las ideas o la razón (Lanteri Laura, 2000). De este

modo se enfatiza que el dolor moral puede estar latente, no ser aparente, y durar tan poco tiempo que es reemplazado por otros fenómenos que lo absorben (Stagnaro, 1998). Por tanto, el concepto de frenopatía como fenómeno inicial de la locura, puede estacionarse en una melancolía afectiva, ser inherente a la mayoría de las alienaciones mentales, o comportarse como el período prodrómico de las mismas.

La nomenclatura del psicopatólogo belga supone el aislamiento de las formas delirantes primitivas, de las formas en las que el delirio es secundario a las perturbaciones afectivas (depresión, ansiedad, exaltación). Esto es en la consideración de Barcherie un hito fundamental de la historia de la psiquiatría, puesto que se aísla por primera vez una clase de psicosis delirante que los alemanes luego llamarán psicosis paranoica, y que se distingue de las perturbaciones afectivas de tipo maníaco o melancólico. (Barcherie, 1986, p. 42). En suma, el trabajo de Guislain se destaca por introducir en el campo de la enfermedad mental, hasta ese entonces monopolizada en el término de la alienación mental, un criterio de diferenciación o discriminador nosográfico entre formas de delirio aisladas o independientes de las perturbaciones afectivas.

A estos aportes que introducen una ruptura con la concepción de la enfermedad única, y comienzan a fracturar la unidad de la locura como un bloque indiferenciado de afectos y pensamientos en la conformación de la enfermedad, la psiquiatría alemana influenciada por el autor antes mencionado, profundizará gracias a la obra de Griesinger, - considerado como el fundador de la psiquiatría alemana. Por un lado, y habiendo sido fuertemente influenciado por el belga Guislain, a través de su maestro A. Zeller, fundamenta un modelo nosológico en el que todas las enfermedades mentales derivan de una lesión inicial de tipo emocional, de una emoción “depresiva”, de un dolor moral (Alvarez, J. Eiras, 2006). Al decir de Barcherie, lo sobresaliente del pensamiento de Griesinger radica en el rasgo asignado a la locura:

[...]una perturbación generadora sutil, del orden de la experiencia vivida mas que del concepto claro, cuya forma mórbida acabada no es más que una elaboración intelectual. Es la primera aparición de una fenomenología de las “vivencias delirantes primarias” (Jaspers), así como de una distinción de estratos de estructura diferentes en la masa de los fenómenos delirantes (idea que de Clérambault o Guirard retomarán posteriormente) (Barcherie, 1986, p.46).

En una concepción monista de la enfermedad mental, y de allí que se incluya en el paradigma de la alienación mental, la lesión inicial puede según el autor, evolucionar hacia

una enfermedad del entendimiento, de las ideas o el juicio. Por tal razón, la nosología de Griesinger propone una distribución de los cuadros en formas primarias, en las que **el factor afectivo o dolor moral es esencial**, distinguiendo una multiplicidad de cuadros clínicos, introduciendo una idea que inaugurará el capítulo de las enfermedades mentales, al proponer el criterio de evolución de las formas clínicas. En las formas secundarias, generalmente lesionales, y a posteriori de la emoción depresiva inicial, ubica a las formas del delirio sistematizado con debilitamiento mental y deformación del yo, demencia agitada, demencia apática e idiotismo. En este sentido Griesinger, retoma la idea de Guislain, profundizando en la construcción de un grupo de los delirios crónicos, aislados e independientes y propone una etiología de la enfermedad mental centrada en una causalidad moral.

En este breve relato con el cual pretendemos retomar una tensión significativa en la historia de las enfermedades mentales, se recrea el pensamiento de aquellos psicopatólogos que a un tiempo que inauguraban una disciplina de las enfermedades mentales, introducían en el seno de la medicina la problemática de los afectos y los humores en la producción de la locura, estableciendo un sistema de nosologías que se organizaba en torno a estos.

Punto de inflexión de la psicopatología, por tanto que agotaba un método de observación en el ejercicio de una clínica sincrónica, haría intervenir un criterio evolutivo, importado de la medicina interna, en la determinación, descripción y compilación de múltiples entidades mórbidas autónomas e irreductibles entre sí. Si la tarea de los precursores de la psiquiatría fue la de separar la enfermedad mental de naturaleza única respecto al resto de las enfermedades médicas, la tarea de los psicopatólogos de ese segundo período consistió en establecer las diferencias en el seno de la enfermedad mental.

En este contexto que podemos precisar en un segundo paradigma de las enfermedades mentales según lo consigna Lanteri Laura (2000), mediando los avances en la distinción de los cuadros en función de los trastornos de lo afectivo o del pensamiento imperante por un lado, la influencia del saber neurológico por otro, a la vez de la consideración del factor evolutivo, la distinción entre los cuadros del humor y del pensamiento se cristalizaron en una extensa variedad de entidades nosológicas, esencias de la enfermedad. Desde entonces, la ruptura con la idea de una enfermedad única o alienación (Pinel) o psicosis única (Griesinger) agotaba su consistencia, abriéndose la malla nosológica entre cuadros del humor y cuadros del pensamiento principalmente.

La mera distinción entre un delirio que responde a un trastorno intelectual tal cual como se puede concebir en la esquizofrenia o bien un delirio que responde a un trastorno afectivo tal como se lo puede concebir en una melancolía, requirió de un largo proceso de decantación nosológica que no deja de conservar algunas fisuras epistemológicas. Es imprescindible en este punto la cita con Kraepelin, quien llevó a cabo una verdadera sistematización de categorías, a partir de aquel babel de saberes compuestos por agrupaciones sindromáticas, supuestos etiológicos, hipótesis lesionales y problemas funcionales con los que se pretendía ordenar exhaustiva y coherentemente el saber psicopatológico.

En su Manual de Psiquiatría (1909), y recapitulando las nosologías de Falret – Baillarger, propondrá a la Locura maníaco depresiva (LMD), la cual es concebida luego de sucesivas revisiones, como un proceso patológico constituido por la sucesión de accesos de dos tipos: estados maníacos, estados depresivo y estados mixtos. Sirviéndose del concepto de endogenicidad de Moebius (1893) que supone la ausencia de factor etiológico externo precipitante y a la predisposición interna hereditaria para desarrollar una enfermedad, la LMD pasó a integrar el grupo de las enfermedades endógenas – constitucionales compartiendo la etiología con clases como la paranoia, la histeria, psicopatías y oligofrenias. En este sentido, al relacionar esta entidad al concepto de endógeno, ubicaba el terreno de la enfermedad mental en las geografías del cuerpo, la biología y la personalidad, minimizándose el factor exógeno en la determinación de la enfermedad, quedando restringido a las intoxicaciones, las infecciones o algún evento traumatizante. (Stagnaro, 1996, p. 13)

El estado de situación, y recapitulando los principales momentos de este recorrido, diremos que se escindió lo que en una etapa comenzó siendo un criterio para diferenciar cuadros psicopatológicos en un tiempo de incipiente construcción del saber psiquiátrico. En tal sentido, los trastornos del humor o afectivos coronaron su desarrollo y autonomía en la clasificación kraepeliana, la cual finalmente terminó proponiendo un sistema etiológico predominantemente endógeno, quedando en el olvido o siendo un factor secundario aquello que había promovido tal gestación: la causa moral, el dolor, la frenalgia, etc. En tal orden de cosas podríamos sintetizar que la perturbación del humor fue afectada por un proceso de biologización, constitucionalidad, endogenicidad.

No podemos dejar de reconocer a Freud en este contexto, introduciendo ideas subversivas respecto a la psicopatología de Kraepelin, puesto que reivindica el lugar de la causa al dolor y la pérdida del objeto. Presumimos que en buena medida el pensamiento

arriba esbozado, centrado en el dolor como motor de la enfermedad, ha sido determinante en las argumentaciones que dan lugar a *Duelo y melancolía*.

En la literatura freudiana, la determinación del pensamiento de Griesinger en el desarrollo de postulados centrales del psicoanálisis tales como el cumplimiento de deseo como rasgo común al modo de representación del sueño y de la psicosis (Freud, 1989g). En este sentido, y siendo explícitamente reconocido por el propio Freud dicha influencia, el aporte de Griesinger (maestro admirado de Meynert,) incidió notablemente en las elaboraciones psicoanalíticas de la psicosis:

El tipo más extremo de este extrañamiento de la realidad objetiva nos lo muestran ciertos casos de psicosis alucinatoria en los que debe ser desmentido el acontecimiento que provocó la insania (Griesinger). (Freud, 1989m)

Tal extrañamiento de la realidad, que alude en la obra freudiana a la Amentia de Meynert <sup>21</sup>, contemplado en el trabajo del duelo que se explicita en *Duelo y melancolía*, nos da la pauta de cómo el pensamiento alemán que reivindica al dolor en la irrupción de la psicosis, opera como un hilo de Ariadna que lo conecta con el psicoanálisis, y que en este estudio proponemos recuperar en su estatuto de conjetura.

Ante la reseña realizada que propone explicitar brevemente la fractura o escisión entre las patologías del humor y del pensamiento producida, en S. Freud la cuestión del duelo y el dolor fue vinculada a la melancolía, dejando un lugar vacante en la elucidación de las relaciones entre el duelo y los delirios crónicos. Los estudios específicos de duelo y psicosis replican desde Freud un mismo problema: se trata de estudios que cuanto mucho se abocan a las psicosis relacionadas a la esfera del humor, reconociéndose una laguna evidente cuando de trastornos del pensamiento se trata.

Al proponerse conjuntos psicopatológicos aislados, en donde lo afectivo es primario o secundario respecto a la enfermedad, ciertas psicosis tal como la paranoia o la esquizofrenia corren el riesgo de minimizar el estatuto del dolor o el afecto en la constitución de la enfermedad. De este modo, cierto orden de prejuicio teóricamente fundamentado, obtura la posibilidad de intervenir ante el duelo en la psicosis. Lo interesante radica aquí, que es en la misma historia de la psicopatología desde donde se puede levantar tal

---

<sup>21</sup> En el punto 3.4 haremos un desarrollo de tal noción, y sus relaciones con el duelo. Allí notamos un aspecto sobresaliente en nuestro estudio, puesto que el mecanismo fundamental de la psicosis planteado por Freud, y retomado por Lacan en el concepto de forclusión, surge precisamente de la articulación de lo "insoportable de la pérdida". En este punto, leemos en acto las ideas que pujaban antiguos psicopatólogos que proponían al menos de un modo intuitivo, las relaciones entre el dolor, la locura y la alteración de la realidad.

prejuicio. Entendemos necesario poner a cuestionar tales supuestos, a razón que sostenemos en modo conjetural que en las psicosis, el duelo puede operar como factor desencadenante o desestabilizador del sujeto, retomando las ideas que dieron inicio al saber psicopatológico.

### **3.5 El psicoanálisis. Objeto devenido de un duelo**

Podemos localizar este momento histórico en la correspondencia con Fliess, en el año 01 en el que el inconsciente se abre por vez primera vez cuando cesa el duelo por el padre. Freud habla allí de su escucha dividida, desgarrada, entre un saber constituido que, aunque muy brillantemente, sigue estando no obstante en la dinastía de los amos, y una verdad que le hace preguntas desde lo más cerca de lo que escucha, pero que aún no se escribe (Scilicet 6/7)

En el contexto de la investigación freudiana de finales del siglo XIX que prologa los subversivos hallazgos de la sexualidad y el inconsciente, el texto de Hamlet fue considerado una réplica o analogía de la trágica historia de Edipo, centrando sus semejanzas en tópicos ancestrales como la posición en relación al parricidio y al deseo del objeto materno.

En este sentido el tratamiento que Freud le dio al asunto Hamlet, estuvo desde un comienzo articulado al drama edípico, cobrando un valor argumentativo y probatorio de la hipótesis del futuro “complejo de Edipo”. La analogía establecida entre la tragedia de Sófocles<sup>22</sup> y Shakespeare, escrupulosamente desarrollada por múltiples psicoanalistas, continuando la marca empuñada del creador del psicoanálisis, produjo en ese sentido una escansión en el texto Hamlet, quedando a un costado la cuestión del duelo.

No obstante lo anterior, S. Freud destacará una diferencia efectiva entre esas piezas literarias, variantes de la vida anímica puestas en juego para tratar un “idéntico material”. Mientras que en Edipo Rey, la fantasía es traída a la luz y realizada en el asesinato del padre, en Hamlet se revela el progreso secular de la represión, razón por la cual los deseos son inferidos, por sus consecuencias inhibitorias: parálisis de la acción, exceso del pensamiento, auto reproches y culpa inconsciente, son resumidamente los elementos o la figura que resalta sobre el fondo de Hamlet. (Freud, 1989g)

---

<sup>22</sup> Aludimos a la tragedia de Edipo Rey.

Respecto a esta versión moderna del Edipo, el texto de *La Interpretación de los sueños* destinó buena parte de sus desarrollos, a inteligir aquellas maniobras o figuras de la represión, exitosas en cuanto lograban deformar los deseos inconscientes, mediante un “trabajo del sueño”. En este sentido, la obra de Freud, intentó elucidar esas manifestaciones de la vida anímica paradigmáticamente expuestas en el drama Hamlet, puesto que entre los deseos de muerte y la ejecución del acto, se producía un ancho intersticio de rodeos psíquicos que alimentaban el guión del drama. Eran aquellos vericuetos de la vida anímica del héroe moderno, y no los de Edipo Rey, los resortes de la investigación freudiana. Y por tanto, desde este punto de vista la obra de Hamlet restituyó su función en la investigación de lo edípico, otorgándole al texto un resorte heurístico.

¿Por qué Freud debe acudir a Hamlet, disponiendo de la tragedia de Edipo Rey? ¿No era suficiente el recurso a la zaga griega? En cierto modo la respuesta está dada arriba, centrada en la insuficiencia de elementos que tal versión expone, respecto a la psicología del héroe moderno representada por Hamlet. Pero por sobre todas las cosas, entendemos que la tragedia de Hamlet opera para S. Freud en un orden de espejismo o identificación imaginaria (a – a’). Entre la versión antigua y la moderna, ¿en dónde situar a S. Freud? La respuesta no se hace esperar: se trata de una réplica del héroe moderno, y su historia del auto análisis da solventes fundamentos.

Llamativamente S. Freud pareciera hacer de Hamlet un uso objetivo o instrumental, tomándolo a su antojo para ampliar la interpretación del texto edípico, cuando paradójicamente es el texto el que en buena medida lo turba en sus pensamientos e ideas. En este sentido, la obra inglesa cumple para Freud una de las funciones imaginarias más antiguas develadas por el teatro griego: la catarsis mediante la identificación al personaje del héroe, espejo de sus íntimos escrúpulos de conciencia.

En el texto titulado *Personajes psicopáticos en el teatro* (1905), S. Freud hace una exposición sobre la función del teatro, aludiendo especialmente al fenómenos de la represión en la obra de Hamlet y sus efectos en el espectador.<sup>23</sup> Bajo el peso del argumento

---

<sup>23</sup> En especial destacamos el siguiente párrafo en el que resume buena parte de su posición: “El primero de estos dramas modernos es Hamlet. <sup>3</sup> He aquí su tema : Un hombre hasta entonces normal se vuelve neurótico por la índole particular de la tarea que se le encomienda ; un neurótico en quien una moción hasta entonces reprimida con éxito procura imponerse. Hamlet se singulariza por tres características que parecen importantes para el problema que tratamos: 1 ) El héroe no es un psicópata sino que se vuelve tal en la acción considerada. 2 ) La moción reprimida se cuenta entre aquellas que lo están en todos nosotros por igual; siendo su represión uno de los fundamentos de nuestro desarrollo personal, lo que la situación pone en entredicho es esa represión misma. Estas dos condiciones nos facilitan reencontrarnos en el héroe; somos susceptibles del mismo conflicto que él, pues «quien en ciertas circunstancias no pierde su entendimiento, es que no tiene ninguno que perder». <sup>4</sup> 3 ) Pero parece condición de la plasmación artística que a esa moción que pugna por llegar a la conciencia, pese a ser ciertamente notoria, no se la llame por su nombre; así el proceso se consume de nueva en el espectador

citado, Freud confiesa la identificación que en él produce el drama de Hamlet, leyéndose la íntima relación que a pesar de los siglos lo unen al héroe moderno. ¿Cuál es el punto de simetría respecto al Príncipe de Dinamarca? A la letra: “el mismo conflicto” (Freud, 1973, p. 1273)

Cierta captación especular reúne a S. Freud en la imagen de Hamlet, anticipando en los callejones sin salida del drama del Príncipe, la constelación de los deseos edípicos de la historia del sujeto Freud<sup>24</sup>. A falta de un Hamlet analizante que proporcione los sueños de donde inteligir los mecanismo de la represión típicos de la cultura moderna, el inconsciente más cercano que tendrá a su mano provendrá del propio material de sus sueños y fantasías, recuerdos y olvidos que serán dirigidos a su gran amigo W. Fliess. Precisemos este punto en el análisis del autor:

Hamlet lo puede todo menos vengarse del hombre que eliminó a su padre y usurpó a este el lugar junto a su madre, del hombre que le muestra la realización de sus deseos infantiles reprimidos. Así, el horror que debería moverlo a la venganza se trueca en autorreproche, en escrúpulo de conciencia: lo detiene la sospecha de que él mismo, y entendido ello al pie de la letra, no es mejor que el pecador a quien debería castigar. (Freud, 1989g, p.)

El rey Claudio le muestra a Hamlet los deseos reprimidos, al tiempo que Freud aprehende en Hamlet algo de los propios. La tensión entre el deseo de saber respecto a ese patrimonio de la mociones psíquicas infantiles de su historia, y la tendencia a hacer el “Uno” junto a Edipo y Hamlet, aquietando las aguas de la culpa en una profunda teoría universal, recorren esos primeros tiempos de la gestación freudiana. Pero a Freud no le alcanzó con reconocer “el crimen universal” que recubría esa zona de la constitución subjetiva, sino que fue a la búsqueda de los mecanismos y resortes que pudiesen fundamentar la actividad anímica mediante una argumentación con pretensión científica.

¿Cuál es a nuestro modo de leer los comienzos de Freud, el punto de arranque de este artilugio? Homologo al que Hamlet le muestra, “el mismo conflicto”: los auto reproches, la ambivalencia y la culpa respecto al padre. ¿Cuáles eran los pensamientos que por aquel

---

cuya atención ha sido distraída, y el es presa de sentimientos, en vez de darse cuenta de lo que ocurre. De ese modo se ahorra, sin duda, una cuota de resistencia como la que vemos en el trabajo analítico, donde los retoños de lo reprimido, por provocar una resistencia menor, llegan a la conciencia, lo cual es rehusado a lo reprimido mismo. (Freud, 1973, p. 1273)

<sup>24</sup> “¿De qué manera justifica el histérico Hamlet su sentencia: “Así es como la conciencia moral hace de todos nosotros unos cobardes?, de qué manera explica su vacilación en vengar al padre matando a su tío ese mismo “Hamlet que sin reparo alguno envía a sus cortesanos a la muerte, y asesina sin ningún escrúpulo a Leartes? No podría explicarlo mejor que por la tortura que le depara el oscuro recuerdo de haber meditado la misma fechoría contra el padre por pasión hacia la madre.” (Freud, 1989i, p.307)

tiempo aquejaban a S. Freud, y exponiéndolo a una identificación especular con Hamlet? En el rastreo epistolar leemos que en las postrimerías al fallecimiento del anciano padre, reconoce que en “los oscuros caminos situados detrás de la conciencia oficial” la muerte lo ha afectado, y resurge con ella “todo el pasado”. Un “estado de desamparo” confiesa estar padeciendo a partir del cual emerge en días un sueño clásico en las biografías del autor y que se puede sintetizar en “se ruega cerrar los ojos”:

Al local lo reconocí enseguida como la peluquería que visito diariamente. El día del sepelio tuve que esperar algo ahí y por eso llegué un poco tarde a la casa del duelo. Mi familia se mostró entonces descontenta conmigo por haber yo dispuesto que los funerales fuesen discretos y sencillos, lo cual luego se reconoció muy atinado. También me echaron un poco en cara el retardo. La frase del cartel es de doble sentido y quiere decir, en ambas direcciones: «Uno tiene que cumplir con su deber hacia el muerto». (Una disculpa, como si yo no lo hubiera hecho y necesitara indulgencia; y el deber tomado literalmente.) \* El sueño emana, entonces, de aquella inclinación al autorreproche que regularmente se instala en los supérstites. (Freud, 1989i, p. 273)

Acontecimiento Freud, subrayemos, puesto que el sueño es en las palabras del autor, lo que lo sumergirá en el análisis de los sueños, en “Die Traumdeutung”. Ese “lindo sueño” aludirá a los auto reproches o culpabilidad que derivan de sus actos: haber llegado tarde al funeral por haber perdido minutos en la “peluquería”, ordenar que los rituales fuesen “breves y sencillos”. Tal cual lo desarrollaremos en otro punto de este estudio, la abreviación de los funerales es uno de los aspectos que J. Lacan destaca de la obra de Hamlet (¡a diferencia de Freud que jamás hizo una referencia a este aspecto sino como “*mea culpa*”!) situando allí una de las claves del problema del drama.

En el caso de Freud, espejado con el Príncipe en nuestra lectura, el retorno de esta abreviación del funeral es interpretada por el soñante como “el deber del hijo es cerrar los ojos del padre muerto” o “se ruega «cerrar los ojos» (mostrar indulgencia) ante el hijo si este no cumplió con su deber en lo tocante a los funerales.” (Freud, 1989i, Carta 50). De este modo, la sensibilidad a la actividad onírica despertada con la muerte del padre, le permite a Freud comenzar a leer en sus textos, aquello que reconocía en Hamlet, y que en la tríada con Edipo Rey, lo acercaba a las ambivalencias edípicas, a los conflictos de su propia historia removida en la muerte del mismo. ¿Cuando se produce el debut del término edípico, al menos en forma intuitiva o anecdótica, en la obra freudiana? Un freudólogo de

magnitud reconocida, tal cual como J. Strachey<sup>25</sup>, enlaza los acontecimientos de tal forma, que concluye situarlo en el año 1897. Postrimerías de la muerte del padre de Freud, en donde el suceso de la pérdida se traduce en un acontecimiento fundamental en la construcción de *La Interpretación de los sueños*, según sus propias declaraciones.

En la genealogía de la construcción freudiana, ante la muerte del padre, la recurrencia del auto reproche y al culpabilidad inconsciente cobrará una presencia notoria en la teorización de lo edípico, convergiendo en la escritura teórica un mismo encuentro fantasmático que entrama al drama de Hamlet y a las formaciones oníricas de S. Freud. No obstante, cabe subrayar que sobre idéntico material versará la lectura princeps del duelo, puesto que desde los comienzos en el *Manuscrito N* en donde se alude al auto reproche como “una exteriorización del duelo” hasta el texto princeps de *Duelo y Melancolía*, la operación de la culpa en el complejo sesga al duelo en la dirección edípica.

En la interpretación de D. Anzieu, fue necesario este “duelo doloroso” para que Freud sintiera remontarse desde su infancia más remota un sentimiento oculto de culpabilidad respecto a un padre que admiraba e idealizaba (Anzieu, D. 1987, p. 202). En la experiencia de la pérdida, y mediando el juicio de una familia que censuró sus acciones entorno al estilo de funeral, Freud comienza a sacudir la ambivalencia respecto al padre, emergiendo las confesiones de rivalidad edípica<sup>26</sup> que anudará al Edipo Rey y Hamlet en un teoría de alcance universal. Cierta correspondencia se lee en ese gesto repetitivo del crimen en el que convergen las diversas líneas de lectura, alimentando la ilusión o apariencia de lo mismo: el deseo parricida, el amor a la madre.

A nuestro modo de leer el asunto, la estructura del bucle puede ser un buen recurso de escritura para poder situar la diferencia que se produce entre las diversas instancias de lectura: una vuelta pasa por Edipo, una vuelta pasa por Hamlet, una vuelta pasa por Freud. No es posible leer una repetición idéntica en este sentido, y la primer razón es que el propio Freud cuenta la cuenta de los crímenes, aunque tienda a hacer de ella “un solo pensamiento de validez universal”.<sup>27</sup> Freud asumió la sumersión en el bucle, y en el análisis de sus sueños, fantaseos o formaciones del inconsciente logró apropiarse de cierta estructura de la subjetividad, rompiendo con una ética irresponsable de leer los dramas del sujeto en el

---

<sup>25</sup> James Beaumont Strachey (1887 - 1967) fue un psicoanalista inglés principalmente conocido por ser el traductor de las obras completas de Sigmund Freud al idioma inglés. Compilador de las obras freudianas que tomamos como referencia principal en este estudio.

<sup>26</sup> En la carta 71 expresa: “También en mí he hallado el enamoramiento de la madre y los celos hacia el padre, y ahora lo considero un suceso universal de la niñez temprana”.

<sup>27</sup> En la carta 71 dirigida a W. Fliess, Freud enumera las versiones del amor a la madre y el deseo de muerte al padre, ejemplificadas en la zaga griega de Edipo, en la versión inglesa de Hamlet, y en las confesiones personales, deducidas del auto - análisis de sus sueños.

espejo de la literatura. En este sentido, S. Freud rompe con la lógica de la catarsis en la que se vería implicado como mero espectador de la tragedia, tomando su tragedia como objeto de análisis.

Nos animamos a esbozar así una conjetura: en el duelo de Freud por su padre, el vienés desemboca en el comienzo de una ciencia de lo anímico, en la gestación de *La interpretación de los sueños*. La palabra del freudólogo J. Strachey, asegura que es a partir de un sueño articulado al funeral paterno, en donde S. Freud comienza a destinar un altísimo interés al análisis de sus sueños. En la confesión del propio vienés cuando prologa la segunda edición de “Die Traumdeutung”, constatamos la relación que existe entre el duelo y el método:

Para mí, este libro tiene, en efecto, una segunda importancia subjetiva que sólo alcancé a comprender cuando lo hube concluido, al comprobar que era una parte de mi propio análisis, que representaba mi reacción frente a la muerte de mi padre, es decir, frente al más significativo suceso, a la más tajante pérdida en la vida de un hombre. (Freud, 1989g)

Es interesante en este punto como Freud también articula el duelo entre el autor y la obra, en relación a Hamlet. El estatuto de esta interpretación comporta un relieve de espesor creacionista: Hamlet adviene a posteriori de la muerte del padre de W. Shakspeare y la muerte de un hijo en la temprana infancia llamado Hamnet. Si Hamlet versó sobre la relación del hijo con los padres, Freud nos recuerda que en Macbeth a su vez, se abordó la esterilidad.<sup>28</sup> En la agrupación de estos elementos, el vienés ensayó una interpretación de las mociones más profundas que agitaban al alma del autor, poniendo en relación las creaciones del sujeto ante la muerte de personas queridas, asunto que mereció un apartado a su “Interpretación de los sueños”. De modo tal, “Hamlet” fue interpretado por Freud en los términos de una figuración del duelo acaecido en el autor ante la pérdida de su padre. Una bella expresión de S. Freud en la reflexión respecto a la pérdida en W. Shackespeare resume la idea:

Fugazmente se me ha pasado por la cabeza que lo mismo podría estar también en el fundamento de Hamlet. No me refiero al propósito conciente de Shakespeare; más bien creo que un episodio real estimuló en él la figuración, así: lo inconciente dentro de él comprendió lo inconciente del héroe. (Freud, 1989i, carta 71)

---

<sup>28</sup> Según se constata en la obra de Georg Brandes (1896). Citado en *La interpretación de los sueños*. Capítulo 5. El material y las fuentes del sueño, D: Sueños típicos, BETA.

En este modo de interpretación utilizado por S. Freud para dar sentido a la obra de Hamlet, y explicar la creación literaria, no podemos dejar de hacer el paralelismo con *La interpretación de los sueños*, objeto que adviene en la pérdida, y que aunque confesado por el autor, no podrá ser integrado jamás en el marco de una teoría del duelo. Habrá que esperar a la lectura de Hamlet por J. Lacan, para hacer teoría de eso que Freud resuelve en acto: el objeto devenido del duelo.

En nuestra hipótesis de lectura, *La interpretación de los sueños* de Freud y el *Hamlet* de Shakespeare están en correspondencia con el duelo. En este sentido, estamos en condiciones de argumentar que en S. Freud, en el principio fue la pérdida y el duelo del significante paterno. Ciertamente con la explicitación de tal hipótesis, no hacemos más que levantar las interpretaciones o construcciones esgrimidas en el texto freudiano, y que nos permiten resignificar la cuestión del duelo en S. Freud.

Más allá de esta alteración de los funerales, y su consecuente retorno en el mensaje del auto reproche, deviene en Freud una pregunta respecto al sueño, un deseo de saber respecto a esa otra escena propiciada por la ambigüedad del significante “cerrar los ojos”. En el cierre de los mismos, la apertura del inconsciente, y el comienzo del psicoanálisis. Conjeturemos entonces: con la pérdida del padre y los auto reproches, adviene el germen del psicoanálisis. Pero forzando un poco las cosas, podríamos concluir que el psicoanálisis es un duelo, el de Freud por un padre que lo anhela en la ambivalencia, y lo hace poner a trabajar los sueños.

En este sentido, pudiera interpretarse un triunfo de la pérdida del objeto, en el contexto del duelo, prevaleciendo los componentes ligados a la lectura edípica en su retorno de formas cuasi melancólicas: auto reproches, culpa inconsciente, compulsión. Pero a diferencia de aquel melancólico de la literatura psicopatológica, tomado por los restos del objeto que perdió, en Freud la respuesta al duelo es ¡trabajo! Curiosamente en el término “trabajo de duelo” por éste acuñado, se condensa la respuesta a su dolor, puesto que en múltiples momentos de su obra, al dolor de la pérdida le respondió con trabajo. En suma, el trabajo de duelo freudiano, puso a trabajar al sujeto Freud, adviniendo un objeto: el psicoanálisis.

### 3 Lecturas freudianas del duelo

Constatamos en la obra freudiana numerosas referencias al tema de nuestra investigación, las cuales sin lugar a dudas han sido el comienzo de la edificación teórica respecto al duelo en general, y a la psicosis en particular. Se trata de puntualizaciones conceptuales en textos de carácter metapsicológico, interpretaciones o intuiciones expresadas en los historiales clínicos, ideas de naturaleza conjetural manifestadas en los documentos epistolares, fracturas o quiebres de una escritura a la cual retornamos. El resultado del recorrido de la obra freudiana es un conjunto de referencias heterogéneas articulables en algunos casos, dispersas o contradictorias en otros.

No podemos considerar, a partir de una lectura exhaustiva y específica del escrito freudiano que tome como operadores conceptuales fundamentales a la psicosis y al duelo, una teoría acabada de la pérdida de objeto en la psicosis. No obstante, podemos explicitar una sistematización de referencias que nos permiten aproximarnos al problema de estudio, tomando como criterio metodológico, aquellos indicios de la obra que nos parecen relevantes en este sentido.

En el conjunto de las referencias seleccionadas, el texto *Duelo y Melancolía* opera en la tradición psicoanalítica como una referencia paradigmática, decir freudiano de notables consecuencias y resonancias en lo que a posteriori se edificó como teoría del duelo normal y patológico. En este sentido, estimamos fundamental su consideración. No obstante, las referencias que desarrollaremos en modo sucinto en este capítulo, los estimamos como aportes de gran valor, a pesar del intuitivismo freudiano que los atraviesa, comportándose como indicios teóricos que ordenan y guían nuestra investigación.

Las consideraciones del duelo en la obra de S. Freud no pueden ser desarticuladas del contexto epistemológico y de la posición de ciencia que lo determina. En este sentido, el duelo está atravesado de un u otro modo, por las problemáticas, tensiones y circuitos sostenidos entre la ciencia médica y la filosofía. En el debate entre lo corporal y lo anímico, que más allá de sus múltiples nominaciones no hace más que oponer el soma a la psique, la inclinación de Freud es a establecer una ciencia que auxilie a los médicos y filósofos, ciencias de la naturaleza y ciencias de la comprensión, psiquiatras y fenomenólogos, respecto a esta particular relación<sup>29</sup>, uniendo la perturbación somática con la anímica, en el concepto de pulsión.

---

<sup>29</sup> En las Conferencias de introducción al psicoanálisis propone: "Falta la ciencia auxiliar filosófica que pudiera servir a los propósitos médicos ...Ni la filosofía especulativa ni la psicología descriptiva, ni la llamada psicología

Falta la ciencia auxiliar filosófica que pudiera servir a los propósitos médicos. Ni la filosofía especulativa ni la psicología descriptiva, ni la llamada psicología experimental, que sigue las huellas de la fisiología de los sentidos, tal como se las enseña en las escuelas, son capaces de decirles algo útil acerca de la relación entre lo corporal y lo anímico o de ponerles al alcance de la mano las claves para la comprensión de una perturbación posible en las funciones anímicas. (Freud, 1989j)

La respuesta científica con la cual Freud intenta explicar el duelo en su funcionamiento normal y patológico, trabajo figurado en la melancolía que expone en *Duelo y Melancolía*, no hace más que ser una fiel representación de esta pretendida ciencia freudiana que ata los cabos sueltos que las ciencias de la medicina y la filosofía habían perpetuado en sus respectivos dogmatismos. Freud ataca el problema a través de un artificio metapsicológico, el cual con un aire de científicidad brinda las soluciones al dilema fundacional de la psiquiatría: la tensión entre lo psíquico y lo somático es resuelta mediante la gestación de un concepto límite: pulsión, libido, energía, afecto.

En este sentido nos interrogamos respecto al paradero final de un proyecto que comienza en la reivindicación de la causa moral en tanto afecto, dolor, pérdida, y que concluye en un lenguaje energético pulsional como límite a la explicación. A nuestro modo de leer las cosas, y será motivo de desarrollos posteriores, la respuesta freudiana no logró trascender la problemática psicopatológica de su época. Si bien propuso una causa para la melancolía, que la alejaba de las contingencias kraepelianas, veremos como la solución metapsicológica tarde o temprano arrincona el duelo al cuerpo sustancia del sufriente.

Nos motiva en este sentido, el intento de realzar el estatuto y la potencia de la causa de la locura en el artefacto o la maquina del duelo, razón para la cual habremos de explorar retomando en la ultima parte de este estudio, las contribuciones de J. Lacan al estatuto de la causalidad psíquica, la noción del afecto, la concepción de la energía y la topología del agujero como conceptos anudados para intentar reordenar el problema teórico del duelo en la psicosis. En este sentido, el relevo teórico hará posible subsanar los problemas teóricos a los que desemboca la argumentación freudiana del duelo, puesto que

---

experimental, que sigue las huellas de la fisiología de los sentidos, tal como se las enseña en las escuelas, son capaces de decirles algo útil acerca de la relación entre lo corporal y lo anímico o de ponerles al alcance de la mano las claves para la comprensión de una perturbación posible en las funciones anímicas." (Freud, 1979, p.135)

**al apoyarse en la doctrina de la libido, conlleva inevitablemente a la sentencia deficitaria o negativa del duelo en la psicosis.**

### **3.1 La imposible descarga de la energía psíquica**

Una torsión se ha producido en el movimiento de las ideas freudianas de la melancolía desde los comienzos mismos en la forma de un pensamiento neurológico aprehensible en los primeros manuscritos, hasta las formulaciones de *Duelo y Melancolía* en la cual se despliega un esquema teórico o cuerpo doctrinal de la pérdida del objeto en alguna de sus variedades clínicas.

Si bien la melancolía es un término que honda raíces en la antigüedad griega, y recorre la historia de las ideas de la salud y la enfermedad, de la psicopatología y la psiquiatría, el término freudiano desde Freud marcara un antes y un después en el pensamiento de lo psíquico. Pero deberá pasar mucho tiempo para que esto suceda, ya que en el comienzo Freud hereda una noción de la melancolía absolutamente imprecisa, procedente de la tradición psiquiátrica alemana, y que coincide con un tiempo de agitados procesos en las nomenclaturas de la melancolía, principalmente a causa del efecto “locura maníaco depresiva” que barre con la autonomía de dicha entidad y el creciente proceso de desarrollo de la entidad “depresión”.<sup>30</sup>

En una época que hasta podríamos denominar pre – psicoanalítica dada lo prematuro de un pensamiento aun en gestación, Freud despliega en lo que se ha compilado como *Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1892-1899)*, algunas hipótesis de trabajo que intentan otorgar inteligibilidad a esa categoría confusa. En tal sentido una de las vías para establecer diferencias clínicas fue el establecimiento de la hipótesis etiológica, a la cual habremos de ir siguiendo letra a letra en nuestro estudio, puesto que Freud va desplazando el argumento etiológico, más allá de la consistencia o coherencia lógica que sus enunciados comporten.

En este contexto, Freud va a proponer algunas ideas respecto a la melancolía, pero partiendo de una pregunta respecto al origen de la angustia. En el *Manuscrito E (1895) o ¿Cómo se genera la angustia?* se desarrolla una serie de argumentos motivados por la idea de Freud de una presunta relación entre la angustia y la energía física sexual. Sus

---

<sup>30</sup> El compilador de la correspondencia con W. Fliess aclara que en el tiempo del Manuscrito G, Freud ensaya la expresión melancolía para designar toda depresión y desazón aun leve.

razonamientos lo llevan allí a concluir que: la angustia ha surgido por transformación de la tensión acumulada (Freud, 1979b, p.230). Hipótesis etiológica fisioneurológica que hace derivar la angustia de una energética sexual física, en donde a un aumento de la tensión sexual y la imposibilidad de su descarga, le sucede la llamada neurosis de angustia.

Como contrapartida, en esa misma comunicación a su amigo Fliess, le comenta una conclusión simultánea que ha alcanzado respecto a la melancolía, en un trabajo de interpolación:

[...]los melancólicos han sido anestésicos, no tienen ninguna necesidad (y ninguna sensación) de coito, sino una gran añoranza de amor en su forma psíquica, se diría: una tensión psíquica de amor; cuando esta se acumula, permanece insatisfecha, se genera melancolía (Freud, 1979b, p.231).

En tal sentido, lo que da origen a la melancolía es la acumulación de la tensión o excitación sexual psíquica, la cual va acompañada de un alto grado de añoranza de amor, y de una imposibilidad para su descarga en los objetos mediante una acción específica. La clave que aporta inteligibilidad al problema pasa por el discernimiento y la diferenciación de la tensión o excitación en juego en una matriz compartida de la física de la época:

Cuando se acumula tensión sexual física - neurosis de angustia. Cuando se acumula tensión sexual psíquica – melancolía. (Freud, 1979b, p.232)

De este modo se establece un paralelo en oposición de mecanismos etiológicos, siendo de relevancia el planteo de Freud respecto a la melancolía, puesto que desde el comienzo mismo de sus teorizaciones arranca a la melancolía del supuesto etiopatológico sexual físico. En tal sentido podemos leer que hay en Freud un intento de sustraer la causa de la melancolía de una vertiente endógena, desplazando hacia lo psíquico, aun de una manera provisoria y precaria (que el mismo Freud reconoce), la fuente del malestar melancólico. Desde entonces el melancólico es leído por Freud como aquel que no puede investir el mundo exterior, a través de la cual se llevaría a cabo una reducción de la tensión psíquica.<sup>31</sup>

De este modo entendemos se retoma un sesgo de la tradición de la psiquiatría compilada en el capítulo anterior y que enaltece la causa moral en el origen de las

---

<sup>31</sup> Algo nada despreciable respecto a una tradición psiquiátrica que iba en busca de lo constitucional o hereditario, biológico o anatomofisiopatológico en la búsqueda de las causas.

afecciones mentales, más allá que Freud se sirva de las metáforas neurológicas, fisiológicas o médicas como lenguaje con el cual argumenta sus observaciones y conjeturas. Que a posteriori esta posición pueda sostenerse o no, es uno de los ejes de lectura de esta tesis de investigación. De hecho la hipótesis freudiana reviste a priori cierto marco de ambigüedad. En la melancolía se trata de un problema de transformación de la energía sexual psíquica y de una demanda de amor. Claro intento de desmarcarse de la epistemología de las ciencias de la naturaleza, pero apelando a un mismo significante: ¡energía! ¿De qué energía se trata? ¿Cuáles son sus resortes epistemológicos? Dicho de otro modo, ¿con que fundamentos epistemológicos propone explicar Freud la relación del sujeto al duelo? Nos adelantamos en este sentido a distinguir algo que problematizaremos a lo largo del estudio: reconocer la genialidad freudiana respecto a la utilización de términos de las ciencias de la naturaleza para dar explicación a los fenómenos psíquicos, (al tiempo que de ese modo entraba en diálogo con las ciencias positivas de su época), no nos exonera de reconocer los inconvenientes teóricos que semejantes articulaciones han generado en el seno de la clínica, repercutiendo en la concepción del duelo según lo analizaremos a posteriori.

#### **4.2 Metáforas de la hemorragia, la herida, y el agujero**

Tanto en el manuscrito anterior, como en el que analizaremos a continuación, constatamos en Freud, una idea o ley rectora relacionada con las sobrecargas, los excesos, el aumento de la tensión, los desbordes energéticos de una pulsión en construcción, y que no hace más que metaforizar los desequilibrios o desregulaciones con que los griegos explicaban las enfermedades de la bilis.

En el Manuscrito G – Melancolía (1895), Freud avanzará en la elucidación de la melancolía desde un punto de vista principalmente energético – económico – etiopatológico. Si el Manuscrito E, Freud se pregunta por el origen de la angustia, en el presente texto continuará interrogando la causa de la melancolía, tanto como sus efectos. En tal sentido, el vienes propondrá una hipótesis que explique la génesis de las melancolías, reconociéndose en el escrito tres tipos: melancolía cíclica, neurasténica y de angustia.

Ese Freud nomenclador que intenta dar orden a las presentaciones melancólicas desmarcándose de la tradición descriptiva, comenzara poco a poco a diferenciarse de la tradición psicopatológica hegemónica alemana de la época, siendo su estrategia el discernimiento etiológico. ¿A qué recursos apelará para ofertar tal esclarecimiento? En este contexto, Freud conectará la melancolía con la anestesia sexual en el soporte de un

esquema teórico impregnado por las coordenadas biológicas y fisiológicas del propio *Proyecto de Psicología*. Lejos de entrar en las elucubraciones que Freud ensaya respecto a la vinculación etiopatológica en los términos del quantum de energía sexual, importa subrayar algunos enunciados por cuanto resultan significativos en el fino hilo de Ariadna que recorre la teoría freudiana del duelo.

Partiendo de un conjunto de enunciados o consideraciones que son presentados en modo axiomático, Freud establece que el afecto correspondiente a la melancolía es:

el duelo, o sea, la añoranza de algo perdido. Por tanto, acaso se trate en la melancolía de una pérdida, producida dentro de la vida pulsional. (Freud, 1979c, p. 240)

Mediante el recurso a una suerte de silogismo, y encadenando un enunciado que remite a la anorexia melancólica y a la pérdida del apetito, concluirá que:

La melancolía consistiría en el duelo por la pérdida de la libido. (Freud, 1979c, p. 240)

En tal sentido, desde el comienzo mismo de la teorización freudiana, la melancolía y la depresión aun en su dispersión nosográfica serán asociadas al duelo, elaborando un primer bosquejo explicativo en donde causas y efectos merecen un estudio detenido. Pero el duelo no será allí interrogado por Freud, sino que será la piedra axiomática y necesaria sobre la cual fundara una conjetura respecto al misterio de la melancolía. ¿Porque Freud supone que hay un duelo? El texto referido en modo alguno responde a tal interrogante, volcando la teorización a explicar el funcionamiento de esa pérdida ocasionada y los distintos efectos y consecuencias.

A partir del supuesto inicial del duelo como afecto correspondiente a la melancolía, y a la libido como el objeto perdido, Freud construye el *esquema sexual* adjunto al manuscrito G en el cual se dibujan los posibles trayectos de la energía o estímulo psíquico en un plano que seccionado entre el soma, la psiquis y el mundo externo.

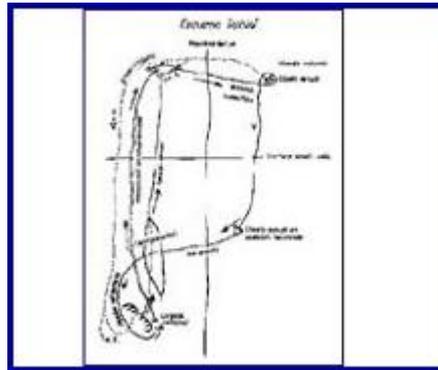


Fig. N ° 1: Grafo Esquema sexual

El grafo intenta dar cuenta de los recorridos energéticos en un modelo teórico que encuentra su apoyatura en la teoría del arco reflejo, teniendo su comienzo en la fuente somática u órgano efector y que finaliza en la descarga de la energía mediante una acción específica. La mediación de dicho trayecto es llevado a cabo por el grupo sexual psíquico o grupo de representaciones psíquicas que transformarán la energía sexual somática, permitiendo el investimento del objeto exterior.

En el caso de la melancolía, el esquema revela obstáculos en el circuito energético principalmente centrados en el empobrecimiento del grupo sexual psíquico, siendo éste “despojada de su magnitud de excitación”. La duplicación de las hipótesis con las cuales Freud intenta dar cuenta de la pérdida de dicha magnitud, suponen o bien una razón de orden endógena en donde disminuye o cesa la producción de la excitación somática, o bien un desvío de la excitación respecto al destino lógico que sería el grupo sexual psíquico. En la primera de las hipótesis se ubicará por un lado la “verdadera melancolía grave común” que encuentra en la determinación biológica hereditaria, la explicación al cese de la excitación somática; y por otro a la “melancolía neurasténica” cuya reducción de la excitación obedece a una excesiva descarga por masturbación. En la segunda de las hipótesis Freud apelará al artificio del desvío de la excitación del grupo psíquico a las llamadas melancolías ansiosas o de angustia, retomadas a posteriori en los estudios de la melancolía y que en lo particular de este estudio nos interesa profundizar.

Freud intenta discernir el mecanismo libidinal que opera, con lo prematuro de la teoría pulsional en este tiempo de su obra, cuando la posibilidad del investimento del objeto esta radicalmente afectada, tal cual se visualiza en el padecimiento melancólico. La metáfora de la hemorragia, término que proviene del campo de la medicina, será articulada a ese circuito energético esbozado en el esquema sexual, para dar cuenta de la reducción de las magnitudes de excitación que se visualizan por sus efectos en el empobrecimiento de

la vida pulsional. Si en la melancolía se trata de una pérdida libidinal, tal cual nos anunciaba Freud en el Manuscrito E, dicha pérdida implica el desencadenamiento de un proceso también energético en el que la herida y el dolor en lo psíquico será el efecto de la operación.

La consecuencia de éste desvío de la energía que incide en la instancia mediadora, mutadora del estímulo somático en energía de investidura, supone como efecto la “Inhibición psíquica con empobrecimiento pulsional, y dolor por ello” (Freud, 1979c, p. 244). ¿De qué se trata tal efecto? Freud apelara una vez más a un registro metafórico con el que intenta dar luz a una problemática en donde justamente lo que faltan son las representaciones, puesto que el grupo sexual psíquico se empobrece por la reducción o ausencia energética. A razón de esta reducción de la magnitud de excitación se forma un recogimiento dentro de lo psíquico, el cual tiene un efecto succión de las magnitudes de excitación contiguas, lo que obliga a las neuronas asociadas a deshacerse de sus excitaciones en un claro modelo de recogimiento libidinal que impide la distribución de las investiduras.

Como inhibición, este recogimiento tiene el mismo efecto de una herida (véase la teoría del dolor psíquico), análogamente al dolor. (Freud, 1979c, p. 245)

Mediante una hemorragia interna, digámoslo así, nace un empobrecimiento de excitación, de acopio disponible, que se manifiesta en las otras pulsiones y operaciones. (Freud, 1979c, p. 245)

El recurso a la metáfora de la herida y la hemorragia interna intenta ilustrar la dinámica del duelo y el dolor en aquellos primeros borradores freudianos retomados a posteriori. En este sentido, y a modo de ejemplo la idea de la herida de este manuscrito será retomada en *Duelo y Melancolía* como la herida abierta, potenciándose la idea de lo ilimitado, del los desprendimientos, de las pérdidas y desvíos de los flujos energéticos. Se trata de metáforas que dan cuenta de una ruptura a partir de la cual los flujos o recorridos energéticos se ven alterados respecto a sus circuitos plasmados en el grafo del esquema sexual. La alteración, el desprendimiento o la pérdida ocasionarán un dolor análogo al de una herida, desbordante como el de una hemorragia. A partir de allí, los movimientos energético que apuntaban a una cierta objetividad viran en modo radical, inhibiéndose las funciones psíquicas, habiendo desde entonces, dolor psíquico.

En este orden de explicaciones, y continuando una de las preguntas rectoras respecto a que sucede con la energética en la melancolía, **Freud intenta abordar y**

**localizar el duelo y el dolor, en el desprendimiento libidinal, la hemorragia interna, la herida abierta, el agujero.** Indicios que recogemos de una lectura freudiana, la cual a pesar de lo intuitivo en su planteo, opera para nosotros como una pista respecto a la cual continuar la exploración. A posteriori veremos de la mano de J. Lacan, en su apelación a la formalización topológica, como la geometría freudiana deducible de las expresiones arriba subrayadas con carácter metafórico (herida abierta, hemorragia interna, etc.) fueron un primer esbozo sobre el cual apoyar a posteriori una teorización con carácter abstracto. No obstante, la intuición le permitió a S. Freud la siguiente deducción que también extraemos en una lectura indiciaria:

...en la melancolía el agujero está en lo psíquico. (Freud, 1979c, p. 246)

### **4.3 Alucinaciones del objeto perdido**

Una joven ha regalado a cierto hombre una primera inclinación impulsiva, y cree {glauben} firmemente ser correspondida. Está, de hecho, en un error; el joven tiene otro motivo para frecuentar la casa. Los desengaños no tardan en llegar; primero se defiende de ellos mediante la conversión histérica de las experiencias correspondientes, y así conserva su creencia en que él vendrá un día a pedir su mano; no obstante, se siente desdichada y enferma, a consecuencia de que la conversión es incompleta y de los permanentes asaltos de nuevas impresiones adoloridas. Por fin, con la máxima tensión, lo espera para un día prefijado, el día de un festejo familiar. Y transcurre ese día sin que él acuda. Pasados ya todos los trenes en que podía haber llegado, ella se vuelca de pronto a una confusión alucinatoria. Él ha llegado, oye su voz en el jardín, se apresura a bajar, con su vestido de noche, para recibirlo. Desde entonces, y por dos meses, vive un dichoso sueño cuyo contenido es: él está ahí, anda en derredor de ella, todo está como antes (antes de los desengaños de los que laboriosamente se defendía). (Freud, 1979c)

¿De qué se trata la confusión alucinatoria a la que se vuelca la joven del relato? ¿A qué mecanismo responde el comienzo de sus alucinaciones? Recorramos el *Manuscrito K* o *Neuropsicosis de defensa* a los efectos de circunscribir la lectura clínica de Freud respecto a esta forma de duelo que se despeja en el escrito freudiano y que conservará su vigencia a lo largo de la obra, introduciendo un particular modo de reacción psíquica ante el dolor de la pérdida, iluminando una versión que coincide con alguno de los fenómenos fundamentales de la psicosis en general, y que se aparta de la tan mentada asociación con la melancolía.

En el tiempo de elaboración de tal texto, que participa del conjunto de las comunicaciones a su amigo W.Fliess, S. Freud despliega una suerte de concepción inaugural de lo psíquico, respondiendo a diversos tópicos: el problema de la etiología diferencial de la neurosis, la determinación del factor hereditario, la teoría de la defensa y los mecanismos psíquicos de contracción de la enfermedad. Se trata del ordenamiento de los “tipos” de neurosis, los cuales serán distinguidos en función del mecanismo de defensa utilizado.

Momento clave en la pretendida inclusión del psicoanálisis en las ciencias de la naturaleza, estando en el centro de la discusión psicopatológica el problema de la etiología, encarnada en los debates sobre el papel de la herencia, la predisposición y lo adquirido. No podemos dejar de interrogar en este punto las discusiones de Freud con la psicopatología, a la cual nos avocaremos en otro capítulo, especialmente en lo relacionado con el problema etiológico que se mantiene vigente hasta nuestros días.

Sigmund Freud, abocado desde hacía algunos años a establecer una causalidad en la histeria, apelará a un marco epistemológico predominantemente clásico, el de la mecánica causal, adscribiéndose a un modelo de explicación por sobre todo intento hermenéutico desarrollado por los fenomenólogos y existencialistas del período. En su etiología habrá originalidad respecto al pensamiento sus maestros (Charcot, Meynert, Janet, etc) en razón del desplazamiento del orden de la causa

Una psicopatología se inaugura en las primeras ideas freudianas de los mecanismos de formación del síntoma, a partir de la cual las entidades clínicas obedecen a cierta modalidad defensiva. La interrogación por el mecanismo direcciona ciertos circuitos de investigación en Freud. En tal sentido, intentando un ordenamiento de los tipos de neurosis, describe en el *Manuscrito K* las diversas psiconeurosis de defensa, entre las que pone en serie a la histeria, la neurosis obsesiva, la paranoia y la Amentia. Un común denominador permite ponerlas en serie: se trata para Freud de aberraciones patológicas de estados

afectivos normales. La diferencia entre lo normal y lo patológico radica en que las psiconeurosis no llevan a tramitación alguna, sino al daño permanente del yo. (Freud, 1979d, p. 260). Como un hilo de Ariadna que recorre un germinal mapa nosográfico de las neurosis, el “afecto modelo” supone en la negatividad de su tramitación, la contracción de lo patológico.

Estado afectivo psíquico normal	Conflicto	Reproche	Mortificación	<b>Duelo</b>
Aberración patológica	Histeria	N. Obsesiva	Paranoia	<b>Amentia</b>

Fig. N° 2: Primer esbozo de las neuropsicosis de defensa

Si bien la afirmación freudiana ha de ser tomada en reserva, puesto que se trata de los primeros esbozos de sus teorizaciones, anotamos este método de las comparaciones entre lo normal y lo patológico como una clave de análisis del problema del duelo en la psicosis, indicio de un estilo de lectura de la enfermedad como un desvío respecto a la norma del afecto. Este *modus operandi* freudiano será una de las estrategias para engendrar a posteriori las criaturas del duelo normal y duelo patológico acuñadas en el texto *Duelo y melancolía*.

La construcción nosológica basada en una explicación causalista teórica permite despejar las diferentes neurosis, articulando una dinámica basada en la modulación del afecto y la representación de modo específica para cada cuadro clínico. Freud establece entonces una relación de identidad entre el mecanismo de defensa y el tipo de psiconeurosis. En un esquema mínimo de la etiología, subversiva en cuanto introduce el “acto voluntario del enfermo” en la contracción de la enfermedad, aspecto que diluye los tópicos de lo hereditario o constitucional, la secuencia de la defensa es la siguiente:

- Representación o vivencia inconcibible
- El yo trata como “no acontecida” dicha representación
- A la representación inconciliable se le arranca el afecto

- La representación se debilita.
- La suma de la excitación desviada es aplicada a otro empleo

El modo en cómo se emplea la excitación divorciada de la representación supone cada una de las reacciones patológicas: histeria, n. obsesiva, fobia, paranoia.

En suma, la secuencia teórica establece una maniobra defensiva lleva a separa el afecto de la representación, cotejándose que en tal operación la huella mnémica y una carga de afecto divorciada, devendrá en diversas modalidades de reacción patológica

Pero a diferencia de este mecanismo que explica la contracción de las neurosis en sus respectivas variedades de la defensa, Freud va a destacar la presencia de un mecanismo defensivo que se comporta heterogéneo respecto a los modos de tramitación de las neurosis. Basándose en un ejemplo clínico que hace de epígrafe en la presente sección, Freud pretende ilustrar paradigmáticamente su hipótesis. Los pasos son los siguientes:

- Una creencia “ser correspondida” se vera amenazada ante una representación insoportable del orden de la decepción y la pérdida: “los desengañados no tardan en llegar”
- La modalidad defensiva intenta sostener dicha creencia mediante la conversión histérica
- Fallo de la defensa, la creencia de que “vendrá a pedir su mano” no se sostiene. Ella enferma.
- El día de un festejo familiar la pérdida es evidente
- Nueva modalidad defensiva. Confusión alucinatoria.
- Desestimación de la representación insoportable junto con su afecto.
- Realzamiento de la creencia: “viven un dichoso sueño”

En una extensión o ampliación del modelo de la defensa, y ante la insuficiencia de la conversión histérica, Freud propone a la confusión alucinatoria como una respuesta

patológica al duelo por la pérdida de su objeto. Se trata de una de las expresiones del dolor por la pérdida que en su presentación se acerca a la psicosis en su vertiente alucinatoria:

Existe una modalidad defensiva mucho más enérgica y exitosa, que consiste en que el yo desestima {verwerfen} la representación insoportable junto con su afecto y se comporta como si la representación nunca hubiera comparecido. (Freud, 1979e, p.59)

Resultado de la maniobra supone que la representación amenazada, a saber, la creencia de ser amada, es realizada por la vía de la confusión alucinatoria. No deja de ser llamativo a los efectos de nuestro estudio, el hecho de que sea **en relación al acontecimiento de la pérdida y su reacción leída en clave de defensa, que Freud puntué por vez primera el mecanismo de la desestima (Verwerfen)**, el cual a posteriori dará lugar a un concepto fundamental en las teorizaciones lacanianas de las psicosis bajo la rúbrica del concepto de Forclusión (Lacan, 2011b)

¿De que se trata la amentia o confusión alucinatoria? Se trata del cuadro nosográfico acuñado por el anatómo patólogo y psiquiatra Theodor Meynert en 1881. Retomando una modalidad esencialmente alucinatoria de la locura primaria de Westphal (1876), el síndrome jerarquizaba lo alucinatorio en un cuadro compuesto por confusión mental, ideas y delirios incoherentes, estupor, y desorientación.

En Freud opera una reducción o transformación del cuadro clínico meynertiano, haciendo de la confusión alucinatoria homologable al episodio psicótico agudo, una modalidad defensiva que consiste en realzar aquella representación que estuvo amenazada por la ocasión a raíz de la cual sobrevino la enfermedad. (Freud, 1979e, p. 262). En este sentido, vía la Amentia o psicosis alucinatoria, Freud desarrolla una tesis respecto a la psicosis como refugio ante una realidad amenazante<sup>32</sup>. La maniobra defensiva produce una alteración de la realidad.

El yo del duelo desestima (Verwerfen) la representación del objeto perdido, produciendo una ruptura respecto a la realidad, conservando al objeto por la vía alucinatoria. De este modo Freud articula la terna: duelo, pérdida de la realidad y psicosis. La representación de la pérdida del objeto signada como amenazante o insoportable para el yo, activa un mecanismo de defensa que consiste en desestimar (Verwerfen) dicha

---

<sup>32</sup> Cabe aclarar, siguiendo a J. Allouch, que la amencia como cuadro nosológico no alcanzo el estatuto de enfermedad reconocida, siendo desestimada tanto por Kraepelin en Alemania (en la construcción de la demencia precoz), como por Bleuler en Suiza (respecto al éxito de la esquizofrenia).

representación, mediante la activación de una operatoria que reviste consecuencias a nivel de la realidad objetiva:

El yo se arranca de la representación insoportable, pero esta se entrama de manera inseparable con un fragmento de la realidad objetiva, y en tanto el yo lleva a cabo esa operación, se desase también, total o parcialmente, de la realidad objetiva. (Freud, 1979e, p. 60)

La psicosis alucinatoria o amentia de Meynert<sup>33</sup> supondrá para Freud, la construcción por parte del yo de un mundo que cualificará de “soberano” respecto a las percepciones externas y al mundo interno. La representación intolerable es desestimada, pero al tiempo que el yo toma distancia de ese término amenazante, la realidad objetiva se “desase”.

Al rastrear el término de amentia en Freud, constatamos la vinculación establecida en relación al grado máximo de extrañamiento de la realidad. En comparación con la paranoia, Freud planteará que mientras ésta conserva su interés por el mundo exterior, en la psicosis alucinatoria la cancelación es completa (Freud, 1989e). Por otra parte, y en la comparación con el sueño, la formación de la fantasía de deseo y su regresión a la alucinación de la actividad onírica es puesta en serie con la amentia y la fase alucinatoria de la esquizofrenia. (Freud, 1989l)

Para Freud el delirio alucinatorio de la amentia es “una fantasía de deseo claramente visible, y a veces tan completamente ordenada como un bello sueño diurno. Pudiera hablarse en general de una psicosis de deseo alucinatorio, y reconocerla tanto en el sueño como en la amentia<sup>34</sup>. Existen también sueños que no consisten sino en fantasías de deseo de amplio contenido y nada deformadas”. (Freud, 1989l, p. 228)

Hemos de remontarnos a W.Griensinger (maestro de Meynert) para dar cuenta de esta asociación psicosis y sueño. Freud le reconoce al fundador de la psiquiatría alemana, el haber descubierto el cumplimiento de deseo como un rasgo común al modo de

---

<sup>33</sup> Es de destacar que Th. Meynert (1833-1892), profesor de Flechsig y Wernicke, reconocido como maestro por el propio S. Freud, desarrollaba una psiquiatría orgánica y mecanicista. En tal sentido la etiopatología de las enfermedades mentales se fundamentaba en explicaciones de tipo neuroanatómicas o cerebrales. Freud recurre a una noción de Meynert, pero en un viraje de la etiopatogenia, ubica al duelo en estatuto de causa, diferenciándose del anatomopatólogo vienes.

<sup>34</sup> En este sentido, mientras para Meynert la expresión de la Amentia corresponde a una privación mental, por el contrario, para Freud hay una ley ordenadora del conjunto del material alucinado, y esa ley se llama Wunsch, el deseo. Al mismo tiempo hay una ausencia de trabajo, puesto que el material no se presenta desfigurado, tratándose de una realización de deseo sin trabajo. (Allouch, 1995, p. 94-95)

representación del sueño y la psicosis. (Freud, 1989g). Respecto a dicha articulación, la etiología de la psicosis estará articulada en múltiples pasajes de la obra freudiana, a la frustración o el no cumplimiento de deseo, pudiendo entrar en la serie de las frustraciones, la pérdida del objeto.<sup>35</sup> (Freud, 1979d; Freud, 1979e; Freud, 1989e; Freud, 1989ñ). Semejante confesión por parte del vienés, nos permite comprender más cabalmente la mutación que operará en Freud respecto a la nosología de la amentia de Meynert:

El tipo más extremo de este extrañamiento de la realidad objetiva nos lo muestran ciertos casos de psicosis alucinatoria en los que debe ser desmentido el acontecimiento que provocó la insania (Griensinger). (Freud, 1989m.)

A través de la nosología de la amentia como retrato de la confusión alucinatoria, vía Griensinger y el cumplimiento del deseo en la psicosis, Freud despeja en mecanismo de defensa con el cual se retiene alucinatoriamente al objeto. Tal idea es sostenida por Freud a lo largo de su obra, y encuentra un renglón fundamental en el texto *Duelo y melancolía*, en donde refiriendo a la operatoria normal del duelo comprueba que:

Universalmente se observa que el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, ni aun cuando el sustituto ya asoma. Esa renuencia puede alcanzar tal intensidad que produzca un extrañamiento de la realidad y una retención del objeto por la vía de una psicosis alucinatoria de deseo. (Freud, 1989b, p. 242)

La confusión alucinatoria o amentia en la configuración que Freud le asigna supone suprimir el “examen de la realidad” que la tarea del duelo impone, reconstruyendo la antigua forma de satisfacción. En ese punto la amentia es como una hermana del sueño:

Al examen de realidad lo situaremos, como una de las grandes instituciones del yo, junto a las censuras establecidas entre los sistemas psíquicos, que ya nos son familiares, a la espera de que el análisis de las afecciones narcisistas nos ayude a descubrir otras instituciones de esa clase. En cambio, desde ahora podemos averiguar por la patología el modo en que el examen de realidad puede cancelarse o ponerse fuera de acción ; y por cierto lo discerniremos de manera más unívoca en la psicosis de deseo, la amentia, que en el sueño : La amentia es la reacción frente a una pérdida que la realidad asevera pero que debe ser desmentida {Verleugnung} por el yo como algo insoportable. A raíz de ello el yo rompe el vínculo con la realidad sustrae la investidura al sistema Cc de las percepciones ( o quizá le sustrae una investidura cuya particular naturaleza puede ser todavía objeto de indagación ) . Con

---

<sup>35</sup> En el caso Schreber veremos como Freud intuye la frustración provocada por la pérdida del padre como una de las causas del delirio paranoico. Ir a punto 5.3.

este extrañamiento de la realidad queda eliminado el examen de realidad, las fantasías de deseo -no reprimidas, por entero concientes- pueden penetrar en el sistema y ser admitidas desde ahí como una realidad mejor. Una sustracción así puede ponerse en el mismo rango que los procesos de la represión; la amentia nos ofrece el interesante espectáculo de una desavenencia del yo con uno de sus órganos, quizás el que le servía con mayor fidelidad y el que estaba más íntimamente ligado a él. (Freud, 1989l, p. 232)

Lo insoportable de la representación de un pérdida como la que asalta a la joven del epígrafe confronta al yo tanto con el mundo interno como con el mundo externo. En una perspectiva topológica que nos remite a la esfera cerrada, la operación freudiana de la confusión alucinatoria opera en la espacialidad interior/exterior:

Por el otro lado, igualmente fácil nos resulta tomar, de nuestra previa intelección del mecanismo de las psicosis, ejemplos referidos a la perturbación del nexo entre el yo y el mundo exterior. En la amentia de Meynert -la confusión alucinatoria aguda, acaso la forma más extrema e impresionante de psicosis-, el mundo exterior no es percibido de ningún modo, o bien su percepción carece de toda eficacia <sup>2</sup> Normalmente, el mundo exterior gobierna al ello por dos caminos: en primer lugar, por las percepciones actuales, de las que siempre es posible obtener nuevas, y, en segundo lugar; por el tesoro mnémico de percepciones anteriores que forman, coma «mundo interior», un patrimonio y componente del yo. Ahora bien, en la amentia no sólo se rehúsa admitir nuevas percepciones ; también se resta el valor psíquico ( investidura ) al mundo interior, que hasta entonces subrogaba al mundo exterior como su copia; el yo se crea, soberanamente, un nuevo mundo exterior e interior, y hay dos hechos indudables : que este nuevo mundo se edifica en el sentido de las mociones de deseo del ello, y que el motivo de esta ruptura con el mundo exterior fue una grave frustración {denegación} de un deseo por parte de la realidad, una frustración que pareció insoportable. (Freud, 1989n, p.156-157)

La modalidad defensiva que Freud formula en el Manuscrito K, le permite intuir una idea que la desarrollara hasta sus últimas teorizaciones: la psicosis como un refugio ante la representación insoportable. (Freud, 1979d). Mediante tal maniobra defensiva el yo freudiano sustituye la pérdida del objeto como una representación intolerable vía el realizamiento de dicha pérdida por la vía alucinatoria. De aquí en más **lo que estará perdido para Freud será la realidad y no el objeto, que será retenido alucinatoriamente.**

Respecto al estudio de caso que se lee en el texto freudiano *Una neurosis demoníaca en el Siglo XVII*, material en el que se reconstruye la vida del pintor Christoph Haizmann, encontramos otra de las referencias ineludibles en torno al duelo en la teoría psicoanalítica, en sus relaciones con la psicosis. Se trata de un caso de depresión melancólica en el siglo XVII, el cual se traduce semiológicamente en un cuadro de fantasías neuróticas y alucinaciones relativas a apariciones y pactos con el diablo. La *construcción del caso* es realizada a partir de un manuscrito titulado *Tropheum Mariano-Cellense*, informe redactado en latín por el escribiente o compilador monacal, y por otra parte, un fragmento de diario íntimo escrito en alemán por el propio paciente. Según el párroco de Pottenbrunn, Leopoldus Braun:

El 5 de setiembre de 1677, el pintor bávaro Christoph Haizmann fue conducido a la cercana Mariazell con una carta de presentación del párroco de la aldea de Pottenbrunn. Allí se leía que en el ejercicio de su arte había residido varios meses en Pottenbrunn, en cuya iglesia, el 29 de agosto, fue acometido por terribles convulsiones; y como estas se repitieron en los días siguientes, el Praefectus Domini Pottenbrunnensis lo examinó para averiguar qué lo oprimía y si no había consentido en tener un comercio ilícito con el Espíritu Maligno.<sup>11</sup> Ante ello confesó que efectivamente, nueve años antes, en una época de desaliento con respecto a su arte y de incertidumbre sobre la posibilidad de procurarse el sustento, había cedido al Demonio, que nueve veces lo había tentado, comprometiéndose por escrito a pertenecerle en cuerpo y alma trascurrido ese lapso. El término del plazo expiraba pronto, el 24 del corriente mes.' El desdichado -proseguía la carta- se había arrepentido, y estaba seguro de y que sólo la gracia de la Madre de Dios, de la Virgen de Mariazell, podía salvarlo, obligando al Maligno a devolverle ese pacto escrito con sangre. (Freud, 1989ñ, p. 76)

La pregunta que ordena el caso en el desciframiento que Freud hará de este historial se relaciona con el pacto: ¿Cuál fue, para Christoph Haizmann, el motivo? ¿Qué quería obtener del Demonio cuando le entregó su alma? Al respecto, el *Tropheum* describe el estado subjetivo en el que se encontraba Haizmann al momento del mismo:

Había caído en estado de tristeza, no podía –o no quería- trabajar bien, y le preocupaba no poder ganarse el sustento; vale decir: depresión melancólica con inhibición del trabajo y preocupación (justificada) por su futuro. Vemos que efectivamente estamos ante una historia clínica, y nos enteramos también del ocasionamiento de esa enfermedad, que el pintor mismo, en sus notas a las imágenes del Diablo, llama directamente «melancolía» («yo debía recrearme de tal suerte, y ahuyentar la melancolía»). (Freud, 1989ñ, p. 82)

En Haizmann hubo un estado de melancolía, corroborada en primer lugar en la carta de presentación del párroco que menciona un estado de depresión cuando se sentía desanimado por el progreso de su arte y sus ingresos futuros. (Freud, 1989ñ, p. 82). A esta versión, se agrega el informe del abad Franciscus, quien especula respecto a la fuente de este estado del ánimo: la muerte del padre. (Freud, 1989ñ, p. 82). En este contexto de melancolía, se produce la aparición del diablo, interpretado por Freud de la siguiente manera:

Entonces, su padre había muerto, y a raíz de ello él cayó en un estado de melancolía; luego se le aproximó el Diablo, le preguntó por qué estaba tan consternado y triste, y le prometió «ayudarlo de todas las maneras y tenerlo de su mano». He ahí, pues, uno que vende su alma al Diablo para liberarse de una depresión. (Freud, 1989ñ, p. 82)

La figura del Diablo es en la conjetura de Freud, un directo sustituto del padre a quien él entregará su alma mediante el establecimiento de un pacto.<sup>36</sup> ¿Cuál? El primero en tinta negra decía:

Yo, Christoph Haizmann, me suscribo con este Señor: a ser su hijo carnal por nueve años. Año 1669

El segundo, escrito con sangre, decía:

Año 1669. Christoph Hazimann. Yo me comprometo con este Satán a ser su hijo carnal, y a pertenecerle en el noveno año en cuerpo y alma (Freud, 1989ñ, p. 83)

El establecimiento de los pactos, sorprenden a Freud en sus formas y contenidos, puesto que plasman obligaciones y compromisos para el pintor, dando por “sobre entendido” lo que le corresponde a la otra parte, el diablo. Es en sí “ilógico” que el pintor no trueque su alma por algo que recibirá del Diablo, sino que por algo que el deberá prestar al diablo. Ante el aparente absurdo, Freud no duda en leer estos pactos mediante un juego de inversiones, de manera tal que despeja un reclamo encubierto:

El diablo se obliga a sustituir al pintor, por nueve años, su padre perdido. (Freud, 1989ñ, p. 83)

---

<sup>36</sup> La versión de la sustitución del objeto en S. Freud es una constante en su teorización. Tanto en Schreber como en Hamlet, ambos tópicos en los que nos detendremos en este estudio, se aplicará igual concepción. Recomendamos al lector las críticas efectuadas respecto al problema de la sustitución del objeto en J. Allouch (1995)

Mediante esta interpretación del texto, S. Freud lleva a cabo una aplicación de su teoría relativa a la psicosis alucinatoria como una modalidad defensiva, en la que por una maniobra delirante el sujeto lleva a cabo una alteración de la realidad y la aparición del objeto perdido, en la vía de la sustitución alucinatoria. Importa destacar en este punto, que el caso del pintor Haizmann no puede ser considerado como una ilustración del duelo en la psicosis, a razón de las distintas conjeturas clínicas que descartan tal diagnóstico. Concebido en un espectro diagnóstico que va de la neurosis a la locura histérica o psicosis histérica, es inobjetable desde una perspectiva psicoanalítica la distancia que lo separa del campo de las psicosis, puesto que el mecanismo predominante en juego responde a fenómenos forclusivos en los que no está comprometido el significante que regula las significaciones tal cual se concibe en la propuesta de J. Lacan (2011b). Este elemento importa a la hora de distinguir que **estructura y fenómenos clínicos no son equivalentes**, y que en casos de neurosis pueden constatarse elementos semiológicos de la psicosis.

El diablo se torna en la lectura freudiana, una copia del padre que sirve de sustituto. En su interpretación, no le sorprende a Freud que el pintor haya quedado prendado del padre con un amor particularmente intenso, de la cual se deduce lo que para el vienés no es más que el reencuentro con una constatación clínica:

...recordaremos cuán a menudo se presenta como forma neurótica del duelo hasta una melancolía grave. (Freud, 1989ñ, p. 89)

De la evidente casuística freudiana que se deduce de la frase, nos interrogamos cual sería por defecto, la forma psicótica del duelo. S. Freud en el caso del pintor Haizmann no confunde diagnóstico y fenómeno, logrando despejar una forma delirante del duelo articulada a una presentación psicótica, pero que en sus resortes dinámicos, se ubica del lado de la neurosis. Introduciendo la idea de formas de duelo neurótico, deja en la omisión un campo abierto a la investigación respecto al cual asomará alguna tibia interpretación para el campo de las psicosis, al investigar el caso Schreber. (Freud, 1989e)

Al articular duelo y alucinación, Freud pareciera acercarse al mecanismo del duelo en la psicosis, pero la grilla de lectura de aquellos textos vinculantes a la temática, alejan toda posibilidad. Una vez más, allí donde podríamos acercarnos a una lectura del duelo y la psicosis, la modalidad del duelo finalmente no se articula a tal entidad más que por la apariencia de algún elemento semiológico. Un problema en este sentido es el que

denuncia J. Allouch, al decir que Freud no admite la existencia de dos tipos de alucinaciones con dos mecanismos diferentes:

Pero si la Amentia es en verdad, como lo afirma Lanteri-Laura, otro nombre para el onirismo de Régis, si por lo tanto en el lugar de la PAD se puede en efecto aproximar el sueño y la alucinación, habrá que distinguir bien otra suerte de alucinación para hablar de las que se hallan en los delirios crónicos y que no tienen nada que ver con el onirismo, que son calificadas en adelante de “verbales” (Allouch, 1995, p. 98)

En tal sentido, la perspectiva freudiana de la alucinación queda íntimamente ligada a una concepción que se sostiene en la definición esquiroliana: percepción sin objeto. Por la vía de la representación alucinada de la imagen del objeto, el objeto perdido se revela presente otorgando la satisfacción al sujeto.<sup>37</sup> No deja de ser una vía efectiva a los efectos de evitar la pérdida del objeto, pero conviene aclarar que no es representativa a los efectos de pensar el duelo y la alucinación en la psicosis.

#### **4.4 La sombra del objeto perdido**

La elucubración de la melancolía freudiana es lograda por un rodeo: la comparación con el modelo del duelo concebido como un afecto normal. En este sentido la melancolía es definida por Freud como una “desazón profundamente dolida”, en donde la cancelación del interés por el mundo, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de toda productividad y la rebaja del sentimiento de sí exteriorizada en reproches y auto denigraciones que alcanza una delirante expectativa de castigo, son los principales rasgos del cuadro clínico. (Freud, 1989b)

Dada la proliferación de cuadros o nosologías de la melancolía en la época en que Freud retoma la problemática en su *Duelo y Melancolía*, la ubicación del cuadro estará signada por un sesgo etiológico exógeno, más allá de esa “predisposición enfermiza” que no termina de entenderse en el texto. Se tratará para Freud de una afección que se origina en la reacción ante la pérdida, influencia de la vida ciertamente solidaria u homogénea con la situación del duelo. En tal sentido la melancolía es tratada como una excepción, ya que no ingresó en la grilla de las psicopatologías que obedecen a mecanismos de formación de

---

<sup>37</sup> Será a partir de la teoría de J. Lacan, apoyada en la hipótesis de la alucinación como un fenómeno del lenguaje que extrae de la obra de Séglas, en donde la alucinación dejará de ser concebida como una percepción, para ser situada en la serie de los fenómenos del lenguaje que determinan al sujeto.

síntoma en los términos de la defensa o la represión, virando entonces la concepción del conflicto que subyace a la dinámica patológica.

Esa cualidad de excepción de la melancolía, lo es en buena medida por su condición límite respecto a sus posibilidades de analizabilidad. Íntimamente articulada a la identificación narcisística, la imposibilidad de investimento libidinal del obrar melancólico que se infiere en su modo de tramitación de la pérdida, lo lleva a Freud a disponer de un casillero exclusivo en su mapa nosográfico, acercándola en ciertos pasajes al catálogo de las psicosis:

Estos pacientes, los paranoicos, los melancólicos, los aquejados de demencia precoz, permanecen totalmente incólumes e inmunes a la terapia analítica...La observación permite conocer que los que adolecen de neurosis narcisísticas no tienen ninguna capacidad de transferencia. Nuestro empeño terapéutico no tiene resultado alguno en las n. narcisísticas. (Freud, 1998, p. 406)

La identificación narcisística como la clave de inteligibilidad al mal estar melancólico, se torna en Freud un obstáculo a todo posible progreso en la cura. En su cercanía con las psicosis, ocupará finalmente un casillero exclusivo en el ordenamiento nosográfico:

La neurosis de transferencia corresponde al conflicto entre el yo y el ello, la neurosis narcisística al conflicto entre el yo y el superyó, la psicosis al conflicto entre el yo y el mundo exterior. ..Y en verdad no desentonaría con nuestras impresiones que hallásemos motivos para separar de las otras psicosis estados como el de la melancolía (Freud, 1997, p. 158)

El eje de la discriminación conceptual respecto a las nosografías, responde claramente a la capacidad del establecimiento transferencial en el análisis o neurosis de transferencia, quedando en este sentido la melancolía asociada al resto de las psicosis. No obstante lo anterior, S. Freud decide dejar en un lugar diferenciado a la melancolía como una neurosis narcisística. Más allá de esta rápida revisión del catálogo nosográfico freudiano, es a consignar el abuso que podría llevarse a cabo si se pretendiera asociar el duelo melancólico a las psicosis en general, cuando el propio Freud es muy cauto a la hora de su ubicación nosológica. En este sentido, el deslizamiento y la generalización del duelo melancólico como un paradigma de duelo psicótico, queda absolutamente cuestionado.

A la vez que puede comprenderse la significación de duelo imposible que del obrar melancólico se deduce, (y que puede por extensión cubrir a las psicosis en general) tal imposibilidad es consecuencia de una tensión conceptual: libido yoica, libido de objeto. A partir de este operador conceptual, tanto el duelo como el análisis se tornan imposibles en la melancolía y las psicosis, puesto que la libido no puede según Freud, investir los objetos, tratándose de una economía yoica.

El duelo melancólico como veremos en este apartado, y el duelo normal (como abordaremos en siguiente punto) son expresiones subsidiarias a una teoría de la libido, y en este sentido, será en el análisis y la crítica a tal teoría como puede llegar a conjeturarse otro enfoque del problema, que trascienda la mera tensión de lo normal y lo patológico, categorías artificiales pero naturalizadas en determinado contexto teórico.

Mientras que en el duelo no hay nada de inconsciente en lo que atañe a la pérdida, la melancolía se desencadena a partir de una pérdida de objeto sustraída a la consciencia: el sabe a quién perdió, pero no lo que perdió en él. (Freud, 1989b, p. 244) Freud las combinó en una estrategia absolutamente metodológica, y los movimientos psicoanalíticos post – freudianos las fundieron y confundieron. No obstante lo anterior, podemos deducir una modalidad de duelo original, en la que la identificación logra retener al objeto, suturando la pérdida. A los efectos de nuestro estudio, nos interesamos en el recorte de esa modalidad de duelo que Freud despeja en el juego de las comparaciones entre el duelo y la melancolía, entendiendo que el producto teórico final no habilita una relación de exclusiva pertenencia: ¿Únicamente en la melancolía podremos encontrarnos con tal fórmula de duelo?

En la reconstrucción del proceso que desarrolla Freud para deducir ese particular lazo identificatorio, la condición necesaria esta dada por la elección de un objeto libidinal (basada en una elección narcisística de objeto), y un posterior sacudimiento de ese vínculo de objeto por obra de un desengaño o afrenta real, sumado a esa “disposición enfermiza” recientemente citada.

Ante una investidura de objeto poco resistente, luego de ser cancelada por obra del trabajo de duelo, la libido retorna al yo (en lugar de ser dirigida a otro objeto, sustitución freudiana del objeto). En el repliegue narcisista efectuado, la investidura de objeto fue puesta al servicio de una identificación del yo con el objeto perdido. De este modo, el lazo identificatorio a la persona amada es recreado, siendo retenido en tal identificación al objeto perdido. La sustitución se da entre un objeto perdido y una identificación, logrando por esa vía la retención identificatoria del objeto.

El objeto ya no existe más, y el Yo, preguntado por así decir, si quiere compartir ese destino, se deja llevar por la suma de las satisfacciones narcisistas que le da el estar con vida y desata su ligazón con el objeto aniquilado. (Freud, 1989b, p. 252)

En el melancólico “se establece una identificación con el objeto resignado. La sombra del objeto cayó sobre el yo, quien en lo sucesivo, pudo ser juzgado por una instancia particular como un objeto, como el objeto abandonado. (Freud, 1989b, p. 243) S. Freud no hace más que reflejar en su oscura metáfora, la mutación de una pérdida que luego del proceso queda instalada como una pérdida del yo, habiendo una transferencia del conflicto. Si comenzó en la ruptura del vínculo entre el yo y el objeto, el conflicto hizo deriva y finalmente se instaló en el psiquismo del doliente: una bipartición entre el yo crítico y el yo alterado por identificación. (Freud, 1989b, p.246-247). De allí que la escucha fina de Freud le permita distinguir las cosas: la pérdida del objeto es inferida, puesto que de sus declaraciones el melancólico referenciará una pérdida en su yo, en un franco proceso de empobrecimiento como efecto de tal identificación.

En la identificación melancólica que recrea esa particular modalidad de duelo, por demás interesante y peligrosa al decir de Freud, el máximo riesgo es el suicidio del sujeto. El fundamento del odio explica la escena psíquica. El duelo es una ocasión privilegiada para que “campee y salga a la luz” la ambivalencia de los vínculos de amor. Regresión en doble dirección: a una posición libidinal narcisista en la retracción de la libido del objeto perdido, regresión a una fase de sadismo. Tratando al yo como a un objeto de odio revelado en la pérdida, el tratamiento que hará de su propio yo estará regulado por la satisfacción sádica. Mal tratando al objeto, lo hace a sí mismo, en un fenómeno especular en donde el combate (duelo) es con la sombra, imagen que despierta el odio y lleva al suicidio.

En suma, lo subversivo del **duelo melancólico radica en establecer un particular lazo al objeto perdido, que es retenido por la vía de una identificación en el yo**, lo cual explica la profunda alteración del sentimiento de sí.

#### **4.5 El duelo normal**

J. Allouch se ha interrogado respecto a cómo una versión tan poco problematizada como la de Duelo y Melancolía pudo adquirir tanto consenso hasta el punto de volverse una referencia común (Allouch, 1995, p. 61). Esta referencia o discurso de la norma, comporta

una versión del duelo normal, extraíble del texto freudiano, y que opera como un modelo o patrón de duelo, ideal respecto al cual adviene un juego de comparaciones y formas imperfectas de la elaboración de la pérdida: duelo patológico, duelo melancólico, etc. En este modo de “erizamiento” de la pérdida, es de destacar que el duelo respeta la realidad, difiriendo en su comportamiento respecto a las otras alternativas respecto al objeto perdido, en donde el doliente se aparta de la misma. (Allouch, 1995, p. 85)

A la hora de describir al duelo normal, una serie de rasgos compartidos en su mayoría con el cuadro de la melancolía, caracterizaran al afecto de la pérdida: una desazón profundamente dolida o alteración del humor, la cancelación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de toda productividad. (Freud, 1989b) Estos rasgos resultan de sustraer al cuadro general de la melancolía, la rebaja del sentimiento de sí exteriorizado en auto reproches o auto denigraciones, aspecto que según el vienés no se frecuenta en el estado de duelo.

Procediendo más por el sesgo de la observación de un fenómeno, el método del estudio de caso con el que S. Freud ha abordado diversos problemas clínicos en su singularidad no es requerido a la hora de investigar el duelo. En el estudio del duelo normal, se llevará a cabo la descripción de un proceso que se ordena en tres tiempos lógicos, si bien esto último S. Freud no lo explicita. (Cortazzo, 2008) La operatoria del duelo freudiano, que hace coincidir su comienzo o activación con la pérdida objetiva del objeto, requiere en el desarrollo de tales tiempos lógicos, el despliegue de una serie de maniobras energéticas, fundamento que se torna el argumento central del proceso<sup>38</sup>. Por tanto, al devenir la energética un concepto clave en la elucidación del duelo, es que en diversos puntos de este estudio, nos centraremos en la consideración de tal aspecto, hallando claves para la formulación del duelo en la psicosis.

El inhibido y angostado yo del doliente, evidencia para Freud, una entrega incondicional al duelo, quien lleva a cabo un trabajo de un gran costo de tiempo y energía. Se trata de un trabajo articulado en los términos de un proceso, ordenado por tiempos que hacen una serie coherente, en una concepción cronológica que comienza y finaliza. ¿Pero ha de comenzar un duelo en la pérdida? Si concibiéramos el tiempo desde una lógica de la anticipación y la retroacción, podríamos suponer que el sujeto pueda entrar en duelo antes

---

<sup>38</sup> Entre tantos posibles sesgos de análisis, optamos detenernos en el sesgo energético.

de la pérdida “real” cotejada por la realidad<sup>39</sup>. S. Freud hace coincidir el inicio del duelo en la contrastación empírica de la pérdida, una mecánica de las causas que hace disparar la maquina de la elaboración del duelo a partir de un exhorto relacionado con una realidad que se le impone al doliente:

El examen de realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe más, y de él emana ahora la exhortación de quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto. A ello se opone una comprensible renuencia; universalmente se observa que el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, ni aun cuando su sustituto ya asoma. (Freud, 1989b, p. 242)

El yo doliente es reacio a tal retiro de la libido, renuente ante la pérdida del objeto, exponiendo su resistencia a dejar una posición libidinal. En este sentido se trata del mismo yo que ante lo insoportable de una representación, activa los andamiajes psíquicos y mecanismos de defensa que permiten deformar la realidad de modo tal que el dolor sea evitado. En este tiempo del duelo, hay continuidad con las teorizaciones propuestas en la alucinación del objeto como un modo de rechazo a la pérdida, al punto que Freud ratifica su postulado respecto a la “amentia” en esta fase del duelo. La exhortación supone quitar toda libido de los enlaces del objeto. ¿No existe más el objeto? El efecto de la pérdida conmueve el universo simbólico y la realidad fantasmática del sujeto, dando lugar a fenómenos de orden alucinatorio o delirante, aspecto que trataremos en el punto dedicado a Hamlet y la aparición del fantasma o sombra del padre. Es este uno de los puntos de contacto con el objeto de nuestra investigación, en tanto lo que está comprometido o alterado es la realidad, razón por la cual el duelo entre en relación con una clínica diferencial de la psicosis.

Introduciendo una diferencia significativa respecto a este planteo freudiano que supone lo alucinatorio como consecuencia de la desmentida de la pérdida, cuando la prueba de la realidad muestra que el objeto no existe más, J. Allouch propone al respecto que para quién está de duelo no es posible dicha pieza probatoria

Si para él [el enlutado] hay una realidad, lejos de ser el lugar de una posible prueba, en el sentido de que una prueba se concluye, sería esa zona de la experiencia subjetiva donde, justamente, no es posible probar la muerte de aquel que se ha perdido. La verdadera prueba de realidad, lo que la vuelve entonces tan

---

<sup>39</sup> En múltiples situaciones clínicas en donde la eclosión delirante es anterior a la pérdida del objeto, nos hemos encontrado con la afirmativa del sujeto respecto a que de un u otro modo había anticipado la muerte del ser querido. Este argumento rompe con la lógica freudiana del inicio del duelo.

espantosamente probatoria es cuando uno se da cuenta de que ella no permite ninguna prueba. (Allouch, 1995, p. 25)

El objeto perdido en ese tiempo del duelo freudiano, comporta otro estatuto que el de un objeto inexistente: se trata de un objeto desaparecido. En su condición, puede volver a aparecer, razón por la cual retorna en los fenómenos alucinatorios, de la ilusión o el delirio. (Allouch, 1995, p. 73) Este fenómeno de franja que puede imponerse en este primer tiempo, en donde el objeto aparece y desaparece, hace posible una tramitación del dolor, en donde la duda respecto a la pérdida pone a resguardo al doliente. En un segundo tiempo del duelo, podemos ubicar el paso a la certeza de la pérdida, de donde el dolor revela su incompatibilidad con la duda:

Quando hay dolor como reacción frente a una pérdida, es porque el sujeto considera que dicha pérdida es irreversible. Poco importa la verdadera naturaleza de la pérdida, ya sea real o imaginaria, definitiva o pasajera; lo que cuenta es la convicción absoluta con la cual el sujeto cree que su pérdida es irreparable. (Nasio, 1996, p.72)

En un sentido aclaratorio, Freud advierte que lo normal es acatar la realidad, aunque este trabajo no se cumple enseguida. En ese segundo tiempo del duelo que supone el trabajo de desinvestidura, el exhorto de la realidad impone el retiro de la libido del objeto:

Se ejecuta pieza por pieza, con un gran gasto de tiempo y de energía de investidura, y entretanto la existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico. (Freud, 1989b, p. 242)

El trabajo del duelo como noción freudiana, implica una labor fundamentalmente energética, en donde investiduras y des-investiduras de las representaciones del objeto operan pieza por pieza. El objeto deja de tener un estatuto de desaparecido, pero esto no significa que pasa a ser inexistente, puesto que por un tiempo, y mientras perdure el trabajo de duelo, continúa en lo psíquico.

Operada la maquinaria del duelo, consumada exitosamente la retirada de las cargas energéticas, el trabajo del duelo está finalizado. Consecuencia de esta maniobra supone el tercer tiempo del duelo: "el yo queda libre y desinhibido" (Freud, 1989b, p. 242) En la lógica energética freudiana, al concluir el duelo, el yo se encuentra libidinalmente apto para llevar a cabo la tarea de sustitución de objeto, no quedando según Freud rastros, marcas o heridas. Del orden de una maquinaria frívola,

el duelo freudiano en la versión oficial de *Duelo y Melancolía* pareciera en sí negar las consecuencias del duelo, estableciendo cierta reversibilidad en el proceso:

Sabemos que el duelo, por doloroso que pueda ser, expira de manera espontánea. Cuando acaba de renunciar a todo lo perdido, se ha devorado también a sí mismo, y entonces nuestra libido queda de nuevo libre para, si todavía somos jóvenes y capaces de vida, sustituirnos los objetos perdidos por otros nuevos que sean, en lo posible, tanto o más apreciables. (Freud, 1989k, p. 311.)

En la versión del duelo normal hay un triunfo sobre la pérdida del objeto. El esquema es simplista y optimista, oponiéndose diametralmente al ensombrecido destino del duelo melancólico.

## 5 Un giro teórico. De Freud a Lacan

Es preciso que haya algo en el significante que resuene. Uno se sorprende de que eso no se les haya aparecido para nada a los filósofos ingleses. Yo los llamo filósofos porque no son psicoanalistas -ellos creen férreamente que la palabra no tiene efecto. Ellos se imaginan que hay pulsiones, y aun cuando tienen a bien no traducir pulsión por instinto, pues no saben que las pulsiones son el eco en el cuerpo del hecho que hay un decir, pero que este decir, para que resuene, para que consuene, palabra del *sinthomadaquin*, es preciso que el cuerpo sea allí sensible. Que lo es, es un hecho. (J. Lacan, 1975, p. 7)

El abordaje del duelo en la perspectiva freudiana, en sus distintas versiones distinguidas en el capítulo 4, comporta un común denominador, más allá de las transformaciones operadas en la teoría a lo largo de la obra: el fundamento metapsicológico. Respecto al texto *Duelo y Melancolía* y las concepciones de duelo que de allí se desprenden, los modelos conceptuales de esa metapsicología freudiana en la que destacan “el aparato psíquico”, “la teoría de las pulsiones” o “el proceso de la represión” han sido determinantes en su elaboración teórica. Abordar un problema tal como el duelo en el campo de la psicosis, requiere indeclinablemente del establecimiento de una serie de reflexiones al respecto, puesto que conjeturamos que tal metapsicología se torna un obstáculo en el desarrollo de una conceptualización para la psicosis: tal es la consecuencia de *Duelo y Melancolía*.

Reconociéndole a S. Freud el mérito de producir una doctrina sobre lo psíquico en esa metapsicología, en la cual buscaba la depuración de las construcciones metafísicas (filosofía) y los argumentos neurológicos (medicina), el discurso emergente del psicoanálisis

intentaba deslindarse de ambas disciplinas. Partimos de la hipótesis de que este proyecto no logró tal objetivo, y ciertas ambigüedades que a continuación comenzaremos a desarrollar, nos aportarán al mismo tiempo los indicios para una posterior exploración conceptual. Por tal motivo en el epígrafe que da pie a este capítulo, resalta en la palabra de J. Lacan, una suerte de diagnóstico respecto al estatuto de uno de los elementos metapsicológicos fundamentales del psicoanálisis como la pulsión, y cómo en el devenir de los movimientos psicoanalíticos post – freudianos, se retornó a aquel punto del que S. Freud se había intentado desmarcar.

Nos interesa en este apartado, llevar a cabo **una lectura crítica a esta perspectiva del duelo que se apoya en la metapsicología freudiana**, a partir del análisis de ciertas nociones, supuestos teóricos o representaciones auxiliares que componen tal sistema conceptual. El objetivo de tal análisis, en articulación con el curso de la tesis sobre el duelo y la psicosis, supone en primer lugar subrayar las contradicciones de ciertos postulados freudianos. En segundo término, en levantar algunos obstáculos epistemológicos (Bachelard, 2000) que tienen una directa incidencia en la concepción del duelo sus conceptos asociados: “sustitución del objeto”, “trabajo de duelo” o “identificación melancólica” o “duelo normal”. En tercer lugar, producir un movimiento de relevo teórico, a partir de la articulación de los aportes de J. Lacan, quien entendemos produjo respecto a la teoría psicoanalítica que le precede, una serie de aportes novedosos.

Entendemos de relevancia el análisis de tales obstáculos, en el entendido que nos permitirá recentrar el problema del duelo en general, y en lo particular de la psicosis, proponiendo al mismo en una perspectiva que al articular los registros de lo imaginario, lo simbólico y lo real, permite una formulación del proceso en los términos de una operatoria posible en el trabajo del lenguaje y la palabra en análisis. Espíritu inicial de la apuesta freudiana, respecto al cual el proyecto devino inacabado.<sup>40</sup>

### **5.1 De la energía sustancia al cálculo abstracto**

Pero la orden que esta imparte no puede cumplirse enseguida. Se ejecuta pieza por pieza con un gran gasto de tiempo y energía de investidura... (Freud, 1989b, p.242-243)

---

<sup>40</sup> Diagnosticamos cierta tendencia entre los psicoanalistas de formación lacaniana, en presentar la obra de S. Freud y J. Lacan en continuidad. En el análisis que desarrollamos en este estudio, se explicitan diferencias que contradicen, al menos de modo parcial, tal supuesto.

El primero de estos obstáculos tiene que ver con la hipótesis relacionada a un fundamento energético sobre el que apoya el trabajo del duelo. ¿De dónde saca la energía el doliente para llevar a cabo ese trabajo? ¿Cuál el estatuto de esa operatoria en términos energéticos? ¿Qué mueve al trabajo del duelo? ¿En base a qué postulado energético el trabajo resulta exitoso? Múltiples interrogantes que exigen un recorrido mínimo por la cuestión energética en S. Freud, en articulación con el texto *Duelo y Melancolía*, puesto que allí se aloja toda una concepción energética imprescindible para explicar el proceso del duelo, que llamativamente se lo denomina “trabajo”, significante que como veremos se articula inevitablemente a la energía.

Las influencias de la física en la doctrina freudiana son múltiples, siendo el vienés un perpetuo explorador de la cuestión, a efectos de dar base y sustento científico a los procesos psíquicos. Por una parte, constatamos en S. Freud un intento permanente por deslindar el psicoanálisis de una doctrina energetista tal como la de W. Ostwald<sup>41</sup>. (Assoun, 1987, p. 180). Entendiendo por doctrina energetista de Ostwald, un “panenergetismo” que explica todo cuanto sucede en lo real, la apuesta a aplicar esta teoría a los fenómenos psicológicos se hizo extensiva, siendo evidente la vinculación de S. Freud a semejante paradigma científico. Tal “visión del mundo” relegaba a la sustancia, la materia y la fuerza a un segundo plano, quedando subrogadas al concepto amo: la energía. Pero según explica Assoun, el riesgo de tal postulado radicaba en la pérdida de autonomía del resto de las ciencias, puesto que los marcos epistémicos se hacían polvo ante la contundencia de tal cosmovisión energética. No obstante lo anterior, S. Freud, dejaba entrever la primacía del planteo en la función etiológica de la energética: “Su producción, su aumento y su disminución, su reparto y su desplazamiento, deberían proporcionarnos los medios de explicar los fenómenos psicosexuales.” (Freud, 1993b).

En este sentido, la energía en sus variaciones se tornaba una llave a la comprensión freudiana de los fenómenos psíquicos. Esta misma asignación a una energética, será la que otorga inteligibilidad al proceso del duelo, logrando explicar el mismo a partir de ciertas modulaciones o maniobras de la libido respecto al objeto perdido. En la descripción del trabajo de duelo, la operación se desarrolla en tal clave energética:

---

<sup>41</sup> El Prof. W. Ostwald (1852 -1932) sostenía que “el materialismo científico, fundado en una visión atomística de la materia, es irremediamente derrotado por la evolución de la ciencias mismas, y exhortaba ardientemente a reemplazarlo por una concepción energética. De su concepción energetista erige a la energía como un concepto tal que “ninguno permite expresar tantas cosas relativas al contenido de este mundo...con tanta precisión, ni de vincularlas tan bien entre sí”. Dicho esto la energía se torna el elemento clave para explicar las cosas reales: “lo real se encarna en la energía”.

Pero la orden que esta imparte no puede cumplirse enseguida. Se ejecuta pieza por pieza con un gran gasto de tiempo y de energía de investidura, y entretanto la existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico. Cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas en que la libido se anudaba al objeto son clausurados, sobre investidos y en ellos se consume el desasimiento de la libido (Freud, 1989b, p. 242-243)

No obstante lo anterior, y ante la discusión respecto a los planteos de su época que ponían en tensión la mecánica y la energética<sup>42</sup>, S. Freud se acerca doctrinalmente a una postura relativa al energetismo mecanicista, por cuanto “se muestra más ansioso por comprender el substrato mecánico de las transformaciones de la energía...” (Assoun, 1987, p. 177-178). Esto es legible a partir de la idea de trabajo que se desprende de la obra de Freud, y que nos concierne en cuanto la mecánica atravesará al problema del duelo: “trabajo de duelo”.

No puede ser más elocuente, y apropiado en la introducción de éste tópico, relacionar la energética freudiana con tal expresión. Definición básica de la física, y que evoca la equivalencia entre la energía y la capacidad para realizar un trabajo. Ciertamente en el duelo se pone en juego una operatoria concebida en los términos de una mecánica libidinal que conjuga procesos y energía, al punto que el trabajo del duelo se revela excluyente:

El duelo pesaroso, la reacción frente a la pérdida de una persona amada, contiene idéntico talante dolido, la pérdida del interés por el mundo exterior -en todo lo que no recuerde al muerto- la pérdida de la capacidad de escoger algún nuevo objeto de amor -en remplazo, se diría, del llorado-, el extrañamiento respecto de cualquier trabajo productivo que no tenga relación con la memoria del muerto. Fácilmente se comprende que esta inhibición y este angostamiento del yo expresan una entrega incondicional al duelo que nada deja para otros propósitos y otros intereses. (Freud, 1989b, p.242)

El trabajo del duelo exige un gran esfuerzo energético, al punto que el gran gasto de energía, le impide algún otro tipo de actividad al doliente. Siguiendo la postura de E. Match, la energía y el trabajo mecánico se identifican como dos aspectos de una misma

---

<sup>42</sup> El energetismo de W.Ostwald planteaba que la mecánica es una consecuencia de la energía, tal cual el planteo de Mayer, para quien los fenómenos mecánicos eran un caso particular de las transformaciones generales de la energía. Por oposición, Helmholtz y Joule, sostenían que la ley general de la energía se presentaba como una consecuencia de la naturaleza mecánica de esos campos. Recomendamos en este punto la lectura del capítulo “De la energética al rechazo del energetismo: Freud y W. Ostwald”. En “Introducción a la epistemología freudiana”. P.Assoun.

realidad procesal, siendo el trabajo la medida de un intervalo entre dos estados psico – físicos de la energía. (Assoun, 1987, p.179) Tan importante es el factor económico en el bloque teórico del duelo, que un mismo fundamento responde a la pérdida del objeto, el interés por el mundo y la dialéctica de los estados anímicos que van desde la melancolía hasta la manía<sup>43</sup>. Del pasaje de un lado al otro del intervalo del trabajo, que tiene por meta la recuperación del capital energético con el cual poder investir a posteriori un objeto en la maniobra de la sustitución, dependerá el éxito (duelo normal) o el fracaso de su realización (duelo patológico).

Al renunciar S. Freud a la posibilidad de un energetismo a ultranza preconizado por W. Ostwald, renunciaba a un mismo tiempo a una ontología inmaterial, heredando los problemas de la relación entre la materia y la energía de los postulados pre – energetistas, traducibles en un dualismo en continuidad en los aportes de Mayer y Helmholtz, pero que sostenía finalmente un materialismo mecánico, paradigma inexpugnable de la época. (Assoun, 1987, p.160). En este sentido, el concepto límite de pulsión, entre lo psíquico y lo somático, representa aquella tensión teórica irresoluta en el planteo freudiano:

Según los datos de las ciencias naturales, admitimos que cierta energía entre en juego en la vida psíquica, pero carecemos de todas las indicaciones que nos permitirían comparar esa energía con otras. (Freud, 1989j, p. 54)

En una postergación al futuro o promesa teórica respecto a la cual realizar una hipoteca, la posición de S. Freud respecto al capital energético a partir del cual se mueven los andamiajes psíquicos del duelo, no logró un anclaje teórico adecuado<sup>44</sup>. En ciertos pasajes de su obra constatamos afirmaciones que alimentan la hipótesis de la energía sustancia, la que a posteriori será tomada a la letra por ciertos movimientos post – freudianos.

---

<sup>43</sup> Tangencial a este razonamiento que venimos desarrollando, cabe resaltar que la doctrina de la energía ha impactado notablemente en la constelación de las enfermedades del humor, logrando una exitosa metáfora explicativa en los desordenes fisio – químicos de la serotonina. En este sentido, la depresión puede pasar de ser entendida como un síntoma o reacción a factores exógenos (duelo por ejemplo) o como un padecimiento de origen endógeno, deducible de un déficit energético – químico. Por tales razones nos vemos tentados a investigar en este tópico, buscando líneas de inteligibilidad que el devuelvan al lenguaje y la palabra, una función terapéutica claramente interperpelada, cuando los mecanismos de contracción de la enfermedad obedecen a energías derivadas de la sustancia y no de la palabra.

<sup>44</sup> Al respecto Strachey reseña: En una cantidad de pasajes, Freud expresó su insatisfacción con el estado del conocimiento psicológico acerca de las pulsiones. No mucho antes, por ejemplo, en «Introducción del narcisismo» (1914c, supra, pág. 75), se había quejado de «la total inexistencia de una doctrina de las pulsiones que de algún modo nos oriente». Más tarde, en Más allá del principio de placer (1920g) , AE, 18, pag. 34, aludió a las pulsiones como «el elemento más importante y oscuro de la investigación psicológica», y en su artículo para la Encyclopaedia Britannica (1926f) , AE, 20, pag. 253, confeso que «la doctrina de las pulsiones es para el psicoanálisis, sin duda, un ámbito oscuro» (Freud, 1989j, p.107)

Por fuente {Quelle} de la pulsión se entiende aquel proceso somático, interior a un órgano o a una parte del cuerpo, cuyo estímulo es representado {repräsentiert} en la vida anímica por la pulsión. No se sabe si este proceso es por regla general de naturaleza química o también puede corresponder al desprendimiento de otras fuerzas, mecánicas por ejemplo. El estudio de las fuentes pulsionales ya no compete a la psicología; aunque para la pulsión lo absolutamente decisivo es su origen en la fuente somática, dentro de la vida anímica no nos es conocida de otro modo que por sus metas. El conocimiento más preciso de las fuentes pulsionales en modo alguno es imprescindible para los fines de la investigación psicológica. Muchas veces puede inferirse retrospectivamente con certeza las fuentes de la pulsión a partir de sus metas. (Freud, 1989k)

¿Cómo obviar o dar por supuesta la procedencia de la energética freudiana, cuando el trabajo de duelo mantiene una relación esencial con ésta? J. Lacan se ocupó del problema de la energética freudiana, reordenando aquello que Freud había dejado como inconcluso, y que en el post –freudismo finalmente terminó por otorgar al soma un lugar preponderante en la explicación energética. No se trata a nuestro modo de leer el problema, de una vuelta de tuerca con la cual apretar las piezas flojas del proyecto freudiano, sino de la reconsideración del sistema en su totalidad, basándose en otra epistemología<sup>45</sup>. En este sentido, y retomando una clásica expresión utilizada para introducir las razones del pensamiento lacaniano, podríamos conjeturar que en ese sentido J. Lacan estableció a su modo un “retorno a Freud”,<sup>46</sup> diagnosticando un problema en la consideración del asunto energético en el seno de la comunidad psicoanalítica:

Esta necesidad nuestra de confundir la *Stuff*, o la materia primitiva, o el impulso, o el flujo, o la tendencia, con lo que está realmente en juego en el ejercicio de la realidad analítica, representa un desconocimiento de la *Wirklichkeit*<sup>47</sup> simbólica. El conflicto, la dialéctica, la organización, la estructuración de elementos que se combinan y se construyen, dan a la cuestión un alcance energético muy distinto. Mantener la

---

<sup>45</sup> Aludimos a las propuestas ordenadas en el capítulo sobre “posición epistemológica”.

<sup>46</sup> En alusión al texto “La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis (1957)” en donde J. Lacan se declara el emisario (nuncio) que lleva un mensaje de retorno a Freud, con un importante contenido de denuncia respecto a los desvíos de los conceptos fundamentales por obra de los post – freudianos. En este sentido, queremos explicitar que aquello que J. Lacan va a proponer respecto a la energía, es subversivo respecto al texto freudiano, apartándose notablemente de la lógica energética por Freud esbozada. Si J. Lacan plantea al respecto que sus postulados van en la línea de S. Freud, eso nos parece una estrategia discursiva y política más que un fiel reflejo de lo que de la energía se postula en el inventor del psicoanálisis.

<sup>47</sup>Wirklichkeit: realidad, efectividad; pero también en el sentido de eficacia del sistema, como veremos más adelante

necesidad de hablar de la realidad última, como si estuviera en algún lugar más que en el propio ejercicio de hablar de ella, es desconocer la realidad donde nos movemos. Puedo calificar esta referencia, hoy, de supersticiosa. Es una especie de secuela del postulado llamado organicista, que no puede tener literalmente ningún sentido en la perspectiva analítica.” (Lacan, 2004, p. 35)

En la precisión respecto a la energética, se deja entrever un problema de orden epistemológico, destacándose el valor de la materia o sustancia en la consideración de la realidad, lectura que engendra un desconocimiento profundo de la realidad simbólica como tal. En ese sentido la energía, y por consecuencia de nuestro razonamiento, el trabajo de duelo ha de ser reconsiderado en esta perspectiva, extrayéndolo de los postulados organicistas sobre los que apoyaría finalmente la cuestión en el post-freudismo. Esta maniobra es imprescindible, puesto que el sostenimiento de una teoría que ancla sus fundamentos en la física natural o en la sustancia biológica, dejaría a las pasiones, los afectos o la energía en un campo de intervención en el que el psicoanálisis y su principio de la cura se tornarían inocuos. En suma, las maniobras clínicas sobre la pérdida del objeto desde un lugar clínico, no serían más que una intervención segunda y dependiente de una realidad primera que **prescinde del significante y que opera según las leyes de la naturaleza.**<sup>48</sup>

El interés de J. Lacan por el orden simbólico, data desde los mismos comienzos del seminario. No obstante, la preocupación por la cuestión energética comienza en igual período. Ciertamente al modo en que se llevará a cabo el abordaje de ambos asuntos, lejos de situar una relación de exclusión, podemos afirmar que la concepción energética que propondrá, se fundamentaría en el orden simbólico, en un plano de razonamiento en el que el significante determina a la energía, invirtiendo los planteos del psicoanálisis, y articulándose a los postulados de la ciencia moderna.

En tal sentido, la noción de operatoria de duelo como “inversión de la forclusión”<sup>49</sup> tratada en otro apartado de esta tesis, es significativa en cuanto revela como la maquina del lenguaje opera en el duelo a partir de un agujero en lo real, desprendido de toda

---

<sup>48</sup> Este punto está fuertemente sostenido por las perspectivas psicológicas, psicoanalíticas y psiquiátricas que se ordenan en una lógica DSM. Viene a lugar una cita de Lacan, hace más de medio siglo atrás, con la cual introduce “Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis”, escrito en el cual invoca a los psicoanalistas en su calidad de “practicantes de la función simbólica”. En tal texto, y modo de contextualizar el fundamento último de los psicoanalistas, ubica al comienzo del escrito, la siguiente frase, exergo de un Instituto de Psicoanálisis en 1952: “En particular no habrá que olvidar que la separación en embriología, anatomía, fisiología, psicología, sociología, clínica, no existe en la naturaleza, y que no hay más que una disciplina: la neurobiología, a la que la observación a añadir el epíteto: humana en lo que nos concierne”. (Lacan, 2008)

<sup>49</sup> Aludimos al punto 5.5

connotación material, sustancial o biológica. La maniobra discursiva que hará operar J. Lacan parte de un diagnóstico tal como que los psicoanalistas permanecen prisioneros de categorías relacionadas a la realidad verdaderamente ajenas a su práctica, de una tradición mecano-dinamista propia del Siglo XVIII, contexto epistemológico en el cual lo mental debía estar referido a categorías materiales para ser validado (Lacan, 2004, p. 35). Sin descartar esta posibilidad para otros sistemas teóricos vinculados a lo mental, la pregunta que corresponde es ¿qué interés puede tener esto para un psicoanalista?

En concordancia con lo anterior, la concepción de la energía en J. Lacan se vincula a los conceptos de la física moderna, proponiendo a **la energía como la consecuencia de un discurso**, del trabajo del discurso sobre un real, lo cual nos abre a una nueva perspectiva de trabajo de duelo. En este sentido, J. Lacan tiene una posición clara y firme respecto a la energía:

No se trata que no este claro porque pertenezca a la física, porque sin localización significativa de cotas y niveles por relación a las cuales pueda estimarse, evaluarse, la función inicial del trabajo - entendido en el sentido de la física- sin esta localización, no existe aún la probabilidad de comenzar a formular lo que se llama principio de toda energética - en el sentido literal de ese término- es decir, la referencia a una constante que es precisamente o que se llama la energía, en relación con un sistema cerrado, que es otra hipótesis esencial. Con ella se puede hacer una física y que funcione, es precisamente la prueba de lo que se refiera a un discurso teniendo consecuencias. (Lacan, 1975, p. 86)

De esta concepción se desprende que la energía se presenta al modo de un cálculo, una cifra o una abstracción. La tesis arrastra toda posible primacía de la materia o sustancia biológica en la determinación energética. De tal manera, la energía que genera la represa hidroeléctrica, es por consecuencia de un cálculo significativo, ante que por una supuesta energía natural provista por el río. Tal concepción que se propone en los primeros seminarios impartidos, se sostendrá hasta el final de su enseñanza, cuando afirma que:

“...lo que se llama la energética no es otra cosa que la manipulación de un cierto número de números, de un cierto número de números de donde se extrae un número constante. Era eso a lo cual Freud, refiriéndose a la ciencia tal como se la concebía en su tiempo, a lo cual Freud se refería, es decir que con ella él sólo hacía una metáfora. La idea de una energética psíquica, él jamás la fundó verdaderamente. Incluso no hubiera podido sostener su metáfora con alguna verosimilitud. La idea de una constante, por ejemplo, que liga el estímulo con lo que él llama la respuesta, es algo completamente insostenible.” (Lacan, 1975, p. 86)

La energía como tal, consecuencia de un discurso, depende en este sentido de un físico que la formule. Manteniendo tal supuesto epistemológico, puede deducirse que la **operatoria del duelo desde el punto de vista psicoanalítico, dependerá del discurso teórico que la fundamenta**. En este sentido, descartamos de plano la idea del duelo como un hecho natural a ser observado, para luego explicar su funcionamiento. Esta idea que se vincula a un modo moderno de hacer ciencia, nos es provechosa en la medida que permite poner a interrogar la naturalizada imposibilidad del duelo en la psicosis, máximo cuando desde Freud las nociones deficitarias del duelo han estado absolutamente articuladas (y rehenes) a cierta concepción de la libido o capital energético del psiquismo.

La energética del duelo dependerá entonces del discurso analítico que el analista le oferte al sujeto en la transferencia del dispositivo, y en este sentido, habremos de elucidar qué tipo de propuesta teórica puede el psicoanálisis acercarle al sujeto de la psicosis. Esta posición es eminentemente epistemológica, en cuanto sostenemos que la abstracción incide en lo real, cuestionando en este sentido aquellas perspectivas psicoanalíticas que hacen depender la energía libidinal requerida por el trabajo del duelo, de las fuentes somáticas del cuerpo biológico. La energía en la física moderna proviene de un discurso, por sobre todo imaginario que la hace provenir de la sustancia viva.<sup>50</sup>

Eso implica, al mismo tiempo que la física implica la existencia de un físico y que, es más, no importa cual sea. Un físico que posea un discurso correcto en el sentido en que acabo de articularlo, es decir un discurso que valga la pena de ser dicho y que no sea sólo un aleteo del corazón; esto es lo que llega a ser la energética cuando se la aplica a un uso tan delirante y brumoso como el que se hace de noción del libido, donde se fe lo que se llama una “pulsión de vida”. (Lacan, 2011, p. 30)

Rechazando para el psicoanálisis, la noción de energía natural tal cual la que se puede desprender del modelo de la represa, que transforma la energía hidráulica proveniente del movimiento del río, es relevada por el trabajo del físico que produce la constante numérica.

El que una «fuerza de vida» pueda constituir lo que se consume, es una metáfora grosera. Porque la energía no es una sustancia, que por ejemplo se bonifica o que al

---

<sup>50</sup> En cierto modo, en el duelo se nos oferta un ejemplo notable, puesto que la pérdida de la vida, produce incalculables consecuencias en los vivos tal como la movilización significante, los procesos forclusivos, la proliferación del imaginario entre otros acontecimientos discursivos detallados en otra parte.

envejecer se pone agria, es una constante numérica <sup>51</sup> que para poder trabajar necesita el físico encontrar en sus cálculos. (Lacan, 2012, p. 548)

Tal constante, producto de la combinatoria significativa, y desprendida de toda noción de sustancia, exige el tratamiento de la formula según una condición:

[...]la condición de que el sistema sea matemáticamente cerrado prevalece aún sobre la suposición de que sea físicamente aislado. (Lacan, 2012, p. 548)

El principio fundamental de la física o “ley de la conservación de la energía”<sup>52</sup>, y primera ley de la termodinámica, exige la delimitación de un sistema cerrado sobre el cual verificar que a pesar de los cambios sobrevenidos en el mismo, la constante numérica se mantiene intacta. En la implementación de las formulas matemáticas, la física encuentra el soporte que verifica el principio de conservación de la energía, no requiriendo de las mediciones fácticas o de objetos sustanciales para su demostración, desligando de tal modo la energética de posibles dimensiones materiales y afirmando el carácter eminentemente abstracto del asunto. La lectura del texto de Richard Feynman es una buena analogía respecto a como la conservación de la energía es una idea abstracta, puesto que es un principio matemático y no la descripción de un mecanismo ni nada que sea sustancial.<sup>53</sup>

En este sentido, la apropiación de la constante energética por parte de J. Lacan le permite al tiempo que justificar el lugar de lo abstracto y lo teórico en la manipulación de lo real por la vía de la articulación significativa, instaurar el problema de la pérdida del objeto o la falta a nivel simbólico, lo cual a posteriori nos conducirá al problema del duelo.

Eso quiere decir que algo que falta como tal -no hay cubos- debe encontrarse en otra parte en otro modo de falta. El objeto científico es pasaje, respuesta, metabolismo, -metonimia si quieren, pero atención del objeto como falta- [...] (Lacan, 2011c, p. 28)

---

<sup>51</sup> En este sentido el término “constante numérica” también nos permite asociarlo al término freudiano “Drang” o empuje, respecto al cual J. Lacan lo considerará en la lectura de lo pulsional, en el sentido del término “Kraft” o fuerza constante, la cual se diferencia del ritmo biológico: «La constancia del empuje impide cualquier asimilación de la pulsión a la función biológica, la cual siempre tiene un ritmo»

<sup>52</sup> La ley de la conservación afirma que la cantidad total de energía en cualquier sistema físico aislado (sin interacción con ningún otro sistema) permanece invariable con el tiempo, aunque dicha energía puede transformarse en otra forma de energía. En resumen, la ley de la conservación de la energía afirma que la energía no puede crearse ni destruirse, sólo se puede cambiar de una forma a otra.

<sup>53</sup> Lecturas sobre física. Vol 1. Cap 4. Este capítulo fue recomendando por J. Lacan cuando refería a tal principio físico, puesto que en el ejemplo tratado allí sobre “Daniel el terrible”, se muestra muy bien como a medida que avanza el desorden en el interior de una habitación cerrada en donde el niño juega con los cubos, y comienza a ser dificultoso percibir la conservación de los cubos, la formula matemática puede verificar la conservación sin necesidad de la sustancia “cubos”, de la comprobación empírica o de los sentidos.

Para que opere tal ley de conservación de la energía, es necesaria la razón matemática y un sistema cerrado, condición a partir de la cual es posible el abordaje de la falta del objeto. J. Lacan asocia el principio de conservación de la energía a la noción de agujero en topología.<sup>54</sup> Desde ésta disciplina, el agujero se lo conceptualiza con el Teorema de la curva cerrada de Jordan, a toda curva cerrada simple del plano<sup>55</sup>, que divide al plano en dos componentes conexas y disjuntas, que tienen a la curva como frontera común. Una de las componentes está acotada (interior) y la otra de las componentes no está acotada (exterior).

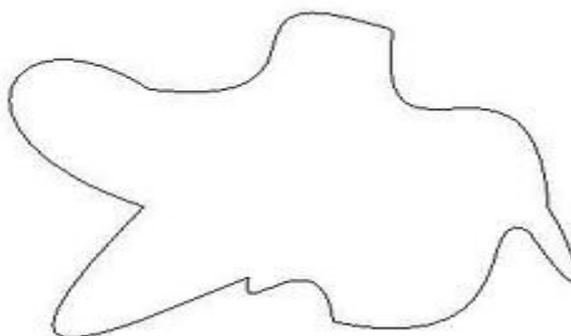


Fig. Nº 3: Curva de Jordan simple

El teorema es intuitivamente simple, pero de compleja demostración. Como desarrollamos a pie de página<sup>56</sup>, la ventaja del teorema de Jordan es la de determinar que pertenece y que no pertenece a la parte interior de la curva, a partir de un razonamiento abstracto que se desliga de toda realidad biológica, material o tridimensional. En este sentido, permite establecer una diferencia con la conceptualización freudiana del interior, claramente articulable a un objeto topológico tal como la esfera cerrada (p.ej. el cuerpo biológico que encierra a las pulsiones de origen endógeno).

En una perspectiva del psicoanálisis que encuentra apoyo en los fundamentos de la topología, la concepción del interior obedece a un simple trazado de una curva de cierre, modo a través del cual se puede establecer el principio de constancia en psicoanálisis. El

---

<sup>54</sup> En este punto, nos servimos de la intervención del Psicoanalista Federico Fresneda en las Jornadas Anuales de Apertura – Noviembre de 2013. Bs. As.

<sup>55</sup> Se dice que una curva es cerrada simple si no tiene cruces o dobleces o dicho de otra forma es una curva homeomorfa al círculo.

<sup>56</sup> La demostración usa el hecho de que un punto P cualquiera estará "adentro" de la curva si al trazar un rayo con origen en P en cualquier dirección y de forma que el rayo corte a la curva de forma transversal en todo punto de intersección, entonces el número de cortes será un número impar. De lo contrario, esto es, si el punto se encuentra "afuera" de la curva, entonces cualquier rayo con origen en P que corte transversalmente a la curva lo hará un número par de veces. En el dibujo podemos apreciar como el punto C se encuentra dentro de la curva y no importa en la dirección que tracemos un rayo transversal, este cortara la curva un número impar de veces. Por otro lado, el punto D está fuera de la curva y cualquier rayo trazado desde el que corte la curva transversalmente, lo hará un número par de veces. En el gráfico que sigue se ejemplifica el teorema.

interior no está dado por un individuo biológico, sino por ciertas leyes de naturaleza abstracta, si se permite el juego de los términos. A continuación mostramos un breve ejemplo de curva cerrada con cierta complejidad en su presentación, la que evidencia como cuando se hace perceptiblemente enredado discriminar que está adentro y qué está afuera, la apelación a lo abstracto del problema viene a resolver un problema intuitivamente complejo.

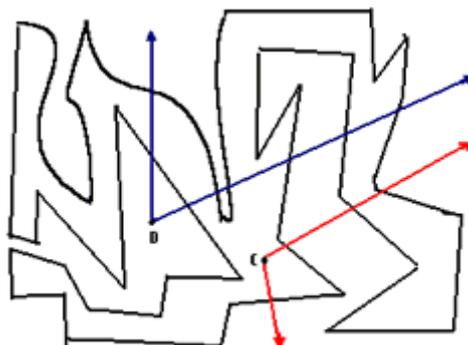


Fig. Nº 4: Curva cerrada de Jordan compleja

Este teorema, al tiempo que aporta insumos teóricos para una modulación abstracta de la energía, posibilitando la articulación a estructuras matemáticas con las que opera J. Lacan para abordar los problemas de la psicosis en el caso Schreber o Esquema I<sup>57</sup>, nos permitirá reorientar la exploración del duelo. El abordaje de la energía desde un punto de vista abstracto, al tiempo que permite sortear algunos de los obstáculos freudianos (a partir de los cuales la energía quedo atrapada en una perspectiva que péndula entre el somatismo biológico o el carácter mítico de la pulsión), permite así mismo llevar a cabo un tratamiento del objeto de la falta bajo el imperio de ciertas leyes de naturaleza simbólica, produciendo un giro en la perspectiva del duelo. Lejos de abordar la falta de objeto desde un punto de vista empírico, que observa la naturaleza del fenómeno, el enfoque propuesto supone que el objeto falta a condición de un argumento matemático o una perspectiva simbólica que lo determina. En el caso particular de la psicosis, habremos de investigar cómo se comporta el agujero cuando la línea cerrada de Jordan no opera, repercutiendo en la consideración del objeto, la falta y el duelo.<sup>58</sup>

<sup>57</sup> Punto 8.4 del presente estudio.

<sup>58</sup> En el caso particular de la estructura de la psicosis concebida por J. Lacan en el esquema I que abordaremos a posteriori, captaremos como la ausencia del cierre en el sistema (a diferencia de la neurosis o esquema R<sup>58</sup>), tiene notables repercusiones en una perspectiva de la pérdida del objeto en la psicosis.

En esta línea del razonamiento, la perspectiva de la pérdida del objeto y el duelo en general, requiere tales insumos teóricos para su formulación, apartándose de toda teoría de duelo que suponga la observación y elaboración conceptual que describa y explique al fenómeno de la pérdida. Tal posición supone a la pérdida como un hecho que antecede, y en la perspectiva que exploramos, **la pérdida y el duelo se sostiene en una razón abstracta**. En este sentido, el argumento guarda coherencia con la propuesta epistemológica y los requerimientos que entendemos necesarios para el abordaje de un objeto de investigación, que desde el punto de vista de los fenómenos observables, se confronta con múltiples obstáculos a los efectos de su elucidación.<sup>59</sup>

#### 4.2 Del cuerpo biológico al incorporal

En la lectura del afecto en S. Freud, y por su estricta articulación con el concepto de pulsión, el mismo establece una relación de dependencia respecto al organismo. Basta apelar a las definiciones freudianas de pulsión, para ubicar el problema en su justo término.<sup>60</sup> Entendemos que la propuesta de J. Lacan respecto al afecto, logra depurar al concepto de cierta procedencia sustancialista, organicista o física que en buena medida aporta el soporte a partir del cual pensar el duelo en psicoanálisis, propuesto por S. Freud como un “afecto normal”.

Para tal argumentación teórica, el apoyo doctrinal fundamental será la teoría de los incorporeales impartida por la filosofía estoica,<sup>61</sup> la cual apunta a explicar los seres concretos y sus cambios mediante una propuesta subversiva respecto a la herencia platónica o aristotélica, al negar la existencia de entidades metafísicas de cuya existencia dependa lo sensible. (Lozano, s/f, p. 91) El abordaje de los incorporeales por parte del estoicismo antiguo, requiere de algunas consideraciones elementales, a los efectos de rescatar aquello que se torna provechoso para el planteo psicoanalítico. En su doctrina general, y en oposición a una ontología clásica que propone incluir dentro del género de lo existente, a entidades que están más allá de la realidad física, los estoicos adoptan un planteo netamente corporalista, pero que sin embargo otorga un papel a realidades que no son

---

<sup>59</sup> Aspecto tratado anteriormente.

<sup>60</sup> En Pulsiones y destinos de pulsión (1989j) propone a la pulsión como un “concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma”. “concepto fronterizo de lo somático respecto de lo anímico [...] el representante psíquico de poderes orgánicos (Schreber==) “la agencia representante psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir [ . . . ] uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal (reedición de los tres ensayos)”

<sup>61</sup> Tomamos como referencia de la enseñanza estoica del libro de É. Brehier (2011)

cuerpos.<sup>62</sup> En tanto se presentan en su filosofía como cosas inmateriales de las que no es posible decir que existan, se les reconoce de todos modos que subsisten. Incorporeal designa entre los Estoicos, según Sexto, las cosas siguientes: lo “expresable”, el vacío, el lugar y el tiempo. (Bréhier, 2011. p2)

De tal modo la ontología clásica queda en una relación de subrogación a la propuesta estoica, la cual obedece a dos principios corporales respecto a los cuales se construye: activo – pasivo. De este modo, las nociones de “cuerpo” “agente” y “paciente” son los criterios claves para establecer el mobiliario del universo. (Lozano, A. p. 94). En la interacción de los cuerpos de acuerdo a estos principios, se explican los procesos naturales, siempre y cuando se integre al régimen ciertas realidades que no son cuerpos pero que participan del sistema.

El esquema general de la causalidad en la filosofía estoica, presupone que en ella intervienen tres entidades, dos cuerpos uno que es causa en otro, y el efecto mismo que se describe como un incorpóreo: efecto incorporeal. Todo cuerpo deviene así causa de algo incorpóreo para otro cuerpo, al actuar sobre él. El incorporeal lejos de presentarse como una cualidad o propiedad física, es un atributo lógico. No son cosas o estados de cosas, sino acontecimientos. Lejos de existir, insisten o subsisten. Este efecto en el cuerpo al modo de un atributo no puede ser clasificado entre los seres.

En lo específico del incorporeal “expresable”, debido al interés que ha suscitado en psicoanálisis a razón del estatuto del decir y sus relaciones con la esencia del trabajo analítico, se lo puede articular en modo sucinto con el “verbo”. Ante el riesgo de confundirlo con el lenguaje o las palabras, debemos explicitar que éstos últimos son cuerpos para la doctrina estoica.

En este marco filosófico expuesto mínimamente para contextualizar lo que sigue, la articulación del incorporeal a la teoría psicoanalítica hace posible producir un viraje esencial en la conceptualización de la libido, el afecto y la pulsión y el cuerpo. Tal modificación repercute en el concepto de duelo, en el trabajo impartido, en las vicisitudes de la libido y en el estatuto del objeto que lo desencadena. Los incorporeales en el sistema estoico, tienen un lugar predominante en la explicación de la realidad corpórea, independientemente que de condición no corpórea. En tal sentido, y a mitad de camino entre cuerpos y la nada, operan modificando los cuerpos, algo que interesa a un psicoanálisis que pretende otorgar otra

---

inteligibilidad a dimensiones que finalmente fueron capturadas por las tendencias materialistas, energéticas mecanicistas y biologicistas de un concierto científico y epistemológico positivista.

Desde muy temprano en su obra, el cuerpo fue considerado por J. Lacan desde una perspectiva que recrudece asimetrías, si se permite la ilustrativa expresión que conjuga materia y geometría, entre el cuerpo de la biología y el cuerpo de lo simbólico. LA teoría del incorporal tendrá un lugar fundamental en la intelección del problema del cuerpo, respecto al cual no se trata del desconocimiento de lo que entendemos en nuestra cultura por cuerpo, ligado a la materia – sustancia – anatomía, sino que por el contrario el de precisar un cuerpo ante el cual, el psicoanálisis pueda operar.

Vuelvo, en primer lugar, al cuerpo de lo simbólico que de ningún modo hay que entender como metáfora. La prueba es que nada sino él aísla el cuerpo tomado en sentido ingenuo, es decir, aquel cuyo ser que en él se sostiene, no sabe que es el lenguaje que se lo discierne, hasta el punto de que no se constituiría si no pudiera hablar. El primer cuerpo hace que el segundo ahí se incorpore. De ahí lo incorporal permanece marcar el primero, del tiempo posterior a su incorporación. Hagamos justicia a los estoicos por haber conocido ese término, rubricar en que lo simbólico aspira al cuerpo: lo incorporal. (Lacan, 2012, P. 431)

En la cita se deja apreciar la particular relación establecida entre el cuerpo anatómico –ingenuo- en el que habitaría el ser que habla y el cuerpo de lo simbólico. Una lectura que parta de la doxa o el sentido común, sostendría que por un lado existe el cuerpo ingenuo y por otro el lenguaje. El cuerpo ingenuo preexistiría al ser que habla, y el lenguaje vendría a ser una adquisición en el terreno evolutivo. La propuesta de Lacan, retomando a los estoicos, **formula al cuerpo ingenuo como un efecto de la incorporación por parte del cuerpo simbólico**, sin el cual sucedería como con los animales, ya que al no hablar no tienen cuerpo, sino simplemente un organismo.

En suma, el cuerpo que habita el ser que habla o “parlêtre” no es sin un cuerpo simbólico, que lo determina y lo constituye como tal, puesto que lo simbólico es cuerpo, es cuerpo en sí mismo y provee de corporalidad a todo lo que por el posee tal estructura (el cuerpo de policía, el cuerpo de bomberos, el cuerpo biológico, etc.) (Eidetzstein, A. 2012). A pesar de la corporalidad que oferta el cuerpo ingenuo, y que lleva a que en el terreno de las pasiones y los afectos se puedan situar en las distintas regiones o partes del mismo, siempre se está para J. Lacan ante un incorporal, “porque lo material del organismo no es lo

que hace cuerpo, sino la forma como los sujetos se refieren al propio, es decir, como acontecimiento de lenguaje. (Maya, B. 2009, p.6)

La palabra en J. Lacan, desde el comienzo mismo de su obra, fue concebida en tanto que cuerpo: “La palabra en efecto es un don de lenguaje, y el lenguaje no es inmaterial. Es cuerpo sutil, pero es cuerpo” (Lacan, 2008, p. 289). Habremos de elucidar a continuación, qué del afecto se relaciona con lo incorporal y el lenguaje, poniendo de este modo en cuestionamiento teorías psicoanalíticas que sostienen que los afectos son los constituyentes instintivos, innatos de las pulsiones, que proporcionan la base para la relación y la base para las vivencias de la relación. (Tizón, 2007, p.132) (Kernberg 1983). En este sentido, la hipótesis lacaniana del afecto como efecto significante, opera como un contrapeso teórico que retomamos en este estudio exploratorio.

La concepción energética freudiana del duelo, supone un objeto perdido del cual hay que retirar los investimentos libidinales. Esta concepción puede ser subvertida en la doctrina de los incorporales del estoicismo antiguo, reasignándole un nuevo estatuto al objeto de la pérdida. En este sentido, el objeto no se comporta pasivamente sino que tiene efectos incorporales en el sujeto del duelo. El objeto perdido afecta al sujeto, y en este sentido se produce una inversión y un descentramiento respecto a un yo que en la lógica del duelo freudiana, intentaba los trasvases de energía de un objeto (perdido) a otro objeto (a conquistar). A partir de tal posición teórica: ¿por qué razón el sujeto de la psicosis no se vería afectado por la pérdida del objeto? En el cambio de perspectiva, la solución teórica entendemos le devuelve al duelo y al psicosis una capacidad inhibida por las lecturas deficitarias expuestas.

### **4.3 Afectos al significante**

La tradición psicoanalítica post freudiana había puesto al afecto en un lugar que no coincidía con el espíritu y el método de S. Freud. Este es el principal aspecto que J. Lacan retomará cuando se aboque a la investigación del afecto de la angustia<sup>63</sup>. En ese período, se avivaba una vieja controversia en la historia del movimiento psicoanalítico, puesto que ya en la era freudiana, S. Ferenczi interpelaba al maestro sobre el tratamiento de esa frustración analizante que conmina al analista y que lleva a diversos posicionamientos: mientras que para Freud la frustración era inherente al dispositivo mismo y de ésta dependía

---

<sup>63</sup> En el período comprendido entre 1963-1964 J. Lacan desarrolla un seminario sobre “La angustia”. En buena medida, ese seminario fue una respuesta a la crítica llevada a cabo por el psicoanalista André Green, quien sostenía que bajo el imperio del lenguaje y el significante, aquel había desatendido la cuestión del afecto (Lacan, 1962)

el progreso de la cura, para el post – freudiano, la simple humanidad querría que se procurase atemperar tal frustración (Soler, C. 2011, p.8).

El lugar del afecto en el seno de la teoría y su relación con el inconsciente, incide notablemente en las perspectivas clínicas, tanto como en la técnica ejercida por el analista. En este sentido, situando al duelo como un afecto desde S. Freud, los abordajes del mismo dependerán en buena medida de la concepción del afecto que se articula a dicha teoría. El mismo S. Ferenczi, le escribe una carta a S. Freud en el que le comenta respecto a la muerte de su hermano:

Querido señor profesor... Abreaccioné el duelo de mi hermano, completamente, durante la evolución de su enfermedad, rica en esperanzas frustradas. (Freud, Ferenczi, 1992, p.365)

En la declaración se desprende una teoría del duelo ligada íntimamente al duelo como trauma, respecto al cual el tratamiento radica en la descarga de las vivencias. ¿Es ésta la dirección del tratamiento en el duelo? ¿Se trata de que el doliente descargue el afecto? La respuesta depende estrictamente de la teoría del afecto sobre la cual apoya. Entre el duelo abordado por el sesgo de la abreacción, o su tratamiento llevado a cabo por la vía del trabajo asociativo en el análisis, la teoría del afecto determina posiciones disímiles respecto a un mismo problema: la tensión entre el afecto y la representación.<sup>64</sup>

En la perspectiva freudiana, el afecto siempre ha estado en relación con la representación, constatándose cierta predilección en su método en relación al segundo término. Entre la interpretación del afecto o el desciframiento de la representación ofrecida por el síntoma, la orientación del método apuntaba a la segunda, y en ese sentido, desde muy temprano el desciframiento se tornó la vía regia del inconsciente. Lo conmovedor del afecto expuesto y vivenciado por el sufriente, no es concebido por S. Freud como una orientación del tratamiento. ¿Se puede afirmar que S. Freud no se ocupaba de los afectos al subordinarlos a las representaciones?

Los efectos terapéuticos del trabajo asociativo por el inaugurado en la escucha e interpretación al síntoma histérico, le permite deducir a S. Freud que la palabra tiene efectos en los afectos que aquejan a su paciente. Por tanto, hay que suponer que estos mantienen

---

<sup>64</sup> No deja de ser llamativo para nosotros, como el psicoanálisis actualiza a su modo, un problema de la historia de la psicopatología, en la tensión afecto/humor – pensamiento.

algunas relaciones con ese instrumento: Ésta era la pista de la causa relativa al lenguaje. (Soler, C. 2011, p.10).

Tal impronta teórica de las representaciones y los afectos en el conjunto de la vida anímica, padeció notables mutaciones a posteriori de S. Freud, en un desarrollo diversificado en direcciones determinadas por las preferencias teóricas de las figuras dominantes. (Green, 2008, p. 1186) En tal vasto campo de desarrollos que exceden el alcance e interés de esta investigación<sup>65</sup>, nos interesa soslayar el progresivo despliegue de teorías del afecto apoyadas en la neurología, la biología, la psicología del yo, y el instinto, las cuales producían un desvío respecto a lo original y subversivo del planteo freudiano. En forma excepcional, y a efectos de ilustrar este aspecto citamos entre tantos posibles psicoanalistas a J. Tizón:

Estas disposiciones afectivas, innatas en la especie humana, son uno de los constituyentes fundamentales de las relaciones de objeto primitivas, pues activan y confieren significación a la relación. Los afectos son componentes pre-programados de la conducta humana que, como todo mecanismo desencadenante innato (IRM), se activan en circunstancias concretas y proporcionan comunicación bidireccional: al Yo y al Otro. (Tizon, J. 2007, p. 132-133)

En tal perspectiva, la maduración individual hace que se activen progresivamente los diversos patrones afectivos pre programados. Los avatares de las relaciones (de objeto) logran que, en cada momento, esos patrones emocionales se activen o desactiven en función de las experiencias vividas (Tizón, J. 2007, p. 135). Este catálogo de los afectos que se desarrolla evolutivamente, determina según el grado de evolución afectiva, los posibles desenlaces ante la pérdida de un objeto.

De notables incidencias en la teoría de la técnica en el abordaje clínico que de tales supuestos deriva, a modo de ejemplo citamos a J. Tizón, quien reconsiderando el concepto de "función emocional" (Meltzer, D. 1989) propone a las emociones como conferidoras de significado a las vivencias. Respecto a la atención a los duelos y procesos elaborativos, las que estructuran la experiencia clínica serán las funciones de la solidaridad o amor, la contención, la esperanza y la confianza, las funciones básicas del trabajo asistencial. (Tizón, J. 2007, p.144) De ello se desprende una concepción de la clínica del duelo, en la que las emociones y los afectos ordenan una dirección del tratamiento en función del grado

---

<sup>65</sup> Lo que nos parece sobresaliente es cómo este precipitado de teorías afectivas dejan en un lugar secundario a las representaciones, las palabras, los significantes, el lenguaje.

de desarrollo evolutivo de la afectividad. En tal perspectiva, el lenguaje no es más que un mero transportador o medio en la incorporación e introyección de los afectos pre – existentes, una herramienta para llevar a cabo la interpretación de los afectos, oponiéndose notablemente al modelo antes citado que reivindica el papel fundante del lenguaje en la afectividad humana.

En modo sucinto situamos una de las tantas perspectivas que sostienen la predominancia del tratamiento del afecto en la clínica, haciendo depender al mismo de un fuerte anclaje de tipo biológico, instintivo y genético. La consideración del afecto en un estudio sobre el duelo, y recordemos que para S. Freud había sido considerado éste último un afecto normal, exige a nuestro entender su ubicación teórica, puesto que en la tensión desarrollada hasta aquí, pareciera que habría que ubicarse de un u otro lado del afecto o el lenguaje, cuestión que será zanjada mediante la inclusión de una maniobra teórica por parte de J. Lacan. Establecer una serie de precisiones al respecto, nos permitirá ordenar al duelo en su estatuto de afecto, respecto a una colección que excede el interés y alcances de este estudio, devolviéndole al Otro del lenguaje un papel fundamental en la participación de tal afecto. En este sentido:

En lo que concierne a las condiciones del afecto, Lacan no avanzó solo. Sin embargo, su tesis parece original, y única en el siglo. Se ha hablado del siglo xx como el siglo del lenguaje. Lacan pertenece a este siglo, pero es el único que hizo del lenguaje un operador. Los otros se ubican más bien en eso que se ha llamado the mind body problem que convoca al cuerpo, por cierto, pero en el sentido del organismo, y para hacer de este la causa del lenguaje. (Soler, C. 2011, p.10).

El término duelo entre otras acepciones, implica el afecto penoso como su manifestación exterior (Freud, 1989b, p. 242). En buena medida entendemos que la lengua nos acerca a un problema, puesto que en la exteriorización del duelo, se revela una vertiente fenomenológica del afecto, la cual lejos de ser desconsiderada en una clínica de la psicosis, requiere atender a ciertos riesgos en su inclusión.<sup>66</sup> En tal sentido, entendemos que la discordancia propiamente dicha de la psicosis, conlleva a que se produzcan hiatos o rupturas entre lo que podría ser considerado un afecto penoso y la concomitante reacción de luto correspondiente a esa “normalidad” del duelo establecida por S. Freud. Por tanto

---

<sup>66</sup> Viene al caso un relato clínico de un psiquiatra, el cual refería que un paciente psicótico conmovido ante el recuerdo de la muerte del padre, se había puesto a llorar por un solo ojo, lo cual refería a la escisión radical de la psicosis. El sujeto en cuestión le aseguraba que la mitad de él estaba deprimido, pero que por el otro ojo se reía de la alegría de sentirse feliz por saber que estaba bien muerto. Es un claro ejemplo del problema de la spaltung, la discordancia afectiva en la psicosis, la cual tomada por su sesgo observable puede poner al clínico en una profunda contradicción.

sostenemos que es necesaria la cautela respecto a una fenomenología del duelo cuando de la psicosis se trata, puesto que más que operar como un indicador diagnóstico, puede extraviarnos en las conjeturas clínicas y en una oscura lista de afectos esperables de acuerdo a la evolución del individuo. Tal vez podamos hipotetizar, que esta clave fenomenológica acuñada en un cierto patrón de normalidad, es el que torna invisible e impronunciable el duelo en el sujeto psicótico en una clínica que se basa en la mirada y la observación, y que espera la puesta en juego de determinado conjunto semiológico para interpretar la vivencia afectiva del duelo:

Es que al efecto del lenguaje se agregan los efectos colectivos de lo que Freud llamaba civilización, y que Lacan rebautizó con el término “discurso” para marcar que la estructura del lenguaje no está menos inscrita en nuestra realidad social que en el inconsciente, que ordena los lazos sociales y que preside en cada época la economía de los cuerpos, y por consiguiente, la configuración de los afectos dominantes en una determinada época. (Soler, C. 2011, p.61).

Nuestra clínica nos ha confrontado en ese sentido, con sujetos que mientras su despliegue vivencial iba en una dirección que se alejaba de lo que del duelo se espera en su conjunción con los semblantes de la melancolía o la depresión, ciertos significantes situaban la pérdida en la presentación discordante del relato delirante. Ciertamente es en la psicosis, en la ausencia del significante de la ley que otorga legalidad a la estructura, la que nos enseña hasta qué punto el afecto obedece a las leyes del lenguaje. Los actos pasionales que llevan a los más terribles crímenes por amor u odio en la psicosis, en nuestro desconcierto nos revelan una y otra vez, la desregulación de la vida afectiva de la psicosis, lo cual lejos está de querer decir que no la tengan. En este sentido, hacemos alusión a uno de los prejuiciosos argumentos que dan origen a este estudio: el paciente psicótico no se ve afectado por la pérdida / no hace duelo / vive en otra realidad.

Abordar al duelo por el sesgo del fenómeno o el relato de sus vivencias, puede llevar al extravío, del mismo modo en el que podría haber caído S. Freud ante el “Hombre de las ratas”, tras un duelo considerable ante una persona intrascendente, y que gracias al trabajo del desciframiento le permite concluir, que se trataba de un desplazamiento respecto a una pérdida anterior, esa vez significativa (Freud, S. 1909). Es ésta la razón por la que el afecto no puede ser considerado al modo de un dato sensible, siendo el empirismo o la fenomenología, caminos que no conducen a iluminar el problema. Si bien el afecto insiste y hace sufrir al sujeto, ello no puede ocultar cierta vacilación respecto a la vivencia, más allá del intento de ser expresada mediante las palabras o discurso del Otro: al nombrar los

afectos, el discurso los fabrica y los aísla en la indeterminación de la vivencia. (Soler, C. 2011, p.11).

Desde S. Freud, el afecto se desplaza, razón por la cual J. Lacan arroja una considerable indicación clínica: **el afecto engaña**. (Lacan, J. Sem 10) Esta lectura que parte de cierta maniobra neurótica, entendemos que se ve exacerbada en al psicosis, allí donde a su vez, el discurso del Otro se revela agujereado respecto a cierta referencia que regula al lenguaje. El engaño del afecto puede potencialmente operar como una certeza delirante, llevando a determinados actos de naturaleza pasional, que ponen en riesgo al sujeto y a los otros.

Tal consideración exige que nos detengamos en el lugar del afecto, respecto a un concepto fundamental de la metapsicología freudiana, intrínsecamente vinculado desde su origen: la pulsión. En este sentido, el afecto en el conjunto de la obra freudiana, no puede ser concebida sino es en relación a ésta. Situándonos en un texto próximo a *Duelo y Melancolía*<sup>67</sup>, establecemos un recorte paradigmático de definición conceptual:

[...]junto a la representación (*Vorstellung*) interviene algo diverso, algo que representa (*räpresentieren*) a la pulsión y puede experimentar un destino de represión totalmente diferente del de la representación. Para este otro elemento de la agencia representante psíquica ha adquirido carta de ciudadanía el nombre de *monto de afecto*; corresponde a la pulsión en la medida en que esta se ha desasido de la representación y ha encontrado una expresión proporcionada a su cantidad en procesos que devienen registrables para la sensación como afectos. Desde ahora, cuando describamos un caso de represión, tendremos que rastrear separadamente lo que en virtud de ella se ha hecho de la representación por un lado, y de la energía pulsional que adhiere a esta, por el otro". (Freud, 1989I, p. 148)

De la cita por demás representativa, se desprende que si bien leerse una aparente tensión, separación o escisión entre los términos de la "representación" y el "monto de afecto", a los que habría que "rastrear separadamente", un seguimiento a la letra del texto freudiano arriba citado, puede hacer posible otro modo de pensar el problema. La represión arriba esbozada, al servicio de la evitación del displacer, y ligada a los avatares de la pulsión, conlleva a la supresión de la "representación": "desaparecer de lo consiente si antes fue consciente, o seguir coartada de la conciencia si estaba en vías de devenir consiente". (Freud, 1989b, p. 148) El trabajo del psicoanalista, es al decir de Freud desde

---

<sup>67</sup> Respecto al afecto y la pulsión, las referencias son múltiples en la obra de S. Freud. Optamos metodológicamente por detenernos en las concepciones próximas al tiempo en que se gesta "Duelo y Melancolía", texto princeps en esta investigación.

“La interpretación de los sueños”, el del desciframiento de las formaciones inconscientes a través de un método que privilegia la asociación libre. La vía regia del inconsciente apunta al trabajo de desciframiento, y no a la interpretación del afecto.

Hasta allí, todo podría hacernos pensar en una exclusión del afecto en el trabajo analítico. ¿Qué del afecto en este proceso? Freud nos advierte, que tiene un destino diverso respecto a la representación. En los ejemplos que desarrolla para ilustrar los distintos procesos represivos en las psiconeurosis, advierte que el monto de afecto no es suprimido, sino desplazado de su causa original. He allí el carácter engañoso y metonímico del afecto.

Por el contrario, lo que dije del afecto es que no está reprimido; y esto lo dice también Freud. El afecto está desamarrado, va a la deriva. Se lo encuentra desplazado, loco, invertido, metabolizado, pero no reprimido. (Lacan, 1962, p. 15)

Este es precisamente el punto que retoma J. Lacan cuando propone una tesis sobre el afecto.<sup>68</sup> En dicho texto, apunta a restituir las ideas freudianas a partir de la estructura del sujeto, pudiendo establecerse un desplazamiento de los términos:

Represión de la representación  $\Rightarrow$  Metáfora / Sustitución Significante<sup>69</sup>

Desplazamiento del monto de afecto  $\Rightarrow$  Metonimia del afecto

La tesis original, que en buen modo produce una relación de continuidad con los aportes freudianos, supone que lo desplazado es el afecto, que se va con su música a otra parte” (Lacan, 2003b, p. 225). A la luz de una teoría del sujeto en donde “un significante representa a un sujeto para otro significante”, el afecto de modo alguno representaría al sujeto. No obstante, es por el significante que el afecto puede desplazarse hacia otras significantes del recorrido topológico. En este sentido, la oposición afecto – significante se disuelve, puesto que

[...]si el afecto está ligado, como todo lo indica, a imágenes y significantes, no puede ser concebido por fuera de lo simbólico, sino como lo que opera en la técnica psicoanalítica”. (Soler, C. p15)

<sup>68</sup> Aludimos al texto “Televisión”. J.Lacan. En Otros Escritos. Siglo 21. BSAS.

<sup>69</sup> Podemos fechar en el Seminario 1 de J .Lacan la equivalencia entre la Vorstellung –representanz y el significante.

La modalidad de proponer el tema según J. Lacan, permite establecer una relación del afecto al significante, en donde el primero es un efecto del segundo: **el significante afecta al sujeto**. En este sentido, la tesis no es restrictiva al campo de la neurosis, pudiendo conjeturar que el sujeto de la psicosis, en tanto es afectado por el significante y en especial, por la forclusión del significante de la ley que otorga legalidad a la estructura, padecerá igualmente las consecuencias de estar atravesado por el lenguaje. En el capítulo final de esta tesis, abordaremos algunas de las consecuencias específicas de la afección significativa en función de determinadas contingencias y causalidades de la estructura de la psicosis. En este sentido, la fórmula a la que arribamos, y que logra solucionar teóricamente una tensión del psicoanálisis mínimamente expuesto aquí, nos es útil a su vez para resolver otra tensión: la de la psiquiatría.

Trátese de enfermedades del humor o enfermedades del pensamiento, reproduciendo grosso modo la escisión producida esbozada en punto 2.4, entendemos que el significante produce un régimen de afección que logra superar la distinción fenoménica de las enfermedades mentales, al tiempo que ubica al analista en un mejor lugar respecto a la función terapéutica en la clínica de las psicosis, puesto que al operar con el lenguaje, **puede intervenir en los afectos de la psicosis**.

#### 4.4 La pérdida entre mito y topología

El objeto en psicoanálisis, en el orden de las transformaciones teóricas que hemos esbozado arriba, padecerá una notable mutación respecto a la letra freudiana, en la que destaca el carácter eminentemente abstracto y topológico, lo cual una vez más subvierte una episteme caracterizada por la sustancialización y la vivencia del satisfacción del objeto, y que el post – freudismo llevo a la constatación de la pulsión como un modo e inscripción de lo biológico en el psiquismo, argumento que en buena medida encuentra sus fundamentos en ciertas definiciones freudianas.<sup>70</sup>

La concepción del objeto en psicoanálisis, se articula fuertemente a la pérdida, razón por la cual incluimos aquí un recorte teórico que va del mito a la topología, conjunto de argumentos racionales y abstractos con los que J. Lacan pretendió situar la relación del

---

<sup>70</sup> Cuando J. Lacan comienza a cuestionar los postulados energéticos freudianos en el Seminario 2 declara que “Aquí no es cuestión de seguir a Freud en la tentativa biológica que procura dar como infraestructura.” Sin embargo está reconociendo la fuerte implicancia biológica de sus postulados pulsionales. En J. Lacan la pulsión será considerada un “montaje”, en tanto se opone a lo natural. Se enfatiza en una dimensión artificiosa de la pulsión, estrictamente vinculada al lenguaje y el efecto corporal.

sujeto a la pérdida en una perspectiva que lo desvinculase de la versión mítica del objeto perdido, poniendo el término en una relación de sincronía respecto al borde y el agujero. Estos elementos enriquecen nuestra investigación exploratoria, en la medida que nos permiten acercarnos a la problemática del duelo en el sesgo del agujero que en la lectura de S. Freud es posible intuir, y con J. Lacan formalizar. A consecuencia de este recorrido, nos vemos mejor preparados para interrogar teóricamente las relaciones entre el agujero, el borde, el objeto y el duelo, pudiendo conjeturar a posteriori, enunciados en relación al duelo en la psicosis.

En el recorrido optamos por situarnos en relación al concepto de pulsión, gesto teórico a partir del cual se constituye a posteriori el objeto a, y que será el punto de partida de la interrogación de J. Lacan sobre la relación del sujeto al objeto perdido, para arrancar a este de las impregnaciones míticas a la que lo había expuesto S. Freud.

En cuanto a la sexualidad que podría recordárenos que es la fuerza con la que tenemos que vérmolas, vamos a tratar de aportarle algo más nuevo, al recurrir a una forma que Freud mismo en este asunto nunca pretendió rebasar: la del mito. (Lacan, 2008, p.803)

La libido freudiana, será abordada por J. Lacan mediante la ficción de un mito: el mito de la laminilla. A través del mismo, se argumenta un corte respecto a aquello que no era más que un mito en la teoría freudiana. A modo introductorio de la cuestión, el cuerpo participa de lo mítico, tomando al mito como posibilidad de narrar épicamente el retorno de un límite imposible (Ritvo,1988) Tal relato se remonta al Banquete de Platón, específicamente a la intervención de Aristófanes relativa al mito del andrógino, el cual se resume en:

[...]un animal primitivo de dos espaldas en el que se sueldan unas mitades tan firmes al unirse como las de una esfera de Magdeburgo, las cuales, separadas en un segundo tiempo por una intervención quirúrgica de los celos de Zeus, representan a los seres hambrientos de un incontrolable complemento que hemos llegado a ser en el amor (Lacan, 2008, p. 803)

¿En que concierne este mito a S. Freud? En la medida en que buena parte de la doctrina de la pulsión de muerte, ancla ideas en lo que se desprende de este mito griego: esfera partida en dos mitades que tienden naturalmente la una hacia la otra, en la búsqueda del encuentro como consolidación del estado anterior. A partir de este mito, y el modo en que S. Freud lo considera para elaborar su doctrina de la pulsión de muerte *en Más allá del*

*principio del placer* , giro metapsicológico de notables consecuencias para el psicoanálisis, se propone la pulsión de muerte como una tendencia a volver a un estado anterior:

El principio de placer es entonces una tendencia que está al servicio de una función: la de hacer que el aparato anímico quede exento de excitación, o la de mantener en él constante, o en el nivel mínimo posible, el monto de la excitación. Todavía no podemos decidirnos con certeza por ninguna de estas versiones, pero notamos que la función así definida participaría de la aspiración más universal de todo lo vivo a volver atrás, hasta el reposo del mundo inorgánico. (Freud, 1995, p.60)

Este es el atolladero teórico respecto del que parte J. Lacan, quien por oposición al vienés, al mito lo abordará con otro mito: el mito de la laminilla. Parte para su demostración, de la equiparación entre la esfera completa de Andrógino por una parte, y el huevo como símbolo de la vida por otro. En S. Freud se produce, mediante la constatación empírica de la pulsión de muerte, el retorno a un estado anterior, buscando el objeto en su estatuto de complemento perdido.

J. Lacan parte de un principio axiomático demostrado por la propia biología<sup>71</sup> y que finalmente tiene una consecuencia distinta en el recorrido de la pulsión: la reproducción sexuada está necesariamente articulada a la muerte, y no por el fundamento de una tendencia que intenta la reunión con la parte sexual perdida tal cual el planteo freudiano. En el ejemplo del huevo, J. Lacan juega con la expresión en modo algo lúdico:

Cada vez que se rompen las membranas del huevo de donde va a salir el feto que ha de convertirse en un recién nacido, imagínense que de él escapa algo, es decir, que con un huevo se puede hacer un hombre y también la hombreleta<sup>72</sup> o la laminilla (Lacan, 2003b, p. 205)

---

<sup>71</sup> Los unicelulares se producen por división y no hay muerte allí —el experimento de Waisman con el plasma germinal—. Freud propone que si uno cambia el caldo alimenticio, no hay ningún cadáver, porque los unicelulares, como las amebas, se reproducen por partición; y, al reproducirse por partición, entonces no hay cadáver. Pero esa es no sexuada. Cuando la reproducción es sexuada, necesariamente los portadores —como decía Freud— del plasma germinal, son contingentes y mortales respecto de su plasma germinal inmortal.

<sup>72</sup> Jugando con el francés, la homofonía permite hablar de “homellette” tanto como “omelette”, el cual remite a la expresión “una tortilla no se hace sin romper los huevos”. En suma, estos juegos de la lengua reenvían a un mismo punto: algo se pierde a partir de la vida.

Entre el mito y la topología de superficies, la esfera como superficie cerrada (andrógino, huevo), será sometida a una serie de transformaciones topológicas mediante la realización de un agujero en su superficie<sup>73</sup>, lográndose formalizar un resto: la laminilla

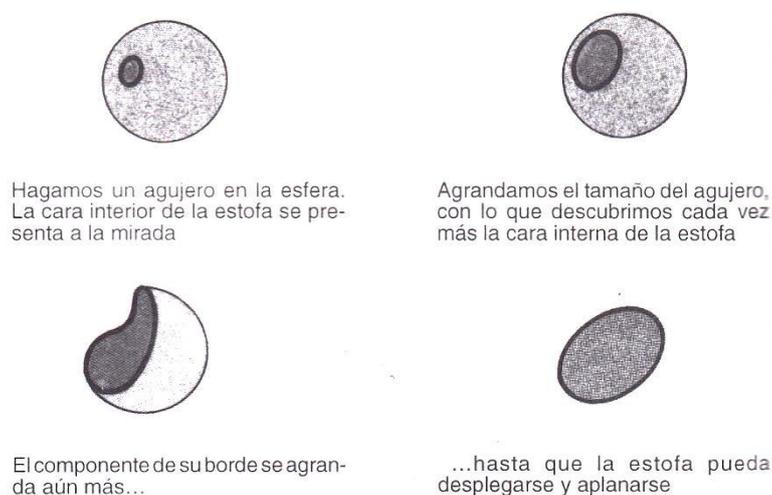


Fig. Nº 5: Transformación esfera/laminilla, extraída del texto *Estofa* de J.M.Vapreau (1997)

Objeto bidimensional y extra fino, insubstancial e intangible, de imposible sumersión en una tercera dimensión, podría ser plasmado o escrito al modo de un disco o pastilla. Mediante este recurso que pretende dar cuenta de la pérdida y la procreación, algo por demás articulado a la operación del duelo, la laminilla es elevada al estatuto de órgano libidinal, que de ningún modo podría vincularse a la sustancia biológica o al instinto sexual. Si la laminilla requiere de un soporte topológico para dar cuenta de su existencia matemática, lo es en función del intento de J. Lacan por desarticular a la misma de toda aprehensión material o corporal en el sentido que la física clásica trata a los cuerpos.

En tal sentido, una vez más se hace necesaria la referencia al incorporal estoico, en la medida que lo importante es captar cómo el organismo viene a apresarse en la dialéctica del sujeto. Ese órgano de lo incorporal en el ser sexuado, eso es lo que del organismo el sujeto viene a colocar en el tiempo en que se opera su separación. (Lacan, 2008, p. 807) Otorgarle a la laminilla un estatuto incorporal, no significa que el cuerpo pulsional freudianamente entendido, sea desestimado en la lógica conceptual tratada. En efecto, si la laminilla viene a poner en su lugar a la libido freudiana, es al reorientar la sexualidad a partir de la falta, estando el mito “destinado a encarnar la parte faltante” (Lacan, 2003, p. 213)

<sup>73</sup> En topología corte y agujero son dos maniobras cualitativamente diversas. Mientras que la primera produce dos superficies, la segunda conserva una misma superficie.

La parte faltante, siguiendo el mito del Andrógino, versaba una mitad perdida, y que en el reencuentro, garantizaba la unidad de la cópula. No obstante, cuando J. Lacan refiere a esa parte faltante, establece una ruptura con tal mito. En efecto, el órgano de la laminilla viene a intentar suplir la parte faltante, objeto que el sujeto pierde a causa de su condición sexuada:

Del lado del viviente en cuanto ser apresable en la palabra, en cuanto que no puede nunca finalmente advenir, es ese más acá el umbral que no es sin embargo ni dentro ni fuera, no hay acceso al Otro del sexo opuesto sino por la vía de las pulsiones parciales, donde el sujeto busca un objeto que le sustituya esa pérdida de vida que es la suya por ser sexuado. (Lacan, 2008, p. 807).

Por tanto, al costo de la condición sexuada, y aun antes de la entrada letal del significante, el sujeto busca en sus estrategias libidinales según J. Lacan, no la búsqueda de la mitad sexual con el cual encontraría la armonía de la unidad, sino una parte perdida de sí mismo o “pedazo de cuerpo”.

Desde el momento en que eso se sabe (*ça se sait*), en que algo de lo Real llega al saber, hay algo perdido; y el modo más certero de abordar ese algo perdido, es concebirlo como un pedazo de cuerpo. (Lacan, 1962, p. 125)

Por tanto participa del agujero, uno de los modos de presentarse lo real, la laminilla como órgano incorporal mantiene una cita con el cuerpo: la zona erógena. (Lacan, 1975, p. 211). El cuerpo material aporta al asunto a partir de los agujeros que la anatomía provee. Pero no basta con esos accidentes anatómicos, para que la zona erógena se constituya. En el abordaje que lleva a cabo J. Lacan, son necesarios diversos requisitos. El modo de abordar la cuestión, y en concordancia con el estatuto que le asigna a lo simbólico y el incorporal en relación al cuerpo, supone un **tratamiento abstracto del agujero apoyado en los recursos de la topología, la matemáticas y la física.**

Por tanto se trata de una superficie topológica, ella ordena aquel campo de fuerzas pulsionales con que se ha emparentado por la tradición física de la que se sirvió S. Freud. Mientras que para éste último, la zona erógena es una fuente de la pulsión, manantial de los estímulos internos, J. Lacan desestimará esa condición energética fisiológica, tomando de tal zona del cuerpo la condición del borde. Volviendo al epígrafe con que comenzamos este capítulo, el cuerpo es sensible al decir en tanto éste aporta un agujero, una línea que hace posible que la voz consueña y envuelva al objeto, en un trayecto de ida y vuelta que produce

una ruptura con los mentados esquemas del un cuerpo pulsional del que emanan y descargan las tensiones somáticas en el psiquismo.<sup>74</sup> En cierto modo radicaliza la propuesta freudiana, desprendiendo del cuerpo biológico, un borde matemático al que exilia de las necesidades y satisfacciones del soma<sup>75</sup>.

La delimitación misma de la “zona erógena” que la pulsión aísla del metabolismo de la función (el acto de la devoración interesa a otros órganos aparte de la boca, pregúntenselo al perro de Pavlov) es el hecho de un corte favorecido por el rasgo anatómico de un margen o un borde:...».( Lacan, 2008b, p. 778)

De tal modo Lacan propone que la zona erógena, partiendo de una parte que oferta el cuerpo, debe desligarse de la satisfacción de la necesidad orgánica, y a su vez, pueda ser aislable. En esta maniobra teórica llevada a cabo, la estructura de borde, la superficie topológica de la esfera agujereada, el teorema de Stokes, el teorema de Jordan, y el principio de constancia, serán las propiedades con las cuales se comienza a construir el objeto “a” en psicoanálisis, vinculado a la noción de agujero.

En función de estas propiedades de carácter eminentemente abstracto, se constituye el recorrido de la pulsión, el cual se apoya en la circularidad del lazo al objeto. En tanto la pulsión es parcial, no se puede confundir con objeto sobre el cual se cierra la pulsión, puesto que ese objeto, de hecho, no es otra cosa más que la presencia de un hueco, de un vacío, que, según Freud, cualquier objeto puede ocupar, y cuya instancia sólo conocemos en la forma del objeto perdido “a” minúscula.” (Lacan, 2003b, p. 187)

El hecho de que “cualquier objeto pueda ocupar” de modo alguno significa que el objeto a se torne especularizable: “Un rasgo común a estos objetos en nuestra elaboración, no tienen imagen especular, dicho de otra manera, de alteridad” (Lacan, 2008b, p. 778). De este modo, y mediante un tratamiento topológico del problema se propone que los objetos de la pulsión no entran en la dinámica imaginaria (a – a’) que produce la ilusión de identidad o semejanza. La no especularidad del objeto “a” refiere a cierta imposibilidad del objeto, imposible de ser sustituido o intercambiado por otros de la dialéctica imaginaria. Punto no menor, si atendemos al problema de la sustitución del objeto en la operatoria del duelo

---

<sup>74</sup> “Es preciso que haya algo en el significante que resuene. Uno se sorprende de que eso no se les haya aparecido para nada a los filósofos ingleses. Yo los llamo filósofos porque no son psicoanalistas -ellos creen férreamente que la palabra no tiene efecto. Ellos se imaginan que hay pulsiones, y aun cuando tienen a bien no traducir pulsión por instinto, pues no saben que las pulsiones son el eco en el cuerpo del hecho que hay un decir, pero que este decir, para que resuene, para que consuene, palabra del sinthomadaquin, es preciso que el cuerpo sea allí sensible. Que lo es, es un hecho (J. Lacan, 1975, p. 7).

propuesto en *Duelo y Melancolía*, de donde se puede desprender una noción de objeto dialectizable o intercambiable cuando el trabajo del duelo se revela exitoso.

En una perspectiva que reemplaza a la metapsicología freudiana, la libido como laminilla no es algo que presenta las características de una sumersión en el espacio, que se escapa o se distribuye, que se pierde o se acumula, a partir de los centros de focalización que le ofrece el sujeto. Recordemos que esta dinámica de los flujos es la que en buena medida sustenta al “trabajo de duelo”, de donde se desprende que entidades que operan según las leyes de la física clásica operaran quitando la libido del objeto perdido. En ese sentido el yo del duelo, instancia o ente en donde se imparten las ordenes de modulación libidinal, son propuestos como el centro de la maniobra, mientras que el objeto perdido tiene un estatuto secundario, que vale en cuanto allí aun se deposita la libido. Una vez culminado el trabajo de recogimiento libidinal, el objeto puede ser sustituido.

La laminilla, en tanto objeto imposible de ser sumergido en las tres dimensiones con las que se pueden asociar a los objetos de la pulsión –heces, seno, voz, y mirada, viene al lugar de eso que jamás puede ser consumado por ningún objeto de la necesidad. Puesto que desde S. Freud, y retomado por J. Lacan, la pulsión únicamente encuentra el objeto por la vía de la “satisfacción paradójica”, puesto que al dar con su objeto, se concluye que así no se satisface. El recurso a la laminilla es en este sentido una vía de demostración de ese objeto que intenta suplir la parte faltante, pero que se revela imposible (puesto que no existe una lámina infinitamente fina sino lo es en el plano de las dos dimensiones). La satisfacción paradójica a la cual nos acerca el mito de la laminilla, conduce a proponer una nueva categoría de objeto: imposible.

#### **4.5 El objeto entre el borde y el agujero**

Este método nos lleva aquí a la pregunta sobre lo posible, y lo imposible no es forzosamente su contrario, o si no, entonces, como lo opuesto a lo posible es con toda certeza lo real, tendremos que definir lo real como lo imposible (Lacan, 2003b, p.174).

De este carácter errático del encuentro con el objeto, se erige la definición del objeto a como lo imposible. En un gesto teórico de des – ontologización y/o des – sustancialización del objeto, tal perspectiva incidirá notablemente en la concepción del duelo en J. Lacan.

El recorrido que articula la pulsión al objeto, es la expresión más gráfica de esta imposibilidad, puesto que se trata de un circuito de ida y vuelta, en donde el desencuentro con el objeto revela una ruptura con todo pretensión instintiva a la que se pretenda acomodar el concepto de objeto pulsional. Si fuera el caso del instinto, se partiría de un estímulo que presiona para alcanzar la satisfacción en la incorporación o expulsión del objeto, en el que el caso del “hambre” puede venir graficar el modelo exitosamente. Por el contrario, la vertiente que nos interesa propone un trayecto o circuito de la pulsión que bien puede ser nombrado con el término que le asigna J. Lacan: “tour”<sup>76</sup>.

La mejor fórmula me parece la siguiente: la pulsión le da la vuelta, lo contornea. Tendremos la ocasión de aplicarla respecto a otros objetos. *Tour*, vuelta, ha de tornarse aquí con la ambigüedad que le imprime la lengua francesa, a la vez punto en torno al cual se gira, *turn* y *trick*, juego de manos. (Lacan, 2003b, pp. 175-176)

El recorrido de la pulsión, supone un trayecto (aim) circular que entorna al objeto a, para luego volver a la zona erógena<sup>77</sup>. El fin del recorrido no es la consumación del objeto, sino que por su intermedio, se intenta sostener al agujero.

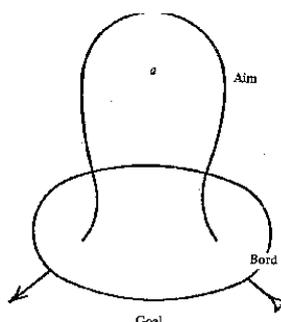


Fig. Nº 6: Circuito de la pulsión

Esta noción de objeto contrasta notablemente con aquellas lecturas psicoanalíticas que han pretendido confundir el objeto de la pulsión (agujero) con los objetos de la necesidad (sustancia). En la teoría kleiniana esta confusión es evidente, puesto que el instinto ocupa un lugar central en la conceptualización de un objeto. El objeto dividido entre total y parcial, y por obra de una tendencia instintiva prefigurada, apunta a un desarrollo

<sup>76</sup> Las diferentes acepciones del término reenvían inexorablemente al borde que la zona erógena provee, relativa a “vuelta”, “rodeo”, “circunferencia” o “giro”. La expresión del inglés “turn” alude a un cambio de sentido, y “trick” a un truco producido mediante el juego del objeto de las cartas. (Harari, R. 1987)

<sup>77</sup> En el esquema, el término “goal” remite a la meta de un modo lúdico: “La meta tiene también otra forma, *the goal*. *Goal*, en el tiro al arco, no es tampoco el blanco, no es el pájaro que derribamos, es, más bien, haber marcado un punto y, con ello, haber alcanzado la meta.” Clase 14. Sem 11

psíquico que va de la experiencia desintegradora del objeto hasta la integración de sus partes, en el alcance de un objeto total. Aquello que J. Lacan propuso como un mito, juego mediante el cual ponía en cuestión la imposibilidad del encuentro con ese pedazo de uno mismo, el kleinismo lo pensaba como una realidad posible. Igual esquema se aplica a la dimensión del duelo, en donde la apuesta es a internalizar el objeto perdido en un sistema de cierre que tiene como epicentro al psiquismo individual era algo posible a través del trabajo de duelo:

Mi experiencia me conduce a la conclusión de que si bien es verdad que [sic]el hecho característico del duelo normal es que el sujeto instala dentro de sí el objeto amado perdido, no hace esto por primera vez, sino que, a través de la labor de duelo reinstala el objeto perdido, tanto como los objetos internos amados que sintió que había perdido. (Klein, 1975, p.295)

La propuesta de lo imposible en lo concerniente al objeto, en el pasaje del objeto tridimensional a un agujero en términos topológicos, requiere necesariamente del lenguaje, material tangible del trabajo analítico sobre el cual se estructura esta propuesta: lo imposible de decir. La apelación al lenguaje es necesaria por múltiples razones en relación al trayecto pulsional tal cual como lo propone Lacan.

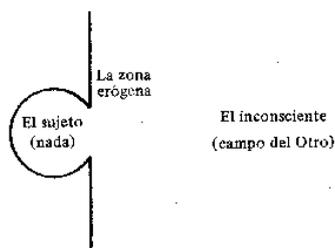


Fig. Nº 7: Circuito de la pulsión II

En primer lugar, al articular la pulsión al campo del Otro (Inconsciente), produciendo un viraje respecto al recorrido freudiano, ya que no se trata del recorrido del estímulo endógeno y su tramitación psíquica. En segundo término, y en este sentido continuando el legado freudiano, se trata en el ida y vuelta de la pulsión, de un asunto gramatical: “hacer – se – mirar”. En ambos casos, el recorrido de la pulsión tiene por soporte a la cadena significativa, a partir de la cual adviene en el terreno del lenguaje el problema de lo imposible:

Esto podría figurar un rudimento del recorrido subjetivo, mostrando que se funda en la actualidad que tiene en su presente el futuro anterior. Que en el intervalo entre ese pasado que es ya y lo que proyecta se abra un agujero que constituye cierto caput

mortuum del significante (que aquí se tasa en tres cuartos de las combinaciones posibles en las que tiene cómo colocarse),<sup>26</sup> es cosa que basta para suspenderlo a alguna ausencia, para obligarle a repetir su contorno. (Lacan, 2008e, p.59)

Recurriendo al saber sobre la alquimia, Lacan propone articular lo imposible a la noción de “caput mortuum”<sup>78</sup>, tomando de esta referencia la cuestión de lo residual, lo que sobra de una operación química. Articulado al lenguaje, va a designar en Lacan aquello que no puede ser articulado a la cadena de los significantes, constituyéndose en lo imposible de decir, revelando la insuficiencia de lo simbólico<sup>79</sup>, respecto al cual nos reconducirá el problema del duelo, en relación a que no se dispone en el orden significante de un término que pueda apresar la pérdida del objeto.<sup>80</sup>

En las repeticiones del significante que se producen a nivel del discurso, se intenta atrapar ese objeto perdido, pero por consecuencia del simbólico siempre se producirá un resto imposible de decir. En este sentido cabe aclarar que el objeto perdido del “caput mortuum” de modo alguno se lo puede emparentar con el objeto de la satisfacción primaria de orden mítico que ancla el funcionamiento del deseo en el esquema del aparato psíquico freudiano desarrollado en el texto *La interpretación de los sueños*. En esta línea del razonamiento, importa destacar que ese objeto perdido abordado por J. Lacan a partir de la alquimia, desprendiéndole toda posibilidad de quimismo al concepto, es al tiempo que un resto de la operación, la causa de la misma:

Esto no es más que un ejercicio, pero que cumple nuestro designio de inscribir en él la clase de contorno donde lo que hemos llamado el caput mortuum del significante toma su aspecto (Lacan, 2008e, p.63)

Ejercicio abstracto con el que se introduce la idea del agujero como causa del trabajo de inscripción significante en el movimiento de contorno, recorrido que coincide el “tour” de la pulsión analizada arriba. Aquello que se pierde en los términos de lo imposible de decir, en virtud de la insuficiencia de lo simbólico, causa el movimiento del significante

---

<sup>78</sup> En alquimia hacía referencia a una sustancia de desecho derivada de un proceso químico (por ejemplo, la sublimación), que simbolizaba la ruina y la decadencia. Los alquimistas representaban este elemento a través de la figura de una calavera. El símbolo que ilustra esta sección fue utilizado por la química del siglo XVIII para significar *residuo*, *resto* o *sobrante*. En ocasiones *Caput mortuum* también aludía al *crocus metallorum*, compuestos metálicos de color rojo oscuro como el *crocus martis* (sulfato ferroso) y el *crocus veneris* (óxido cuproso). Tomado de Wikipedia.

<sup>79</sup> Al referir a lo imposible de decir como un efecto de la cadena significante, estamos planteando que en la articulación de los significantes, siempre hay por cálculo de estructura, un número de articulaciones imposibles de ser articuladas en el despliegue de la cadena significante. Eso que no puede ser articulado, puede pensarse como lo imposible de decir.

<sup>80</sup> En el punto 5.5 se aborda en detalle esta idea.

que se verifica en las sucesivas repeticiones en el habla. El caput mortuum del significante viene al lugar del objeto de la pulsión, pero con una diferencia: prescinde de la zona erógena, o si lo articulamos de otro modo, entorna el agujero a partir del cuerpo de la cadena significativa<sup>81</sup>.

Este corrimiento del agujero pulsional, a la noción de agujero como efecto de lo imposible del simbólico, prescinde del borde anatómico aportado por la zona erógena, y en este sentido, potencia la idea de la autonomía de lo simbólico respecto a las tradiciones psicoanalíticas que lo hacen dependientes a regímenes de la sustancia, la res extensa, la biología o la energía sustancial.

En tanto comporta un valor causal, lo que se pierde a razón de la insuficiencia de lo simbólico, da lugar en esta perspectiva del caput mortuum al estatuto de objeto causa de deseo cuando es envuelto por la cadena significativa, o causa del movimiento pulsional cuando es envuelto por alguno de los orificios del cuerpo. Cuando abordemos la noción de duelo en J. Lacan, veremos cómo esta idea será articulada, afectando la idea del trabajo de duelo acuñado por S. Freud, puesto **que la energía o el movimiento implícito no dependerá de la libido tal cual se explicita en el vienés, sino en el objeto perdido que movilizará al significante.** Nuestra interrogación se re - perfilará en este sentido, al comportamiento de dicha operatoria desplegada por J. Lacan al campo de la psicosis, siendo un elemento o referencia que ordene nuestra exploración, el comportamiento del agujero en dicha estructura.

---

<sup>81</sup> En lo expresado en este apartado, se constata como a partir de dicha noción, el movimiento de la pulsión o el deseo – según sea el agujero ubicado en el cuerpo o en la articulación de las cadenas significantes- da lugar al objeto a.

## 6 El duelo en Hamlet. Función y estructura

### 6.1 Hamlet: función de/l duelo

En el presente capítulo nos proponemos indagar, la problemática del duelo en la tragedia de *Hamlet, Príncipe de Dinamarca*. (Shakespeare, 1976). Entendemos que del enfoque aportado por J. Lacan, se desprende una lectura del duelo coherente respecto a los postulados teóricos analizados en el capítulo anterior.

Hamlet: una función del duelo, remite a dos significaciones. La primera alude al teatro, y rápidamente nos pone sobre la pista que se trata de una obra que pondrá en escena la temática del duelo. La segunda nos advierte de hallazgo: desde Lacan el duelo es una función subjetivante, y no un mero trabajo de desinversión del objeto perdido tal cual lo proponía Freud en su *Duelo y melancolía*.

Despierta nuestra atención como Freud, quien dedicó múltiples estudios a la teorización del duelo, sensible ante el dolor de la pérdida, prescinde del texto de Hamlet a la hora de analizar las reacciones ante la muerte<sup>82</sup>. En las búsquedas realizadas en la obra freudiana, no hemos podido encontrar referencias o citas en relación a este punto. De modo paradigmático, y siendo rigurosos con el texto princeps *Duelo y Melancolía*, encontramos una única referencia a Hamlet, bajo el móvil de ejemplificar la “auto denigración del yo”<sup>83</sup>, puesto que entre tantas especulaciones diagnósticas realizadas respecto al personaje central de la tragedia, la melancolía fue una de las principales hipótesis. En suma, una búsqueda sistemática de las articulaciones explícitas del duelo en Hamlet, concluimos que la obra freudiana se revela en deuda respecto al tópico del duelo.

J. Allouch señala que en la extensa obra de casi treinta años de seminario de J. Lacan, el tratamiento de los asuntos freudianos fue casi total. Una excepción fue el texto *Duelo y melancolía*, el cual fue abordado al sesgo, leyendo la tragedia de Hamlet. (Allouch, 1995, pág. 210) En este sentido, Hamlet se erige en Lacan, como un caso paradigmático de

---

<sup>82</sup> En buena medida el diagnóstico de J. Lacan resume el problema: “El tema de Hamlet, en efecto, fue promovido desde el inicio por Freud a un rango equivalente al tema edípico”. (Lacan, 1983)

<sup>83</sup> Escribe Freud: “Cuando en una autocrítica extremada se pinta como insignificante, egoísta, insincero, un hombre dependiente que sólo se afanó en ocultar las debilidades de su condición, quizás en nuestro fuero interno nos parezca que se acerca bastante al conocimiento de sí mismo y sólo nos intrigue la razón por la cual uno tendría que enfermarse para alcanzar una verdad así. Es que no hay duda; el que ha dado en apreciarse de esa manera y lo manifiesta ante otros -una apreciación que el príncipe Hamlet hizo de sí mismo y de sus prójimos-, ese está enfermo, ya diga la verdad o sea más o menos injusto consigo mismo”. (Freud, 1989b)

duelo, exhibiendo al público psicoanalítico una diferencia radical respecto a la lectura freudiana.

Ceñirnos al objeto de nuestra tesis, exigirá hacer un recorte que deje afuera innumerables aportes de J. Lacan al asunto del duelo, en especial aquellos que han contribuido a esclarecer la operatoria del fantasma, sus vacilaciones y transformaciones a partir de la instancia de la pérdida, y que aportaran inteligibilidad a la neurosis desde un punto de vista estructural. No obstante, si bien podríamos formular que en Hamlet, Lacan elucida la estructura de la neurosis y el grafo del deseo, manteniendo a un mismo tiempo un sesgo de singularidad en el caso<sup>84</sup> que lo aparta de todo intento de culturalismo o estructuralismo antropológico. En la lectura de Lacan, **ciertos indicios respecto al duelo en sus relaciones con la locura y la psicosis son propuestos en forma tangencial**, y se convierten en precisos elementos a extraer a los efectos de nuestra investigación.

## 6.2 Hacia una lectura estructural del duelo.

La exploración de la relación al duelo y la locura en la tragedia de Hamlet, a propósito del enfoque introducido por J. Lacan, propone un modo de lectura que subvierte la concepción clínica con la cual se sustentan múltiples estudios psicoanalíticos. Respecto a la precipitación de diagnósticos e interpretaciones basadas en un método de aplicación del psicoanálisis a objetos de la cultura, Hamlet devino un caso paradigmático a través del cual se expuso el modus operandi de un funcionamiento psicológico, una réplica de una nosografía psicopatológica, el testimonio de una psicología del personaje o una “especie” del deseo.

De este modo Hamlet representó al neurótico obsesivo detenido en la duda, o al melancólico identificado a la sombra del objeto, o al histérico insatisfecho. Por sobre los matices clínicos o pinceladas psicopatológicas, predominaba una estructura operante como una geometría de esfera cerrada, generadora de un espacio interior en donde se aloja la psicología individual del personaje. La pregunta orientadora en este modus operandi del psicoanalista alojaba las siguientes formas: ¿cuál es la enfermedad de Hamlet? ¿Cuál la causa de su sufrimiento? ¿Con que entidad nosográfica coincide el conjunto de sus signos,

---

<sup>84</sup> Este aspecto del tratamiento del caso como una singularidad que se resiste ser absorbido por un saber referencial es claramente desarrollado por J. Lacan cuando al hablar de la neurosis obsesiva, y ante la tentativa de ubicar la imposibilidad del objeto del deseo del obsesivo como una propiedad de la estructura, relanza el saber apuntando a que el obsesivo “pone el acento en el encuentro con ésta imposibilidad”. En este sentido redobla la apuesta por la singularidad, sin desconocer las regularidades de la estructura clínica.

síntomas o síndromes? Cuestiones que derivan en un modo de hacer clínica apuntando al yo o individuo del personaje.

¿Cuál era la concepción de sujeto que imprimía tal procedimiento clínico llevado a cabo por los marcos teóricos post - freudianos? La crítica se dirigía hacia las tendencias reinantes de un psicoanálisis que en la apreciación de J. Lacan había desviado su práctica respecto al subversivo legado freudiano. Psicología del yo, análisis de las resistencias, o reforzamiento del yo como estilos de un análisis que disolvía la cuestión del sujeto por Freud promovida, reinstalando en el centro del tratamiento la problemática del yo. En una crítica sostenida y argumentada dirigida a los post-freudianos, se denunciaba ese manejo antes descrito, respecto al cual es posible deducir una consideración del sujeto con que se opera, una concepción de la clínica que se teoriza, una posición ética que la fundamenta. En este sentido, y lejos de negar o intentar anular la concepción del yo en el seno de la teoría, Lacan denunciaba que ese psicoanálisis post – freudiano apelaba a nociones del yo pre – psicoanalíticas, entrando en una complicidad con la ilusión del “hombre contemporáneo”, resumible en los términos de un paradigma individualista: cultivo del sí mismo; autor, fuente y origen de su pensamiento; consiente, reflexivo, idéntico a sí mismo, unidad y síntesis de las funciones psíquicas, poseedor de un interior circunscripto por un cuerpo biológico, autónomo, independiente, y responsable.

El enfoque propuesto por J. Lacan en el Seminario titulado *El deseo y su interpretación*<sup>85</sup> establecerá una disonancia significativa con este modo clínico, puesto que se desestima postulados fundamentales como aquellos que circunscriben a la noción de sujeto y Otro para el psicoanálisis.<sup>86</sup> En un giro decisivo que se dio a conocer bajo la consigna de un “retorno a Freud”, Lacan apuntó a un reordenamiento del saber psicoanalítico, siendo Hamlet un claro ejemplo. No se trató de la modificación de un concepto, el incremento del énfasis en una instancia psíquica o el coloreo de alguna técnica, sino por el contrario, la transformación radical de una doctrina a partir de la articulación de los registros de lo real, lo simbólico y lo real (R-S-I)<sup>87</sup>, con los cuales se produjo un reordenamiento de la teoría psicoanalítica y un salto epistemológico<sup>88</sup>.

---

<sup>85</sup> El seminario 6, llevando por título “El deseo y su interpretación” atenderá a develar la estructura del deseo, los resortes del acto, y la función del duelo. El concepto de deseo no pudo escapar a esa tendencia clasificadora, y en ese sentido Lacan es muy crítico con su propio auditorio: “Lo que es necesario que ustedes lleguen a comprender, es algo más radical que el deseo de tal o de cual, que el deseo con el cual ustedes prenden con alfileres un histérico o un obsesivo”. (Clase 15 – 18-5-59)

<sup>86</sup> Si J. Lacan apuntó a Hamlet, fue para construir una teoría de la estructura del deseo legible en una escritura del grafo. He allí la lectura de J. Lacan que en buena medida desestimaremos en este estudio, puesto que sería un desvío respecto a los objetivos de la tesis.

<sup>87</sup> A partir de ahora (RSI).

<sup>88</sup> “Creo haber logrado comunicarles con la mayor cantidad de matices, sin haber excluido nada, sin negar la dimensión propiamente psicológica que está interesada en una pieza como esta, que es una cuestión de eso que

En ese método de lectura del freudismo mediante la puesta en juego de dichos registros, la tragedia de Hamlet fue re – ordenada por J. Lacan, liberando a la pieza de antiguos y anacrónicos fantasmas psicoanalíticos con los cuales se interpretaba el accionar del Príncipe en torno a un guión caduco: el complejo de Edipo.<sup>89</sup> La maniobra respecto al saber que el ternario (RSI) <sup>90</sup> opera en el texto, (aún cuando éste no está anudado borromeicamente), transformando los conceptos medulares de la segunda tópica freudiana, atacando la noción del hombre contemporáneo<sup>91</sup>, amo de sus pensamientos, que alojaba un inconsciente en su interior. De ésta manera el análisis de Hamlet gira de modo tal que en su descentramiento ya no es posible hablar del príncipe Hamlet como el significante fundamental de la tragedia. La cuestión del sujeto por Lacan cuestionada e investigada en esta obra, atiende a los circuitos o líneas que se articulan en la constitución del deseo, y que son situados en una topología de grafos que se apoya en la teoría del significante. <sup>92</sup>

Por tanto la noción de estructura, conformada por elementos y leyes de composición que la hacen teórica y filosóficamente incomparable a la tópica freudiana, produce un efecto en la concepción y la inteligibilidad del concepto del inconsciente. ¿Qué le sucede a Hamlet? Tanto los psicoanalistas como los propios personajes de la pieza teatral, bucean en el inconsciente del personaje, calculan hipótesis de la etiología de su locura, van de los efectos a las causas, especulan sobre las relaciones entre el duelo y la melancolía, indagan la conflictiva de las instancias. El espacio preferido en donde situar el objeto de semejante indagatoria es el inconsciente de Hamlet, el “adentro” de la cabeza, una metáfora espacial tri-dimensional, ontología o substancia. Este modo de análisis desemboca forzosamente en una manera de concebir al duelo al modo de un asunto individual, objetivable por los personajes, el auditorio o la parcialidad analítica.

---

se llama psicoanálisis aplicado, aun cuando es totalmente lo contrario en el nivel en el que estamos nosotros, es de psicoanálisis teórico de lo que se trata, y en relación a la cuestión clínica es una cuestión de psicoanálisis aplicado.” Lacan, Seminario 6. 18/3/59

<sup>89</sup> Es de destacar que S. Freud hará referencia a Hamlet para inaugurar sus teorizaciones sobre el Complejo de Edipo.

<sup>90</sup> R-S-I implica un cambio de paradigma respecto a la segunda tópica freudiana.

<sup>91</sup> En el Seminario II “El yo en la teoría de Freud y en la técnica del psicoanálisis” expresa al respecto: El hombre contemporáneo cultiva cierta idea de sí mismo, idea que se sitúa en un nivel semi-ingenuo, semi-elaborado. Su creencia de estar constituido de tal o cual modo participa de un registro de nociones difusas, culturalmente admitidas. Puede este hombre imaginar que ella surgió de una inclinación natural, cuando de hecho, en el estado actual de la civilización, le es enseñada por doquier. Mi tesis es que la técnica de Freud, en su origen, trasciende esta ilusión, ilusión que ejerce concretamente una influencia decisiva en la subjetividad de los individuos. El problema entonces es saber si el psicoanálisis se dejará llevar poco a poco a abandonar lo que por un momento fue vislumbrado o si, por el contrario, manifestará otra vez, dándole nueva vida, su relieve.

<sup>92</sup> Según J.M.Vappreau la topología lacaniana se puede ordenar en tres tiempos sucesivos: grafos, superficies y nudos. El seminario “El deseo y su interpretación” pertenece al primer período. El grafo aludido se nomina “grafo del deseo”, el cual implicará múltiples revisiones por parte de J. Lacan.

Desde una perspectiva que apunta a la estructura del sujeto<sup>93</sup>, el inconsciente del personaje es aplanado, redistribuido en una malla textual soporte de los elementos de un “conjunto co – variante de elementos significantes” tal cual la definición de estructura que Lacan toma para definir la psicosis<sup>94</sup>. Estructura del significante entonces que se torna la materialidad<sup>95</sup> con la que el analista opera, en una cadena de los significantes entre los que el sujeto se efectúa mediante ciertas leyes de la operatoria del significante.

La introducción de una perspectiva estructural que reivindica el lugar preponderante del lenguaje (Otro), traducible en los términos del registro simbólico, supone su absoluta incidencia en la constitución y la vida del sujeto del inconsciente. Tal modo de considerar la problemática del sujeto y el Otro en una relación de inmixión, tiene repercusiones en la concepción del duelo. En este sentido, la versión freudiana del doliente solitario<sup>96</sup> que tramita la pérdida en la maniobra energética de desinvertir al objeto, **es relevada por una versión que atiende a la palabra y el lenguaje en el montaje de su operación**. Leer el duelo en Hamlet exigirá una maniobra que enlace a otros significantes, sacando al sujeto de la solitaria diada propuesta en el duelo freudiano entre el enlutado y el objeto perdido. En este sentido, el Otro en tanto lenguaje o logos, logra un nivel de participación fundamental en la tarea del duelo. La modalidad de lazo particular que se establezca en la estructura, sujeto en inmixión de otredad, conducirá a posibles lógicas de operación en los anudamientos de la clínica bajo transferencia.

En este sentido, y a partir del a priori teórico del sujeto articulado al Otro en su constitución, tal modo de enfocar al duelo permite una maniobra clínica en relación a la psicosis, puesta que la determinación del lenguaje no queda exiliada en tal lógica estructural. En este sentido, se introduce una perspectiva permeable al campo de la psicosis, rompiendo con el prejuicio teórico freudiano basado en la teoría de la libido, y que sostenía la posibilidad de tratamiento, transferencia, y hasta duelo, en el conjunto de las neurosis caracterizadas por la libido objetal.

---

<sup>93</sup> En el punto 7.2 se desarrolla brevemente el esquema Z, grafo del sujeto.

<sup>94</sup> Dicha definición dice estrictamente: “*La estructura es primero un grupo de elementos que forman un conjunto co-variante*” (J.Lacan, 2011b, p.261). En este tiempo del desarrollo teórico, la noción de estructura no logra aún consolidar las ideas que vendrán a posteriori, respecto a la articulación de la falta, la incompletud de lo simbólico como modo de diferenciarse cualitativamente de los postulados estructuralistas. De todos modos, Lacan allí hace un adelanto que aun no teoriza: “*Dije un conjunto, no una totalidad*” (Lacan, 2011b, p. 262)

<sup>95</sup> En la conferencia de Ginebra, J. Lacan utiliza el termino “*motérialisme*”, condensando los términos del “*materialisme*” / “*mot*”. Refiriendo a la materialidad de la palabra, la que en su presentación prescinde de la cara imaginaria de la materia tridimensional.

<sup>96</sup> Aludimos aquí a la ausencia de rituales y anulación de la función del público evidenciable en “duelo y melancolía”. Este aspecto será desarrollado en este mismo capítulo.

En la misma línea del análisis de Hamlet en tanto personaje, del cual se puede hacer una aplicación del psicoanálisis, la crítica no apunta a renunciar a leer el personaje o el yo de Hamlet, sino que se solicita atender a la obra en su conjunto, trasuntando los valores del personaje individual, y dándole una especial consideración al Otro en el seno de la tragedia, puesto que el sujeto dividido o intervalar, se ubica entre los significantes de una trama, y no en el interior de un cuerpo. ¿Acaso no tuvo un lugar fundamental el reproche de la familia de S. Freud en el comienzo del sueño “se ruegan cerrar los ojos” que dio origen a *La interpretación de los sueños*?

Por tal razón merece nuestra consideración la relación del Sujeto del Inconsciente / Otro en los términos de una estructura, en la introducción de este capítulo al modo de una clave de la lectura que entendemos necesaria para acceder a las ideas que inspiran el seminario y que pueden resumirse en los términos del duelo como una lectura, haciendo énfasis en la potencia del lenguaje:

Si verdaderamente Hamlet es lo que les digo, a saber una composición, una estructura tal que allí el deseo puede encontrar su lugar, suficientemente, correctamente, rigurosamente planteado, para que todos los deseo o más exactamente todos los problemas de relación del sujeto al deseo puedan proyectarse ahí, bastaría de alguna manera con leerlo. (Lacan, 1983. p.48)

### **6.3 El duelo y el Otro**

En este sentido, leemos en acto una correlación entre el abordaje que J. Lacan realizara de Hamlet, y una concepción epistemológica y ética que trasciende los valores del individuo, la sustancialización del yo o la entificación del ser. Se hace necesario apelar a una noción de sujeto del inconsciente o sujeto dividido con la cual se apartó de los postulados post freudianos relacionados a la psicología del yo; la problemática del duelo y la locura en Hamlet requiere inevitablemente de tal supuesto teórico a efectos de poder elucidar los planteos lacanianos que desde ya insistimos, disuelven toda tendencia a comprender el sufrimiento de Hamlet en un sentido individual, apoyado en metáforas espaciales como las del interior o la profundidad. Sin concepción de sujeto dividido e intervalar de J. Lacan, la lectura de Hamlet cae en el riesgo de un psicologismo comprensivo, en un hermetismo psicopatológico, en una psiquiatría del personaje, en una realidad eminentemente fenomenológica, experimental y sustancialista.

Bajo esta concepción, la consideración del duelo requiere ser ordenada en torno a la estructura del sujeto, deviniendo de este modo inviable toda pretensión de localización del duelo en el yo o el individuo. ¿Dónde localizar el duelo? ¿Adentro de la psiquis del enlutado? ¿Cómo advertirnos de un duelo? ¿Acaso es en la noticia a la que accede el yo del sujeto? La maniobra que aporta en este sentido la conceptualización del sujeto en relación al Otro permite una ruptura con ese enfoque individualista, al establecer una relación entre el sujeto del significante y el Otro, que trasciende y resuelve los problemas que la clínica freudiana del duelo suponían en la tensión y soledad del sujeto ante el objeto perdido. Al tiempo que le otorgan al analista la posibilidad de intervenir en el duelo, al poder situarse en el lugar del Otro de la estura del sujeto, aspecto no contemplado en la versión oficial del duelo freudiano.

En el giro de la lectura, Lacan se sorprende respecto a cómo no ha habido estudios sobre el duelo en Hamlet, cuando en la obra de una punta a la otra no se habla más que de ese asunto. Lejos de ir hacia un abordaje individual respecto a la pérdida, tal cual como lo argumentamos arriba, la apuesta fue a pensar en aquellos elementos intervinientes del duelo desde la polis, poniendo en relación al psicoanálisis con la etnología. En tal sentido reivindica el valor de los ritos al punto de destacarlos como “esenciales” en la resolución del problema.

Pero en función de los lineamientos generales con los cuales Lacan aborda a Hamlet, se torna objetable el argumento respecto al cual la solución al duelo radica en los resortes del funeral, con la connotación experimental y fenomenológica que la misma conlleva. En medio de un período de su obra en donde se constataba la primacía de lo simbólico, subrayar la necesidad del funeral como vía regia sería de sospechar, sino fuera porque reintegra el asunto a sus coordenadas teóricas, articulando los ritos funerales en la consideración del simbólico.

En tal maniobra el duelo muda las coordenadas teóricas, produciendo una ruptura con los esquemas basados en la topología de la esfera cerrada que proponen al duelo como un proceso de aceptación de la pérdida, en donde el cambio externo producido por la pérdida del objeto, debe ir acompañado con una serie de cambios intrapsíquicos o reorganización interna (Freud, A. 1960); mediante la identificación introyectiva que incorpora al mundo interno de las significaciones, el objeto amado y perdido (Klein, M. 1989); o a través de una fase de recuperación en donde el objeto interno que representa al objeto perdido cambia su composición, lugar e importancia, mediante un proceso de reconstrucción del mundo interno (Bowlby, 1980)

Desde el momento que el duelo se articula al orden simbólico, y éste no coincide ni es propiedad de un sujeto, la operatoria del duelo pierde la embajada del yo, y el trabajo del duelo -si lo hay, tratará de un trabajo entre instancias enunciativas, en una operatoria significativa, en ciertas leyes combinatorias que prescinden de una localización anatómica o de ciertas nociones de un espacio intuitivo.

Por cuanto el duelo se traduce en una operación que requiere del Otro o el lenguaje, la interrogación por la disponibilidad de un significante de la pérdida en dicha instancia, se torna un elemento fundamental en la posible tramitación del duelo. En Hamlet es por demás paradigmática la dificultosa puesta en juego de tal disposición:

No puede dejar de llamarnos la atención que en todos los duelos planteados en Hamlet siempre vuelve esto, de que los ritos han sido abreviados, clandestinos.  
(Lacan, 1983, p109)

En las múltiples escenas de la pérdida y el funeral de personajes tales como Rey Hamlet, Claudio u Ofelia, opera un denominador común: la ausencia de escansión, la minimización o escamoteo del funeral, la urgencia y la clandestinidad que dan a cada ceremonia un barniz de extrañeza.<sup>97</sup> Estos desordenes en el nivel de los rituales son los que le permiten concluir que en Hamlet se trata de un duelo insatisfecho. La obra tensa dos extremos claramente definidos: Hamlet insiste con hacer el duelo del padre muerto, atender a los funerales requeridos. El Otro no está a la altura de semejante acto, y demanda el cese del acto de la pérdida.

---

<sup>97</sup> Este punto de detenimiento en torno a los rituales del duelo se hace en Lacan extensivo de Hamlet a Antígona. Al avanzar un año más en el seminario de J. Lacan, y justamente en un seminario que dedica a la "Ética", en donde una vez más el valor de los ritos funerarios toman un lugar clave en la discusión. En esa oportunidad la cita fue con la tragedia de Antígona de Sófocles, centrando nuevamente la cuestión de los ceremoniales del duelo en la interrogación del sujeto y el deseo. Según la tragedia, ante la muerte de Edipo, rey de Tebas, los hijos Polinices y Eteocles acordaron alternar el trono. Sucedido el tiempo de la primera transmisión del poder, Eteocles resiste a claudicar su turno, motivo por el cual se produce un enfrentamiento que da por muertos a ambos hermanos de Antígona. El actual rey de Tebas, Creonte, decide prohibir los funerales de Polinices, castigo ejemplarizante por haber traicionado a la Patria. Es ante esta situación, que devendrá la tragedia de Antígona. Apelando a su hermana Ismene, para que colabore en la rendición de los ritos funerarios de su hermano, y en contra de la ley de Creonte, el entierro de Polinices se realizará a pesar de la voluntad de todos. Si una primera disección de la tragedia puede ser recortada en torno al entierro del hermano, la segunda serie implica al entierro de Antígona. Descubierta en su desobediencia a la ley, será hermanada en un entierro junto a Ismene, en la deducción de Creonte de haber participado igualmente en el entierro de Polinices. En el resentimiento por no haber sido acompañada por ésta en el entierro a su hermano, Antígona reivindica de ser enterrada solitariamente. Finalmente Antígona será encerrada viva en una tumba cavada en la roca, y muerta terminará en un ahorcamiento. La contundencia de la tragedia, no se limita a la muerte de Antígona. Hemón, el hijo de Creonte, desespera por la situación de su prometida, y finalmente se "entierra" una espada, muriendo al lado de su amada. La desgracia se desparrama en la familia de Creonte, y la esposa Eurídice, tras la noticia de la muerte de la hija, se suicida.

Querido Hamlet, abandona el luto; tiende tu vista amiga a Dinamarca. (Shakespeare, 1976, p.21)

En tal sentido queda cuestionada toda lectura que proponga el detenimiento del duelo en el príncipe Hamlet. Las dificultades del duelo, la razón de su aplazamiento, es necesario ubicarla en relación al Otro, a la operatoria disponible para llevar a cabo el duelo. El drama de Hamlet no es postergar el duelo, puesto que es el mismo el que insiste a lo largo de los primeros parlamentos en respetar los tiempos y actuar en consecuencia de pena. Por el contrario, el drama del príncipe es que “está siempre suspendido en la hora del Otro” (Lacan, 1983, p84). Por tal razón, si el duelo se detiene es porque no hay lugar para éste en el Otro. Hamlet complace a la Reina, para quien la falta es inadmisibles, y suspende el duelo por su padre. No obstante, lee la imposibilidad del duelo en el Otro.

Economía, economía, Horacio! Fiambres las viandas del entierro, para el festín sirvieron de las boda (Shakespeare, 1976, p. 24)

Dentro de un mes! Con párpados aún rojos por la aspereza de su llanto inicuo de nuevo desposada se veía. Oh infame ligereza, así lanzarse con prisa tal a lecho incestuoso!” (Shakespeare, 1976, p. 24)

En lo colectivo de la pérdida, suspendidos los funerales, el agujero en lo real es tapado por el manto de un nuevo rey: el tío de Hamlet <sup>98</sup> El drama de Hamlet comienza de este modo. Formulemos entonces: un primer tiempo de escansión que busca clausurar el duelo, un segundo tiempo de retorno en la polis. La investigación que Lacan realizara sobre el duelo, explícita o implícitamente, se consustancia en el objeto, el agujero y la “sombra” <sup>99</sup> de un retorno forclusivo, en una apuesta a leer el duelo a partir de la estructura del lenguaje, la cual permite por su función de nudo, articular a los registros imaginario y real.

#### **6.4 De la pérdida a la locura**

La tragedia se desencadena ante la muerte del Rey Hamlet, el que habiendo sido asesinado “en la flor de sus pecados”, dejará un lugar vacío que conmoverá al sistema de los significantes de la estructura del reino. Potenciando el contexto del drama, el asesinato del

---

<sup>98</sup> En una reunión mantenida con el psicoanalista Carlos Ruiz en Agosto de 2013 en Bs.As., evoco las palabras con que de buen modo resumía las maniobras topológicas posibles ante el agujero: “se lo puede atravesar, tapar, o bordear”. Meses luego, el analista fallece en la misma ciudad. Vaya mi reconocimiento a los aportes que me realizara en aquella discusión sobre el tema de la tesis.

<sup>99</sup> Tomaremos entre las tantas traducciones del padre alucinado, el termino “sombra” por cuanto converge con nuestro asunto de estudio, acercándose a uno de los tópicos fundamentales de *Duelo y melancolía*: la sombra del objeto.

Rey es el propio hermano, quien de este modo accede a la corona, desplazando a su natural sucesor: Hamlet hijo.

A Hamlet no se lo puede situar ante una pérdida, puesto que él en tanto sujeto, opera entre las pérdidas. La tragedia comienza con la muerte de su padre, y el trasfondo de que su madre a poco más o menos de un mes, se casa con el tío de su hijo. Muerto el rey... ¡viva el rey! Pero no es de festejos el clima en la polis. Reina la extrañeza, el desconcierto, lo ominoso y confuso. Los parlamentos inaugurales de la tragedia en la palabra de los guardianes, auguran y advierten una desgracia próxima. Temor, tensión, desconfianza, y extravío atraviesan a Dinamarca, y no sólo a Hamlet. En ese contexto con el cual el drama introduce al lector, Hamlet tiende su mirada hacia Wittenberg con el penoso motivo de participar en los funerales al padre. Pero por responder a una demanda de su madre respecto al cese del duelo, el ritual se interrumpe.

Puesto que el significante "Hamlet" se lo intentó enterrar en un fuera del tiempo, su retorno se precipita. He aquí una ineficaz maniobra del duelo: intentar tapar el agujero. La reina lo hace del modo más elocuente, poniendo un significante "Rey", donde hubo un "Rey". Sustitución del objeto en una cierta musicalidad freudiana. La reina Gertudiz está imposibilitada de poner en juego la falta en la estructura, renegando ante la pérdida del objeto, ocupada en sustituir un goce fálico, exigiendo al hijo el abandono del funeral. En suma: no hay posibilidad de falta para el duelo en la reina. Y como el hijo concede su demanda, puesto que siempre está en la hora del Otro, el duelo queda suspendido.

Desde el mismo comienzo del drama, el recurso del "ghost" "sombra" o "espectro" del asesinado Hamlet, irrumpe en la escena para reclamar venganza por la muerte dada. Hamlet hijo está ante dos requerimientos: cesar el duelo le demanda la madre, vengar la muerte le demanda la sombra del padre. Bajo este móvil se desarrollará en buena medida la tragedia, tratándose de la caza de la conciencia del rey sustituto, pero debiendo atravesar los múltiples actos para lograr el objetivo planeado.

Si el drama comienza con la demanda inquietante de la reina por el cese del duelo alterando los ritos funerales, el significante de la pérdida retornará espontáneamente por un riel imaginario, alterando la realidad de Hamlet. De este modo la obra revela como la interrupción del duelo no puede ser obra y voluntad del Yo, y en este punto se evidencia la división subjetiva o la fractura con la conciencia. En consecuencia del objeto sustituido, adviene la intrusión de la sombra del padre alucinada, lo que una psicopatología clásica podría enmarcar en el contexto de una psicosis clínica en donde la alteración de la realidad

ocupa un lugar preponderante<sup>100</sup>. La locura comenzará a manifestarse entonces, dando motivos en nuestro estudio, para explorar qué relaciones se establecen allí con los términos del sujeto, el Otro y la pérdida.

Síntomas típicos de una experiencia de despersonalización son los términos con los que Lacan intenta describir semiológicamente el acceso fantástico del personaje, ocasionado por la vacilación del fantasma, con el concomitante desorden de los límites entre el sujeto y el objeto<sup>101</sup>.

[...]y que no esta ligado como lo creyeron algunos, a todo tipo de irrupciones de lo inconsciente, sino a un desequilibrio que se produce en el fantasma, cuando éste, franqueando los límites que le son asignados primariamente, se descompone, y llega a reunirse con la imagen del otro". (Lacan, 1983, p.89)

En este sentido, la respuesta alucinatoria dada en ocasión de la irrupción de la sombra traducible en cierto "emparentamiento con la psicosis", los comportamientos bizarros, el aspecto cuasi – maníaco de su discurso, el accidente mortal del asesinato del padre de Ofelia, la abrupta ruptura con su objeto amoroso, el acting que lo arroja a pelear en el pozo junto a Learthes, son algunos de los indicios que dan sentido a la profunda alteración de la realidad del personaje. No obstante el emparentamiento que J. Lacan propondrá entre el duelo y la psicosis, es claro que en el caso Hamlet se está aludiendo a cierto orden de locura antes que a la estructura de la psicosis.<sup>102</sup> En este sentido una vez más en esta exploración, nos acercamos al problema de estudio, al tiempo que verificamos su escaso tratamiento a nivel de la investigación.

El elenco del drama especula sobre las reacciones del duelo, sobre el peso de la pérdida del padre en la vida del príncipe, sobre su exagerado luto. A partir del método de lectura del texto propuesto por J. Lacan, la pregunta no puede quedar del lado del sujeto en cuestión, sino que es necesario ponerla en par con el Otro de la estructura. ¿Ha sido Hamlet quien ha tenido dificultades para afrontar la muerte del padre? ¿Cómo ha respondido

---

<sup>100</sup> En este punto podría vincularse el fenómeno de la sombra de Hamlet con la problemática de la Amentia tratada en punto 3.4: Alucinaciones del objeto perdido.

<sup>101</sup> En virtud de las palabras de Lacan, es claro que esta aludiendo a fenómenos de la psicosis relativos al fracaso del fantasma. Un interesante abordaje de éste tópico es realizado por S. Amigo (1999)

<sup>102</sup> Introducir el concepto de locura en Hamlet, puede ser algo espinoso dada la complejidad que el termino encierra en la doctrina de Lacan, quien inspiró sus elaboraciones en la doctrina de Hegel. Sin ingresar en ese rico campo de discusión, nos interesa atender al proceso de desanudamiento o lapsus del nudo que en Hamlet se produce a poco que comienza el drama, a poco que el padre es asesinado.

P. Muñoz (2008) afirma en este sentido que desde sus primeros escritos Lacan distingue el concepto de locura del de psicosis, contradiciendo el uso común que los toma como equivalentes. En la posición de J. Lacan la psicosis es formalizada como una forma particular de anudamiento de los registros distinto del de la neurosis y la locura como su desanudamiento.

el Otro ante la pérdida del objeto? En la aparición de la sombra, se revela un tiempo de “desorganización subjetiva” en Hamlet, irrupción que hace vacilar el fantasma y que produce fenómenos análogos a los de la psicosis:

No solamente aquellos por los cuales se manifiesta tal locura particular sino también aquellos que dan testimonio de una de las locuras colectivas más notorias de la comunidad humana, ejemplificada en un primer plano de la tragedia de Hamlet, a saber el ghost, esta imagen que puede sorprender al alma de todos y de cada uno cuando la desaparición de alguien no fue acompañada de los ritos que ésta exige. (Lacan, 1983, p. 106)

Hamlet no estaba loco dirá Lacan, puesto que se trata de una “locura fingida”, arma de los héroes modernos. Pero al mismo tiempo lo estaba, y los fenómenos arriba descritos que entran en un parentesco con la psicosis, tanto como los actings, bizzarrearías, accidentes y asesinatos que cometerá luego, dan indicios sino de locura, al menos de una profunda crisis subjetiva.

En tal sentido, la tragedia comienza con la “aparición” de fenómenos tales como la “ilusión”, la “imaginación”, la “perturbación de nuestra visión mental”, y la “ominosa imagen” que encarnará el personaje de la “sombra” del padre de Hamlet. (1) El fenómeno de la sombra es ubicado por Lacan como una forma de locura colectiva que viene al lugar de aquello que no pudo ser objeto de duelo, una imagen que retorna respecto a aquella pérdida que no fue acompañada del ritual que la pérdida exige. En el sentido de la locura colectiva, es que se propone pensar el duelo en relación a la comunidad, elemento que sorprende debido a una tradición psicoanalítica que tiende a ubicar lo psíquico en la individualidad del personaje, tal cual lo analizamos arriba. En este sentido una vez más se propone una ruptura con el yo del personaje, disolviendo la dualidad entre el doliente y el objeto, deduciéndose otra consecuencia también articulada a la formulación del duelo: una inversión de la forclusión.

### **6.5 Una inversión de la forclusión**

Si en Hamlet estamos ante elementos que atañen a la alteración o pérdida de la realidad, connotados por los términos de la despersonalización y fenómenos tales como la sombra alucinada, en estricta relación con el significante del objeto perdido “Rey Hamlet”, bien pertinente es la pregunta por la forclusión o *verwerfung*<sup>103</sup> en este proceso. J. Lacan

---

<sup>103</sup> En el capítulo sobre Schreber hemos abordado el concepto de forclusión.

explora el problema de la forclusión en sus relaciones con el duelo, a partir del texto de Hamlet, concluyendo que el trabajo del duelo es el inverso a la operación de la forclusión:

Así como lo que es rechazado de lo simbólico, reaparece en lo real, así también el agujero de la pérdida en lo real moviliza al significante (Lacan, 1983, p.105)

En este sentido, desde un punto de vista de la operatoria de los registros, la inversión se hace inteligible, y revela de un modo diverso los alcances y las limitaciones del simbólico. Si en la psicosis, la forclusión se revela como aquel mecanismo mediante el cual lo no inscripto o rechazado en lo simbólico, retorna en la modalidad de los fenómenos elementales tales como la alucinación, el neologismo o el delirio, en el duelo tales carencias de lo simbólico tendrán efectos similares. El parentesco entre las operaciones del duelo y la forclusión radica en las respuestas inversamente simétricas: **en la psicosis, agujero en lo simbólico y retorno en lo real; en el duelo, agujero en lo real y movilización de lo simbólico**. En el primero la carencia se revela en la ausencia del significante Nombre del Padre (sNP), elemento legalizante y regulador de la estructura del lenguaje; en la segunda, la carencia se revela en la imposibilidad de responder al agujero creado en la existencia. Es de destacar que en esta propuesta teórica, Lacan arranca al duelo de la tensión entre lo normal y lo patológico, puesto que la dificultad del duelo está en íntima relación con una insuficiencia de lo simbólico que precede a lo particular del sujeto. En este sentido, permite encaminar una lectura del duelo en la psicosis que a priori se desembaraza de las connotaciones negativas, deficientes o patológicas en otro lugar analizado. Mientras que Freud elabora la melancolía a partir del duelo, Lacan aborda el duelo a partir de un concepto inherente a la psicosis.

Si el agujero en lo real es el modo de notar la pérdida en Lacan, el mismo viene a resituar una falta en la estructura: el significante de la falta en el Otro. En la teorización lacaniana, el Otro como conjunto de significantes se revela incompleto, y la ocasión del duelo revela tal condición de insuficiencia: ningún significante puede producir un colmamiento del agujero, lo que trae aparejada una consecuencia a nivel de la proliferación del registro imaginario:

Es entonces que, como en la psicosis, -y es por eso por lo que el duelo se emparenta con la psicosis- comienzan a pulular en su lugar las imágenes por las cuales se relevan los fenómenos del duelo” (Lacan, 1983, p. 105-106).

En tal sentido, al tratarse de una propiedad estructural, permite que fenómenos positivos como la alucinación o el delirio en el contexto del duelo, no pueden ser tomados como “patológicos” o “anormales”, ya que en sí se trata de una respuesta a la propia condición de la estructura y a los límites de lo simbólico como tal. En este sentido la concepción y el emparentamiento más que llevar el duelo a una categoría lindera con la psicosis, permite contemplar una multiplicidad de presentaciones que de contemplar esta indicación teórica, se tornan absolutamente ajustadas a la estructura y enriquecen una clínica diferencial de la psicosis y el duelo.

En estricta relación con la movilización del significante suscitado por el agujero en lo real por un lado y el límite de este trabajo, se establece una relación que no hace más que potenciar la idea de duelo como una inversión de la forclusión, deshaciendo aún más el lugar del trabajo de duelo en la soledad freudiana de la pérdida del objeto. En tal sentido, Lacan hace una fuerte apelación al valor del ritual funerario en la tramitación del agujero creado en la existencia, y que será a nivel del lenguaje como se lo intente colmar. La movilización de los significantes pertenecientes a un registro de lo simbólico, siguiendo este ejercicio de corrimiento respecto a *Duelo y Melancolía*, viene a sustituir el “trabajo pieza por pieza de desinvestidura del objeto”.

En la apelación al Otro en la recomposición de una realidad alterada por efecto de la pérdida, y que en buena medida puede llevar a una confusión con la psicosis clínica, el fundamento del duelo perfila otra perspectiva para pensar nuestro problema de investigación. La perspectiva rescata el juego simbólico del significante expresado en el trabajo ritual, las creencias folklóricas establecen una relación estrecha entre aquello elidido o rechazado en la satisfacción de la memoria del muerto, y la intervención de los fantasmas y los espectros en “el espacio vacante dejado por el defecto del rito significativo” (Lacan, 1983, p.106)

En una apelación a lo público, más allá que la situación de duelo supone en el sentido común de la necesaria intimidad de la esfera privada, la operación del duelo exige la participación y el trabajo del logos del cual la comunidad y el grupo son su soporte:

El trabajo de duelo es primeramente una satisfacción a lo que de desorden se produce en razón de la insuficiencia de todos los elementos significantes para enfrentarse con el agujero creado en la existencia por la utilización total de todo el sistema significativo en torno al menor duelo (Lacan, 1983, p106)

En este breve recorrido por los postulados de la forclusión en su estricta relación con el duelo, la serie de los indicios levantados nos permite configurar una interrogante que retomaremos en el capítulo en donde se asiente un sistema conjetural relativo al duelo y la psicosis: ¿cómo pensar teóricamente la inversión de la forclusión relativa al duelo, cuando en el registro de lo simbólico el trabajo del significante se confronta con un agujero?<sup>104</sup> Dicho de otro modo, como articular los agujeros de lo simbólico y lo real en la pérdida a la que se expone el sujeto de la psicosis? Como veremos en el último capítulo de este estudio, en esta articulación de los agujeros radica buena parte de nuestro sistema de conjeturas con que hacemos un primer acercamiento al campo del problema.

### 5.6 De la sustitución a la creación del objeto

Si bien el drama comienza con la muerte del rey Hamlet, y los efectos de retorno en el registro imaginario que da fundamento a la locura colectiva arriba analizada, habrá que esperar a la escena del entierro de Ofelia, para que la formulación del duelo adquiera propiedades teóricas de naturaleza novedosa.

En tal sentido, dicho autor articulará el problema del duelo a la constitución del objeto, haciendo avanzar al mismo en relación al estatuto asignado en *Duelo y Melancolía*. Será en la lectura del duelo de Ofelia, en donde Lacan agregue una articulación a lo que hasta ese entonces se había elaborado en torno a la relación de objeto:

Se nos dice que el duelo tiene lugar en razón de una introyección del objeto perdido. Pero para que el objeto sea introyectado, existe una condición previa y es que esté constituido en tanto objeto. (Lacan, 1983, p. 57).

En tal sentido, en Freud el objeto del duelo estaría previamente constituido, siendo al mismo tiempo una condición sine qua non, en tanto el trabajo de duelo apuntaría a la sustitución del mismo. En la propuesta que despejará J. Lacan a razón de la lectura del drama del deseo de Hamlet, el duelo se erigirá en una función creadora del objeto. **El duelo ya no trabaja para sustituir al objeto, sino para crearlo.** En este sentido sostenemos que la topología del sujeto y la concepción de los registros de J. Lacan vienen a corregir al objeto del duelo en Freud, pasando del “trabajo de duelo” a la “función del duelo”.

---

<sup>104</sup> En este sentido, aludimos al agujero en lo simbólico, respecto al cual J. Lacan deduce los efectos forclusivos en la psicosis. Sugerimos al lector retomar este aspecto en punto 7: Duelo y psicosis.

Tal hallazgo exige un mínimo recorrido de demostración, siguiendo los tiempos sucesivos en torno a la relación de Hamlet y Ofelia. En esta sucesión, el estatuto del objeto en el marco del fantasma se transforma, en un recorrido en el que la joven comienza ocupando un lugar de objeto amado, luego rechazado y finalmente perdido. En el transcurso de tal recorrido, Ofelia finalmente ocupará el lugar de objeto causa de deseo, creado mediante la operación del duelo.

Relacionado con la muerte del padre, el texto nos ubica en primer lugar ante la desorganización subjetiva, la despersonalización del personaje y la locura colectiva deducible de una tragedia en la que “la muerte llama a la muerte”. En el encuentro con el padre muerto, y ante la conmoción que le produce al sujeto la falta en el Otro, el fantasma se desarticula. En una de las consecuencias de tal vacilación será la ruptura de la relación amorosa con Ofelia, quien hasta ese entonces operaba para el príncipe como un “a” soporte de su fantasma<sup>105</sup>. Su escritura es la siguiente:

S <> a

Entendiendo al fantasma como un cursor del deseo, al alterarse los términos del mismo, Hamlet padecerá el desvanecimiento deseante, lidiando desde entonces con la locura. El extrañamiento respecto a la amada u objeto de exaltación suprema, es un signo de la propia desorganización especular. Desde entonces Ofelia ocupará otro lugar en la vida del Príncipe. La dignidad del objeto se ha disuelto, y en su lugar, adviene el sarcasmo y la agresión. En el cambio de la valencia del objeto, Ofelia se transforma en un objeto de rechazo, en la madre de todos los pecadores, pudiendo leerse un amago de recomposición fantasmática de la relación en clave de sadismo. Su escritura es la siguiente:

S barrado <> φ

En este giro en la relación a Ofelia, lo fundamental es despejar cual es el estatuto de aquella amada joven que finalmente se suicida. En este sentido, el concepto de falo se torna fundamental a los efectos de ubicar en el lugar justo a Ofelia. Puesto que desde que Hamlet pierde la baliza de Ofelia como falo estimable, riel por el cual direccionar su deseo, para convertirlo en falo rechazable, abominable, potencia de la fertilidad que hará de ella una madre de pecadores, el sujeto en cuestión pierde la vía del deseo. “Ofelia es o phallos”

---

<sup>105</sup> Entre el Seminario “El deseo y su interpretación” al cual se alude en este párrafo y el Seminario de “La angustia” se produce un viraje del concepto de “a” en la estructura del fantasma, pasando de un estatuto imaginario como “pequeño otro” a “objeto causa de deseo”.

(Lacan, 1983, p. 87) sentenciará Lacan, pero falo rechazado en tanto símbolo significante de la vida:

Hamlet no habla más que de eso, la fecundidad... Todo su dialogo con Ofelia apunta a la mujer concebida como portadora de esta turgencia vital a la que maldice y cuyo agotamiento anhela". (Lacan, 1983, p. 90).

A este tiempo de rechazo del falo Ofelia, le seguirá en la secuencia lógica, la escena del cementerio, en la que se producirá un nuevo viraje en la relación con Ofelia, quien se suicida tras recibir la noticia del accidente fatal de su padre, y el rechazo amoroso de Hamlet. Una muerte ambigua o "*dudosa*" en donde se deja entrever en la pregunta del sepulturero la responsabilidad de la propia Ofelia ante su muerte, puesto que "*si el sujeto a esta agua va y se ahoga, que quiera que no quiera, va.*" El sacerdote no vacila en escamotear su funeral, salvando la dignidad del ritual dada la "*dudosa muerte*" que deja entrever indicios de suicidio. Si no fuera por las altas influencias, el destino del cuerpo de Ofelia, lejos estaría de ser enterrado en tierra sagrada.

En ese entierro, Hamlet comienza siendo un oculto espectador, elemento del montaje que refuerza la idea de un ritual alterado. En el avance de las escenas, la posición del Príncipe irá de un exterior objetivable al modo de un saber sobre los duelos, que incluye interrogatorio a los enterradores del cementerio, hasta caer ofuscado en el mismo agujero que aloja al cadáver de Ofelia. Hamlet se aproxima gradualmente a la hora de la pérdida, pero para ello será necesario la "*vía de un duelo*" asumido dentro de la misma relación narcisista que hay entre el yo y la imagen del otro.<sup>106</sup>

Leartes, estallará reivindicativamente ante el Sacerdote, quien había decidido dejar incompleto el ritual de la presunta suicida.<sup>107</sup> El salto desesperado al agujero, el abrazo al cuerpo muerto, son las imágenes del dolor por la pérdida, en la que lo que se pone en juego como intolerable, es la muerte del otro. (Lacan, 1983, p.105) Espectador hasta entonces del drama, Hamlet enfurece ante el duelo del otro, arrojándose al mismo pozo donde yace el cuerpo de Ofelia. A partir de la figura del doble de la pareja imaginaria, el "pequeño a" Leartes se vuelve el rival idealizado que lo hace entrar en el duelo. Confrontado con el duelo por Ofelia en su doble imaginario, hará el descubrimiento de lo que hasta ese entonces era el falo rechazado

---

<sup>106</sup> En este moviendo de integración narcisística, se pueden establecer ciertas analogías como que "el duelo es a otro duelo lo que el yo es al otro" y "como el yo, el duelo se compone en el registro narcisista" (Allouch, 1995, p. 283)

<sup>107</sup> "Leartes: Cesad de arrojar tierra: permitidme que la estreche otra vez entre mis brazos!" (Salta a la sepultura)" (Shakespeare, 1976, p.126)

Yo a Ofelia amaba: cuarenta mil hermanos no pudieran con todo su cariño dar la suma de mi amor. ¿Tú por ella, di, qué harías?” (Shakespeare, 1976, p.126)

Es el momento en que, y en un orden de literalidad absoluta, Hamlet se detiene en el agujero que cobijará al cadáver de la amada, y desde allí hará una conversión del valor del objeto. El cuerpo de Ofelia en el agujero, permite inscribir en Hamlet la pérdida del objeto. Adviene de este modo el estatuto de imposible que la convierte en el objeto causa del deseo, y esto en gran medida por la participación de un semejante que intercede en la recurrencia de los duelos no tramitados, transformando el padecimiento sintomático del dinamarqués: de la inhibición al acto.

De modo paradójico, allí donde podría suponerse que el acto del suicidio generaría una ruptura definitiva de la relación fantasmático de Hamlet en relación a Ofelia, el duelo desbordante de Leartes se traduce en una vía de duelo, que lo reconduce al objeto Ofelia, reintegrando el objeto “a”, recomponiendo el fantasma y reencauzando la vía del deseo.

En ese momento de la puesta en escena, que freudianamente podría interpretarse como un intento de incorporación del objeto perdido, Lacan advierte que la pregunta respecto al trabajo del duelo, no ha sido bien articulada. Para articular correctamente la pregunta, y apelando al ternario de los registros (R-S-I), la interrogación sobre el duelo sufrirá un giro fundamental. ¿De qué se trata en la pérdida? En la lectura del acto de Leartes concluye:

Laertes salta a al tumba, y besa al objeto cuya desaparición es causa de su dolor, objeto que atañe a una existencia tanto más absoluta cuanto que ya no corresponde a nada que sea.” (Lacan, 1983, p.105)

En tal sentido, el agujero de la pérdida que provoca el duelo en el sujeto está en lo real, y en ese registro corresponde que lo interpretemos en tanto imposible.<sup>108</sup> El objeto del duelo en la perspectiva de J. Lacan, padece una notable transformación respecto a los planteos inaugurados por S. Freud, puesto que su reconsideración a partir de los registros (R-S-I), conlleva a dejar caducas nociones tales como relación, incorporación, internalización, introyección del objeto perdido. En el abordaje estructural del duelo, el objeto en tanto tal, se nota como un agujero u objeto imposible. Mediante este recurso conceptual,

---

<sup>108</sup> En los puntos 4.4 – 4.5 hemos hecho un recorrido teórico que lleva a la constitución del objeto en tanto imposible.

se disuelve todo intento de ontologización o sustancialización del objeto que se desprenden de las maniobras de duelo tales como la desinvestidura del objeto perdido (Freud) o la internalización del objeto perdido (Klein):

Gran parte de la teoría sobre el duelo giró en entonces en torno al restablecimiento de los objetos perdidos, en el yo. (Bauab, 2010, p. 58)

En lugar de esta operatoria que encerraba problemas relacionados al par existente – inexistente, aparecido – desaparecido, el objeto simplemente es un agujero, en lo real, imposible. Este agujero en lo real tendrá una consecuencia notable: suscitar el trabajo del significante. Entonces, Lacan opera una doble inversión. Por un lado al invertir la maniobra de la forclusión, y por otro, al invertir el trabajo del duelo freudiano. No es el trabajo significativo, el trabajo pieza por pieza, lo que dejara a posterior al objeto en su estatuto de perdido, sino que por el contrario, es el objeto perdido en tanto agujero lo que llevará al trabajo del significante.

El duelo, en Lacan se presentará como teniendo un alcance que, provisoriamente y torpemente, podemos calificar de creador, de instaurador de una nueva posición subjetiva hasta aquí no efectuada. (...) Se trata de un vuelco en la relación de objeto, de la producción de una nueva figura de la relación de objeto. (Allouch, 1995, p. 174)

### **6.7 Del trabajo a la función del duelo**

Como hemos desarrollado antes, en la cadena de los sucesos y desgracias que se desarrollan en la obra desde la muerte del padre de Hamlet, la depreciación del valor del rito funeral es una constante que no pasa inadvertida. No obstante lo anterior, será en la reactualización del ritual en donde la tragedia encontrará una vía de resolución a partir del duelo. La elevación del ritual a la dignidad de una operatoria efectiva de la pérdida, no supone necesariamente apelar a la experiencia del funeral como medida de resolución del dolor por el objeto perdido. En el espíritu de la reflexión que del drama se deduce, se hace especial énfasis en el ritual en su vertiente simbólica, atendiendo a los requerimientos de un sujeto que se inscribe en una cadena significativa y que se articula al discurso del Otro.

La novedosa operatoria que podemos situar sincrónicamente en los registros de lo real (objeto agujero imposible), simbólico (trabajo del significante) e imaginario (fenómenos de despersonalización, imágenes, actings, etc) mediante una inversión de la operatoria de la forclusión, permite a través del trabajo de localización y inscripción de lo perdido, poner fin al

duelo, reposicionando al sujeto en torno al objeto de deseo. Este es el recorrido que Lacan nos propone al hacer una lectura de Hamlet que comienza con la muerte del padre y finaliza con el advenimiento del objeto Ofelia en su estatuto de imposible, ergo, objeto de deseo. En este punto en el que se podría pensar en el “fin” del duelo, la doble acepción del término abre el camino para desarrollar un aspecto teórico de notables controversias en el seno de la teoría psicoanalítica. (Cortazzo, 2008)

En tanto “final” nos conduce al problema del duelo concluido, al tercer tiempo del duelo freudiano, al éxito del trabajo psíquico que coincide con la posibilidad de la sustitución del objeto:

Sabemos que el duelo, por doloroso que pueda ser, expira de manera espontánea. Cuando acaba de renunciar a todo lo perdido, se ha devorado también a sí mismo, y entonces nuestra libido queda de nuevo libre para, si todavía somos jóvenes y capaces de vida, sustituirnos los objetos perdidos por otros nuevos que sean, en lo posible, tanto o más apreciables (Freud, 1989k, p.311)

De esta propuesta ha derivado la noción de duelo normal, por oposición a un tratamiento melancólico del objeto que pone el acento en la imposibilidad de la sustitución y la retención del objeto por la vía identificatoria. A razón de tal concepción teórica, se desprende que la imposibilidad está articulada a un sistema conceptual que pone el acento en la posibilidad de liberar a la libido del objeto perdido. La energética freudiana analizada en otro punto, hace del duelo un rehén de una teoría de la liberación que el mismo Freud a posteriori rectificará, aunque esto no haya tenido un impacto a nivel teórico. En un aniversario de su hija fallecida, constatamos en carta dirigida a Biswanger, una idea con carácter de confesión que haría caer los mismos postulados teóricos antes formulados como la “sustitución del objeto”:

Aunque sabemos que después de una pérdida así el estado agudo de pena va aminorándose gradualmente, también nos damos cuenta de que continuaremos inconsolables y que nunca encontraremos con qué rellenar adecuadamente el hueco, pues aún en el caso de que llegara a cubrirse totalmente, se habría convertido en algo distinto". (Freud, 1993, p. 431)

Una vez más el empirismo freudiano interviene en los constructos sobre el duelo. En este sentido, para poner a interrogación el tercer tiempo del trabajo de duelo y la noción de sustitución del objeto. Se mantiene vigente de todos modos la presunción freudiana de “rellenar el hueco”, aspecto que antes lograba con el exitoso trabajo del duelo que finalizaba

con la sustitución del objeto perdido. ¿Cuál es la posición de J. Lacan respecto a este hueco? ¿Se trata de rellenar el agujero que la pérdida suscita?

El argumento que sigue a continuación, levantado de los planteos de J. Lacan en el período comprendido entre el Seminario “El deseo y su interpretación” (1959) y el Seminario titulado “La angustia” (1962), retoma de modo implícito esta confesión freudiana de carácter empírico, reubica el problema teórico de la tensión posible – imposible, mediante la introducción teórica del duelo en su estatuto de función, con la existencia matemática que el término le aporta, y que lo posiciona a nivel del concepto.

En este sentido, el “fin” de la tragedia nos acerca a un problema de orden distinto, en el que lo que atañe a la finalidad del duelo, la cual claramente se aparta de la idea de tapar o llenar el agujero de la pérdida mediante una sustitución del objeto. Este segundo aspecto, repercute en modo radical sobre el primero, puesto que desde una propuesta que eleva **el duelo a la dignidad de una función subjetiva**, se trata del reposicionamiento del sujeto respecto al deseo, motorizado por la pérdida del objeto. Esta función no se aplica a cada pérdida del sujeto, exigiendo una condición muy precisa. En su seminario dedicado a la angustia, J. Lacan propone:

No estamos de duelo sino por alguien de quien podemos decirnos: <yo era su falta>. Estamos de duelo por personas a quienes hemos tratado bien o mal, y frente a las cuales no sabíamos que cumplíamos esa función de estar en el lugar de la falta. (Lacan, 1962, p. 131)

Esto significa que el sujeto ocupaba para ese otro el lugar del objeto de su deseo, como condición sine qua non de la operatoria del duelo. Nadie mejor que J. Allouch ha resumido este punto en su *Erótica del duelo*:

Quien quiera que no hallara de buen tono ver aflorar así la función del falo en el centro mismo del espantoso sufrimiento del duelo, bien podría abandonar aquí mismo este libro. (Allouch, 1995, p. 10)

En la tragedia de Hamlet, leemos como en ese mismo acto deviene una restitución del valor del objeto Ofelia, hasta entonces objeto despreciado y humillado, símbolo del rechazo del deseo. Como en una vuelta de tuerca, el objeto recupera su dignidad. ¿Cuál es la llave de semejante recupero del objeto? Es en la medida en que el objeto de su deseo se ha vuelto un objeto imposible que vuelve a ser objeto de deseo. (Lacan, 1995, p.104)

Condición del objeto de deseo, la propiedad de imposible que la pérdida verifica, siempre y cuando el sujeto no se aboque a rellenar o tapar al agujero

Lacan alude a esta operatoria del duelo en los términos de una mediación introducida por el rito significativo, el que hará coincidir con la hiancia abierta por el duelo la hiancia mayor, el punto x, la falta simbólica. (Lacan, 1983, p. 108) En ese sentido, de faltar el rito, el objeto de deseo (a) revoloteará sobre la escena como un alma en pena sin poder caer por el hueco-fosa que al tiempo que le otorga por su pasaje fálico brillo agalmático y dignidad, permite – recién entonces- anotararlo como perdido. (Amigo, 2010, p. 77)

La función del duelo propuesta por J. Lacan, produce en este sentido una ruptura respecto a las modalidades brevemente reseñadas, y que implicaban la internalización del objeto. Por oposición, en la maniobra propuesta ejemplificada mediante el rito funerario, el trabajo de duelo conecta al objeto amado y perdido con el hueco de la falta en la estructura. (Amigo, 2010, p. 77) Se trata de localizar e inscribir nuevamente la falta en la estructura, única vía para el reordenamiento novedoso de la realidad que el duelo había alterado, llegado a emparentar o confundir con la psicosis.

La propuesta del trabajo significativo que Lacan introduce a partir del agujero en lo real como notación de la pérdida, hace perimir a una energética libidinal en el trabajo del duelo, devolviéndole un lugar fundamental al Otro y el lenguaje en la maniobra del duelo. En este sentido, el trabajo de duelo como maniobra libidinal que se propone desinvertir el objeto perdido, es invertido en la propuesta de Lacan. Lo que mueve y opera como duelo, no depende de la energética sino del precipitado significativo que en la pérdida se desencadena a razón del agujero creado en la existencia, y la falta en el orden simbólico.

Falta en la estructura, agujero en lo real, expresiones que como un continuum en nuestra exploración, retornan en la lectura del duelo en J. Lacan. Si en Freud el intento de vincular el agujero en lo psíquico, la hemorragia libidinal o la herida abierta con los fenómenos observados en el padecimiento, el dolor y el duelo de la melancolía, en J. Lacan la terminología de la falta y el agujero se proponen como conceptos que lejos de ilustrar una realidad clínica, hacen soporte teórico a la problemática del duelo, el objeto y el deseo en la neurosis. Se tratará a partir de aquí, **explorar el comportamiento del agujero en la estructura de la neurosis y la psicosis, vía para conjeturar qué del duelo en la psicosis**. Por esta vía, nos posicionamos en una perspectiva del duelo que hace de un

operador abstracto tal como la falta, el basamento teórico a partir del cual opera la función del duelo.

## **7 Pérdida y creación en Schreber**

### **7.1 Las memorias de un enfermo nervioso**

Las “Memorias de un enfermo nervioso”, junto con una serie de los “Apéndices” y “Cartas” publicadas en el año 1903, agrupan el conjunto de los argumentos escritos por Daniel Paul Schreber con los cuales dio a conocer a la ciencia y al mundo, “las cosas sobre naturales” experimentadas o vivenciadas por el hombre “que ha llegado infinitamente más cerca de la verdad que todos los otros hombres a los cuales no les han sido concedidas revelaciones divinas”. (Schreber, 1999, p. 59)

Al mismo tiempo que D.P. Schreber testimonia así los acontecimientos ligados a una experiencia sobrenatural, pretende demostrar la conservación de sus facultades y capacidades psíquicas necesarias para el otorgamiento del alta psiquiátrica que lo llevó a permanecer internado en el tiempo en que formula tales escritos. En el minucioso relato de aquellas experiencia que encierran una verdad objetiva que no puede ser reconocida por los demás, se revela la riqueza del macro cosmos en la psicosis Schreber. El texto que había sido dirigido a la ciencia, devendrá tal cual el deseo del autor, objeto de inconmensurables estudios por parte de la psiquiatría y el psicoanálisis. En este sentido, S. Freud lo convierte en un historial clínico, estofa a partir de la cual elucida aspectos cruciales de la estructura de la psicosis paranoica.

A efectos de cumplir con los objetivos de la tesis, y dada la bastedad que el campo clínico articulado al caso Schreber exige, nos detendremos en una serie de aspectos directamente asociados al problema del duelo, llevando a cabo un trabajo exploratorio, recortando una serie de indicios y huellas legibles en sus Memorias, en la lectura de S. Freud y en los avances de J. Lacan. En este recorrido entendemos se plantean, implícita o explícitamente, algunas ideas o hipótesis que enriquecen la investigación.

Respondiendo a la solicitud del autor de *Las memorias de un enfermo nervioso*, someteremos a examen el texto, articulando una pregunta sobre el duelo, que en la tradición psicoanalítica ha sido débil o escasamente tratada en lo tocante a D. P. Schreber: ¿Cómo opera la pérdida en Schreber? ¿Cuáles son los indicios de duelo que se rastrean en el

escrito? ¿Cuales las maniobras discursivas o operaciones del lenguaje que podemos articular al proceso? Estas preguntas dejan planteado en el inicio dos supuestos necesarios.

El primero implica suponer que el duelo es una operatoria inherente al lenguaje, y por consecuencia son rastreables una serie de elementos que se articulan en los escritos de Schreber; el segundo implica, y en estricta relación con el anterior, prescindir de una experiencia o situación fáctica como modo de ubicar la pérdida y el duelo concomitante. En este sentido, entendemos metodológicamente innecesario la determinación el objeto de duelo en Schreber, más allá de la serie de hitos de pérdida en la biografía del enfermo nervioso: el padre muerto en su juventud, el hermano suicidado en el tiempo de contracción de su matrimonio, la muerte de la hermana enferma, o la frustración de la imposible procreación. Antes que intentar situar un duelo en Schreber, nos ocupará leer los indicios que en su obra se dan a leer respecto a qué dice de la pérdida.

## 7.2 ¿Melancolía “schreberiana”? Una desconsideración freudiana

Algunos hombres han sido muy desdichados; yo mismo, me atrevo a decirlo, he vivido años horribles y he cursado una amarga escuela del dolor (Schreber, 1999, p. 80)

En este subcapítulo ponemos a trabajar algunas de las ideas desarrolladas respecto a la tensión en la psiquiatría: las patologías del humor y del pensamiento. Como conjeturamos en el capítulo dedicado a este tópico, ciertos autores arrastran a Schreber a un u otro lado del mapa. En Freud la elección es indeclinable: se trata de una paranoia, entonces, adscribe al casillero de las patologías del humor. ¿Pero cómo sería el duelo en Schreber? ¿Podremos leer algún tipo de indicio de dolor? ¿Qué de la afectividad del enfermo nerviosos?

Intentando desmarcarse de ciertos postulados fundamentales de la psiquiatría imperante de la época, la apuesta de S. Freud respecto a la psicosis, contribuyó al desarrollo de una clínica heterogénea respecto al saber psicopatológico y a la práctica psiquiátrica dedicada al abordaje de la psicosis. En suma los aportes de la clínica freudiana cuestionaron en profundidad los argumentos etiológicos, nosológicos y el tratamiento de las psicosis de la época, siendo el texto *Sobre un caso de psicosis paranoica descrita autobiográficamente* una prueba racional sobre la que asentaron tales transformaciones en la consideración de la enfermedad mental.

Desde un punto de vista etiológico, el despliegue de una serie de hipótesis acerca de la contracción de las psicosis que se apartaban de la tendencia organicista de la corriente kraepeliana y la psiquiatría alemana serán cabalmente explicitadas en la construcción del caso Schreber. Abocado a la elucidación de los mecanismos etiológicos de la psicosis paranoica, Freud encontrará en *Las memorias de un enfermo nervioso* una excelente coartada<sup>109</sup> para aplicar las hipótesis formuladas anteriormente respecto a la causalidad de la psicosis paranoica en sus relaciones con la homosexualidad pasiva reprimida.<sup>110</sup> Lectura novedosa y subversiva, más allá de las coincidencias o discrepancias generadas a posteriori por los psicoanalistas post – freudianos respecto a tales hipótesis, en el modo de leer el estatuto etiológico de la paranoia.

Profundizando en una concepción de la psicosis que se constituye en relación al Otro, a la cuestión libidinal y el narcisismo, las mociones de deseo y las defensas (apartándose de este modo de la concepción imperantes de su época), Freud articulará en ese escrito basado en el relato de un sujeto psicótico, el lugar de lo edípico y el complejo paterno como factor interviniente en la contracción de la psicosis, en una propuesta sin analogías en el contexto de la época.

La propuesta freudiana apuntó de este modo, a una lectura del delirio, a la consideración de los elementos productivos, a una sospecha respecto a las motivaciones inconscientes en el obrar delirante, a una causalidad de diversa procedencia. En este sentido, hizo del delirio un objeto de lectura, en oposición a las concepciones basadas en los modelos del déficit, la enfermedad de las percepciones, las hipótesis endógenas – hereditarias, lo constitucional, etc.

No obstante lo anterior, y destacando los diferenciales de la clínica freudiana de las psicosis, podemos constatar como por el modo de abordar la psicosis, y en el énfasis puesto en la dimensión productiva de la misma, S. Freud es de todos modos capturado por ciertas coordenadas psiquiátricas de disección de la enfermedad mental. Consecuencia del pensamiento psiquiátrico de aquella época, la tensión entre las esferas del humor y el pensamiento escindían la clínica de lo psicopatológico, imponiendo al vienés una elección que determinará el sesgo de análisis. Al optar por “el pensamiento”, y encarar una

---

<sup>109</sup> Es elocuente el comentario de J. Strachey: “Pasaron más de tres años hasta que las memorias de Schreber le ofrecieron la oportunidad de dar publicidad por primera vez su teoría...” (Freud, 1989e, p. 4.)

<sup>110</sup> Conviene precisar que las ideas relativas a la contracción de la psicosis paranoica vinculadas a la homosexualidad reprimida ya estaban expresadas por S. Freud en cartas dirigidas a C.G.Jung (27/1/1908) y a Abraham (11/2/1908).

nosografía precisa en los términos de psicosis paranoica o demencia paranoide, el polo del humor fue prácticamente omitido en el texto de análisis de Schreber.

En suma, a partir de este modo de organización del saber sobre las enfermedades mentales, el recorte del texto schreberiano privilegió los aspectos productivos, delirantes o alucinatorios del historial, anudando al mismo un original sesgo freudiano de lectura de la psicosis, confeccionando el historial en las mismas claves de la psicopatología de la paranoia: polo de persecución / polo de grandeza. En la elección psicopatológica, un descarte necesario. Advertidos en la lectura del caso, respecto a la insistencia y la preeminencia de la tristeza, la hipocondría, el intento de suicidio o el dolor en el enfermo nervioso, tanto en el relato de terceros “objetivos” como en los diversos fragmentos de la escritura del enfermo, la tendencia freudiana apuntó hacia un flanco muy preciso: la ideación delirante en sus relaciones con la homosexualidad reprimida y la defensa proyectiva. Consecuencia de este recorrido: hacer a un lado la dimensión del afecto, el dolor, la tristeza y el duelo en la vida de D.P.Schreber. ¿Acaso es posible encontrar alguna cita al caso Schreber en el texto *Duelo y Melancolía*? En la lectura atenta del texto, no hemos encontrado ni siquiera una sola cita al referido caso, aspecto que no deja de sorprendernos dada la bastedad y la riqueza de elementos al respecto en las confesiones de Schreber.

Importa consignar aquí, que no se trata de ingresar en una redefinición diagnóstica del caso, para finalizar el razonamiento con la reasignación psicopatológica en los términos de una melancolía o una psicosis maniaco depresiva<sup>111</sup> (Lothane, 1994). Tal maniobra de elucidación clínica, lejos de enriquecer el razonamiento, no hace más que repetir una lógica inconducente: del pensamiento al humor o viceversa. ¿Conduce a algo esta lógica en una perspectiva psicoanalítica? A sostener una teoría psicopatológica que distribuye la locura en los términos del “o bien el humor o bien el pensamiento”, alienando la lectura en uno de sus extremos. Como hemos anteriormente, en la lectura de J. Lacan podemos consignar una fórmula que resuelve la dicotomía, en la consideración del afecto, como el objeto de una afección significativa y los estados de ánimo como una consecuencia de la posición del Sujeto.

Ceñirnos al comentario que el propio Schreber realiza de su enfermedad nos conduce a un terreno respecto al cual S. Freud se aparta: la depresión, la melancolía, la hipocondría. ¿Qué estatuto le asigna a estos fenómenos que insisten en las diversas

---

<sup>111</sup> El mencionado autor propone la siguiente lectura diagnóstica: “Una revisión clínica sugiere un diagnóstico de enfermedad bipolar o enfermedad maniaco-depresiva con añadidos maníacos y paranoides. (Lothane, 1994)

confesiones del enfermo o en los historiales clínicos descriptivos de su sintomatología inicial?

Desarrollaremos un recorrido conciso del texto schreberiano, exponiendo los fragmentos discursivos que sostienen y dan lugar a la interrogación, basado en la “evidencia” del texto escrito por el sujeto en cuestión, haciendo ciertos contrapuntos con los informes psiquiátricos expuestos en el mismo texto. Dada la complejidad, riqueza y profundidad del texto, haremos un recorte arbitrario, útil a los efectos de dar soporte a las hipótesis que construiremos respecto al problema del duelo en Schreber.

La “primera enfermedad” de D.P. Schreber irrumpió a los 42 años de edad, en el período comprendido entre octubre de 1894 hasta junio de 1885, y requirió de la internación en el Hospital Psiquiátrico de Leipzig, dirigido por el Dr. Paul Flechsig. ¿Qué la desencadenó? Es posible cotejar en sus “Memorias”, que en aquel tiempo desempeñaba funciones como Presidente del Tribunal de Primera Instancia en Chemnitz, D.P. Schreber se postuló como candidato del Partido Nacional Liberal a la Cámara de Diputados. Ante la pérdida de tal instancia, y debido a un excesivo esfuerzo intelectual que la contienda electoral le exigiese, forma inmediata a la derrota partió hacia un asilo en donde fue asistido durante unas semanas. En esta primera internación realizó dos intentos de suicidio, recibiendo importantes dosis de morfina, hidrato de cloral y bromuro. Posteriormente fue trasladado a Leipzig, presentando al ingreso un cuadro de depresión con temores hipocondríacos, humor irritable y lábil, malestar cardíaco, hipersensibilidad auditiva, obsesión por una imaginaria pérdida de peso y una insistente convicción: “ser incurable”.

Al cabo de un tiempo estimable, la remisión del cuadro fue notoria, quedando en el recuerdo de Schreber la impresión de que se trató de una enfermedad “sin ninguna complicación que rozara el ámbito de lo sobrenatural” (Schreber, 1999, p.82). El diagnóstico de “hipocondría” remitió completamente, siendo reconocida una profunda admiración para con el médico neurólogo que abordó el tratamiento: el Profesor Flesching.

Luego de este período de internación que finalizara con la cura completa del Dr. Schreber, sucedió un lapso de ocho años de apaciguamiento “que en conjunto fueron muy felices, pródigos también en honores externos y solo perturbados temporariamente por la reiterada frustración de la esperanza de recibir la bendición de los hijos” (Schreber, 1999, p.83) Esta confesión que irrumpe en la armónica vida del matrimonio Schreber, no puede a nuestro modo de leer el caso, pasar desapercibido en la trama de los elementos que a

posteriori desencadenarán la psicosis. ¿Cuál es el estatuto de éste acontecimiento en la vida de Schreber? <sup>112</sup>

Los ocho años de tranquilidad en la vida de Schreber, se vieron interrumpidos a partir de Junio de 1893, cuando fue notificado de su inminente nombramiento como presidente de Sala del Tribunal Supremo Provincial de Dresde. Entre esa fecha y la asunción del cargo, es posible situar el período de incubación de la segunda enfermedad, soñando reiteradas veces con recaer en su enfermedad anterior, y destacándose la intrusión de un pensamiento paradójico al cual accede entre el sueño y la vigilia: “tenía que ser muy grato ser una mujer sometida al coito” (Schreber, 1999, p.84). Este pensamiento experimentado en una radical ajenidad y crítica consiente, se tornaría un eje central en la trama del delirio de Schreber hasta su final transformación en la mujer de Dios mediante un proceso de emasculación.

El 1º de Octubre de 1893 D. P. Schreber asume funciones como Presidente de Sala. Habiendo superado las dificultades y obstáculos que la función exigía, comenzó a padecer un estado de agotamiento mental e insomnio que lo llevan a tener noticia de las primeras perturbaciones mentales. El “suceso extraño” implicaba “un crujido, que se repetía con pausas más o menos prolongadas, y me despertaba cada vez que había comenzado a adormecerme” (Schreber, 1999, p.84). Serán estas perturbaciones durante el sueño las que lo lleven nuevamente a la consulta con el Profesor Flesching, en un esperanzado encuentro por las buenas noticias que el médico le transmitió respecto a los avances de la psiquiatría. Respecto a la entrevista de Schreber con el Prof. Flesching, importa destacar una puntuación de J. Lacan, que retomaremos en otro lugar de éste capítulo, puesto que interpretamos que se trata de la confrontación del sujeto con la pérdida del objeto:

Sabemos por su testimonio que había esperado llegar a ser padre, que su mujer, en el intervalo de ocho años que separó a la primera crisis de la segunda, tuvo varios abortos espontáneos. Ahora bien, Flechsig le dice que desde la última vez, se han hecho enormes progresos en psiquiatría, que le van a aplicar uno de esos sueñitos que serán muy fecundos. Quizás ésta era precisamente la cosa que no había que decir. A partir de entonces, nuestro Schreber ya no duerme, y esa noche intenta colgarse. La relación de procreación está implicada, en efecto, en la relación del sujeto con la muerte. (Lacan, 2011b, p.440)

---

<sup>112</sup> Este aspecto lo desarrollaremos en otro punto de éste capítulo.

Los avances de la psiquiatría prometidos irían en contra de los resultados, puesto que esa misma noche, en casa de su madre, la enfermedad de Schreber se recrudece, haciéndose impotentes los somníferos indicados:

Pese a ello, la noche transcurrió insomne, y durante ella abandoné la cama, presa de nuevamente de estados de angustia para llevar a cabo una suerte de intento de suicidio por medio de una toalla o algún otro recurso semejante, que mi mujer, despertándose al oírlo me impidió. (Schreber, 1999, p.86)

A partir de estos comportamientos, el Dr. Flesching determina una segunda internación en la Clínica Universitaria de Leipzig debido el cuadro de depresión nerviosa y debilidad al cual se veía enfrentado el enfermo, el cual alternaba con una fuerte excitación nerviosa, irrumpiendo lo alucinatorio:

[...] la sangre se había retirado desde todas las extremidades al corazón, mi estado de ánimo se había tornado extremadamente sombrío. (Schreber, 1999, p.86)

Casi como del orden de una metáfora de la teoría de los humores griegos, los flujos de la sangre acompañan el estado de tristeza de D.P. Schreber, quien en la internación no rectificará su voluntad suicida. En esos primeros tramos de tratamiento, el insomnio consistía. El sujeto giraba en redondo respecto a la muerte:

[...] mi espíritu estaba casi exclusivamente ocupado con pensamientos de muerte (Schreber, 1999, p.86)

[...] mi deseo de vivir estaba permanentemente en quiebra, se había desvanecido en mí cualquier otra perspectiva que no fuera un desenlace macabro, que finalmente tendría que cumplirse mediante el suicidio. (Schreber, 1999, p.89)

A partir de la ausencia de su esposa durante algunos días de la internación, la depresión se recrudece, en el estallido de un “colapso nervioso” que agudizó aun más el ánimo decaído. En ese ínterin se produce el más claro indicio del “derrumbe espiritual” en un episodio onírico en donde Schreber tuvo un número absolutamente desusado de poluciones (quizás media docena) en esa sola noche (Schreber, 1999, p.89). Comienzo según Schreber de “las primeras indicaciones de un trato con fuerzas sobrenaturales, una conexión nerviosa que el profesor Flesching mantuvo conmigo, de tal manera que hablaba a mis nervios sin estar presente personalmente”. (Schreber, 1999, p.89)

La transformación del tratamiento en la interpretación del autor, es considerado en clave paranoide. Cuanto antes estimaba para la cura de su enfermedad, una estrategia ideada por el Profesor Flesching que consistía en “presionar primeramente sobre mi depresión nerviosa para hacerla descender hasta determinado estado profundo, y luego mediante un brusco cambio en mi temple de ánimo, provocar de un golpe la curación” (Schreber, 1999, p.87), la afrenta persecutoria lo llevó a “suponer que existió en él una intención francamente macabra” (Schreber, 1999, p.87)

En ese “tiempo sagrado” en el que se sumergía el sujeto Schreber, en una zona de confusión entre la realidad y lo sobrenatural, se produce una “crisis en el orden del universo” emprendido por un perseguidor que se hacía coincidir con la persona del Profesor Flesching mediante “el asesinato del alma” o “almicidio”.

Schreber se consideraba “muerto y en putrefacción, imaginaba que en su cuerpo se llevaban a cabo toda suerte de atroces manipulaciones, y que hacía, como él mismo lo manifiesta aun ahora, las cosas más terribles que alguien pueda imaginar, y esto con una finalidad sagrada” (Schreber, 1999, p.322), exigiendo el cianuro de potasio destinado a él, en una clara vocación suicida. Muerto y en putrefacción, Schreber confesaba: “Yo soy el primer cadáver leproso y llevo un cadáver leproso” (Schreber, 1999, p.123). Extraño conjuro que repetía como estribillo, y al cual pudo significar a posteriori: “los enfermos de lepra tenía que considerarse a sí mismos como condenados a una muerte segura, y tenían que ayudarse entre sí a lograr una muerte por lo menos tolerable sepultándose en la tierra” (Schreber, 1999, p.123)

De sus propias confesiones, surgirá el detalle de una alucinación que en buena medida resume el estado del sujeto Schreber:

Tengo el recuerdo que a mediados de marzo de 1894, cuando el trato con fuerzas sobrenaturales había cobrado ya relativa intensidad, se me puso delante un periódico en el que podía leerse algo así como mi propio aviso de defunción; interpreté este hecho como una insinuación de que yo no debía contar ya con ningún posible regreso a la sociedad humana.” (Schreber, 1999, p. 116).

A partir de esta puntuación, J. Lacan referirá a “la muerte del sujeto”, momento crítico en la historia de la Tierra y de la Humanidad, en el que Schreber alucina el detenimiento de los relojes del mundo, cita que remite a la lectura de Schiller, curiosamente para nuestro asunto, a un poema filosófico titulado “A la alegría”: “La alegría, la alegría mueve los engranajes del gran reloj de los mundos”. (Citado por L. E. Prado de Olivera,

1997). Detenidos los engranajes del sujeto Schreber, constatamos numerosos significantes expresables en los términos de una “crisis peligrosa para la subsistencia del reino de Dios” explicada por “la disminución del calor solar por un alejamiento mayor del sol y una consiguiente glaciación más o menos general” o “un terremoto o algo semejante”. (Schreber, 1999, p.117)

En modo sucesivo a lo largo del texto, los relatos de la fisura del universo plasman de un y otro modo, la muerte del sujeto y la crisis del universo. En particular modo, nos cautiva entre tantas “visiones” relacionadas con la idea del fin del mundo, aquella en la que Schreber realiza un recorrido por la historia de la humanidad o de la Tierra, describiendo que en las regiones superiores existían aún bosques frondosos; en las inferiores todo se tornaba cada vez más oscuro y negro:

[. ...]caminé como por un cementerio, donde, entre otras cosas, crucé la tumba de mi propia mujer en la parte en donde estaban sepultados los habitantes de Leipzig...En el viaje de regreso, el pozo se iba desmoronando detrás de mí y puse en peligro a un Dios solar que se encontraba simultáneamente allí” (Schreber, 1999, p. 111)

Fragmento que ilustra mediante el recurso al pozo y el acto de desmoronamiento, el período de cataclismo imaginario en donde el mundo evidencia el carácter abierto y abismal de la realidad de Schreber. Cabe recordar además que “pozo” tiene una significación popular muy importante relativa a los “estados de ánimo” deprimidos. (“cayó en un pozo” “está en un pozo”) y a su vez, se relaciona con el lecho del muerto, el pozo en la tierra. Es interesante como en el texto, el pozo pierde los límites y finalmente Schreber concluye el fragmento revelándose un destino por demás oscuro: “está todo perdido”. (Schreber, 1999, p.111).<sup>113</sup>

Entendemos que la serie de los indicios recogidos respecto a la posición de Schreber en el período de crisis y su estado de ánimo articulado a los términos de la muerte, el suicidio, el fin del mundo y los hombres hechos a la ligera no pueden sino hacernos sospechar en un modo de mortificación e indignidad que la psicopatología rápidamente tendería a asociar a la melancolía. Si este diagnóstico fue desestimado por S. Freud, suponemos que fue en la medida que fue solo el comienzo de la enfermedad y no su desenlace. Tal como propone Soler, la diferencia entre paranoia y melancolía se impone en la etapa siguiente, en la subjetivación del daño primario. (Soler, 1989, p. 39)

---

<sup>113</sup> Cuando nos aboquemos al estudio topológico del agujero, retomaremos los indicios aquí obtenidos y concluiremos que en la psicosis de Schreber no se trata de “pozos” sino de “abismo”, con las implicancias teóricas que dicha diferencia supone.

El hundimiento nervioso o la catástrofe libidinal, el “almicidio” y la “crisis en el reino de Dios” como experiencia de la muerte del sujeto, encuentra un punto de detención a partir de la reconstrucción delirante en un lazo al mundo, en una “solución elegante” que detiene el avance hacia una elaboración melancólica. Deberá recorrerse un largo periplo de subjetivación delirante para que la pacificación con el perseguidor se consume y lo que antes era la “muerte del sujeto”, se transforme en un triunfo glorioso, arrastrando el estado deprimido de Schreber a una particular posición subjetiva en el universo como la mujer de Dios:

[...] objeto de horror al principio para el sujeto, luego aceptado como un compromiso razonable..., desde ese momento una decisión irremisible...y motivo futuro de una redención que interesaría al universo. (Lacan, 2008b, p.540)

En este sentido, y en oposición a esa posible solución de identificación narcisísticas al objeto tal cual la propuesta freudiana de *Duelo y Melancolía*, en Schreber se trató “de una reconstrucción delirante del mundo guiada por la perspectiva sacrificial de la <reconciliación> amorosa con un Dios cuya maldad, entre tanto, se detiene a distancia” (Pelion, 2003, p. 149). Será en la construcción delirante en donde podemos leer los modos de elaboración de la pérdida, abduciendo ciertas operatorias de la misma. A modo paradigmático, escogeremos una de las tantas versiones extraíbles y que podemos ordenarla en los términos “muerte de Schreber/procreación de sujetos Schreber”.

### 7.3 La hipótesis freudiana del duelo en Schreber

Un padre así no era por cierto inapropiado para ser trasfigurado en Dios en el recuerdo tierno del hijo, de quien fue arrebatado tan temprano por la muerte. (Freud, 1989e, p. 48)

Si se supiera con certeza que el hermano muerto de Schreber era mayor que él, sería lícito ver la fragmentación de Dios en uno inferior y otro superior como la expresión del recuerdo de que, tras la muerte temprana del padre, el hermano mayor ocupó su lugar (Freud, 1989e, p. 50.)

¿Es el duelo un problema que recorra las “Memorias de un enfermo nervioso”? Atendiendo al duelo como una operación del lenguaje que supone la inscripción de la pérdida de un objeto en lo real por obra del trabajo del simbólico, apuntaremos a la lectura

de las operaciones de la pérdida y la procreación en el discurso schreberiano, términos comunes al proceso de duelo, y que se comportan de un modo particular en la estructura de la psicosis Schreber.

¿Es posible situar una pérdida desencadenante de un duelo en dicho texto? Desde una posición rigurosa la empresa es de notoria complejidad, puesto que en el relato de Schreber, no hay siquiera una declaración de duelo del sujeto en cuestión, aunque abundaron los motivos, a raíz de una numerosa serie de pérdidas acaecidas en su vida.<sup>114</sup>

Si concebimos la psicosis desde una perspectiva estructural, que atiende a la forclusión como mecanismo fundamental desde el cual inteligir ciertos fenómenos del sujeto psicótico, podemos teóricamente proponer que la pérdida o agujero en lo real ha sido forcluída, rechazada de plano por el sujeto en cuestión. A partir de una lectura que sostiene al sujeto psicótico en una posición de rechazo del inconsciente (Lacan, 2012), la psicosis de Schreber puede ser inteligida en los términos de lo forclusivo, en tanto retorno desde lo real, de aquello que no pudo ser inscripto simbólicamente.

La argumentación teórica permite suponer un significante no inscripto en la estructura, el significante nombre – del – padre. En ausencia de una lectura de los registros R-S-I que pudiera diferenciar los padres, la pregnancy del padre imaginario ocupó un resorte fundamental en la lectura del deliro de Schreber por S. Freud. En tal lectura, el Dios de Schreber pasó a ocupar un lugar de sustituto respecto a la temprana muerte del padre. El epígrafe arriba citado, corazón de la interpretación freudiana de la psicosis paranoica de Schreber, nos sitúa al respecto. El indicio que constatamos trata de la interpretación del Dios en el delirio de Schreber, al modo de un sustituto del amado padre. ¿Cómo no explorar la cuestión del duelo en Schreber a partir de semejante interpretación? Tal indicio nos traslada a la conclusión de la tesis freudiana: el Dios de Schreber es un retorno del objeto padre perdido. Comienzo auspicioso para una exploración del duelo en la psicosis.

¿Acaso leemos en Schreber una declaración de duelo? Lo arriba expresado, es la versión que Freud establece respecto a la lectura de las memorias. En su lectura, emerge un componente del duelo por el padre, el cual se entamará a la red de articulaciones delirantes ofrecidas en el texto. Que Freud leyera una reacción de duelo en los términos de la sustitución del objeto (¡algo muy freudiano!) no se traduce en que para Schreber hubiese operado un duelo por la muerte del padre. A nuestro modo de leer el problema, optaremos

---

<sup>114</sup> En tal sentido, en su biografía se destaca el suicidio de un hermano con diagnóstico de psicosis evolutiva, la muerte de la hermana o la temprana muerte del padre.

por el significante “Schreber” a la hora de situar lo perdido, haciendo a un lado la interpretación freudiana del duelo por el padre.

En este sentido, ponemos a interrogación la interpretación que Freud realizara respecto a ésta pérdida, y que en una combinatoria con los términos del Edipo y la relación a lo paterno, fundamentan la suma de las elucidaciones freudianas de la psicosis paranoica del caso Schreber <sup>115</sup>.

En buena medida, la hipótesis de la paranoia en su interpretación, se edifica a partir de una lectura del duelo, en especial relativa a la pérdida del padre. En otro lugar de este estudio, hemos precisado la problemática del duelo del padre en Freud, elemento que insiste o retorna en la lectura de Schreber. ¿Es acaso la muerte del padre la razón o el fundamento del delirio de Schreber? Reconociendo la sensibilidad de Freud ante la pérdida del padre, y la potencia de éste “acontecimiento” en la elucidación e interpretación de ciertos desarrollos de la cultura, se hace necesario establecer algunas reflexiones a efectos de orientar nuestra interpretación, y corregir lo que de exceso interpretativo pudiera leerse en Freud.

¿Quién era el padre de D.P Schreber? ¿Cuál su relación con el sujeto en cuestión? Moritz Schreber (1808-1861), ilustre médico – pedagogo se destacó por la invención y desarrollo de una educación basada en la gimnasia ortopédica. Disciplina destinada a la prevención de deformaciones óseas, tanto como desviaciones morales, se basaba en el precepto de que el equilibrio espiritual es la consecuencia de una adecuada equilibración de los impulsos físicos. Por tal motivo, M. Schreber desarrollo una serie de tecnologías mediante las cuales lograba realizar correcciones a las posturas corporales en los niños, a efectos de remediar las inevitables desviaciones morales.<sup>116</sup> D.P. Schreber había vivido desde su infancia en una mansión en donde se alojaba la clínica ortopédica, siendo objeto de aplicación de las tecnologías o aparatos de corrección, correas o baños fríos desarrollados por su padre. (Niederland, 1984) La educación del espíritu por la vía del disciplinamiento y la sujeción del cuerpo era el proyecto con el cual el padre de Schreber pretendía establecer el orden y la cohesión social, en la propagación de un ideario que anhelaba la extensión universal de la reforma, revelando una posición omnipotente y omnisciente respecto al saber.

---

<sup>115</sup> En tal sentido, la idea central de la etiología de la paranoia refiere al avance de la libido homosexual, la cual es interpretada por Freud, en el desplazamiento o la transferencia de los sentimientos tiernos del hijo al padre.

<sup>116</sup> En obras publicadas del padre de Schreber, se expresa su sistema de pensamiento: “*La gimnasia desde el punto de vista médico presentado al mismo tiempo com o un asunto de estado (1843)*”, “*Gimnasia médica casera (1855)*” o “*Kallipedia o educación para la belleza (1858)*”, entre otros.

Los biógrafos especializados en la vida de D.P.Schreber, mantienen cierta cautela a la hora de resumir la estima de éste hacia el padre, punto de tensión con un S. Freud que destaca “el recuerdo tierno del hijo”.<sup>117</sup> ¿Era tierno el recuerdo? ¿Basándose en qué puede Freud leer un vínculo de ternura?

Respecto a las biografías desarrolladas sobre el padre de Schreber, cabe destacar que la esposa de M. Schreber destruye todo cuanto pueda recordar a su marido (Israëls, H. 1986), abriendo un amplio espectro de interpretación respecto al lugar y la estima hacia el padre en el seno de la familia Schreber (Schatzman, 1977). Lejos de ingresar en el terreno de las conjeturas respecto a ese modo de evaluar o juzgar la relación de Schreber padre e hijo en la lectura freudiana, conviene a modo de síntesis, poner en interrogación dicha interpretación.

En modo representativo de la puesta en interrogación de semejante supuesto, valdría recordar una lectura opuesta desarrollada por Nederland, quien instrumentara un giro interpretativo que conducirá a vincular el delirio paranoico a un abuso traumatogénico infantil impartido por un padre sádico del enfermo nervioso (Lothane, 1994). De todos modos, y más allá de semejante tesis, en un punto no se desembaraza del rumbo dado por Freud a la consideración de la psicosis: aspectos del pasado se vinculan al presente de la crisis de Schreber. No obstante, en el modo de concebir la relación al padre, está la articulación teórica en la que inexorablemente el pasado es conectado con la crisis presente del sujeto en cuestión.

En este punto, la aventura freudiana reconocía los riesgos de la interpretación, ante el escamoteo de la historia familiar al cual Schreber dedicaba un capítulo<sup>118</sup>. Ante esa sustracción del material, el más sustantivo para la inteligencia del caso en la opinión de Freud, las reglas de la interpretación se hicieron vulnerables, dando lugar a un marco de lectura que apoyaba en suelo movedizo. A la búsqueda de nuevos materiales que pudiesen preparar el terreno para la conexión entre el núcleo delirante y la infancia de Schreber, Freud encomendó al Dr. Arnold Stegmann que averiguara todo tipo de datos personales sobre el viejo Schreber. De esos informes dependerá cuantas cosas voy a decir en público

---

<sup>117</sup> En este punto no podemos más que aludir al mito de la horda primitiva, mito científico mediante el cual intentaba dar una explicación científica al comienzo de la cultura, en donde destaca el afecto que los hermanos sentían por el padre “que gozaba de todas las mujeres”.

<sup>118</sup> Aludimos al Capítulo 3 del texto de Schreber, del cual queda una sola referencia: «Trato ahora en primer término sobre cosas que sucedieron a otros miembros de mi familia y que, según puede pensarse, mantuvieron alguna relación con el almicidio presupuesto; comoquiera que fuese, todas ellas llevan un sello más o menos enigmático, difícil de explicar de acuerdo con las experiencias humanas ordinarias» (Schreber, 1999, p.81)

(Freud, 1989e, p. 44). Ciertamente la referencia faltó a la cita, e incluso fueron omitidas por Freud ciertas fuentes que hubieran al menos puesto en interrogación “el recuerdo tierno” sobre el que edificó buena parte de su interpretación. (Citado en Gay, P. 1989, p. 324)

En la lectura del caso Schreber, hubo una intención explícita de S. Freud por llevar a cabo un proyecto teórico, imponiendo la articulación de los conflictos delirantes del presente schreberiano con la historia infantil del sujeto, resorte del determinismo histórico como nexos causales. En tal maniobra interpretativa, si la lucha con Flesching se le revelaba al enfermo como un conflicto con Dios, el mismo debía pasar por la historia infantil del sujeto Schreber, traducéndose en un conflicto infantil con el amado padre. (Freud, 1989e, p.52). Es del orden de un axioma, irrefutable y necesario a los efectos de la consolidación de la lectura freudiana, la relación de amor al padre, en los artilugios de una construcción teórica respecto a la cual S. Freud muestra signos de inconformidad, dada la escasez de fuentes biográficas con las cuales contrastar la interpretación desarrollada.<sup>119</sup> El duelo en el contexto de la construcción del caso freudiano, quedó atrapado y al servicio de la teorización emergente.

#### **7.4 La imposible procreación**

[...]la reiterada frustración de la esperanza de recibir la bendición de los hijos” (Schreber, 1999, p.83)

En principio una lectura freudiana monopoliza la trama delirante del enfermo en cuestión, haciendo coincidir la paranoia al conflicto homosexual vinculante al complejo paterno. No obstante lo anterior, S. Freud dio lugar a sospecha respecto a otros factores “colaterales” intervinientes en la dinámica libidinal:

A semejante resultado puede llevar todo cuanto provoque una corriente retrocedente de la libido «regresión» ; tanto, por un lado, un refuerzo colateral por desengaño con la mujer, una retroestasis directa por fracasos en los vínculos sociales con el hombre - casos ambos de «frustración»-, como, por otro lado, un acrecentamiento general de la libido demasiado violento para que pueda hallar tramitación por los caminos ya abiertos, y que por eso rompe el dique en el punto más endeble del edificio. (Freud, 1989e, p. 57-58)

---

<sup>119</sup> Al respecto Freud, y relativizando la rigurosidad de la interpretación señala: “En cuanto a nosotros, no tenemos más remedio que conformarnos con un esbozo así, vago, del material infantil a que la paranoia contraída recurrió para figurar el conflicto actual” (Freud, 1989e, p.53)

En tal sentido, y a modo de ejemplo de lo anterior, S. Freud hace una advertencia respecto a la causalidad de la psicosis, que no es retomada en sus abordajes, pero que en este estudio la retomamos como indicio de exploración:

Quizá tenga yo derecho a agregar todavía algo para fundamentar aquel conflicto que estalló en torno de la fantasía femenina de deseo. Sabemos que nuestra tarea es entramar el surgimiento de una fantasía de deseo con una frustración [cf. pág. 58, n.], una privación en la vida real y objetiva. Ahora bien, Schreber nos confiesa una privación así. Su matrimonio, que él pinta dichoso en lo demás, no le dio hijos, sobre todo no el hijo varón que lo habría consolado por la pérdida de padre y hermano, y hacia quien pudiera afluir la ternura homosexual insatisfecha.” (Freud, 1989e, p.58)

Articulando una privación (¿un duelo?) respecto a la imposible procreación por Schreber declarada, tal frustración parece ofrecer un lugar significativo en el conflicto del enfermo nervioso. En el texto princeps *Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente (1911)*, el lugar de Schreber en la estructura familiar es preciso y contundente: hijo. Toda interpretación del conflicto actual del drama conlleva hacia ese significante, al punto que S. Freud interpretará “la reiterada frustración de la esperanza de recibir la bendición de los hijos” (Schreber,1999,p.83) en sus memorias, como una frustración relacionada a que ese hijo varón no advenido podría “haberlo consolado por la pérdida del padre y el hermano, hacia quien pudiera afluir la ternura homosexual insatisfecha” (Freud, 1989e, p.54) Incluso en el intento de acercarse a una posición paterna, en Freud se trata de una verificación de un lugar de hijo capturado en el complejo paterno. De este modo, la posibilidad de ubicar una privación en el estatuto etiológico de la paranoia, es en el caso de Schreber leído por S. Freud, reabsorbida por la interpretación princeps. El esbozo de la procreación en la frustración reconocida por Schreber, rápidamente muda en un lugar de hijo, poniéndose la procreación al servicio del “recuerdo tierno”.

¿Es una interpretación acertada? A nuestro modo de leer el caso, son múltiples los indicios que nos hacen poner a consideración el problema de la procreación y la paternidad en Schreber, razón por la cual proponemos por una cuestión de método y estrategia exploratoria, suspender la interpretación freudiana, la cual lejos de aclarar respecto a un horizonte de problema relativo a la procreación y la muerte, obtura el saber en la malla omnicomprendiva del complejo paterno y el marco edípico. En Freud no hay dos lecturas: Schreber está en posición de hijo, y la paranoia encierra en su núcleo, un vínculo homosexual dirigido al padre. (Freud, 1989e)

Sabemos que en la historia del matrimonio de Schreber, hubieron múltiples embarazos y abortos espontáneos. Entre internaciones psiquiátricas, confiesa que en los ocho años de felicidad vivida junto a su esposa Sabine, un único acontecimiento opacaba la armonía de la pareja: la frustración de no poder tener hijos. Inversión de la lectura freudiana, puesto que la misma exige privilegiar una preocupación paterna en Schreber, por sobre el lugar de hijo al cual estuvo destinada la interpretación freudiana. Al respecto Freud acerca el problema y se distancia:

[...] acaso el Dr. Schreber forjó la fantasía de que si él fuera mujer, sería más apto para tener hijos, y así halló el camino para resituarse en la postura femenina frente al padre, de la primera infancia" (Freud, 1989e, p.54).

Nos servimos de la primera parte de la interpretación, puesto que se establece una cierta coherencia entre la imposibilidad de tener hijos y la posición delirante de emasculación al servicio de la procreación. No obstante, suspendemos la segunda parte de la misma, puesto que la leemos en función de lo arriba expuesto, como un forzamiento teórico al servicio de la teoría. Sumada a la declarada frustración del enfermo nervioso por la imposible procreación, se anuda la preocupación relacionada con el árbol genealógico y la extinción de los Schreber, aspecto también destacado por Freud.

Su raza corría el riesgo de extinguirse, y parece que estaba bastante orgulloso de su linaje y familia. (Freud, 1989e, p.54).

Los argumentos extraídos de la lectura del texto de Schreber y Freud, nos permiten presumir en este sentido, y lejos de aventurar conjeturas sobre el duelo por la muerte del padre o la imposibilidad de tener hijos, la problemática de la pérdida centrada en el significante Schreber. Mediante tal conjetura, intentamos sortear los riesgos hermenéuticos en los que la interpretación freudiana recayó. De este modo buscamos acotar lo que de exceso leemos en la lectura de Freud, al tiempo que recuperamos una perspectiva que fue aplastada en el contexto de su teoría de la paranoia y la homosexualidad:

Entonces, el posterior delirio, pospuesto de continuo al futuro, según el cual por su emasculación el mundo se poblaría «de hombres nuevos de espíritu schreberiano» (288) , estaba destinado a remediar su falta de hijos. Si los «hombres pequeños» que el propio Schreber halla tan enigmáticos son hijos, nos resulta bien comprensible que se reunieran sobre su cabeza en gran número (158) ; son, realmente, los «hijos de su espíritu» (Freud, 1989e, p. 54)

## 7.5 El estatuto “aparente” de la pérdida

La lectura de las “Memorias” permite considerar ciertas ideas de valor conjetural respecto al lugar de la pérdida en el discurso de Schreber. Entendemos que en el estudio del delirio es posible establecer ciertas regularidades, insumos para abordar a posteriori la operatoria del duelo en el contexto de la constitución de un sistema conjetural. Entre los términos de la “creación” y la “cremación” detenidamente expuestos por Schreber en múltiples aspectos del texto, podemos sistematizar ciertas conclusiones al respecto, las cuales asientan las bases para pensar a posteriori los símbolos de la “procreación” y la “muerte”, insistentes en el obrar delirante del enfermo nervioso. En la configuración de tales términos, situamos el significante “Schreber”, sobre el cual recaerán tales maniobras discursivas, puesto que la muerte del sujeto y la procreación de una nueva raza de hombres Schreber, hacen al circuito delirante del enfermo nervioso.<sup>120</sup>

La muerte del sujeto Schreber anticipada en el periódico, la emasculación o transformación en mujer por obra del delirio, y la generación de nuevos hombres Schreber, compone el recorrido de constitución de la metáfora delirante que articula la pérdida y la creación. Si estos términos están ligadas, esto es en tanto responden a una indisoluble articulación conceptual: la metáfora es creadora, a condición de una pérdida o agujero en lo real que hace posible el trabajo de movilización significativa. Esta operación nombrada por Lacan en los términos de una inversión de la forclusión aplicable al caso Hamlet, es posible desde nuestra conjetura, ser articulada al caso Schreber.

En Schreber el estatuto de la creación, y explicitando una crítica a la teoría de la evolución de Darwin, se produce por una “sucesión de actos separados de creación”. Cada una de las especies se produjo en tal sucesión, aunque no sin el recuerdo de las especies pre – existentes. (Schreber, 1999, p.224) La aparición directa o creación mediante milagros divinos se produce en tal sentido, por una generación espontánea (generación sin progenitores, *generatio aequuoca*). Pero a diferencia de aquella concepción de la creación proveniente de la abiogénesis<sup>121</sup>, la impronta de Schreber propone a las manifestaciones

---

<sup>120</sup> Como veremos más adelante, esta operación discursiva responde a una modalidad de agujero que se distancia de la falta en la estructura neurótica. Asíntota, hipérbola, realidad abierta y tendencia al infinito regulan a la misma en un intento de formalización de la pérdida.

<sup>121</sup> La teoría de la generación espontánea (también conocida como arquebiosis o arquegénsis) es una antigua teoría biológica de abiogénesis que defiende que podía surgir vida compleja (animal y vegetal), de manera espontánea a partir de la materia inorgánica. Para referirse a la "generación espontánea", también se utiliza el término *abiogénesis*, acuñado por Thomas Huxley en 1870, usado originalmente para referirse a esta teoría. Louis Pasteur refutó de forma definitiva la teoría de la generación espontánea, postulando la ley de la biogénesis, que establece que todo ser vivo proviene de otro ser vivo ya existente.

deliberadas de la voluntad o fuerza creadora divina como motor de la creación, prescindiendo de la materia para tales efectos.

Dejando al margen las interpretaciones o intuiciones que una clínica del desencadenamiento ha puesto en un lugar preponderante respecto a las razones que llevaron a Schreber a la psicosis, optamos por abordar el análisis del duelo en el texto escrito sobre el delirio. ¿Que estatuto comporta la pérdida y la creación en dicho texto? <sup>122</sup>. Suponemos de hecho la presencia de elementos discursivos que nos permiten inferir cuestiones relativas al duelo en la estructura de la psicosis.

Entre la muerte del sujeto y la continuidad de la familia Schreber, claramente en extinción según las biografías especializadas, opera una metáfora creacionista que permite trascender la inexorable finitud del sujeto Schreber, expresada en el periódico. A una lectura necrológica le corresponde un opuesto absoluto: el sujeto en cuestión advendrá “inmortal” al punto que:

En el supuesto que yo cayera alguna vez en el agua o que quisiera dispararme una bala en la cabeza o en el pecho, cosa en la cual, naturalmente, no pienso ya ni de lejos, aparecerían presumiblemente fenómenos transitorios como los que son propios de la muerte por ahogamiento, o el estado de pérdida de la conciencia después de una herida de bala con efecto mortal. Pero si tendría o no lugar entonces, mientras durase el trato con los Rayos, una nueva revivificación, se sería o no suscitada la actividad del corazón y con ella circulación de la sangre, se reconstituirán los órganos internos destruidos y los trozos de hueso, es esta una pregunta que de acuerdo con mis vivencias anteriores, no me atrevo a responder negativamente. (Schreber, 1999, p.258)

Subrayamos “una nueva revivificación” en su potencia inmortal, que lleva a la consideración de la reconstitución de lo destruido (¿lo perdido?) en la vida de Schreber, condición necesaria pero no suficiente, a los efectos de elucidar la maniobra subjetiva mediante la cual se produce **el pasaje de la muerte a la vida y de la vida a la muerte, en un ciclo en tendencia al infinito**, respecto al cual a posteriori extraemos ciertas consideraciones topológicas relacionadas al problema.

---

<sup>122</sup> Optamos metodológicamente por realizar una selección de algunos fragmentos relacionados a la muerte y la procreación del significante Schreber, advirtiendo al lector de otros posibles recortes tales como el fin y el comienzo del universo, la destrucción de los órganos y la regeneración entre otros.

Si en otro capítulo nos ocupamos del problema del duelo y la necesaria circunscripción de la pérdida por el trabajo del significante, en un enaltecimiento del valor del ritual en la función del duelo, en Schreber podemos pesquisar una serie de proposiciones con valor axiomático, cosmogónico y teológico respecto a la elaboración de la pérdida. ¿Cómo opera? En rigor axiomático, el “alma humana” está contenida en los nervios del cuerpo, y la vida espiritual depende la excitabilidad por influjos externos. Cuando el cuerpo pierde su fuerza vital, se produce para los nervios el estado de pérdida de la consciencia o “muerte”. No obstante, en un claro gesto de la inmortalidad del alma Schreber sostiene:

...con ello no queda dicho que el alma se haya extinguido realmente, sino que las impresiones recibidas se mantienen adheridas a los nervios (Schreber, 1999, p.64)

La maniobra de la inmortalidad es llevada a cabo por Dios, quien mantiene un trato normal con las almas humanas sólo después de la muerte:

Dios podía acercarse sin peligro a los cadáveres para atraer, sacándolos de ellos, a sus nervios (en los cuales no se había extinguido aun la autoconciencia, sino que sólo estaba aletargada) por medio de la fuerza de los Rayos y para llevarlos hacia sí y despertarlos con ello a una nueva vida celestial. (Schreber, 1999, p.67)

Para tal destino del alma se requiere un “proceso de purificación” y “examen de los nervios humanos”, para ser incorporados finalmente a Dios. En este proceso que finaliza con la “bienaventuranza”, “un estado de goce ininterrumpido” y la “contemplación de Dios” por parte del alma purificada, supone que en “Dios” o “las antecámaras del cielo” se anuda la idea del eterno ciclo de las cosas subyacente al orden cósmico:

Cuando Dios crea algo, se desprende en cierto sentido de una parte de sí mismo o da una figura diferente a una parte de sus nervios. Pero la aparente pérdida que de allí resulta se repara nuevamente cuando, después de cientos y miles de años, los nervios que ya se han vuelto bienaventurados de los hombres muertos (...) y las restantes cosas creadas recrecen otra vez en Dios bajo la forma de “antecámaras del cielo”. (Schreber, 1999, p. 71)

Destacamos la idea del “**ciclo eterno**”, argumento mediante el cual se trata de una “**aparente pérdida**”, la cual es reparada en los “procesos de purificación” realizados por Dios y que desembocan en la **eternidad, la inmortalidad y el universo absoluto**.

## 7.6 Creación de una nueva humanidad

En todas las cosas de esta especie, el hombre tiene que tratar de remontarse más allá de las estrechas representaciones geocéntricas que, por así decirlo, lleva en su sangre, y considerar las cosas desde un punto de vista más elevado de la eternidad (Schreber, 1999, p.96)

Las ideas de carácter axiomático expuestas recientemente, constituyen la base sobre la cual Schreber fundamenta una trayectoria delirante que comienza con su muerte y finaliza en la procreación de hombres de espíritu Schreber inherente al proceso de emasculación logrado. El intento infructuoso de un “almicidio” o “asesinato del alma” dirigido a Schreber hunde sus raíces en el árbol genealógico y la cadena filiatoria de la familia Schreber. En tal sentido entendemos necesario hacer hincapié en la consideración del nombre, tal cual como lo indica el “Estudio preliminar” a la Edición en castellano:

“la preocupación por el origen genuino la tuvo Schreber respecto a su propio linaje, desde antes de su enfermedad”. (Citado en Schreber, 1999, p.35).

En plena agitación delirante, el enfermo nervioso escribe convencido que en el siglo pasado se perpetró un “asesinato del alma” entre los linajes Schreber – Flesching, y ésta vuelve a intentarse en el nombre del Profesor Flesching. El asesinato consistió a modo sucinto, en apoderarse del alma de otra persona para procurarse a costa de dicha alma, una vida más larga o alguna otra ventaja que dure más allá de la muerte. (Schreber, 1999, p.74). El almicidio perpetrado será interpretado por Schreber en los términos de una conspiración entre un tal hombre y algunos elementos de los reinos anteriores de Dios en perjuicio de la estirpe Schreber, acaso en el sentido de que se les negase la descendencia. (Schreber, 1999, p.77).

Recordemos que en ese primer período de la enfermedad de Schreber, la perplejidad angustiada, la depresión melancoliforme y el abismo apocalíptico, comportaban “en parte un carácter aterrador, pero también en parte, una indescriptible sublimidad” (Schreber, 1999, p.111). Cuando comienza a incubarse la idea delirante de la emasculación, la interpretación paranoide hará del proceso un complot en su contra, ocurriendo numerosos “milagros” en su cuerpo y en su virilidad resumible en los términos de “una profanación sexual después de la metamorfosis por la cual se proponía cambiarme en criatura de sexo

femenino” (Schreber, 1999, p.112). Dicho proceso fue en un primer tiempo rechazado por el propio Schreber, implementando medidas tendientes a poner fin a un exceso que atacaba la moral, la dignidad y el honor del Presidente, mediante cualquier modo de muerte tal como dejarse morir de hambre, baños sagrados con ideas de ahogamiento, o ser enterrado vivo (Schreber, 1999).

Fracasando los intentos de suicidio, actos a través de los cuales Schreber intentaba hacer límite y poner fin a esas experiencias sobrenaturales, será a partir de Noviembre de 1895 en donde fecha el momento de un giro en la relación al proceso de emasculación:

Hasta entonces yo había tomado en cuenta siempre la posibilidad de que, si mi vida no estaba destinada a ser inmolada antes como víctima en alguno de los numerosos milagros aterradores, en algún momento tuviera que ponerle fin mediante el suicidio”. A esos posibles desenlaces, Schreber sumaba una posible “salida aterradora, de una índole jamás vista entre los hombres. (Schreber, 1999, p. 180)

Por motivos racionales, y ante la exigencia del orden cósmico, el sujeto en cuestión no tuvo más que resignarse al pensamiento de la transformación en una mujer, y en consecuencia “solo podía pensarse, naturalmente, en una fecundación por medio de rayos divinos con el fin de crear nuevos hombres”. (Schreber, 1999, p. 181). Ante una humanidad perenne, en la que Schreber convivía con “hombres hechos a la ligera”, la transformación en mujer se convertía en la solución incondicionalmente adecuada para una renovación de la humanidad. Conducta necesaria y saludable en los términos de Schreber, que le devolverá un ánimo igual de afectado por la posición del sujeto, pero por obra del delirio, en un nuevo lugar que a su vez, se inscribe en las “Memorias”.

## 8 Duelo y Psicosis

### 8.1 Del fenómeno a la estructura

El recorrido realizado a lo largo de este estudio nos ha permitido construir una pregunta, orientadora a los efectos del establecimiento de un sistema de conjeturas que aporten cierta inteligibilidad al problema de investigación: ¿Qué del agujero en la psicosis? En la medida que podamos dar respuesta a nivel teórico a este interrogante, estaremos en condiciones de dejar sentado un soporte conceptual que pueda ser puesto a prueba en futuras investigaciones. Siguiendo la perspectiva epistemológica con la que enfocamos esta exploración, nos centraremos a continuación en la perspectiva de la psicosis de J. Lacan, para desde allí poner a dialogar la problemática teórica delineada a partir de algunos de los indicios recogidos a lo largo del trabajo exploratorio.

En función de la heterogeneidad de las perspectivas teóricas respecto al campo de las psicosis en el conjunto de las doctrinas psicoanalíticas, hemos decidido llevar a cabo tal exploración en una perspectiva lacaniana, a razón de los escasos desarrollos e investigaciones desarrolladas respecto a nuestro problema de investigación. En este sentido, sucede algo similar, exigiéndose un nuevo recorte a los efectos de precisar una noción de psicosis metodológicamente posible, dada la extensión del campo teórico lacaniano. Por tanto, hemos decidido inclinarnos por una concepción correspondiente al escrito titulado *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*, el cual contiene la suma de las elaboraciones fundamentales desarrolladas anteriormente, al tiempo que se aproxima diacrónicamente al Seminario en el que se aboca al duelo (y que trabajamos en otro capítulo)<sup>123</sup>

En el primer período de la obra, que podemos ubicar en sus comienzos en torno a la Tesis de Doctorado titulada *De la psicosis paranoica y sus relaciones con la personalidad (1932)*, J. Lacan centrará sus desarrollos en el eje imaginario o narcisista, a partir del abordaje del caso Aimée. En tal tesis desarrollará una argumentada discusión respecto a la causalidad de la psicosis, en una crítica dirigida a la psiquiatría organicista que ponían en primer plano la consideración de la lesión orgánica, el origen degenerativo hereditario y la evolución terminal. En tal sentido, el planteo de J. Lacan suponía que respecto a la psicosis

---

<sup>123</sup> Entre los que incluimos los del primer período comprendido entre el 1932 – 1953.

en un sentido psicopatológico<sup>124</sup>, en ausencia de todo déficit detectable por las pruebas de capacidad tanto como de lesiones orgánicas probables, los trastornos mentales que repercutían en la afectividad, el juicio y la conducta, obedecían a trastornos específicos de la síntesis psíquica o personalidad<sup>125</sup> (Lacan, 1998)

En esta apuesta que subvierte los postulados psicopatológicos que desde E. Kraepelin, incuestionables en el seno de la psiquiatría de la época, y que en la actualidad mantiene intacta vigencia a pesar de no haberse podido aun comprobar empíricamente la mayoría de sus resultados, la apuesta de J. Lacan apuntaba a cuestionar el estatuto etiológico de la paranoia centrado en un trastorno de la síntesis psíquica o la personalidad del enfermo.

A partir del estudio de caso "Aimée", J. Lacan reivindica el papel de las reacciones vitales, los acontecimientos afectivos en la evolución de la paranoia. En este sentido, la consideración de J. Lacan por la psicosis, está estrictamente articulada a nuestro objeto de estudio, y en cierto modo la apunta. ¿En qué medida hay lugar para el duelo en la psicosis? ¿Puede el duelo conllevar al desencadenamiento de la misma? Apartándose notoriamente de un esquema causal mecanicista asociado a la psicopatología de su época, la tesis de J. Lacan se acercaba en ese período a los postulados de la psiquiatría fenomenológica de K. Jaspers y la psiquiatría existencial de Binswanger, los cuales articulaban el sentido, la vivencia y la intersubjetividad en el conocimiento de la cuestión psicopatológica, arrancando a su objeto de las ciencias de la naturaleza y la objetividad positivista. En este sentido, J. Lacan se alinea a la noción de desarrollo de la personalidad, noción jasperiana que otorga un lugar privilegiado a la comprensión de los fenómenos psicopatológicos "a partir del juego mutuo de las relaciones psicológicas y racionales, que se encuentran incrustadas dentro de una conexión psicológica objetivada de predisposición originaria y unitaria, a pesar de la desarmonía y falta de consistencia" (Jaspers, 1977, p149)

Tal influencia fenomenológica marcará la primera etapa de J. Lacan en cuanto integra en la consideración del caso Aimée, la distinción entre proceso psíquico, desarrollo de la personalidad, y la lesión cerebral. Optando por la noción de desarrollo de la

---

<sup>124</sup> J. Lacan agrupa en tal tesis a la paranoia, la versania, la esquizofrenia, locura, delirio parcial en el conjunto de la psicosis, dejando de lado a las demencias, para la cual sostiene una hipótesis etiológica a nivel de las lesiones orgánicas.

<sup>125</sup> El término de "personalidad" concebido desde la perspectiva de Jaspers apunta a que "comprendemos el todo del ser humano – su esencia, su desarrollo y su fin- como <personalidad>". En este sentido se opone al "proceso" como aquellos "cambios de la vida psíquica, incurables, heterogéneos a la personalidad anterior...en todas sus transiciones invaden la personalidad". (Jaspers, 1993, pag 151)

personalidad, centrará la experiencia delirante de Aimée en relaciones de comprensión, sirviéndose de la teorización freudiana para lograr la elucidación del caso.

Tanto en dicha tesis, como en escritos próximos tales como *La agresividad en psicoanálisis*, *La familia*, *El estadio del espejo*, J. Lacan desarrolla progresivamente lo que con posterioridad retroactiva, se consolidaría como el registro de lo imaginario o estadio del espejo, centrado en las relaciones narcisísticas (a – a'). Los fenómenos de extrañeza y fragmentación, le permiten considerar al “estadio del espejo” como el momento de la conformación del yo o personalidad, a partir de la identificación a la imagen del otro, al tiempo que explicar el desencadenamiento a razón de dicha caída identificatoria. De este modo, las causas específicas de la psicosis estarán articuladas a los trastornos a nivel de la personalidad, erigiéndose conceptos de una notable incidencia en la clínica de las psicosis tales como el imago o identificación imaginaria, lo especular en sus relaciones con el narcisismo y la función de la agresividad en la constitución del sujeto.<sup>126</sup> La preocupación respecto a la conformación del yo, se contextualizaba respecto a un período psicoanalítico en donde esta noción era central en el seno de los planteos post – freudianos, ocupando en buena medida las teorizaciones de M. Klein y D. Winnicott, entre otros.

En el período en que nos centraremos para este estudio, y que no puede ser sin los pasos lógicos del estadio precedente, J. Lacan produce una ruptura definitiva con el psicoanálisis y la psicopatología, a pesar de la vigencia que tendrán algunos de sus postulados construidos anteriormente. En *El informe de Roma* (J. Lacan, 1953) o *Función y campo de la palabra y el lenguaje* (Lacan, 2008), comienzan a desarrollarse algunos de los postulados fundamentales que recorrerán su enseñanza, y que reestructuran indefectiblemente la noción de psicosis. Tales desarrollos apuntarán a privilegiar la incidencia del orden simbólico, y pueden resumirse brevemente en la cristalización del sintagma “el inconsciente estructurado como un lenguaje”, el concepto de estructura aplicado al sujeto del psicoanálisis, la teoría del significante y su primacía respecto al significado, la articulación de las leyes de la palabra y el lenguaje, la metáfora paterna en reemplazo del complejo de Edipo, y la construcción del Otro como lugar topológico.

En tales avances, se deja entrever una ruptura con la fenomenología comprensiva de Jaspers del período anterior, el rechazo de toda pretensión causal organicista, el avance de la influencia estructuralista y la transformación radical de la teoría de la técnica

---

<sup>126</sup> Esto no excluye para Lacan, la posibilidad de que en algunas psicosis la causa sea de naturaleza lesional u orgánica.

psicoanalítica. La posición epistemológica que subyace a este tiempo, es en buena medida demarcada por la siguiente cita:

La confianza que tenemos en el análisis del fenómeno es totalmente diferente a la que le concede el punto de vista fenomenológico [...] Desde el punto de vista que nos guía, no tenemos esa confianza a priori en el fenómeno, por la sencilla razón de que nuestro camino es científico, y que el punto de partida de la ciencia moderna es no confiar en los fenómenos, y buscar algo más sólido que lo explique" (Lacan, 2011b, p. 155)

El abordaje de las psicosis llevado a cabo por J. Lacan, en el período de la obra que situamos en este estudio, supone necesariamente apelar al concepto de estructura: conjunto co-variante de elementos significantes, unidades caracterizadas por su condición opositiva, negativa y diferencial. (Eidetzstein, 2008b) En una lógica co-variante, sin la concepción de la neurosis, no es posible establecer cierta operatoria de la psicosis, puesto que el método implícito en la investigación de J. Lacan supone una explicitación de las diferencias y semejanzas de ambos conjuntos.<sup>127</sup> Practicaremos cierto juego de comparaciones entre aquello que del duelo opera en la estructura de las neurosis, y lo que podemos constatar en el campo de las psicosis. En este sentido, la perspectiva simbólica otorga eso "más sólido" que lo explique, evitando el extravío y la enajenación a la que toda psicosis invita.

El método de la comparación y establecimiento de diferencias entre neurosis/psicosis, se corre un riesgo ya transitado en otras lecturas teóricas de la psicosis: suponer una lectura deficitaria de la misma. (Calligaris, 1991)<sup>128</sup> En tal sentido, hacemos extensivo este riesgo al fenómeno consumado en la problemática del duelo en la psicosis, el cual es propuesto por múltiples escuelas psicoanalíticas bajo el signo de lo deficiente, patológico, desviado o imposible. (Freud, 1915) (Klein, 1940) (Bowlby, 1980) (Tizón, 2007).

No obstante, entendemos que una comparación de los bloques teóricos, abordados desde un sesgo simbólico (matemático, estructural o topológico), nos permitirá establecer

---

<sup>127</sup> Esta reflexión es claramente legible en múltiples pasajes del texto "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", poniendo como tópico que lo ilustra, la introducción del significante que le otorga legalidad a la estructura. Mientras que en la neurosis, el significante nombre – del – padre hace posible el cierre de la estructura, en la psicosis, la forclusión de tal término da lugar a una estructura abierta.

<sup>128</sup> En este punto viene al lugar el comentario del psicoanalista Contardo Calligaris, cuando denuncia el método de investigación de la psicosis llevado a cabo por J. Lacan: "Ustedes saben que la cuestión preliminar (se refiere al texto de Lacan De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis), a veces, se resume así: que lo propio de la psicosis sería la forclusión del nombre del padre. Esta afirmación es impropia por la siguiente razón: que lo propio de la psicosis sea la forclusión del nombre del padre es una afirmación negativa, según la cual la psicosis no es la neurosis, y solamente. Desde este punto de vista es un concepto preliminar, que permite un abordaje de la psicosis, pero que podría difícilmente ser tomado como 'propio', o sea, la definición propia de psicosis". (Calligaris, 1991, p. 34)

ciertas propiedades de naturaleza abstracta, liberadas de todo riesgo semántico de déficit. Nuestra hipótesis supone que en la lectura de las diferencias, es posible extraer ciertas propiedades que le dan una existencia formal al duelo. Si el duelo en la comunidad psicoanalítica ha tenido un contorno difuso, cuando no invisible o simplemente propuesto con el estigma de lo imposible, un abordaje abstracto puede devolverle un margen de posibilidad, o al menos dejar sentadas las razones de tal imposibilidad.

Para abordar este paralelo estructural, e intentando ser breves en un tema que exigiría una extensión inadecuada a los efectos de la tesis, recurriremos al recurso de los esquemas<sup>129</sup> R e I de Lacan citados en *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*. Aprovechamos de este modo la posibilidad que tales esquemas nos otorgan, al poner en una relación de sincronía, ciertos conceptos fundamentales para situar la concepción de la psicosis. En la naturaleza de estos dos esquemas se pone en juego una dinámica de diferencias inherentes al par estructural neurosis (esquema R) y psicosis (esquema I) estando en ambos casos la realidad alterada, lo que rechaza de plano todo posible intento de un ideal de realidad o una realidad verdadera o trascendente, sobre el que se constituiría por defecto, un concepto negativo de la psicosis y un modo positivo en la neurosis.<sup>130</sup>

## 8.2 Esquema Z

Si el esquema I que abordaremos a posteriori, necesita en su despliegue del esquema R, éste último requiere del Z para su correcta localización, de manera que haremos un recorrido mínimo por tal esquema a modo de introducción en el que nos convoca en este tramo de la investigación. Tratándose de una estructura combinatoria, el valor de los elementos quedará determinado por el factor posicional o las relaciones lógicas que mantenga con los otros términos, no importando la disposición espacial.

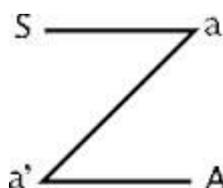


Figura Nº 8: Esquema Z

---

<sup>130</sup> Dada la riqueza y complejidad de los siguientes esquemas, nos remitiremos principalmente a desarrollar aquellas relaciones de los mismos que nos provean de insumos para desarrollar la pregunta respecto al agujero en la psicosis, en sus relaciones con el sujeto y la realidad, términos comprometidos en la articulación del duelo.

En el esquema Z<sup>131</sup> se fijan diversas ideas relacionadas en modo sincrónico, pudiendo leerse las siguientes articulaciones de la estructura cuatripartita de términos<sup>132</sup> y vectores, plasmándose un planteo diverso respecto a las escuelas post – freudianas en torno a los siguientes tópicos: la relación del objeto, la determinación simbólica, la articulación de lo imaginario al significante, etc. De las relaciones entre los elementos discretos del esquema se pueden deducir las siguientes consideraciones expuesta por J. Lacan en la consideración del sujeto y que operan como la base sobre la cual se desarrollará el Esquema R:

- la condición del sujeto S (neurosis o psicosis) depende de lo que tiene lugar en el Otro A. El Otro determina al S y al yo (moi). (Lacan, 2008b, p. 525).

- el yo (a) es uno de los términos del esquema, siendo determinado por la relación narcisística al semejante (a') por la vía de la identificación especular, tanto como por la determinación simbólica del A.

- lo que tiene lugar en el Otro, es articulado como un discurso: el inconsciente es el discurso del Otro compuesto por leyes y elementos que lo articulan (Lacan, 2008b. p525).

- el sujeto es una parte interesada<sup>133</sup> “que está estirado en los cuatro puntos del esquema: a saber S, su inefable y estúpida existencia, a, sus objetos, a', su yo, a saber lo que se refleja de su forma en sus objetos, y A, el lugar desde donde puede plantearse la cuestión de su existencia.”<sup>134</sup> (Lacan, 2008b, p. 526.)

- el sujeto localizado en los intervalos significantes conlleva a suspender toda ilusión de un percipiens unificador.<sup>135</sup>

---

<sup>131</sup> Se trata del primero de los esquemas citados por J. Lacan en el texto que *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*.

<sup>132</sup> Lacan afirma que una estructura cuatripartita es desde el inconsciente siempre exigible en la construcción de una ordenación subjetiva. Cosa que satisfacen nuestros esquemas didácticos. (Lacan, 2008d)

<sup>133</sup> Según el psicoanalista A. Eidelzstein, el termino interesado en el francés “intéressé), responde a la etimología del termino “inter sum” que significa “estar entre” “en el intervalo de” o “en el medio de”. En “Modelos, esquemas y grafos en la enseñanza de J. Lacan”. (Eidelzstein, 1992, p. 82)

<sup>134</sup> En la misma línea interpretativa, en el francés el termino propuesto es “tiré”, traducido al español como “estirado”. Según el autor considerado en la cita anterior, el justo término responde a la tercera acepción del diccionario Petit Robert: “Desplegar sobre el papel (una figura) escribiendo, dibujando, grabando. Trazar una línea o un rasgo. Trazar un plano.

<sup>135</sup> Este postulado ataca a las concepciones imperantes por el post – freudismo, y que suponían un percipiens unificador, eje de la percepción conciencia, elemento unificador.

- existencia inefable y estúpida en la medida que dispone de un orden significante que no logra significarlo, siendo localizable únicamente en los intervalos significantes<sup>136</sup>

- el A es el lugar donde el sujeto articula la pregunta a causa de la lógica significante que impide al Otro asegurarle una identidad

- el sujeto a la pregunta se puede plantear al modo "¿Qué soy ahí?", referente a su sexo y su contingencia en el ser, a saber que es hombre o mujer por una parte, por otra parte que podría no ser, ambas conjugando su misterio, y anudándolo en los símbolos de la procreación y de la muerte. (Lacan, 2008b, p.526)

Ante el conjunto de las definiciones que rubrican la teoría del sujeto con la que J. Lacan desarrolla su escrito sobre las psicosis, el último punto desarrollado será determinante en la elucidación y la distinción de aquellos mecanismos que dan lugar a la neurosis o psicosis relacionadas a la potencia de los símbolos que permiten anudar las preguntas por la existencia en el Otro. Respecto a dichos símbolos, de notable interés en este estudio, por cuanto son vinculantes con la creación y la pérdida, J. Lacan situará los conceptos de significante fálico y significante nombre – del – padre. (sNP) La apelación a tales conceptos son fundamentales a la hora de pensar la constitución del sujeto, la determinación simbólica de lo imaginario, y la función de nudo provista por P en A, que posibilita articular los distintos registros tal cual operan en el esquema R.<sup>137</sup>

---

<sup>136</sup> En tal sentido, "la inefable y estúpida existencia" es una consecuencia lógica del sujeto en cuestión, puesto que al situarse en el entre las partes del esquema, y requiriendo del Otro (A) en su constitución, el sujeto se encuentra ante la paradoja de no encontrar un significante que lo localice al tiempo de requerir del mismo para intentar advenir.

<sup>137</sup> El significante Nombre del Padre o significante de la Ley, función que distingue al A del Objeto materno, introduciendo el significante de la falta en el Otro, opera no al modo de un padre imaginario que impone la ley, el código, etc. La riqueza del concepto, rescata una de las raíces indoeuropea que hace derivar padre de Thémis, término con el que designaba el orden del universo. El sNP aportará el orden a la estructura, mediante una serie de operaciones que iremos desarrollando abajo.

### 8.3 Esquema R

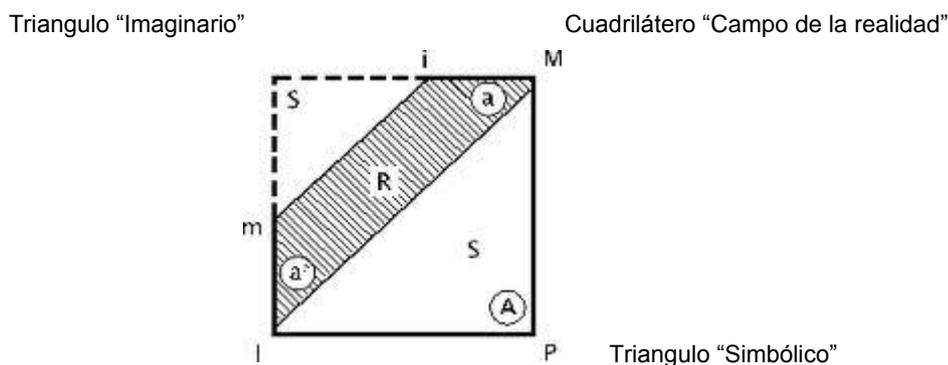


Fig. Nº 9: Esquema R

En el esquema R se plasma una estructura cuatripartita, compuesta por dos triángulos (Imaginario – Simbólico) y un cuadrilátero (campo de la Realidad). No es casualidad que el esquema se titule con la letra R, puesto que en buena medida apuntará al tratamiento de la realidad, punto de inflexión en toda formulación teórica respecto a la psicosis.<sup>138</sup> En este sentido, buena parte del recorrido freudiano fue atravesado por este tópico, en el que la pérdida y la reconstrucción de la realidad, se tornaron uno de los ejes fundamentales en la consideración psicoanalítica de la psicosis. Según J. Lacan, siguiendo a S. Freud en este punto, el problema no estaba centrado tanto en la pérdida de la realidad, sino en el resorte de lo que la sustituye. (Lacan, 2008b, p. 519)

El esquema R representa las líneas de condicionamiento del perceptum o del objeto, por cuanto las mismas circunscriben el campo de la realidad. (Lacan, 2008b, p. 529) En este sentido el esquema da cuenta respecto a cómo la realidad está determinada por los registros (RSI), anudados mediante la incidencia del significante Nombre del padre (sNP), que posibilita inscribir el no – todo en la estructura, y la extracción del objeto que le aporta su cierre. En este sentido, el giro de J. Lacan es rupturista respecto a las concepciones de la psicosis imperante que proponían a la realidad de la psicosis, en los fenómenos del campo alucinatorio y delirante, como el resultado de un defecto o enfermedad de los sentidos. Como veremos a continuación, los sentidos están condicionados por el orden simbólico, siendo la propia perspectiva una forma simbólica. (Panofsky, 1973). Por tanto J. Lacan introducirá una perspectiva que resumimos en los términos de una causalidad significativa.

<sup>138</sup> “Esta es la razón de que por una parte los psicoanalistas se vean reducidos, para definir el hiato mínimo, perfectamente exigible, entre la neurosis y la psicosis, a atenerse a la responsabilidad del yo para con la realidad: que es lo que nosotros llamamos dejar el problema del psicoanálisis en el *statu quo ante*.” (J. Lacan, 2008b, p. 523)

El Otro (A) como estructura de lenguaje comporta en su sistema un orden legalizante, conjunto de proscipciones y prescripciones que regulan a los elementos que se articulan a dicha ley. No obstante, desde una perspectiva psicoanalítica que apunta al sujeto<sup>139</sup>, es necesaria cierta maniobra significativa para que tal orden simbólico se inscriba en su condición particular. El (sNP)<sup>140</sup> es el término del sistema que hace posible tal operación, al introducir una distinción entre A (el lugar del lenguaje) y el Otro materno, lo cual se traduce en que el Otro materno responde al mismo sistema legalizante o en caso contrario, no se somete a dicha legalidad:

A, que con su estructura triádica al incorporar “P en A”, arranca de su cierre a la dupla madre – niño, y la abre al cuarto término, el S” (Eidetzstein, 2008, p.161)

Este aspecto es de relevancia a los efectos de elucidar el problema topológico del agujero, puesto que es el (sNP), el que hará posible la estructura cuatripartita de la metáfora y el cierre del campo de la realidad en el esquema R tal cual se presenta en el cuadrilátero sombreado. Esta maniobra estructural, introduce una diferencia fundamental respecto al complejo de Edipo, el cual se establecía en base a los términos de la madre, el padre y el hijo, no habiendo lugar para el Sujeto, a menos que se lo ubicara en el interior del hijo. En el enfoque estructural que le imprime J. Lacan al matema de la metáfora paterna, el Sujeto quedará localizado en un vértice interno al esquema R, logrando el cierre de la estructura mediante lo que a posteriori se desarrollará como los “dos toros abrazados”.<sup>141</sup>

Si bien el término S sujeto se ubica en uno de los extremos del cuadrilátero del R, su entrada en la articulación significativa será como “muerto”, produciéndose el juego combinatorio entre los términos M, P, I inherentes al complejo de Edipo. En la lectura de Lacan, en la operación metafórica en la que intervienen estos significantes se pueden establecer significaciones de la reproducción sexual o la procreación, no obstante ellos no son suficientes para inscribir la condición particular del S. En el esquema R el término S dado por el sujeto en su realidad, está forcluida en el sistema, entrando en juego solo al

---

<sup>139</sup> En este sentido el psicoanálisis se distancia radicalmente de otros sistemas estructurales tales como el de la antropología de Levi – Strauss o la lingüística de Saussure.

<sup>140</sup> En tal sentido, se observa en el esquema que el vértice P se apoya sobre el vértice interno A, lo que se puede leer como P en el lugar de A.

<sup>141</sup> La composición en la que existe el Significante es la Cadena Significante y su definición en la obra de Lacan es: “...anillos cuyo collar [cadena] se sella en el anillo de otro collar hecho de anillos”. Es de destacar que cada anillo es el resultado del establecimiento de una relación en forma de bucle [línea cerrada] entre dos significantes, lo que los hace S1 y S2 respectivamente; a su vez y con la misma lógica, el elemento anillo del Sujeto se interpenetra –abrazo- al del Otro. (Eidetzstein, 2008b, p. 21)

modo de muerto, y se convierte en el sujeto verdadero a medida que ese juego de los significantes va a hacerle significar<sup>142</sup>. (Lacan, 2008b, p.528)

Si en una ficción del origen, el S entra como “muerto” al juego, será según Lacan por la vía imaginaria, en donde se producirá el recupero de la vida:

[...]pero es como vivo que va a jugar, es en su vida donde tiene que tomar el color que anuncia ocasionalmente en él. Lo hará tomando un set de figuras imaginarias, seleccionada entre las formas innumerables de las relaciones anímicas, y cuya elección implica cierta arbitrariedad, puesto que para recubrir el homológicamente el ternario simbólico, debe ser numéricamente reducido (J. Lacan, 2008b. p.528)

A razón del principio de homología, cada uno de los términos imaginarios del esquema R han de establecer una relación exacta con los términos simbólicos, de manera que si la significación imaginaria al recubrir, aviva al sujeto que comenzaba el juego muerto, siendo necesaria la participación del significante fálico a nivel del registro simbólico para que tal operación se consume. De esta manera se puede captar como el prendido homológico de la significación del sujeto S bajo el significante del falo puede repercutir en el sostén de la realidad delimitado por el cuadrángulo Mimi. (Lacan, 2008b, p.529)

Existe una relación intrínseca entre el Sujeto S y el significante fálico, puesto que A carece de ese significante que lo representaría al sujeto, siendo el significante fálico el término que indica la falta. En este sentido es vinculante al significante de la falta en el Otro cuya notación se expresa como  $S(\bar{A})$ :

Debe haber una marca de esa falta, para que esa falta opere como tal, pero el elemento que se utiliza para marcar debe ser distinto al que falta... para no anular, en el acto de inscribir que uno falta, la misma falta” (Eidelson, 2008, p.178)

Tratándose de una inscripción de la falta en el A, la misma está legalizada en la estructura, aunque dada su condición de termino faltante, no participa en la operación de la metáfora o la metonimia, evidenciando una propiedad inarticulable que lo lleva a J. Lacan a no anotarlos en el esquema R. Se trata en relación a nuestra investigación, de perfilar la búsqueda respecto al comportamiento de la falta en la psicosis, donde podemos inferir

---

<sup>142</sup> En este esquema en el que el significante sujeto está forcluido, y tratándose de un esquema que en buena medida pone en consideración las relaciones del sujeto con la realidad, indica que el sujeto esta forcluido o ausente de la misma: “La realidad no se le presentará como “su realidad” sino como “la” realidad. (Eidelson, 1992, p.167)

que la ausencia de (sNP), impide la inscripción de la pérdida en los términos del significante de la falta. En una perspectiva estructural, toda evocación de la falta supone instituido un orden simbólico (Lacan, 2011, p. 269).

Recordemos que en la propuesta de J. Lacan respecto al duelo en Hamlet, se trata de una operación que “hará coincidir con la hiancia abierta por el duelo la hiancia mayor, el punto x, la falta simbólica.” (Lacan, 1983, p. 108) En este sentido, y retomando una vocación freudiana, Lacan se interrogaba:

¿No nos abre esto la puerta, no nos ofrece la llave que nos permite articular mejor de lo que lo hace Freud, y en la línea de su misma interrogación, lo que significa un duelo? Freud nos hace notar que el sujeto del duelo tiene que cumplir una tarea que en cierto modo sería la de consumir por segunda vez la pérdida provocada por el accidente del destino del objeto amado. (Lacan, 1962, p. 346)

Nos interrogamos cómo opera el duelo en la psicosis, allí donde el sujeto no dispone en la estructura de ese agujero legalizado llamado falta, a partir del cual se ordena la operatoria del duelo en la estructura de la neurosis. En tal sentido, será la no inscripción del agujero en los términos de la falta, la que a su vez tenga notables consecuencias en la realidad, como veremos en el abordaje del esquema I.

En el esquema R, Lacan propone un polígono intermedio al que titula “campo de la realidad” compuesto por las duplas mi/lm. De la lectura de su posición en el esquema, se desprende que la realidad viene a tachar lo real, en la articulación de las ternas determinantes de lo simbólico y lo imaginario. De hecho en el grafico se observa un sombreado, que perfectamente puede trasladarse a un simple diagrama:

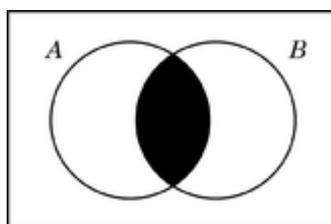


Fig. Nº 10. Diagrama de Venn

El triángulo superior a la zona tachada del esquema R, pone en articulación los términos del ternario imaginario:  $\emptyset$  (falo imaginario) – m (yo) – i (imagen especular). En la lectura de éste ternario, el eje m-i localiza la relación narcisística a – a' del esquema z o pareja imaginaria del estadio del espejo.

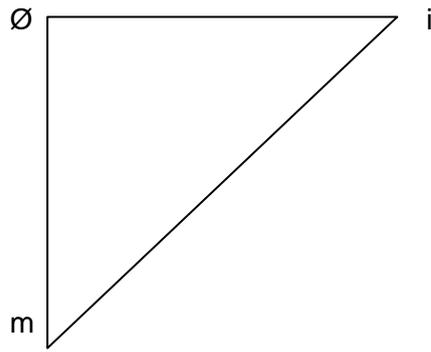


Fig. N° 11 Ternario Imaginario – Esquema R

Sobre este ternario imaginario, viene a superponerse el campo de la realidad, lo que indica la estructura imaginaria de la misma. La maniobra a nivel del esquema consiste en extender los vértices a I (Ideal del yo) y M (Otro primordial).

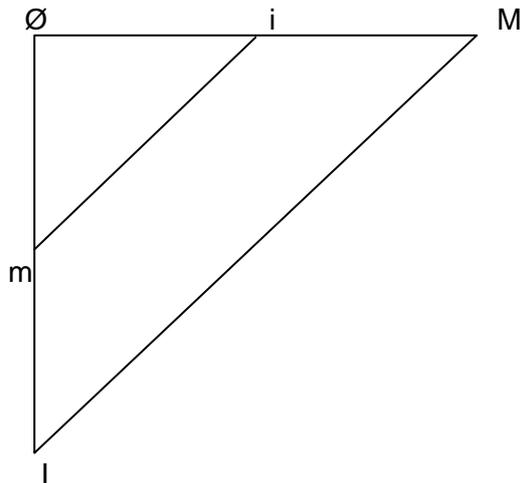


Fig. N° 12 Campo de la realidad superpuesto al ternario I

La superposición de ambas porciones del esquema, se apoyan finalmente sobre el ternario simbólico M (Madre u objeto primordial), I (ideal del yo) y P (la posición en A del SNP). Al poner como base del esquema el ternario simbólico, se deduce que el campo de la realidad opera velando o cubriendo a lo real.

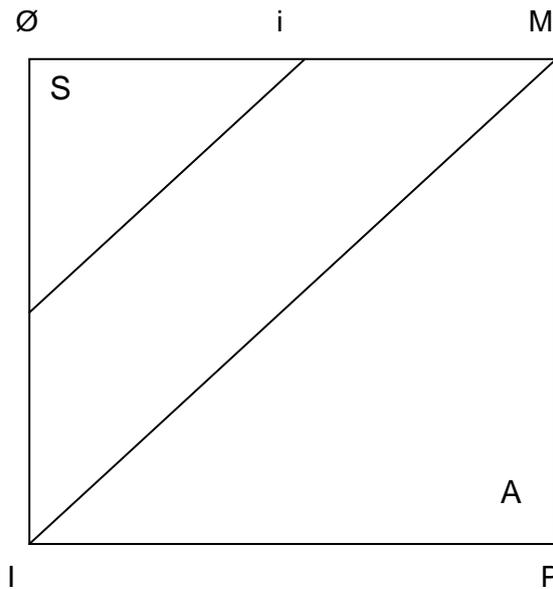


Fig. Nº13: Esquema completado por el ternario simbólico

La relación entre los ternarios de lo imaginario y lo simbólico, tratados anteriormente en el esquema Z, son puestos en este esquema en una relación de homología<sup>143</sup>, de modo tal que por ejemplo la pareja imaginaria del estadio del espejo situada por los términos a – a' en el vértice del ternario imaginario, es recubierta por la relación simbólica M – I que le da su soporte. De este modo, y en función de propiedades topológicas, lo imaginario y la realidad están en una estricta relación con el orden simbólico, para la cual J. Lacan propondrá una serie de maniobras topológicas a efectos de introducir un límite en el campo de la realidad. Considerar **la realidad como una estructura cerrada, en donde opera un límite que logra circunscribir al objeto y la falta, supone la intervención previa del orden simbólico** que la determina al extraer el infinito mediante una serie de operaciones topológicas.

Ubicar en este esquema R el objeto a es interesante para esclarecer lo que aporta en el campo de la realidad (campo que lo tacha)...ese campo no será sino el lugarteniente del fantasma del que este corte da toda su estructura. (Lacan, 2011, p. 530)

Los elementos del cuadrilátero de la realidad son los que enmarcaron el único corte válido en este esquema, indican suficientemente que este corte aísla en el campo una banda de Moebius. (Lacan, 2011, p. 530)

<sup>143</sup>Eidelzstein especifica en este sentido: “Una región dada es homóloga de otra cuando puede ser asociada a ésta, de tal manera que sean cualitativamente equivalentes, constituyendo lo que se llama así un complejo, compuesto por triángulos puestos juntos de tal manera que se toquen sólo en vértices o a lo largo de un borde entero ( como en el caso del esquema R) (Eidelzstein, 1992, p.101)

El campo de la realidad logra su cierre a partir del corte, comportándose el mismo como una banda de Moebius<sup>144</sup>, la cual supone una superficie bidimensional de forma rectangular, a la que se le aplica una torsión, para luego pegar por sus extremos.

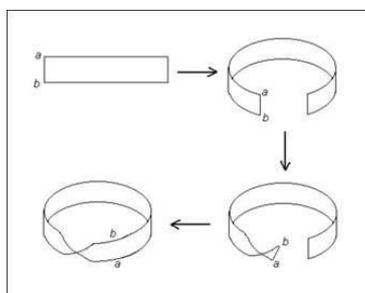


Fig. Nº14 : Torsión de una Banda de Moebius

Es interesante en este sentido la maniobra, puesto que se propone a la realidad en los términos de una **torsión** para la neurosis (Esquema R), y a posteriori se la abordará en los términos de una **distorsión** (Esquema I) para la psicosis. Por otra parte la ganancia de la realidad como una banda de Moebius, es que reduce la ilusión de una realidad interna ligada a las fantasías por oposición a una realidad externa objetivable. En relación al duelo, y respecto a múltiples teorías que se construyen a partir de tal distinción (Freud 1989b; Klein, 1989; Bowlby 1980), proponiendo al duelo normal como la operación de internalización del objeto perdido, la propuesta de realidad en R transforma el enfoque, al proponer una realidad simbólicamente determinada por la estructura que disuelve toda ilusión de interioridad.

Respecto a tal maniobra de extracción del objeto a, necesaria a los efectos de formalizar el cierre el campo de la realidad en la teoría psicoanalítica, no se hace más que retomar el problema de la perspectiva y la representación de la perspectiva de la realidad. En tal sentido, la concepción intuitiva moderna del espacio propone desde el Renacimiento, que en la representación de las líneas paralelas en el plano, éstas se cortan en algún punto. Se propone en este sentido, que la correcta representación plana del espacio tridimensional se basa en que las paralelas se cortan en un punto, el punto denominado “punto de fuga al infinito”. (Eidelzstein, 2008b, p. 227)

<sup>144</sup> La banda de Moebius se comporta como una superficie topológica que tiene una sola cara, un solo borde y es no – orientable en el espacio. A razón de la articulación de los registros (RSI), en la neurosis la realidad es una superficie con un borde y dos dimensiones, aunque no lo parezca. Comportándose como una superficie de proyección, en la que lo proyectado pareciera tener tres dimensiones aunque sólo tiene dos. (Eidelzstein, 1992, p. 110)hh

La perspectiva, enfoque que viene a interrogar el Quinto Postulado de Euclides<sup>145</sup>, aporta elementos que serán tomados por J. Lacan a efectos de afirmar que la realidad tiene estructura de plano proyectivo, y en este sentido, articulará el campo de la realidad a la extracción del infinito que la representación intuyó mediante la operación de la extracción del objeto a.

Para tal demostración, el esquema R se lo transforma en primer lugar en un Cross – cap, objeto topológico que se realiza mediante una cirugía<sup>146</sup>, partiendo de una esfera agujereada a la que se le cierra su agujero con una banda de Moebius aplanada que operaría como un tapón. De este modo, se trata de una superficie cerrada y abierta, por cuanto si bien la banda cierra a la esfera, debido a su estructura topológica, la misma no delimita espacio interior – exterior.

De este modo el objeto cross – cap responde a la concepción de la realidad con que opera el psicoanálisis, y que sostiene que a un tiempo que es cerrada (se trata de la particularidad del sujeto), no delimita interior/exterior (para dar cuenta de las relaciones entre el S y A). Por una propiedad de la estructura, el cross-cap no puede ser sumergido o introducido en la tridimensionalidad<sup>147</sup>. Como superficie topológica bidimensional que recrea la idea de una esfera cerrada con continuidad interior/exterior, la misma no tiene posibilidades de ser llevada a la realidad, a razón de un punto de imposibilidad que introduce la maniobra matemática.

En la realidad tridimensional no existe un ser bidimensional que pueda recorrer la banda de Moebius que ha sido cosida al agujero de la esfera. En este sentido, la imposibilidad es un hecho lógico discursivo. (Eidelzstein, 2008, p. 231) A partir de tal maniobra del discurso, el recurso al plano proyectivo se articula al punto de imposibilidad recientemente reseñado. Al proyectar una esfera sobre un plano, y por condición de biunivocidad, a cada punto de la esfera le corresponde uno en el plano, a excepción de un punto en el que se cortan todas las líneas trazadas que recorren la esfera: la proyección de la esfera supone la pérdida de un punto o punto imposible. Por tanto:

Además de deformaciones e invariantes, como consecuencia de la proyección, se produce un punto de imposibilidad, que en la esfera, se trataría del punto extremo

---

<sup>145</sup> El cual sostiene que las rectas paralelas situadas en un mismo plano jamás se encuentran.

<sup>146</sup> Coser y cortar son las dos maniobras de transformación topológica. Ambas constituyen la cirugía en topología.

<sup>147</sup> Es imposible de ser realizado en la realidad, sosteniéndose únicamente en un plano bidimensional.

superior de la misma, que proyectado debería estar en varias partes del plano a la vez, cosa que está prohibida, porque la transformación proyectiva debe respetar la ley de que a un punto de lo proyectado le corresponde uno y sólo uno en su proyección. (Eidelzstein, 2008, p. 231)

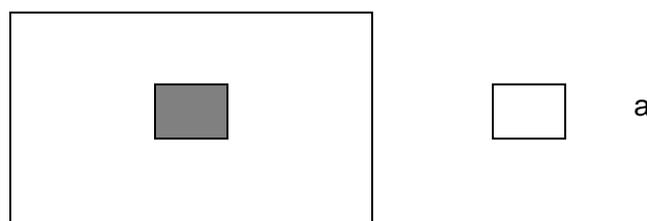
Cross-cup y plano proyectivo comparten una misma propiedad topológica: el punto imposible, el punto - agujero, el punto – corte.

En estas denominaciones se evidencia el intento de Lacan por dar cuenta de una función de vaciamiento asociada a la introducción de un objeto puntual (Eidelzstein, 2008, p. 235)

De naturaleza absolutamente abstracta, el punto agujero logra en la maniobra discursiva que introduce J. Lacan, producir un cierre en la realidad. Al igual que el caso del plano proyectivo, sin la existencia de este recurso abstracto, sería imposible la representación del objeto en el plano. A partir de estas enseñanzas de la geometría proyectiva y la topología, y mediando la extracción de un objeto abstracto u objeto a, es posible la estructura de la realidad del sujeto en el esquema R.

Siguiendo a J.A. Miller en este aspecto, se plantea en relación a la extracción del objeto y el enmarcado del agujero:

Precisamente porque el objeto a es extraído del campo de la realidad, es que él le da su marco. Si tomo de la superficie del pizarrón [aclarando que la extracción no es en un plano como el pizarrón sino en un plano proyectivo] este trozo que represento como un cuadro sombreado, obtengo lo que podemos llamar un enmarcado: enmarcado del agujero y enmarcado también del resto de la superficie. (Miller, 1987, p. 171)



**Fig. Nº 15: Enmarcado del agujero / Extracción del objeto.  
Extraído del texto *Matemas I* de J.A.Miller (1987)**

Solo a condición de que el objeto a sea extraído, se constituye la ventana del fantasma. Así es, pues, cómo el fantasma es marco. También es pantalla. El término hay que tomarlo con sus dos valores: detiene la luz, estorba la mirada, disimula y, al mismo tiempo, tiene una función óptica positiva, permite que se forme una imagen (Miller, 1987, p. 171)

En tal sentido, la concepción de la realidad no depende de los sentidos y los órganos, estando la percepción simbólicamente determinada.<sup>148</sup> El límite que aporta la extracción del objeto al introducir un elemento abstracto positivo, produce un vaciamiento de goce de la significación fálica o su equivalente: la castración. Inscribiendo lo imposible mediante tal recurso, se erradica la posibilidad del infinito en la estructura. En este sentido, la maniobra simbólica incide en la problemática del infinito, la realidad, y por extensión, el duelo. ¿Es posible que el objeto perdido retorne? Si opera la maniobra arriba desarrollada, es simbólicamente imposible a razón de la inscripción del límite, la extracción del objeto, el no – todo de la estructura, la falta simbólica. Se trata de una **imposibilidad estructural, que responde a las legalidades de la estructura, y no como un defecto respecto a una norma o ideal de duelo.**

En la distorsión del esquema R que engendra al esquema I, veremos como al no operar tal operatoria de enmarcado del agujero, la realidad tiende al infinito<sup>149</sup>. De este modo, y en lo particular de nuestro asunto de investigación, indagaremos alguna de sus consecuencias en el duelo y la psicosis, donde como hemos visto en Schreber o el caso D, el objeto perdido comporta la particularidad de tender al infinito, imposibilitando la pérdida del objeto. Implementemos un razonamiento que nos permita ubicar el comportamiento del agujero en este caso, insumo para una conjetura del duelo en la psicosis.

---

<sup>148</sup> Esto no impide pensar el límite que imponen los sentidos desde un punto de vista orgánico.

<sup>149</sup> En "Funes el memorioso" se puede leer las consecuencias del no vaciamiento de la realidad mediante la introducción del punto al infinito como maniobra simbólica.

## 8.4 Esquema I

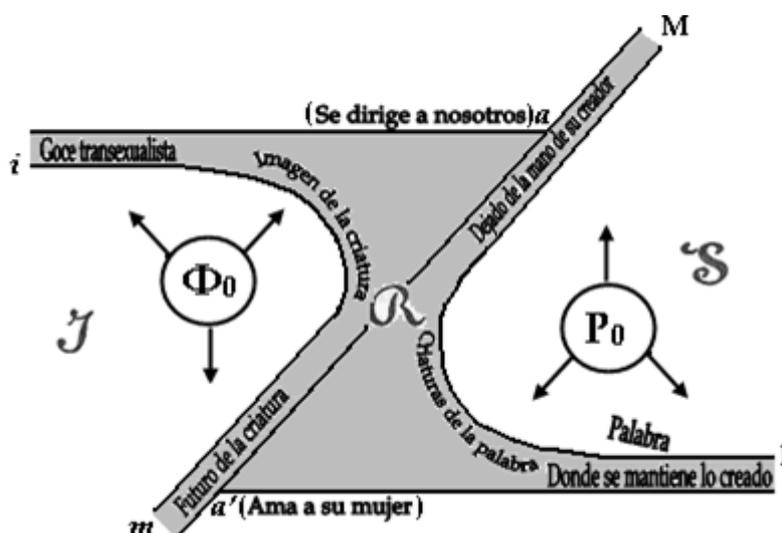


Fig. nº : Esquema I

El esquema I, construido a partir del esquema R, y en función de la lectura del caso Schreber, propone “una estructura que mostrará ser semejante al proceso mismo de la psicosis” (Lacan, 2011, p. 535). En tal abordaje, J. Lacan considerará ciertas “líneas de eficiencia” tomadas de las memorias de Schreber, aclarando que no se trata de un caos absoluto o radical en la psicosis, razón que habilita la apuesta a la elucidación de su estructura en lo que el enfermo propone como una “solución elegante” (Lacan, 2011, p. 547)

En el recurso al esquema, y a razón de la ausencia de la operación de extracción del objeto  $a$ , se establecen ciertas propiedades que vienen al lugar en el “proceso psicótico” en el caso Schreber. No puede pasar inadvertido para nuestra investigación, que cuando J. Lacan despeja la psicosis, realiza numerosas referencias al agujero, pareciera que ese término se torna por demás significativo en la elucidación de la estructura. En ese recorrido, parte de la sensación del sujeto cuando se confronta a la falta de un significante ( $sNP$ ) capaz de regular sus significaciones. El agujero toma un lugar en el sentido de la experiencia del psicótico:

Un mínimo de sensibilidad que da nuestro oficio, permite palpar algo que siempre se vuelve a encontrar en lo que se llama la pre-psicosis, a saber, la sensación que tiene el sujeto de haber llegado al borde del agujero. Esto debe tomarse al pie de la letra. No se trata de comprender qué ocurre ahí donde no estamos. No se trata de fenomenología. Se trata de concebir, no de imaginar, que sucede para un sujeto

cuando la pregunta viene de allí donde no hay significante, cuando el agujero, la falta, se hace sentir en cuanto tal. (Lacan, 2011b, p. 289)

Partiendo de un registro de la sensación o la intuición, el movimiento teórico revela todo intento de elucidación fenomenológica, pasando a hacer del registro intuitivo un abordaje abstracto. En cierto sentido, podemos especular que J. Lacan abre una vía de comprensión de la psicosis, tras la pista de las repercusiones matemáticas de la ausencia del sNP, apelando a recursos que vengan al lugar vacante dejado por la forclusión del significante de la ley o sNP.

La vivencia de agujero, vacío o fin del mundo en el caso de Schreber, reenvían al andamiaje simbólico que las determina, sorteando de este modo el riesgo de la captación intuitiva del problema. Por este sesgo es que nosotros hemos intentando ir desarticulando y articulando el problema del duelo en la psicosis, en una lectura indiciaria que encuentra en el significante agujero su máximo hallazgo:

La *Verwerfung* será pues considerada por nosotros como preclusión, recusación (*forclusión*) del significante. En el punto donde, ya veremos cómo, es llamado el Nombre-del-Padre, puede pues responder en el Otro un puro y simple agujero, el cual por la carencia del efecto metafórico provocará un agujero correspondiente en el lugar de la significación fálica. (Lacan, 2011b, p. 289)

El “puro y simple agujero” en el Otro o el lenguaje, entendido como delimitación geométrica, denuncia la ausencia del significante requerido, pero no conlleva a una elaboración topológica tal cual la desarrollada para la extracción del objeto a.<sup>150</sup> En este sentido se distinguen los agujeros, **tratándose en la forclusión de un agujero a secas, sin un borde o una línea cerrada que lo delimite, un agujero sin marco.**

Consecuencia de la ausencia del sNP, en cierto modo la causalidad significativa de la psicosis, el mismo que en el esquema R da cuenta del anudamiento de los registros y la constitución del campo de la realidad, es la de suscitar un agujero en la significación fálica, implicando la regresión tópica al estadio del espejo y la disolución del imaginario: transactivismo, agresividad, fragmentación, despersonalización. Por cuanto es forcluido el sNP, el rebote de esta carencia implicará la elisión del falo, por cuanto el sujeto ya no podrá recurrir al significante de la falta en el Otro, tal cual como opera en el esquema R. En este sentido, en el esquema I se nota entonces  $(P_0)$  y  $(\emptyset \circ)$  como escrituras de los agujeros en

---

<sup>150</sup> Interpretamos que “puro y simple” en el sentido de poco elaborado.

los registros de lo simbólico e imaginario, subrayando que se trata de agujeros no legalizados.

Con el fin de dar una solución formal al problema planteado respecto al esquema I, ante la presencia de  $(P_0)$  y  $(\emptyset \circ)$  arriba explicitados<sup>151</sup>, J. Lacan apelará a algunas definiciones matemáticas que permitan elucidar lo que de razón se encuentra en la psicosis schreberiana, intentando pasar de la intuición a la formalización:

Es tanto como decir que la distorsión que manifiesta entre las funciones que identifican en él las letras tomadas del esquema R no puede apreciarse sino en su uso de rebote dialéctico. Señalemos solamente aquí en la doble curva de la hipérbola que dibuja, con la salvedad del deslizamiento de esas dos curvas a lo largo de una de las rectas directrices de su asíntota, el lazo hecho sensible, en la doble asíntota que une al yo delirante con el otro divino, de su divergencia imaginaria en el espacio y en el tiempo a la convergencia ideal de su conjunción” (Lacan, 2011, p. 547)

#### 7.4 Conjetura I: Hipérbola, asíntota, tendencia al infinito

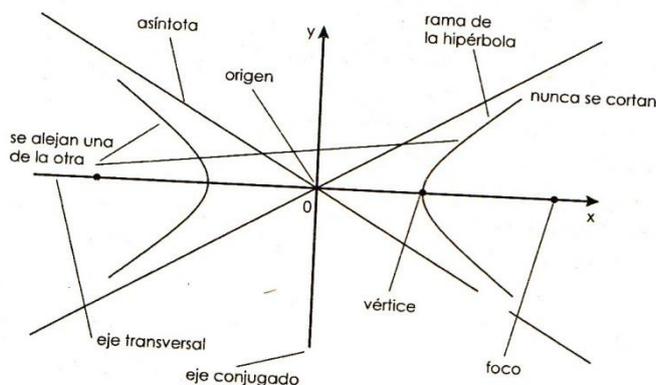


Fig. Nº : Esquema de hipérbola/Asíntota extraída del texto *Las estructuras clínicas a partir de Lacan I de Eidelstein (2008)*

El esquema I revela una realidad en la que no opera el cierre, aspecto que escuchamos en el testimonio del sujeto psicótico convencido que le están observando los órganos, que le hablan desde una radio, o que le leen sus pensamientos. El recurso

<sup>151</sup> En el esquema I se pueden observar dos circunferencias centrales que representan a los agujeros en lo simbólico y lo imaginario por efecto de la forclusión.

geométrico de la hipérbola y la asíntota le permite a J. Lacan establecer ciertas relaciones con las que formalizar el proceso psicótico. Por definición en geometría, una hipérbola trata de una curva abierta en dos ramas infinitas y que tiene por propiedad fundamental acercarse a las rectas o asíntotas también infinitas, pero que solo se encuentran en el punto al infinito. En la etimología del término hipérbola, constatamos que deriva de hipérbole, exceso. A la vez, respecto al término asíntota, deriva del griego “*asýmptōtos*” traducido como “aquello que no cae”. En la definición del diccionario de la RAE se lo plantea como “línea recta que, prolongada indefinidamente, se acerca de continuo a una curva, sin llegar a encontrarla”. En suma, ambos términos dicen de aquello que excede y que no cae, definiciones que vienen al caso para pensar la psicosis, allí donde no opera un corte (la no extracción del objeto) y al mismo tiempo se plasma un exceso en el proceso psicótico. A su vez, y respecto al abordaje que en otro punto realizamos de la curva cerrada respaldada por el teorema de Jordan, no es casual que a la hora de pensar la psicosis y los agujeros que en ella están comprometidos, Lacan apele a definiciones de curva abierta tal como la hipérbola, implicando la falta de cierre de la realidad del sujeto.

Del esquema R limitado por la extracción el objeto, se pasa a un esquema en donde las ramas de las curvas dan lugar al problema del infinito o a la ausencia de cierre. Es interesante en este sentido recordar que en geometría proyectiva bidimensional, la hipérbola es la proyección de la circunferencia.<sup>152</sup> Mediante esta maniobra simbólica en el esquema R, se logra dar cuenta de aquello que en la psicosis se posible de ser leído como la distorsión de la realidad (falta de límite y exceso) mediante el recurso a la hipérbola y la asíntota. (Eidetzstein, 2008, p. 237)

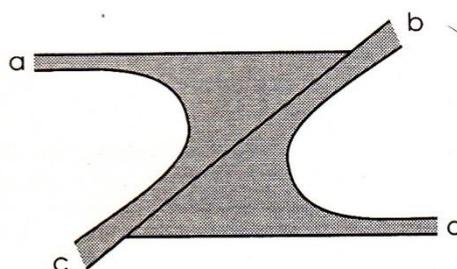


Fig. nº : Extremos abiertos del Esquema I extraído del texto *Las estructuras clínicas a partir de Lacan I* de Eidetzstein (2008)

<sup>152</sup> O sea, si intentamos establecer en el gráfico, la proyección de una línea circular, lo que nos queda como proyección será una hipérbola.

El esquema I muestra entonces una estructura doblemente abierta por las asíntotas M-I, m-i, que presenta un agujero en el interior de cada una de esas curvas que se expresan en el gráfico. La relación asíntótica entre las curvas y los ejes da por resultado que los extremos del campo sombreado de la realidad, se presenta en sus extremos abiertos. En función de las propiedades de la relación asíntótica, **lo abierto de la realidad se inscribe como una tendencia al infinito**, que sólo se detendrá en el proceso psicótico de Schreber a partir de la estabilización imaginaria. Antes de pasar a ese último punto del capítulo, sumerjámonos en las consecuencias del establecimiento de las hipérbolas en el esquema I.

### 7.5 Conjetura II: Pérdida de límite, fuga constante

Cuando nos referimos a éste término, lo situamos en el contexto de una formalización matemática, aquella que demuestra la falta de cierre de la realidad, mediante el recurso de las hipérbolas o relaciones asíntóticas. El campo de la realidad del esquema R se deforma mediante una distorsión del orden de las letras, ordenada por un movimiento centrífugo que produce su desplazamiento, constatándose en el esquema, los vértices abiertos del campo de la realidad y los dos agujeros centrales en el registro imaginario y simbólico que vienen al lugar de la ausencia del SNP y la significación fálica.

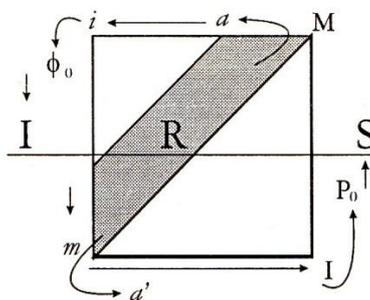


Fig. N° 19: Distorsión centrípeta. Del R al I extraído del texto  
*Las estructuras clínicas a partir de Lacan I de Eidelzstein (2008)*

La pérdida del límite, deforma de tal modo la realidad, que no faltan los ejemplos para ubicar como en la psicosis, la distorsión del universo se hace evidente en la más extensa colección de síntomas propios de las nosografías clásicas de la psicosis y que afectan al objeto, el cuerpo, y el lenguaje: alucinaciones, significaciones delirantes, auto referencialidad, neologismos, etc. En este sentido, una lectura literal de la ubicación en el esquema, permite ubicar en su justo término el proceso, el cual le impone la falta de límite a la estructura del sujeto. Por tanto se trata de una realidad infinitizada, lo que no quiere decir

que funcione infinita, sino tendiendo al infinito (Eidetzstein, 2008, p.231). La relación asintótica que se establece en el esquema formaliza elocuentemente tal condición, en la que lo imposible es la marca de la ausencia, tal cual como opera en la falta simbólica. En tal sentido, la pérdida del objeto es objeto de una operación forclusiva, a la que ubicamos en torno a aquella precisión freudiana: “[...]no se trata de a quién perdió, sino qué perdió en esa pérdida.” (Freud, 1989b, p.248)

Respecto a esta ubicación del problema, surge la pregunta sobre cómo llevar a cabo una operación de inscripción de la pérdida, tal cual la requerida por el duelo, cuando la estructura justamente impone la falta del límite. Se trata de una operación que tomada desde el punto de vista de la neurosis, podría presentarse como imposible, si se considera al duelo como una pérdida a secas.<sup>153</sup> El duelo como agujero en lo real, requiere de una topologización previa, para que el mismo pueda devenir un objeto de deseo que transforma la realidad, manteniendo el cuadrilátero sombreado del esquema R. Tal operatoria que inscribe la pérdida, extrayendo al objeto, no puede ser puesta en funcionamiento en la lógica de la psicosis, con lo cual lo que se pierde es la posibilidad de enmarcarla. Si se quiere, en oposición a los planteos que hablan de la ausencia de duelo en la psicosis, estamos ante el caso en donde por una parte se puede perder todo o nada, y ello en términos absolutos, no regulado por la ley del no – todo o la extracción del objeto a.

En la no operación de tal maniobra simbólica, la pérdida se manifestará discursivamente en el sentido de una **fuga constante e ilimitada**, pudiéndola vincular con aquella expresión freudiana con la que intentaba dar cuenta del dolor melancólico: la hemorragia libidinal, la herida abierta, el agujero en lo psíquico. La maniobra teórica lograda por Lacan, logra purgar aquellas viejas metáforas con las que se intentaba transmitir lo que de ilimitado y en fuga se pone en juego a falta de un operador teórico: la extracción del objeto. En este sentido, el dolor puede ser pensado como en una directa proporcionalidad a la falta de límite, y en los casos límites de la psicosis tales como el suicidio, el homicidio, o la amputación de un miembro (entre otros) se lee el intento de extracción en lo real del objeto.

El recurso de la asíntota, la hipérbola y la falta de marco, operan en este sentido como una escritura de la falta del límite que ponga en funcionamiento para el sujeto la falta en la estructura, y la pérdida del objeto. (Eidetzstein, 2008, p.246)

---

<sup>153</sup> Allouch propone que en el duelo, el sujeto efectúa una pérdida sin ninguna compensación, una pérdida a secas: “En adelante sólo una semejante pérdida a secas, sólo un acto semejante, logra dejar al muerto, a la muerta, a su muerte, en la muerte”. (Allouch, 1995, p. 30-31)

## 7.6 Ausencia de significación fálica

La pérdida de la función del límite impone una consecuencia a nivel de las significaciones, al verse afectada la operatoria de la metáfora paterna que ordena y distribuye las mismas. Este aspecto remite nuevamente a la tendencia al infinito o lo ilimitado, en tanto que al no operar el sNP, toda significación puede pretender significarlo todo, o por oposición significativa, nada. Este aspecto nos reenvía a la ley del no – todo, respecto a la cual son múltiples las referencias en las lógicas de la incompletud, y que en el caso de la psicosis no operan por consecuencia de la forclusión del sNP y la ausencia de S(A) o significativa de la falta en el Otro.

Este borde del problema ha de ser estimado respecto al duelo en la psicosis, puesto que en numerosas ocasiones de la clínica constatamos que sujetos que padecen pérdidas en su vida, al no poner en juego significaciones que refieran a dicha ausencia, pasan inadvertidos para el clínico que lo recibe o lo escucha. En una dinámica en la que la falta de límite se impone a la estructura, no es sorprendente que el sujeto que ha perdido al objeto, lo desestime guardándolo en el lugar más bizarro de su casa, termine con él en crimen pasional, lleve a cabo un pasaje al acto suicida, o realice un sacrificio en la amputación de una parte de su cuerpo para rendirle un homenaje divino.<sup>154</sup>

Que el sujeto de la psicosis no disponga de una marca de la falta, no necesariamente indica que no advenga allí una situación de duelo. Será necesario recurrir a otras nociones teóricas de la psicosis para poder ubicar lo que de modulación de la pérdida se articula en la estructura. El concepto de agujero necesario para hacer de la pérdida, una operación subjetiva en la que se produzca el objeto de deseo, tal cual lo planteado respecto a Hamlet, supone una elaboración previa de anudamiento de los registros y la extracción del objeto, siendo el duelo una operación de re-inscripción o re-localización en torno a la falta. ¿Cómo pensar el duelo en la psicosis desde esta perspectiva? Desde nuestra conjetura teórica, aspirar a una vía tal como la desarrollada en Hamlet, conduce irremediamente a las nociones cuestionadas en este estudio de duelo deficitario.

---

<sup>154</sup> Viene al caso un ejemplo propuesto por J. Lacan en donde refiere a un esquizofrénico que luego de haber armado con piedras una determinada figura durante años, al desmoronarse la construcción, inmediatamente comienza a reconstruirla, sin poner en juego la menor significación relativa a la pérdida. Este caso es citado como epígrafe en punto 3.

## 7.7 Del agujero al abismo

Los agujeros explicitados en el esquema I, a saber, la forclusión del sNP y la ausencia de la significación fálica ( $P_0$ ) -  $(\emptyset \ o)$ , se presentan en tal gráfico por fuera del esquema que deja a la realidad abierta, siendo por demás evidente que han padecido el proceso forclusivo. En este sentido merece detenernos en el estatuto de estos agujeros, que claramente se alejan de los agujeros legalizados por el significante de la ley, la metáfora paterna, la significación fálica correspondiente a una realidad cerrada del esquema R basada en el teorema de Jordan.

Cabe aclarar que en la versión francesa, el término utilizado por J. Lacan para referir a tales agujeros es el de “gouffre”, que en la traducción significa “abismo”<sup>155</sup>. En el diccionario de la Real Academia Española, las definiciones para el término “abismo” son las siguientes:

(Quizá del lat. vulg. *\*abyssimus*, der. de *abyssus*, y este del gr. ἄβυσσος, sin fondo).

1. m. Profundidad grande, imponente y peligrosa, como la de los mares, la de un tajo, la de una sima, etc. U. t. en sent. fig. *Se sumió en el abismo de la desesperación.*

2. m. infierno (ll lugar de castigo eterno).

3. m. Cosa inmensa, insondable o incomprensible.

4. m. Diferencia grande entre cosas, personas, ideas, sentimientos, etc.

5. m. *Heráld.* Punto o parte central del escudo.

6. m. *Nic.* Maldad, perdición, ruina moral.

La definición del término “agujero” en la misma fuente bibliográfica indica:

(De *aguja*).

1. m. Abertura más o menos redondeada en alguna cosa.

2. m. Deuda, falta o pérdida injustificada de dinero en la administración de una entidad.

3. m. Fabricante o vendedor de agujas.

---

<sup>155</sup> Eidelzstein, 2008, p.266

4. m. alfilerero (|| canuto para alfileres).

Si la contrastación de los términos, nos da una clara idea de la oposición entre el abismo y el agujero, destacándose la idea de límite y falta simbólica el segundo, la definición de aguja, nos permitirá afinar aun más el significado:

(Del lat. *\*acucŭla*, dim. de *acus*, aguja).

1. f. Barra pequeña y puntiaguda, de metal, hueso o madera, con un ojo por donde se pasa el hilo, cuerda, correa, bejuco, etc., con que se cose, borda o teje.

2. f. Tubo metálico de pequeño diámetro, con el extremo libre cortado a bisel y provisto, en el otro, de un casquillo que se enchufa en la jeringuilla para inyectar sustancias en el organismo.

3. f. Barra pequeña de metal, hueso, marfil, plástico, etc., que sirve para hacer labores de punto.

En suma, la aguja nos reenvía al problema del anudamiento, en tanto agujero delimitado por el que pasa un hilo y a la vez, en tanto potencia de costura. En ese sentido, el agujero legalizado en la estructura de la neurosis, se opone al abismo de la psicosis, en la que a priori no se sabe por dónde pasar el hilo que anude los registros y los términos del esquema R.

### 7.8 Del trabajo de duelo al trabajo del delirio

¿Cómo bordear el objeto perdido sin una referencia simbólica que trace el recorrido? He ahí uno de los enigmas que encierra la problemática del duelo en la estructura de la psicosis, puesto que como hemos constatado en los distintos recorridos teóricos, la problemática del agujero se torna un aspecto fundamental a los efectos de poder situar en un plano conceptual el problema. Consecuentes con una posición epistemológica que invoca la participación de lo abstracto en el objeto estudiado, la depuración producida nos permite cercar de otro modo el asunto, **distinguiendo operatorias de duelo en función del agujero concernido**. La distinción no es mera reducción, al tiempo que reconocemos purga al objeto de las múltiples significaciones y prejuicios producidos en el concierto de la observación, la elaboración intelectual del fenómeno, o la vocación intuitiva que proclama la invisibilidad o la imposibilidad del duelo.

¿Es imposible el duelo en la estructura de la psicosis? La pregunta nos reenvía a la formalización teórica, y en ella podríamos estimar que, respecto al modo en que opera el duelo en la estructura de la neurosis, la imposibilidad es de un orden matemático. Precisamente porque lo que no ha operado, es la simbolización de lo imposible en el recurso

de la extracción del objeto. En ausencia de una línea cerrada que aporte un cierre a la realidad, y un borde a la falta del objeto, todo intento de inscripción de la pérdida se torna abstractamente imposible. En función de este razonamiento, reconocemos una suerte de sentencia respecto al sujeto psicótico: el déficit estructural supone que no puede llevar a cabo un duelo, según el modelo teorizado en la neurosis.

El duelo concebido como un déficit, exige éticamente de argumentos que fundamenten su imposibilidad, y es en ese terreno en donde la trampa puede ser desactivada: los argumentos del déficit son pensados desde una lectura de la neurosis. Por el contrario, **entendemos necesaria la formulación de una propuesta teórica y clínica que se construya desde la propia estructura de la psicosis, y no por defecto de una norma o patrón subjetivo.**

Esta discusión en lo atinente al concepto de forclusión, desarrollado a lo largo de éste estudio por sus múltiples articulaciones al problema del duelo, ha llevado a denunciar un sistema que vuelve a pensar la problemática de la psicosis desde la perspectiva del déficit: el psicótico no dispone del significante que le otorga legalidad a la estructura. Ante esta lectura por demás elocuente, un aporte de J. Lacan puede poner remedio a lo que de déficit se lee en la misma: la metáfora delirante.<sup>156</sup>

Ante el duelo en la estructura de la psicosis, el sujeto no parte de una inversión de la forclusión –aludiendo al término desarrollado en el capítulo sobre Hamlet-, sino que el primer destino, es su confrontación con el agujero en lo simbólico que lo exilia de un soporte tal como la cadena significativa. Pero que lo exilie o lo expulse de una estructura cuadripartita que le ofrecería cierre a su realidad, no es necesariamente sinónimo de la detención o muerte del sujeto<sup>157</sup>:

Alrededor de ese agujero donde el soporte de la cadena significativa falta al sujeto, y que no necesita, como se ve, ser inefable para ser pánico, es donde se ha desarrollado toda la lucha en que el sujeto se ha reconstruido (Lacan, 2011, p. 539)

En el caso de Schreber, el sujeto se declara muerto al comienzo de la crisis, pero será en la reconstrucción del proceso comprendido entre la “indignación” y el “compromiso razonable” en donde se revele ese proceso que se abre ante la comunicación del sueño

---

<sup>156</sup> Siguiendo el recorte bibliográfico, hemos desestimado abordar planteos originales de J. Lacan del último período en donde desarrolla su teorización del Sinthome, el cual propone un salto cualitativo respecto a lo que de déficit podría leerse en el período abordado por nosotros. Sin duda es un camino a recorrer en estudios posteriores.

<sup>157</sup> Aludimos a la muerte del sujeto que anuncia Schreber en el diario.

“sería muy bello el hecho de ser una mujer” y la asunción como “mujer de dios”. Partiendo de la imposibilidad de cerrar en la realidad esa idea que irrumpe a su consciencia, a razón de la ausencia del sNP y la significación fálica que denota como lo simbólico no puede articularse a lo imaginario regulando o acotando la significación del sueño, responderá desde la pura indignación de un ideal I, intentando sostener tal identificación viril imposible en cuanto el orden simbólico no puede asegurarle la misma. En tal sentido, sólo el camino de la reconsideración por la vía de una formulación imaginaria como “la mujer de Dios” permitirá su estabilización. En este sentido, y tomando la cita que alude a la hipérbola, de pasar de la divergencia imaginaria en el espacio y en el tiempo a la convergencia ideal de su conjunción, por la vía de la metáfora delirante, el sujeto puede inventar un agujero a efectos de anudar la realidad, forzando ese ojo de aguja con el que recursivamente coser lo desanudado.

Es en la falta de Nombre del Padre en ese lugar la que, por el agujero que abre en el significado, inicia la cascada de los retoques del significante de donde procede el desastre creciente de lo imaginario, hasta que se alcance el nivel en que significante y significado se estabilicen en la metáfora delirante (Lacan, 2011, p. 552)

En este orden del razonamiento, estamos en condiciones de plantear que la producción delirante que rodea al agujero de la pérdida en la estructura de la psicosis, sostenida en una articulación significativa no legalizada, puede oficiar como un borde que al menos provisoriamente, haga soporte a lo abismal de una pérdida ilimitada. De allí que nuestra conjetura inicial, aquella que dio lugar a ésta investigación, pueda pensarse en los siguientes términos, los cuales parafraseando a S. Freud, intentan hacer avanzar la teoría del duelo en relación a la psicosis : “Del trabajo de duelo al trabajo del delirio”.

Conjeturamos que ante la pérdida del objeto, el duelo en la estructura de la psicosis, recurre a la potencia creadora del significante, a los efectos de reconstruir una realidad ante el objeto perdido. Ante la falta de la cadena significativa a la que se expone el sujeto de la psicosis, exiliado de la posibilidad de anudarse al Otro en el abrazo de los toros topológicos que inscriben el doble cierre de la estructura, el soporte significativo posee una propiedad unidimensional. Que no se inscriba en una cadena bidimensional, no quiere decir que esté exiliado de la palabra y el lenguaje, y en ese sentido, es posible un trabajo analítico que apunte al duelo. Mediando una concepción energética que se deslinda del capital o la reserva libidinal que acopia el sujeto del duelo normal freudiano, el agujero en lo real que la pérdida produce, desencadena el movimiento de las líneas significantes. Se trata por parte

del clínico, ofertar un discurso que propicie cierta operatoria del duelo mediante el trabajo del delirio.

No se trata de la producción delirante de un objeto que venga al lugar, para de éste modo sortear la amenaza de placer implicada en el duelo como veíamos en el capítulo relacionado a la alucinación como un modo de retención del objeto, sino por el contrario de una pura creación. Imprecisa en cuanto no tiene referencia fálica para adoptar la forma de una sustitución de objeto, efectiva en cuanto puede permitirle al sujeto un modo de elaboración que lo aleje de los abismos de una pérdida, grandiosa en cuanto las existencias creadas por obra del significante desligado de la legalidad del Otro, conlleva a líneas en tendencia al infinito. En el delirio, el sujeto de la psicosis gesta el borde con el cual ficcionar un agujero que al menos provisoriamente aporte un cierre a la pérdida, construyendo un límite simbólico allí donde la operatoria de la extracción no opera.

Mediante dicha elaboración delirante el sujeto realiza los “retoques del significante” que le permitan llegar a una “solución elegante” de la pérdida del objeto. En este sentido, el delirio trabaja incesantemente en la puesta de un límite a lo insoportable de la pérdida, buscando acotar aquello que en algunas experiencias del dolor llevan a realizar una fuerte evocación en el límite de la vida propia o ajena.

## **9 Conclusiones**

En los dispositivos de internación especializados en el abordaje de la psicosis, se constata con frecuencia presentaciones clínicas psicóticas asociadas significativamente a acontecimientos de pérdidas actuales o pasados, como factor desencadenante o desestabilizador de la estructura de la psicosis. La práctica psicoanalítica en el contexto hospitalario, nos ha permitido corroborar tal asociación establecida, animando el presente estudio.

Por múltiples razones que exceden los alcances del presente capítulo, la relación entre el duelo y la psicosis ha sido escasamente investigada tanto desde el punto de vista de la epidemiología, la psicopatología y el psicoanálisis. Quizás una de las razones, pueda relacionarse con lo que en nuestro estudio devino de dilemático: se trata sin lugar a dudas de situaciones vitales de máxima vulnerabilidad psíquica, en las que a la psicosis se le articula, el contexto de duelo.

En la investigación de la psicosis a través de la implementación de dispositivos que articulen procesos clínicos, consideramos que es necesario generar alternativas

metodológicas apropiadas a la situación, atendiendo a un mismo tiempo a los criterios éticos establecidos para la investigación con seres humanos. En la experiencia de investigación desarrollada, ocurrieron ciertos efectos transferenciales, que exigieron a posteriori la modificación del proyecto de investigación. Nos interesa dejar sentado éste antecedente, atendiendo a futuras investigaciones a desarrollarse con tal población.

El interés por la problemática del duelo y la psicosis, respecto al cual venimos investigando y practicando conjeturas de intervención desde hace algunos años, pudo más que las adversidades a la hora del trabajo de campo. Rediseñando el abordaje metodológico, hicimos derivar lo que era a priori la construcción de un caso clínico, en una investigación de tipo exploratoria centrada en una perspectiva específica del psicoanálisis, muy rica en cuanto a desarrollos relativos a la psicosis, pero en igual déficit respecto al problema del duelo.

De la “marca del caso” como conjetura inicial de intervención, a la vez que ficción que operó situando al lector en el problema clínico, se pasa a un abordaje de tipo exploratorio, buscando producir ciertas líneas de inteligibilidad respecto a la articulación duelo y psicosis. Centrados en una perspectiva conjetural, nos parece apropiado reunir en este capítulo de conclusiones, el conjunto de las conjeturas que consideramos relevantes como punto de llegada respecto a una investigación de carácter inicial.

Este estudio cualitativo ha explorado la problemática del duelo en la estructura de la psicosis desde un enfoque psicoanalítico apoyado en la enseñanza de Jaques Lacan. Ante la extensión y complejidad de su obra, optamos por priorizar el tramo explorado en torno a dos textos paradigmáticos relacionados con el tema de la investigación: “La interpretación y su deseo” en donde se teoriza sobre el duelo y “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis” en el que se exponen numerosos aportes en torno a la psicosis. Habiendo sido una decisión eficaz respecto al cumplimiento de los objetivos, conviene explicitar que en este estudio no se agotan los asuntos relacionados al tema de investigación, pudiendo proyectarse nuevas líneas de exploración en otros tramos de su obra.

Ante la problemática del duelo y la psicosis, y sus efectos de invisibilidad o escasa problematización que se evidencian en la academia y el campo clínico de intervención, (en el que se prioriza una semiología y una psicopatología en analogía con el duelo, tal cual como procedió Freud con su *Duelo y Melancolía*) la apelación a postulados epistemológicos que prescindan de la experiencia, el dato sensible o la forma patológica nos permitió sortear ciertos obstáculos desde un punto de vista metodológico.

En efecto, hemos podido desarrollar una investigación en torno a la psicosis que sortea una problemática histórica relativa a la tensión comprendida entre las patologías del humor y las patologías del pensamiento, y que tiende hasta el presente, a asociar la

problemática del duelo a determinadas formas patológicas del ánimo o el humor. Este curso del pensamiento de lo mental y patológico, deja a un conjunto de malestares psíquicos en un lugar comprometido respecto a la posibilidad de efectuación de un duelo. Podríamos concluir en este sentido, que la cuestión del duelo y el dolor fue vinculada al humor, quedando una zona vacante en la elucidación de las relaciones entre el duelo y los delirios crónicos

En este sentido, la perspectiva teórica explorada en la obra de Lacan, pero que parte de los indicios freudianos olvidados respecto al duelo (ante el efecto de potencia y verdad incuestionada que produce *Duelo y melancolía*) permite en su estatuto abstracto, formal y topológico, abordar la problemática por otro sesgo, eludiendo el obstáculo epistemológico explicitado.

El estudio de los textos freudianos, a partir de una lectura indiciaria que atendió a datos secundarios, nos permitió desplazar el texto capital *Duelo y Melancolía*, dándole un lugar a pequeños bosquejos o borradores freudianos que en la actualidad son desestimados. En este sentido, recogimos ciertas marcas o indicios fundamentales para nuestra investigación, partiendo del *Manuscrito G*: agujero en lo psíquico, descarga imposible, hemorragia libidinal, herida abierta. Figuras del dolor, dibujos de gran intuición, que como marcas que perduran, suscitaron nuestra curiosidad y nos indicaron un camino a seguir. En ese sentido, la búsqueda apuntaba a itinerarios excéntricos a la razón melancólica, en donde se había asociado e instituido una relación cronificada entre el duelo y la melancolía.

Hemos de reconocerle a Freud, el intento de retomar una idea que se remonta a los mismos comienzos de la psiquiatría. En la acotada pero nutrida búsqueda realizada en relación a la tensión humor y pensamiento, la melancolía y el dolor eran ubicados en los primeros tiempos de la psiquiatría, en su estatuto de causa de la enfermedad mental. Concluimos tal tramo de la investigación con la siguiente conjetura: en el principio de la enfermedad mental era el dolor. Esta idea es la que encontramos en múltiples escritos freudianos que intentaban producir un giro en la etiología de la neurosis, la psicosis y la neurosis narcisística o melancolía.

En ese sentido, otro de los primeros manuscritos abordados titulado *Manuscrito E*, concluía que la melancolía se trataba de un problema de acumulación de la energía sexual psíquica o de su imposible descarga. Gesto con el cual se desmarcaba de las ciencias de la naturaleza, pero a partir de un significante que levantamos como indicio de nuestra exploración: la energía. Concluimos en este sentido, que en la obra de Freud, tan importante es el factor económico en el bloque teórico del duelo, que un mismo fundamento responde a la pérdida del objeto, el interés por el mundo y la dialéctica de los estados anímicos que van desde la melancolía hasta la manía. Herida abierta, agujero en lo psíquico y hemorragia

interna operan como metáforas del dolor que dan la idea de lo ilimitado, a partir de desprendimientos, pérdidas y desvíos de los flujos energéticos. Todas estas ideas fueron para nosotros un conjunto de indicios que luego retomaríamos en un plano abstracto o topológico.

En este sentido, y respecto a las definiciones freudianas de duelo normal, en los tres tiempos que implican a la noción de “trabajo de duelo”, en donde la finalidad y el éxito del mismo radica en la “sustitución del objeto”, el abordaje realizado en este estudio se centró fundamentalmente en tal perspectiva y análisis del factor energético. Hemos visto que la metáfora energética explica el proceso de duelo, en una clara articulación a un energetismo mecanicista que fundamenta todo en cuanto ocupa al doliente. Tal conceptualización freudiana deja en un lugar secundario al Otro del lenguaje, y al analista respecto a su función, puesto que lo esencial del trabajo del duelo depende de una energía que en sus postulados epistemológicos se basa en el materialismo mecánico, en la bioquímica y en el cuerpo sustancia.

Tal aspecto recorrió la investigación, en la medida que constatamos que la noción de duelo, apoyaba en semejante noción de la energía, dando fundamento a uno de sus aspectos: su estatuto deficitario. Por tanto, tal línea de investigación se corresponde con uno de los objetivos específicos, y por tal razón, encaramos un recorrido que va de la energía sustancia al cálculo abstracto, fundamentando las implicancias epistémicas de la libido freudiana. En el análisis de esta dimensión, corroboramos una confrontación de los modelos energéticos de Freud y Lacan, y concluimos que el modelo de éste último, lejos de proponer a la energía como una causa o vía para explicar la enfermedad, trata de una noción dependiente del lenguaje, el campo abstracto, el discurso.

En este punto Lacan esclarece lo que de oscuro comportaba la noción de pulsión y energía en Freud (declarado por el mismo), y en este sentido rompe con una escisión o dicotomía que alimentaba a lo normal y lo patológico, paradigma médico que sostiene a la enfermedad como una variación cuantitativa de la norma. El resultado producido en este sentido se resume en que el duelo en la psicosis, a razón de que el fundamento energético está determinado por el lenguaje, no se lo puede leer en términos deficitarios o a razón de una especie de libido que conlleva a determinados padecimientos.

Para articular de modo coherente la problemática de la energética en este enfoque, es necesario se delimitó una concepción de cuerpo que reservando un lugar a lo orgánico, establezca una relación de preponderancia simbólica. La teoría de los incorporales del estoicismo antiguo hace posible tal concepción de cuerpo, al proponer al cuerpo ingenuo – anatómico, sustancial, imaginario- como un efecto de la incorporación por parte del cuerpo simbólico. Desde esta perspectiva entonces, no podemos concebir al cuerpo sino es, por las consecuencias de la articulación del lenguaje.

En este sentido es que también fue necesario establecer una articulación con el afecto. Desde S. Freud el duelo es considerado un afecto normal o patológico. Respecto al afecto, la revisión teórica exige una noción tal que haga posible la depuración de un concepto que en la teoría psicoanalítica ha sido conducido hacia regiones oscuras, míticas o inaccesibles para el trabajo analítico. En tal sentido, el establecimiento de una noción de afecto como efecto del significante, hace posible recentrar el problema desde una perspectiva articulable al dispositivo analítico, y cuestionar de que modo éste opera en la estructura de la psicosis. Por contraposición a ciertas lecturas que minimizan o rechazan el afecto en la psicosis, o lo reconocen en las patologías asociadas a la afectividad o el humor, la posibilidad de abordar el afecto desde una posición que lo anuda a la determinación significativa, hace posible su tratamiento en el análisis.

Por otra parte, en el Manuscrito K leímos otro de los indicios claves de nuestra exploración, en la explicitación de las relaciones entre la pérdida de realidad, el duelo y la amentia. En tal sentido, nos confrontamos con un hallazgo. La primer mención que realiza Freud respecto a un mecanismo excepcional –que se apartaba de las neuropsicosis clásicas, y que a posteriori será retomado por Lacan para devenir en concepto de forclusión, surge de la lectura de un duelo: *verwerfen*. En este sentido, el duelo condujo a la intelección del mecanismo de la psicosis. En tal lectura, S. Freud propuso a la psicosis alucinatoria de deseo como una respuesta ante una representación insoportable, siendo la formación alucinatoria un cumplimiento del deseo. Esta versión del duelo en la que el objeto se retiene alucinatoriamente, no puede de todos modos ser equiparada al duelo en la estructura de la psicosis, y el análisis del caso del pintor Haizmann será elocuente al respecto: se trata para Freud de una forma neurótica de duelo. De todos modos, en las múltiples variante que fuimos viendo entre duelo, desde la neurosis hacia la psicosis, se concluye que en situaciones de crisis o descompensación, y ante presencia de un episodio psicótico agudo, es necesaria la prudencia diagnóstica, puesto que la neurosis puede desencadenar alteraciones de la realidad, y el duelo es una situación privilegiada para su efectuación. Hemos analizado como Lacan va a poner en una relación de parentesco al duelo y la psicosis, razón que fundamenta la idea del diagnóstico diferencial.

En cierta sintonía con lo recientemente expuesto, abordamos la problemática del duelo en Hamlet, texto paradigmático que despliega en la lectura de Lacan, la problemática del duelo. Como lo indicara Allouch, Lacan no hace una lectura explícita o directa del texto *Duelo y melancolía*, abordando tal obra por el sesgo, mediante el recurso a Hamlet. Leído en una perspectiva estructural, la lectura del duelo en Hamlet nos conduce a los siguientes resultados que en función del tipo de estudio montado, son concebidos en su carácter conjetural. En primer lugar, al proponer que el duelo no es un asunto individual, que se resuelva en el territorio del Yo, en una geometría de esfera cerrada que delimita un interior y

un exterior. La concepción de sujeto dividido o intervalar desarrollada a través del esquema Z, es solidaria con tal concepción de duelo esbozada por Lacan, haciendo participar a los términos (S, a, a', A) en la problemática. En Hamlet, el duelo se ve interrumpido o no satisfecho, a razón de que algunos de los elementos intervinientes del esquema hacen obstáculo al mismo, y esto es expresable en el escamoteo del duelo ofertado por la Reina, la demanda del cese del duelo solicitado por la nueva dupla de los reyes, la ausencia de escansión en el tiempo de la sustitución del objeto rey. En suma, el Otro y los otros no ponen a disposición de la operación, un significante que sitúe la falta. En segundo lugar, y a partir del a priori teórico del sujeto articulado al Otro en su constitución, concluimos que tal modo de enfocar al duelo permite una maniobra clínica en relación a la psicosis, puesta que la determinación del lenguaje no es excluyente a dicha estructura. En este sentido, se introduce una perspectiva permeable al campo de la psicosis, rompiendo con el prejuicio teórico freudiano basado en la teoría de la libido, y que sostenía la monopólica posibilidad de tratamiento, transferencia, y hasta duelo, en el conjunto de las neurosis caracterizadas por la libido objetal. En tercer término, concluimos que al producir una topología del duelo que rompe con la lógica de lo interior o íntimo, se interrogan las distintas lógicas del duelo que se resumen en la interiorización, recuperación, integración o incorporación del objeto perdido, maniobra imposible en el terreno de la psicosis, germen de su estatuto deficitario. En cuarto lugar, soslayamos un resultado articulado a la psicosis, y que se relaciona con su mecanismo fundamental en ese período de la obra de Lacan: el duelo es una forclusión invertida. Explicitándose una relación estructural entre el duelo y la psicosis, se propone que el agujero de la pérdida moviliza al significante, elemento co-variante de la estructura. Esta lectura es inversa al mecanismo de la forclusión, el cual se resume en que lo que es rechazado en lo simbólico, reaparece en lo real. El parentesco entre las operaciones del duelo y la forclusión radica en las respuestas inversamente simétricas: en la psicosis, agujero en lo simbólico y retorno en lo real; en el duelo, agujero en lo real y movilización de lo simbólico. Lacan aborda el duelo en este sentido, a través de la comparación con la psicosis, en una inversión respecto al método freudiano que se resumía en abordar la melancolía a través del duelo. En quinto término, y desprendida de la conclusión anterior, el duelo exige situar la falta en la estructura o significante de la falta en el Otro, al tiempo que denuncia la incompletad e insuficiencia de lo simbólico para abordar lo real de la pérdida. En este sentido, concluimos que en la lectura lacaniana del duelo, se propone una falla de orden estructural ante la insuficiencia de significantes que puedan responder al agujero producido. De esta manera, nuevamente se rompe con una lógica o tensión que propone un ideal o norma de duelo en relación a la neurosis. En sexto término, es esta dimensión de insuficiencia simbólica, la que puede producir una proliferación de lo imaginario y fenómenos de borde asimilables a la psicosis, y de allí el parentesco establecido por Lacan.

La propuesta del trabajo significativo que Lacan introduce a partir del agujero en lo real como notación de la pérdida, hace caducar a una energética libidinal en el trabajo del duelo, devolviéndole un lugar fundamental al Otro y el lenguaje en la maniobra del mismo. En este sentido, el trabajo de duelo como maniobra libidinal que se propone desinvertir el objeto perdido, es invertido en la propuesta de Lacan. Proponiéndose al duelo como un afecto, la revisión del mismo desde la propuesta estoica, subvierte una relación preconizada por los post – freudianos, en donde la vida afectiva era sostenida instintivamente, como una fuente de la cual emanaban evolutivamente una larga lista de afectos, siendo el lenguaje un mero instrumento que otorga significado a los mismos. Devolverle un estatuto de causa al significativo, articularlo de modo de afecto, se torna necesario a los efectos de situar una posible lógica de intervención bajo la transferencia del dispositivo analítico.

Lo que mueve y opera como duelo, no depende de la energética sino del precipitado significativo que en la pérdida se desencadena a razón del agujero creado en la existencia, y la falta en el orden simbólico. Nuevamente nos encontramos allí con el indicio del agujero, el cual en la perspectiva de Lacan comporta una notable importancia. Falta en la estructura, agujero en lo real, expresiones que como un continuum en nuestra exploración, retornan en la lectura del duelo en J. Lacan. Si en Freud el intento de vincular el agujero en lo psíquico, la hemorragia libidinal o la herida abierta con los fenómenos observados en el padecimiento, el dolor y el duelo de la melancolía, en J. Lacan la terminología de la falta y el agujero se proponen como conceptos que lejos de ilustrar una realidad clínica, hacen soporte teórico a la problemática, y motor energético de la operación.

En función de ello, decidimos explorar el comportamiento del agujero en la estructura de la neurosis, deduciendo en el juego de las oposiciones el comportamiento del agujero en la psicosis. Al tratarse de una perspectiva estructural, sorteamos el riesgo de proponer un ideal o referencia, respecto al cual deriva una replica fallida, enferma, deficitaria.

La lectura del caso Schreber, como texto paradigmático de la psicosis, fue llevada a cabo en esa clave de agujeros y pérdidas. Freud había expuesto una serie de hipótesis sobre las relaciones entre el duelo por el padre de Schreber y su sustitución en el Dios del delirio. Explicitando al pasar la idea del duelo en la psicosis, desechamos la interpretación realizada, por cuanto se desarrolla en función de una matriz edípica escasamente fundamentada. En este sentido, y ante la tentación de interpretar duelos en Schreber, decidimos localizar ciertas figuras del lenguaje o ideas acuñadas por el autor, indicios de duelo, dolor y pérdida. En este sentido, y a falta de declaraciones de duelo en el texto, hallamos una marca paradójica respecto a nuestra búsqueda: la frustración por no poder tener hijos. En una lógica en la que al significativo muerte, se le opone procreación, nos pareció propicio indagar esa línea. La imposibilidad de tener hijos y la preocupación por un árbol genealógico en extinción por un lado, el proceso de emasculación y la generación de

una nueva raza de hombres Schreber por otro, conforman un conjunto de enunciados que los articulamos en nuestra conjetura. En este sentido, leemos a la letra: “aparente pérdida”, “ciclo eterno”, “inmortalidad”. Allí donde la realidad de Schreber indicaba un límite en la cadena filiatoria, el fin de la familia, la muerte del significante Schreber, leemos en clave conjetural una respuesta paradigmática en la que lejos de la muerte y el fin de la cadena, se revelarán fenómenos discusivos y delirantes de una continuación eterna y absoluta de la vida en la creación de una nueva humanidad. Estos términos que se desprenden del texto de Schreber, remiten a ciertas propiedades topológicas y comportamientos del agujero que explicitamos en el último de los capítulos, estableciendo las siguientes conjeturas finales.

Para dar cuenta de la psicosis en la lectura de Lacan, explicitamos el pasaje comprendido entre la psicosis como un fenómeno, a la concepción estructural de la misma. Esta lectura fue solidaria con nuestro método, por cuanto la perspectiva del fenómeno hemos visto que opera como un obstáculo epistemológico en nuestra exploración. Definiendo a la estructura como un conjunto co-variante de elementos significantes, unidades caracterizadas por su condición opositiva, negativa y diferencial, decidimos exponer la oposición neurosis – psicosis fundada en los esquemas R e I de Lacan.

Resultado de la comparación de los bloques teóricos, abordados desde un sesgo simbólico (matemático, estructural o topológico), nos permitirá establecer ciertas propiedades de naturaleza abstracta, liberadas de todo riesgo semántico de déficit tal cual lo analizado respecto a otras tendencias teóricas psicoanalíticas, respondiendo por ésta vía al objetivo específico que explicitaba trazar un sistema de enunciados conjeturales que contribuyeran a una lectura del problema más allá del déficit establecido. En este sentido, se parte de establecer una condición de la realidad en ambas estructuras: mientras en la neurosis se altera por torsión, en la psicosis se efectúa por distorsión. En este sentido, la perspectiva estructural disuelve la idea de una referencia normal o un ideal de estructura, lo que a posteriori deriva en nociones deficitarias alejadas de tal patrón teórico.

La propiedad topológica sobre la que recae tal condición de la realidad, remite a la estructura de cierre o no de la misma. En el esquema R se verifica como el cuadrilátero “campo de la realidad” presenta una estructura cuaternaria en la que se efectúa el cierre. Tal condición estructural de cierre remite a una lógica de la extracción del objeto, operación abstracta a través de la cual se logra circunscribir la falta y el objeto en la estructura. La intervención previa requerida por el duelo, trata en suma de la extracción de lo infinito en la estructura mediante una maniobra abstracta que introduce un elemento positivo abstracto: objeto a. En este sentido, concluimos que la maniobra simbólica efectuada incide en la problemática del infinito, la realidad, y por extensión, el duelo. Como hemos explicitado en relación al resultado del caso Schreber, la idea de una realidad en tendencia al infinito,

abierta al universo, en donde la creación no tiene límite y la pérdida es una apariencia, la articulación de la realidad y el infinito están articuladas.

En este sentido, leyes fundamentales tales como la conservación de la energía o el principio de constancia analizadas, requieren para su demostración, de sistemas cerrados de naturaleza abstracta, mediando teoremas tales como “la línea cerrada de Jordan” que establece un interior y un exterior en prescindencia de metáforas espaciales tales como una esfera cerrada que represente al cuerpo del individuo. Este mismo argumento, es el que otorga la posibilidad de pensar el problema de la pérdida en la neurosis o la psicosis, en función de la posibilidad de establecerse un cierre en la realidad, de modo tal que las características de la pérdida serán diversas en función de tal operación. De este modo, la pérdida en la realidad estará determinada por la circunscripción matemática que da sustento a la operación, y no por una realidad natural sobre la cual se trazan leyes físicas, en una clara determinación simbólica de la misma.

Cuando consideramos a la psicosis en función del esquema I, como una realidad en la que no ha operado el cierre abstracto de la misma, se propone que la energética que opera en dicha realidad, no responde a tal teorema, razón por la cual hay que pensar al duelo desde otra lógica que la del cierre de la neurosis, puesto que la ley de la conservación que propone que “nada se crea ni se destruye, sino que se transforma” no opera de igual modo. En nuestra investigación nos hemos abocado a este sutil detalle, dejando sentado un problema a nivel teórico con consecuencias en la valoración del duelo en la psicosis, y que de ser considerado desde una lógica de la neurosis o de la intuición, conlleva a una lectura negativa, deficitaria, o decepcionante del duelo.

Ese es el problema que concluimos aborda el esquema I, producto de una transformación del esquema R, con que analizamos la operatoria del cierre y la estructura de superficie proyectiva que comporta la realidad de la neurosis. En el esquema I, y comenzando con la lectura de la forclusión que supone un “puro y simple agujero en lo simbólico” tal cavado del agujero tiene consecuencias a nivel de la significación fálica. El esquema parte entonces, del cavado de los dos agujeros que tendrán un efecto de no cierre en la estructura de la realidad, tal cual lo formulado en el esquema R. Del esquema I que intenta formalizar el proceso psicótico de Schreber, extraeremos algunas conjeturas útiles a los efectos de una primera aproximación exploratoria en relación al duelo.

Como conjetura I precisamos que siendo la hipérbola y la asíntota el recurso geométrico con el que Lacan pretende dar cuenta de la relación entre infinito y realidad en la psicosis, tales figuras expresan el problema de la ausencia de agujero tal cual como se define por el Teorema de Jordan, y que divide una superficie en dos partes, una interior y otra exterior. En relación a nuestro asunto de estudio, el recurso geométrico permite situar en un plano abstracto el comportamiento de los agujeros, insumo imprescindible para

pensar el duelo en la psicosis, el cual puede adoptar una tendencia al infinito tal cual lo expresado en el recorte de Schreber o en la figuración del problema de investigación propuesto en el caso "D". En este sentido, hipérbola y asíntota formaliza una escritura, allí donde la operación del duelo tendiente a hacer coincidir la hiancia abierta por el duelo con la hiancia mayor, la falta simbólica, no es posible por la falta de inscripción de la falta en la estructura.

Como conjetura II destacamos en articulación a lo arriba expresado, que en las definiciones de hipérbola y asíntota como modo de formalización en la psicosis, la falta de límite hace operar a la estructura del sujeto en una tendencia al infinito. En ausencia del límite que contornea y delimita al objeto y la falta, (aspecto que analizamos en el giro epistemológico operado por Lacan respecto a Freud), la lógica de la pérdida y el duelo no puede operar en función de tal perspectiva. En este sentido, al no estar inscripta la falta en la estructura, la pérdida del objeto puede ser del orden de una fuga constante, de una pérdida ilimitada debido a la ausencia de línea de Jordan que la enmarque. Es interesante en este punto, como el resultado expresado se acerca a los primeros indicios intuidos por Freud: la hemorragia libidinal, la herida abierta, el agujero en lo psíquico. No obstante, el pasaje operado nos deja en mejores condiciones de pensar la problemática, puesto que el orden de conjeturas que estamos explicitando, se relaciona a un orden de abstracción articulado al lenguaje, materialidad con la que el analista opera. La falta de límite en este sentido, nos permite conjeturar que el dolor en la psicosis es posible ser expresado en los términos de lo ilimitado, y no faltan ejemplos en donde la única manera en que el sujeto logra producir el límite, es poniendo en riesgo su vida o la de terceros. Esta lectura afirma entonces, que lejos de suponer que no opera el duelo, la pérdida y el dolor en la psicosis, ésta tiene notables consecuencias en la vida del sujeto, incalculables para quien ha operado el límite en la estructura.

En la Conjetura III formulamos el problema de la ausencia de significación fálica, articulada al punto anterior. Al no operar la metáfora paterna y la extracción del objeto, las significaciones que el sujeto produce no estarán reguladas por la ley del no-todo propio del orden simbólico. En numerosos casos en los que el duelo en la psicosis es invisibilizado o no formulado, entendemos que en buena medida éste aspecto remite al problema de la ausencia de significación fálica. Al no disponer de la falta en la estructura, la significación articulada se ordena en una lógica de todo o nada, en la que el problema no es escuchado por el clínico que recibe la consulta. Quien pretenda en este sentido, escuchar el duelo en la psicosis en los términos de la significación de la falta, seguramente haga omiso la posibilidad de receptar un duelo en tratamiento. Efecto de ésta lógica del todo o nada que escapa a la significación de la falta, se relacionan los excesos de significación producidos en los delirios y los actos de la psicosis, en donde ante la pérdida significativa, el sujeto se

mueve en la mas variada gama de respuestas: sepultar al objeto por manos propias, realizar un crimen pasional para terminar con él, suicidarse en su honor, etcétera. Que el sujeto de la psicosis no disponga de una marca de la falta, no necesariamente indica que no advenga allí una situación de duelo. Será necesario recurrir a otras nociones teóricas de la psicosis para poder ubicar lo que de modulación de la pérdida se articula en la estructura desde un punto de vista que trascienda lo patológico o deficitario.

Como Conjetura IV, en la elucidación de los agujeros, nos hemos encontrado con ciertas acepciones que enriquecen nuestra reflexión, por cuanto J. Lacan opta por hablar de agujeros en relación a la falta en la neurosis, refiriendo al término abismo cuando de agujeros en la psicosis se trata. Respecto al primero, agujero se articula en el diccionario a los términos de deuda, numero, circulo, cuenta. Por su parte, abismo refiere a la ruina, el infierno, la profundidad, lo ilimitado. La procedencia del término agujero proviene del latín <acus> o aguja, que en su definición alude al agujero por el que pasa el hilo, tanto como a la potencia de costura. . En este sentido, y enhebrando los términos, nos interrogamos cómo hacer para que lo abismal del duelo en la psicosis, devenga un agujero por el cual pasar el hilo con el cual recursivamente, poder anudar la estructura hacia una estabilización.

Este aspecto nos reenvía a la Conjetura V, en donde a partir de la idea inicial con que figuramos el problema del duelo en la psicosis, propusimos una hipótesis de trabajo clínico: “del trabajo del duelo al trabajo del delirio”. En este sentido, entendemos que si bien por cierta enumeración de atributos abstractos de la estructura de la psicosis, podríamos proponer que el duelo pensado desde la referencia del esquema R es imposible en un sentido formal, asimismo entendemos que la suma de las conjeturas aquí explicitadas y articuladas, nos permiten considerar una perspectiva clínica en donde el trabajo con el delirio permita un abrochamiento o cierre respecto a una operatoria de la pérdida que tiende por estructura hacia la infinitización, la fuga constante, la significación absoluta. Entendemos que la operatoria del duelo en la estructura de la psicosis, requiere la elucidación de soluciones solidarias con tal lógica estructural.

Desde el psicoanálisis en la posición de J. Lacan, se dispone de múltiples recursos teóricos que desarrollan la perspectiva de la estabilización a partir de conceptos tales como la metáfora delirante, y que vienen a poner remedio a la falta de anudamiento, líneas abiertas y ausencia de cierre propias de la psicosis desestabilizada. El sujeto de la psicosis ante el duelo, puede responder desde la operación forclusiva, evidenciando el agujero en lo simbólico. Tal operación denuncia el exilio respecto a la cadena significativa estructurada al modo de los toros topológicos abrazados. No obstante, tal exilio que evidencia la ausencia de estructura cuatripartita del campo de la realidad del esquema R, no implica necesariamente que el sujeto este imposibilitado de buscar los modos de producir un cierre

o anudamiento, mediante ciertas lógicas del delirio que le otorguen estabilidad a lo que de abismal lo arroja en los agujeros ilimitados de la psicosis.

Este es el desafío clínico que nos ofrece la clínica del duelo en la estructura de la psicosis, y respecto a la cual concluimos que se abre una perspectiva de intervención que requerirá de estudios articulados a la teoría y la clínica de la estabilización en la psicosis desde la perspectiva de Lacan. En este estudio hemos preparado el terreno, explorando los agujeros, bordes y líneas, que participan desde un punto de vista simbólico y abstracto, de la operación del duelo. Concluimos mediante el establecimiento de múltiples resultados y enunciados conjeturales, que lo deficitario en la psicosis opera cuando la referencia es tomada de una estructura que no le corresponde. En este sentido, la doctrina lacaniana propone que la propia estructura de la psicosis, cuenta con recursos para configurar su estabilización, y en este sentido producir el cierre que la estructura no aporta.

En este sentido, entendemos que del trabajo del duelo imposible hacia un trabajo de delirio posible, indica el camino de futuras investigaciones y el desafío de la clínica. A partir de la suma de los resultados enumerados, hemos hecho una primera aproximación a un campo escasamente estudiado, nutriendo el objetivo general de esta investigación, el cual se proponía aportar conocimiento sobre la clínica del duelo en la psicosis.

## 10 Referencias Bibliográficas

- Abraham, K. (1980). *Psicoanálisis clínico*. Bs.As.: Paidós
- Allouch, J. (1996 ). *Erótica del duelo en tiempo de la muerte seca*. Bs.As.: Epel
- Allouch, J. (2005). *Objeto perdido, objeto descompuesto*. En: Revista Desde el Jardín de Freud. Consultado en 11, 12, 2010 en <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/viewFile/8404/9048>.
- Alvarez, J. Eiras, J. (2006) *Sobre la trasmutación de la melancolía en depresión y algunas de sus consecuencias*. En Vaschetto, E. (Comp.) *Depresiones y psicoanálisis* (pp 101-122). Bs. As.: Gamma Ediciones
- Amigo, S. (1999) *Clínica de los fracasos del fantasma*. Bs. As.: Homosapiens.
- Anzieu, D. (1987). *El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del inconsciente*. Bs. As.: S. XXI Editores.
- Aries, P. (1999). *El hombre ante la muerte*. Madrid: Taurus
- Assoun, P. (1987) *Introducción a la epistemología freudiana*. Méjico-DF: Editorial Siglo XXI. (Texto original publicado en 1981)
- Bachelard, G. (2000) *La formación del espíritu científico*. Bs. As.: Editorial Siglo XXI. (Texto original publicado en 1948)
- Bauab, A. (2012) *Los tiempos del duelo*. Bs. As.: Letra viva. (Trabajo original publicado en 2001)
- Bercherie, P. (1986) *Los fundamentos de la clínica. Historia y estructura del saber psiquiátrico*. Buenos Aires: Manantial. (1980)
- Bourgeois, M. (2006). *Etudes sur le deuil*. Méthodes qualitatives et méthodes quantitatives. *Annales Médico Psychologiques*, 164, 278-291.

- Bréhier, É. (2011). *La teoría de los incorporales en el estoicismo antiguo*. Buenos Aires: Leviatán. Recuperado de [http://www.teebuenosaires.com.ar/biblioteca/trad\\_09.pdf](http://www.teebuenosaires.com.ar/biblioteca/trad_09.pdf)
- Bowlby, J. (1980). *La pérdida afectiva. Tristeza y depresión*. Bs.As.: Paidós
- Bunge, M. (1992) *La ciencia, su método y su filosofía*. Bs.As.: Siglo XXI
- C. Calligaris (1991) *Introducción a una clínica diferencial de las psicosis*. Bs.As.: Nueva Visión.
- Cancina, P. (2008). *La investigación en psicoanálisis*. Rosario: Homosapiens
- Canguilhem, G. (1995). *Lo normal y lo patológico*. Buenos Aires. Siglo XXI Editores.
- Cortazzo, W. ( 2008) *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte pornográfica*. Inédito.  
Recuperado en: <http://todasmismuertes.blogspot.com/2008/12/los-tiempos-del-duelo-en-el-contexto-de.html>
- DSM-IV. (1995). *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales*. Barcelona: Masson.
- Eco, H. (1989). *El signo de los tres*. Barcelona: Lumen
- Eidelsztein, A. (1992). Modelos, esquemas y grafos en la enseñanza de J. Lacan. Bs.As.: Manantial.
- Eidelsztein, A. (2008) *Las estructuras clínicas a partir de Lacan. Tomo 1*. Bs.As.: Letra Viva.
- Eidelsztein, A. (2008b) *Las estructuras clínicas a partir de Lacan. Tomo 2*. Bs.As.: Letra Viva.
- Eidelsztein, A. (2012) *Los incorporales en psicoanálisis o el cuerpo de "laminilla"*. (Inédito)  
Recuperado en [www.apertura-psi.org/wp-content/uploads/2012/09/Eidelsztein-F.doc](http://www.apertura-psi.org/wp-content/uploads/2012/09/Eidelsztein-F.doc)
- Ey, H. (1999). *Tratado de psiquiatría*. Barcelona: Masson
- Fenichel, O. (1994). *Teoría general de la neurosis*. Barcelona: Paidós
- Ferreri, N.; Vacher, J.; Alby, J.M. (1987) *Evenement de la vie et depression*  
*EncyclopedieMedic-Chirurgicale, Psychiatrie 6. Vol.* París

- Foucault, M. (2006) *Historia de la locura en la época clásica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1964)
- Freud, S. (1973). *Personajes psicopáticos del teatro*. En Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva (Trabajo original publicado en 1942)
- Freud, S. (1979) *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. En Obras Completas. Bs.As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1916-1917)
- Freud, S. (1979b) *Manuscrito E*. En Obras completas. Bs. As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado entre 1892-1899)
- Freud, S. (1979c) *Manuscrito G*. En Obras completas. Bs.As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado entre 1892-1899)
- Freud, S. (1979d) *Manuscrito K*. En Obras completas. Bs. As.: Amorrortu.
- Freud, S. (1979e) *Neuropsicosis de defensa*. En Obras completas. Bs.As.: Amorrortu.
- Freud, S. Ferenczi, S. (1992). *Correspondance 1908-1914*. Paris: Calmann Lévy.
- Freud, S. (1986a). *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*. En Obras Completas, Vol. 10. Bs. As.: Amorrortu
- Freud, S. (1986b). *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*. En: Obras Completas. Vol 10. Bs. As.: Amorrortu
- Freud, S. (1989a). *De la historia de una neurosis infantil*. En: Obras Completas. Vol. 17. Bs. As.: Amorrortu
- Freud, S. (1989b). *Duelo y melancolía*. En: Obras Completas, Vol. 14. Bs. As.: Amorrortu
- Freud, S. (1989c). *Fragmento de análisis de un caso de histeria*. En: Obras Completas, tomo 7. Bs. As.: Amorrortu
- Freud, S. (1989d). *Proyecto de psicología*. En: Obras Completas, Vol. 1. Bs. As.: Amorrortu
- Freud, S. (1989e). *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente*. En: Obras Completas, Vol. 12. Bs. As.: Amorrortu

- Freud, S. (1989f). *Trabajos sobre técnica psicoanalítica*. En: Obras Completas, Vol. 12. Bs. As.: Amorrortu
- Freud, S. (1989g). *La interpretación de los sueños*. En Obras Completas. Vol. 4. Bs. As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Freud, S. (1989h). *La interpretación de los sueños*. En Obras Completas. Vol. 5. Bs. As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Freud, S. (1989i). *Fragmentos de la correspondencia con Fliess [1892-1899]*. En Obras Completas. Vol. 1. Bs.As.: Amorrortu.
- Freud, S. (1989j). *Pulsiones y destinos de pulsión*. En Obras Completas. Vol. 14. Bs. As.: Amorrortu
- Freud, S. (1989k). *La transitoriedad*. En Obras Completas. Vol. 14. Bs. As.: Amorrortu
- Freud, S. (1989l). *Complemento metapsicológico de la doctrina de los sueños*. En Obras Completas. Vol. 14. Bs.As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917)
- Freud, S. (1989m). *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*. En Obras Completas. Vol. 12. Bs.As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1911)
- Freud, S. (1989n). *Neurosis y Psicosis*. En Obras Completas. Vol. 19. Bs. As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1924)
- Freud, S. (1989ñ). *Una neurosis demoníaca en el siglo XVIII*. Vol. 19. Bs.As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923)
- Freud, S. (1989j) *1º Conferencia. Introducción*. En Obras Completas. Vol XV. Bs.As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1916-1917).
- Freud, S. (1989k) *Pulsiones y destinos de pulsión*. En Obras Completas. Vol. XIV. Bs.As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914)
- Freud, S. (1989l) *La represión*. En Obras Completas. Vol.XIV. Bs.As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915)
- Freud, S. (1993) *Epistolario años 1910-1939*. Bs. As.: Hyspanamérica.

- Freud, S. (1993b) *Tres ensayos de teoría sexual*. En Obras Completas. Vol. VII. Bs.As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905)
- Freud, S. (1995) *Más allá del principio del placer*. En Obras Completas. Vol. XVIII. Bs.As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920)
- Freud, S. (1998). *27º Conferencia. La transferencia*. En Obras Completas. Vol. XVI. Bs. As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1916-1917).
- Freud, S. (1998b) *35º Conferencia. En torno de una cosmovisión*. En Obras Completas. Vol. XXII. Bs.As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1932).
- Gamo, E. et al. (2000). *Problemática del duelo en la asistencia en salud mental*. Consultado en 09,02,2010 en Web: [http://www.dinarte.es/salud-mental/pdf12\\_3/arti01.pdf](http://www.dinarte.es/salud-mental/pdf12_3/arti01.pdf).
- Gamo, Emilio (2003). *El impacto del duelo en pacientes psicóticos*. *Rev. Asoc. Esp. Neuropsiq.* Consultado en 12, 20, 2010 en <[http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0211-57352003000400004&lng=es&nrm=iso](http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0211-57352003000400004&lng=es&nrm=iso)>. ISSN 0211-5735.
- Gay, P. (1989) *Freud: una vida de nuestro tiempo*. Barcelona: Padiós. (Trabajo original publicado en 1988)
- Guislain, J. (1998). *Lecciones orales sobre las frenopatías*. En: *Alucinar y delirar I* ( Bs.As.: Polemos
- Ginzburg, C. (1999). *Mitos, emblemas y leyendas*. Barcelona: Gedisa
- Green, A. (2008). *De locuras privadas*. Bs.As: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1972)
- Guzmán, S. (2008). *La construcción del caso como vía para formalizar la investigación en psicoanálisis*. *Revista Psique y Sociedad*. Consultado en 12, 23, 2010 en <<http://www.psiquesociedad.org/construccion.html>>.
- Hernandez Sampieri. (2006) *Metodología de la investigación*, Ed. Mc Graw Hill, 4ª Ed., 2006, pag. 101.

Hochman, K. Fritz, E. Lewine, R. (2005). Overcome by por overcoming loss: a call for the development of therapy for individuals mourning vocational loss in schizophrenia. *Illness, Crisis & Loss*. Consultado en 12, 11, 2010 en <A href="http://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&db=a9h&AN=20037324 &lang=es&site=ehost-live">OVERCOME BY OR OVERCOMJNG LOSS: A CALL FOR THE DEVELOPMENT OF THERAPY FOR INDIVIDUALS MOURNING VOCATIONAL LOSS IN SCHIZOPHRENIA.</A>.

Israëls, H. (1986) Schreber, père et fils. París:

Jackson, M. (2001). *Weathering the Storms: Psychotherapy for Psychosis*. Londres: Karnak Books

Kernberg, O. (1983) *Self, yo, afectos, pulsiones*. En: MS Mahler, OF Kernberg et al. (eds.) Diez años de psicoanálisis en los Estados Unidos (pp. 358-378). Madrid; Alianza

Kuhn, T. (1961) *La estructura de las revoluciones científicas* México: FCE

Klein, M. (1989). *El duelo y su relación con los estados maniáco depresivos*. Obras completas. Tomo I. Barcelona: Paidós.

Koyré, A. (1940). *Estudios Galileanos*. México: Siglo Veintiuno. (Trabajo original publicado en 1985)

Lacan, J. (1962). *La angustia*. Bs. As.: Biblioteca y Centro de documentación de la EFBA. Inédito

Lacan, J. (1975). *El síntoma*. Bs. As: Biblioteca y Centro de documentación de la EFBA. Inédito

Lacan, J. (2003). *La ética del psicoanálisis*. S. 7. Mexico: Paidós. (Trabajo original publicado en 1959)

Lacan, J. (2003b). *Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*. S. 11. Bs. As.: Paidós. (Trabajo original publicado en 1964)

Lacan, J. (2004). *La relación de objeto*. S. 4. Bs. As.: Paidós. (Trabajo original publicado en 1957)

Lacan, J. (1983). *Lacan oral*. Córdoba: Xavier Boveda

- Lacan, J. (1998) *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*. México: Siglo XXI
- Lacan, J. (2008) *Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis*. En Escritos 2. Bs. As: Siglo XXI (Trabajo original publicado en 1953)
- Lacan, J. (2008b) *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*. En Escritos 2. Bs.As.: SigloXXI
- Lacan, J. (2008b) *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo*. En Escritos 2. Bs.As.: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2008c) *La ciencia y la verdad*. En Escritos 2. Bs.As.: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2008d) *Kant con Sade*. En Escritos 2. Bs. As.: Siglo XXI
- Lacan, J. (2008e) *El seminario sobre la carta robada*. En Escritos 1. Bs.As.: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1968)
- Lacan, J. (2011) *De un Otro al otro*. S. 16. Bs. As.: Paidós. (Trabajo original publicado en 1968)
- Lacan, J. (2011b) *Las Psicosis*. S. 3. Bs.As.: Paidós. (Trabajo original publicado en 1956)
- Lacan, J. (2011c) *El objeto en psicoanálisis*. S. 13. Bs.As.: Paidós
- Lacan, J. (2012) *Televisión*. En Otros escritos. (pp. 535-572). Bs. As.: Paidós.
- Lucas, R. (2003). *Psychoanalytic controversies: The relationship between psychoanalysis and schizophrenia*. *Int J Psychoana*, 84, 3-15.
- Lanteri Laura, G. (2000). *Essai sur les paradigmes de la psychiatrie moderne*. Paris: Fayard
- Lozano, A. (s.f.) *Sobre la ontología de los incorporales*. Mexico: UNAM. Recuperado en: [www.posgrado.unam.mx/filosofia/publica/07lozano.pdf](http://www.posgrado.unam.mx/filosofia/publica/07lozano.pdf)
- Lothane, Z. (1994) *El caso Schreber. Una revisión*. Nueva York. (Inédito) Recuperado en: <http://ww.revistaaen.es/index.php/aen/article/viewFile/15424/15284>

- Maya, B. (2009) *Los incorporales del lenguaje*. Medellín. (Inédito) Recuperado en: <http://www.carlosbermejo.net/aNUDAMIENTOS6/LOS%20INCORPORALES%20DEL%20LENGUAJE%20DEFINITIVO.pdf>
- Meltzer, D. Harris, H. Hayward, B. (1989) *El paper educatiu de la familia*. Barcelona: Espaxs.
- Miller, J. A. (1987) *Matemas 1*. Bs.As.: Manantial
- Muñoz, P. *El concepto de locura en la obra de Jacques Lacan*. *Anu. investig.[online]*. 2008, vol.15 [citado 2014-08-07], pp. 0-0 . Disponible en: <[http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1851-16862008000100041&lng=es&nrm=iso](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-16862008000100041&lng=es&nrm=iso)>. ISSN 1851-1686.
- Nasio, J. (1996) *El libro del dolor y el amor*. Barcelona: Gedisa.
- Nasio, J. D. et al. (2001). *Los mas famosos casos de psicosis*. Bs. As. : Paidós
- Niederland, W. (1984) *El padre de Schreber*. En: Los casos de S. Freud. El caso Schreber. Bs.As.: Nueva visión. (Trabajo original publicado en 1969)
- Panofsky, E. (1973) *La perspectiva como forma simbólica*. Barcelona: Tusquets.
- Peirce, Ch. (1970). *Deducción, inducción e hipótesis*. Traducción Juan Martín Ruiz
- Pellion, Frédérick. (2003). *Melancolía y verdad*. Buenos Aires: Manantial.
- Popper, K. (1962) *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Tecnos. 1990
- Werner 1970 sitio <http://www.unav.es/gep/DeducInducHipotesis.html>
- Piper, W et al (2001). *Prevalence of loss and complicated grief among psychiatric outpatients*. *Psychiatric Services*, 52, 8-16.
- Porcel, A. Agüero, C. Calabuig, A. (2001). *Duelo y manía*. *Psiquiatría biológica*, 08/05, 203-206.
- Prigerson, H. G., Vanderwerker, L. C., Maciejewski, P. K. (2007). Prolonged Grief Disorder: a case for inclusión in DSM-V. Stroebe M., Hansson, R., Schut, H.,

Stroebe, W. (Eds.). *Handbook of Bereavement Research and Practice: 21<sup>st</sup> Century Perspectives*. Washington DC: American Psychological Association Press.

Pulice, G, Zelis, O, Manson, F. (2007). *Investigar la subjetividad*. Bs. As.: Letra Viva

Ritvo, J.B. (1988) *Mito, castración y goce*. En: Revista Conjetural N°15. Bs.As.: Ediciones Sitio.

Schreber, D.P. (1999) *Memorias de un enfermo nervioso*. Bs.As.: Perfil Libros. (Trabajo original publicado en 11903)

Shakespeare, W. (1976) *Hamlet*. Bs. As.: Losada.

Schatzman, M. (1977) *El asesinato del alma. La persecución del niño en la familia autoritaria*. Madrid: Siglo XXI (Trabajo original publicado en 1973)

Soler, C. (1989) *Estudios sobre la psicosis*. Bs.As.: Manantial.

Soler, C. (2011) *Los afectos lacanianos*. Bs. As.: Letra Viva

Stagnaro J. (1996) *La demencia precoz*. Tomo I. Bs.As.: Polemos

Stagnaro, J. (1998) *Alucinar y delirar*. Tomo II. Bs.As.: Polemos.

Stagnaro, J. (2006) *Melancolía y depresión durante el siglo XIX*. En Vaschetto, E. (Comp.) *Depresiones y psicoanálisis* (pp 73-85). Bs. As.: Gamma Ediciones

Tizon, J. (2007). *Psicoanálisis, procesos de duelo y psicosis*. Barcelona: Herder

Vappreau, J.M. (1997) *Estofa. Las superficies topológicas intrínsecas*. Bs.As.:Kliné (Trabajo original publicado en 1988)

Wittmann, D. Keshavan, M. (2007). *Psychiatry: Interpersonal & Biological Processes*.

Consultado en 12, 13, 2010 en

<Ahref="http://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&db=a9h&AN=25739084&lang=es&site=ehost-live">Grief and Mourning in Schizophrenia.</A>

Wittmann, D. Smith, P. Rajarethinam, R. Folley, S. Vanebrussel, A. Philip, B. (2010). *Do Patients With Psychosis Experience Loss and Grief As a Result of Their Illness?.*

Consultado en 11, 10, 2010 en

[Do Patients With Psychosis Experience Loss and Grief As a Result of Their Illness?](http://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&db=a9h&AN=48944510&lang=es&site=ehost-live)

---